



SERIE PROMETHEUS I

La
OBSESIÓN *del*
EMONIO

SCARLETT O'CONNOR



©Lune Noir, 2024

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida,
sin autorización escrita de los titulares del copyright, la
reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

La
SERIE PROMETHEUS I
OBSESIÓN del
DEMONIO
SCARLETT O'CONNOR

Todo lo que se hace por amor, se hace más allá del bien y del mal.
Friedrich Nietzsche

ÍNDICE

Preludio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Síguenos en las redes sociales

Cuenta oficial de Scarlett O'Connor

Cuentas de Lune Noir

Otras obras de Scarlett O'Connor

Serie Señoritas de Shakespeare

Tú, mi deuda pendiente

Serie Señoritas Americanas

Serie Señoritas británicas

Serie Familia Evans

Serie Floreros y Canallas

Serie Caballeros desdeñados

Serie Corazones de Escocia

Contemporáneo

Serie Shell Island

Contemporáneo

Otras obras de La editorial Lune Noir

PRELUDIO



Inglaterra, 1870.

El frío atravesaba las capas de tela, incluso las de los más afortunados que podían conseguir lana y piel. El viento traía la humedad del Támesis desde el puerto, y los mares del norte la cristalizaban, convirtiéndola en diminutas esquirlas de hielo. El humo de las fábricas y de las miles de calderas que componían el paisaje fabril londinense emanaba un calor que no bastaba para combatir las inclemencias del tiempo, pero sí para derretir aquellas estelas y transformarlas en barro al tocar el suelo. Al menos, pensó Viktor Schwarz mientras el lodo manchaba sus lustrados zapatos, el frío mantenía a raya los olores y muchas otras enfermedades. Coincidió con algunos colegas que hablaban de pequeños insectos en el aire que se colaban por la piel o por los orificios y enfermaban a la gente. Los llamaban virus. Era una teoría interesante que él mismo adaptaba a su *rama de la medicina: la mente*. El mundo exterior estaba lleno de amenazas invisibles, era necesario crear hombres fuertes que combatieran esas amenazas, y la fortaleza no era solo física, debía ser mental.

Por desgracia, pensó con desprecio hacia sus colegas, estos estaban tan contaminados por esos *virus* como sus pacientes. Mentalmente limitados por la enfermedad social llamada moralidad. Y la epidemia de moralidad era tal que se interponía en su camino, le colocaba obstáculos difíciles de sortear. Por otro lado, pensó con cierta satisfacción, la moralidad traía su opuesto: la inmoralidad. De ella se tendría que valer hasta poder forjar el mundo aséptico en el que creía, uno amoral, positivista, científico, perfecto. Uno dominado por hombres superiores, guiado hacia el progreso infinito, sin limitaciones mentales, lo que, en el futuro, estaba seguro, conduciría al fin de las limitaciones físicas. La ciencia no había alcanzado sus fines alquímicos por culpa de los moralistas que hacían leyes y cuestionaban a los genios.

Viktor Schwarz no permitiría que le encarcelaran los imbéciles, no dejaría que le prohibieran su ciencia. Manchar sus lustrados zapatos en el barro de Londres era un pequeño precio que pagar por la gloria al final del camino. Se ajustó el abrigo, alzando las solapas para cubrirse la boca y la nariz, y se paró debajo de la farola de aceite que estaba por apagarse. Los faroleros poca atención le daban a esa zona de Londres y nadie, excepto él, era tan osado de adentrarse allí cuando el sol se ponía. Llevaba una daga envenenada debajo de la manga de su camisa, una pistola en el bolsillo y un básico entrenamiento de defensa personal impreso en la memoria muscular.

—¿Es usted el señor Svarts? —preguntó una voz áspera, con profundo acento *cockney*, desde las

sombras.

—Schwarz —corrigió. Su inglés era perfecto, aunque aún conservaba la dureza de su lengua madre germánica.

—Lo que sea, ¿tiene el dinero?

—¿Tiene lo que he venido a comprar? —Dio un paso al frente, perdiéndose en las sombras.

—Quédese donde pueda verle. —La voz sonó menos áspera, más femenina. El terror hacía aflorar la verdad de las personas. Viktor regresó bajo la farola, una media sonrisa se ocultaba bajo su barba tupida. El miedo era su mejor arma, más filosa que las que cargaba consigo.

—Dé un paso al frente, muestre lo que viene a vender. —Nunca habían intentado timarle, pero siempre existía una primera vez. Confiarse era un error de principiantes; tenía muchos enemigos, demasiadas personas querían verle caer. Peor aún, lo ansiaban tras las rejas por el simple delito de hacer una ciencia que sus diminutas mentes no comprendían.

Aunque era un hombre racional, práctico, ese encuentro le hacía latir el corazón, presagiaba algo. No dilucidaba si se trataba de la certeza de que por fin conseguiría el objeto de estudio perfecto o porque se olía una trampa. Empezaba a sospechar lo segundo ante el silencio de la noche. Su *objeto de estudio* debería estar llorando, ¿no?

La mujer se atrevió a avanzar. Llevaba un bulto en las manos.

—Dicen que paga por esto... —Lo señaló con la barbilla.

—Bajo ciertas condiciones, sí.

—¿Cuáles condiciones?

—Primero, tiene que estar vivo —aclaró, poco convencido ante el bulto silencioso.

—Lo está, solo que no llora mucho.

La curiosidad de Viktor le hizo preguntar.

—¿Lloraba cuando nació? —La mujer asintió—. ¿Lo golpeó porque no se callaba? —La mujer volvió a asentir—. ¿Y en cuánto tiempo el niño pasó de chillar más fuerte a callarse por completo?

—¿Va a pagar o no? —La mujer evitó responder.

—Segunda condición. Es su hijo, ¿verdad? No quiero una madre desesperada aporreando las puertas de mi institución.

—Lo es. —La mujer señaló sus pechos, hinchados por la lactancia.

—¿Y no se arrepentirá dentro de unas semanas?, ¿no la embargará una culpa cristiana que la lleve a desearlo de regreso?

La mirada de la mujer estaba desprovista de toda emoción, la de Viktor, en cambio, brillaba cada vez más.

—Iba a arrojarlo al Támesis, pero el chulo me dijo que usted pagaba por los niños. —Le tendió la criatura. Viktor la cogió con delicadeza, no por un inesperado instinto paternal, sino porque se convencía más y más de que estaba ante un caso clínico de éxito. El niño tenía los ojos abiertos, con su mirada limitada de bebé, intentaba desesperado evaluar el entorno, las amenazas. Seguía en silencio, un silencio atípico a su corta edad.

—¿Y no quiere saber qué haré con él? —No miraba a la mujer, no podía importarle menos. A simple vista dedujo que ni siquiera sobreviviría otro embarazo, este niño le había absorbido las últimas fuerzas. Le faltaban dientes por la descalcificación y los pocos nutrientes que ingería al día se los había devorado el pequeño demonio que tenía en brazos. La sonrisa se hizo más amplia, fue incapaz de no murmurar—: Más allá del instinto de supervivencia... *Voluntad de poder...*

—Por mí puede comérselo. —Extendió la mano esperando la paga. Viktor le entregó los chelines y puso uno más, por el convencimiento de que al fin había hallado lo que llevaba meses buscando. Al hombre la respuesta le causó gracia, soltó una carcajada que le hizo estremecer.

—Es usted muy divertida... Lástima que no vaya a vivir lo suficiente para verlo; su hijo no será comida de nadie, nadie estará por encima de él en la cadena evolutiva. Será venerado como un dios.

—Los falsos dioses son demonios —respondió la mujer, santiguándose ante el demencial discurso de ese hombre fanático. Se alejó de él con premura, temerosa de su suerte.

—Entonces, que así sea. Bienvenido a Prometheus, pequeño... —Pensó un nombre—: Franz. Franz Cooper. —Avanzó con el niño en brazos, abriéndose paso entre la suciedad de Londres, como esperaba que él lo hiciera entre la suciedad de una sociedad enferma—. La ciencia mató a Dios, su puesto está vacante, ¿no es así? Y yo estoy dispuesto a ocupar su lugar, a hacer mejor su obra. Él creó al hombre, yo...yo crearé *Sobrehumanos*.

CAPÍTULO I



Londres, 1897

Nadie sería capaz de decir que Franz Cooper estaba furioso. Ni siquiera Franz Cooper. Se encontraba en su despacho, en la silla alta de tapizado verde dispuesta tras el gran escritorio de roble. Su trono, el sitio desde el que comandaba los hilos del mundo. Frente a él, cuadernos y cuadernos de balances contables, con códigos que solo él y su contador conocían. Códigos que unían los negocios legales con los ilegales: las salidas del libro A entraban en el B y volvían a perderse en el C. El dinero que generaban sus negocios cuestionables viajaba a través de obras de arte, joyas, piedras preciosas, hasta convertirse en vales bancarios legítimos, en libras tangibles, en bonos de la bolsa. El proceso era tan enrevesado que Scotland Yard podría coger sus libros, leerlos del derecho y el revés, y aun así no ser capaces de encontrar máculas. ¿El problema?, que a veces era difícil incluso para ellos encontrar esas fallas.

—¿Y quién demonios ha intentado hacerse con esos rubíes? —preguntó Florence Sharp, enervada. Franz arqueó una ceja, la mujer se sonrojó ante el exabrupto. El día anterior habían intentado robar una de sus cargas de rubíes provenientes del valle de Mogok. Sus guardias lo habían impedido, pero a costa de matar al autor material. Desconocía quién estaba detrás del asunto, porque sabía que ese ladronzuelo muerto no había planeado el atraco.

—Si lo supiera, no estaría aquí sentado, ¿verdad? —respondió. ¡Joder con Florence!, la quería lejos de su vista.

—¿Y qué harás cuando lo halles? Porque lo hallarás, sé que lo harás. —Y ahora lo lisonjeaba. Franz hizo sonar sus cervicales.

—¿Me pides explicaciones, Florence? —El tono inocente escondía que esa pregunta nada tenía de ingenua. Hacía demasiado tiempo que nadie le demandaba explicaciones de lo que hacía, eso había quedado soterrado años atrás, cuando demostró ser un caso *de éxito* del proyecto Prometheus. De hecho, había sido Florence y su decisión de dejarla vivir la evidencia de su independencia.

—N-no, solo sentía curiosidad. —El balbuceo lo puso de peor humor, algo inaceptable en él. Franz Cooper no danzaba al ritmo de los cambios de ánimo, eso hacían los hombres ordinarios, no los contruidos por la ciencia de Viktor Schwartz.

—Mantén la curiosidad a raya, Florence, hazme el favor. Y lleva este libro al señor Reynold, que no quiero más pérdidas en los balances. —La mujer cogió el libro y acató la orden con premura. En cuanto abandonó el despacho, Franz percibió la sensación de alivio. Hizo girar su butaca en dirección a

la gran ventana, permitió que el tenue sol le tocara las facciones y cerró los ojos para serenarse. Intentaba racionalizar lo que le sucedía con Florence, para así poder dominar la emoción. Hacer con esta lo que él quisiera y no permitir que la turbación tomara el control.

Su despacho estaba revestido de roble, una madera fuerte y funcional. Su butaca, en cambio, era ostentosa. Las dos paredes que lo secundaban contaban con libros desde el suelo al techo. Algunos, leídos; otros, expuestos como trofeos. La escena era medida, buscaba transmitir un mensaje: Aquí trabaja un hombre poderoso. La silla dispuesta para quienes se sentaran frente a él era ostensiblemente más pequeña e incómoda. Nada estaba dispuesto al azar, porque él no hacía cosas carentes de finalidad. En su escritorio, a modo de pisapapeles, se encontraban las figuras de dos dioses griegos hechas en oro. Dionisio y Apolo. La ambivalencia entre razón y placer, el equilibrio que debía mantener si quería seguir siendo considerado un *caso de éxito*.

Llamaron a la puerta y la abrieron sin esperar que lo invitaran a ingresar. Pocas personas podían hacerlo, se volvió para hallar la figura que había irrumpido con tanta premura. Lord Marcus Cavendish. Para Franz, simplemente Marcus, otro jodido Prometheus.

—¿Tienes lo que te pedí? —le preguntó. Sin saludos de por medio, sin pérdidas de tiempo. Marcus hizo una mueca, un intento de sonrisa.

—Por supuesto, de lo contrario no estaría aquí. —Avanzó, cerró la puerta y apoyó su espalda contra esta. No se sentaría en esas diminutas sillas que lo colocaban por debajo de Franz. Marcus era uno de los pocos que podía considerarse *su igual*.

—Empieza por donde te apetezca. La información o la paga.

—La paga. Necesito que envíes a uno de los hombres de Tobías a América en uno de tus cargamentos... mmm... discretos.

—¿Requiere de documentos?

—No, de eso me encargué yo. —Lord Cavendish contaba con sus propios contactos. Todos dentro de las grandes esferas de poder de Londres.

—¿Alguna consideración?

—Ninguna de la que debas preocuparte.

Se sostuvieron la mirada por unos eternos segundos. ¿Confianza? No, eran incapaces de tal sentimiento. Tal vez respeto, tal vez simplemente la soledad que los obligaba a hacer concesiones con alguien para no sentirse tan aislados. Como fuera, Marcus y Tobías podían entrar a su despacho sin golpear y podían pedir favores sin especificar. La cortesía era recíproca. No pudo evitar pensar, ¿por qué no le sucedía lo mismo con Florence?, ¿por qué no podía ella atravesar sus murallas, ganarse esa concesión?

—Bien. —Cogió su agenda, también estaba escrita en códigos que solo él podía descifrar—. El martes 27 de abril, puerto de Liverpool. —Rebuscó en su cajón, cogió una ficha de casino marcada con su sello, una polilla halcón, y se la lanzó a Marcus. Sería su pase, la forma de obligar al capitán del barco a no hacer preguntas sobre el polizón.

Esa era señal de que iniciara la segunda parte del trato. La información sobre los jodidos rubíes. Para la cabeza detrás del proyecto Prometheus, tres eran los hombres considerados *éxitos*. Franz, Marcus y Tobías. ¿Qué sucedía con los fracasos?, era mejor no saber. ¿Qué pasaba con los que solo se quedaban en el camino?, se convertían en vasallos, como Florence. ¿Y los líderes? El plan de Viktor había sido ponerlos a competir, que solo uno solo venciera; pero el proyecto se le había ido de las manos hacía ya mucho tiempo. Ese es el resultado que obtienes cuando juegas a ser Dios. Si a Dios su

creación se le rebeló, ¿qué le hizo pensar al doctor Schwarz que no le sucedería lo mismo? La respuesta era obvia, su soberbia. El mismo pecado del ángel caído. Ahora los demonios danzaban a su propio ritmo. Los tres retoños no se atacaban entre sí, no luchaban agotando sus fuerzas en vano, se aliaban. Franz en el mundo de las finanzas, Marcus en el de la información y política, Tobías en el de la milicia. Entre los tres conseguían conservar el mundo en sus manos.

—Tus rubíes. —Marcus chasqueó la lengua—. A estas alturas debes saberlo, los únicos que se atreven a meterse con nosotros son los imbéciles.

—Eso es justamente lo que los hace peligrosos, la imbecilidad es imprevisible.

—Lord Edmund Keighley. —Sacó de debajo de su chaqueta una delgada carpeta. Avanzó hasta soltarla en el escritorio, se mantuvo, por supuesto, de pie—. En resumen, porque el tiempo es oro, Edmund tiene deudas de juegos en el salón Gilded, ha oído que el hombre que gestiona dicho salón es capaz de cobrarse las deudas de maneras muy ingeniosas.

—¡Vaya!, ¿de dónde habrá sacado tal idea? —Franz era el dueño del salón mediante un testaferro. Era uno de los canales por los que el dinero sucio se volvía limpio, con la ventaja de que, además, daba más dinero.

—Pues del mismo lugar del que saca todas sus ideas de mierda, porque ha pensado en robar tus rubíes para pagar la deuda.

—Es decir, robarme a mí para pagarme a mí.

—No seas cruel, hombre —rio Marcus—, ¿cómo iba a saber el desgraciado que tú estás detrás de cada jodido negocio en Londres?, ni que fuera lord Marcus Cavendish para conocer la totalidad de secretos del mundo.

Franz no rio. Marcus alzó una ceja, miró las figuras de los dioses y cogió la de Dionisio. Siguió exponiendo la información:

—Aquí es cuando tú preguntas...

—¿Cómo ha sabido de mis rubíes? —siguió el improvisado guion.

—Gracias, me estaba quedando sin pie de escena. Cada vez es más difícil hablar contigo. Bien... ¿cómo lo supo?, por uno de tus compradores. Lord Boris Boyle le dijo que estaba esperando la llegada de un rubí sangre de paloma para comprometerse con su hermana. Edmund ansía esa unión porque se va a dar en términos poco habituales, Boris no recibirá una dote por el matrimonio, sino que ha prometido lo contrario, pagar por ella a lord Gordon Keighley, padre del ludópata y la afortunada novia.

—No me sorprende que lord Boyle tenga que comprar esposa, ¿no ha matado a dos ya?

—¿El suicidio cuenta? —bromeó con sarcasmo Marcus. Franz asintió—. Entonces sí, ha matado a dos.

—¿Lo ves?, los imbéciles son increíblemente peligrosos. Edmund espera un anillo con un rubí que no llegará porque él mismo lo ha intentado robar, y lo ha hecho al *mismo hombre* con el que tiene la deuda que quiere pagar con el dichoso rubí. Me cuesta creer que pueda complicarse más la vida; casi...casi...me da pena.

—No desafíes a un imbécil, estoy seguro de que lord Edmund es muy capaz de encontrar una nueva forma de enredar las cosas. Tal vez intente matarte... ¿No sería esa la cereza perfecta en el pastel?

La risa de Marcus resonó en el despacho. Franz se irritó, y se irritó más por irritarse. Su hermano pareció leerle el pensamiento, no porque tuviera tales poderes psíquicos o porque fuese como

los médicos de Prometheus, diestros en las ciencias de la mente, sino porque ambos poseían cerebros moldeados por el mismo científico con complejo de dios.

—Sabes que Viktor la ha cagado, ¿verdad? —dijo Marcus, con la figura de Dionisio en la mano. El dios del placer, el del caos, de los bajos instintos—. No es el visionario que cree ni que nos quiso hacer creer. —Lanzó hacia arriba la figura y en su descenso la cogió en el aire, repitió la acción un par de veces.

—Pero ahora ya somos *esto*.

—Exacto, y *esto* tiene las dos partes. —Cogió con la mano libre a Apolo, el dios que representaba la armonía—. Viktor tomó solo una parte de la filosofía que perseguía y una parte de la ciencia en la que cree y construyó su primer monstruo. Un monstruo no humano, el de sus creencias fanáticas. Nosotros somos hijos de ese monstruo amorfo de ideas inconexas. Justamente porque no seguimos su plan es que somos *casos de éxito*. De ajustarnos a sus mandatos estaríamos tan muertos como nuestros *hermanos fallidos*.

Franz sabía que Marcus tenía razón. Los *hermanos fallidos* eran asesinados, Viktor no dejaba evidencia de sus fracasos y alardeaba de sus éxitos. Nadie sabía que detrás de ellos tres existían cientos de niños que habían perecido en el camino. Que Viktor desechaba sin contemplaciones. También hizo desaparecer a varios médicos que a mitad de tratamiento comenzaron a cuestionar los métodos. Cualquiera que pusiera en riesgo el proyecto Prometheus era eliminado, así era fácil hablar de triunfos, de escasos márgenes de error. Florence, de hecho, era uno de ellos. Había sido sometida a los mismos *tratamientos*, y, sin embargo, no había conseguido despojarse de toda moral ni de los bajos instintos. Era presa de la ira, la envidia, incluso la admiración. Creía en Viktor, se aceptaba como un daño colateral, como el camino por el cual ella no, pero Franz, Tobías y Marcus sí lo habían logrado. Creía en ese mundo de líderes fuertes, de progreso infinito y ciencia alquímica.

Y por eso, justo por eso, era que Franz se sentía doblemente solo con ella.

—Deja a mis dioses en su sitio —ordenó.

—¿Te refieres a la prueba de que piensas como yo? —Dejó las figuras en el escritorio.

—De qué nos sirve coincidir... —Franz repasó su colección de libros, había leído a todos los pensadores, científicos y filósofos que habían nutrido *la ciencia* de Viktor. Darwin, Max Stirner, Nietzsche, William James y el recientemente agregado, Sigmund Freud. Cada uno de ellos, ahora lo sabía, fue malinterpretado por el doctor Schwartz. Viktor, nutrido por Stirner al igual que Nietzsche, se había adelantado un par de años a la idea del Superhombre, solo que pensaban el concepto completamente distinto. También había cometido el error (aunque en ese aspecto no era el único) de pensar el darwinismo como una ciencia aplicada a la sociedad, en la que prevalecería el más fuerte y apto. Huelga decir que se había lanzado a aplicar las teorías de la psicología funcional y el psicoanálisis mucho antes de que tuvieran aval científico. Eran ellos los objetos de prueba y el mundo, su laboratorio. Allí estaban, como un experimento vivo, surcando las aguas de los delirios científicos—. Viktor es el único que puede destruirnos —completó.

—Hasta que hallemos el modo de impedírselo —dijo Marcus, con optimismo.

—Ese es el problema, Marcus, el dilema en el que estamos inmersos. Si realmente conseguimos librarnos de todo mandato social, incluso del suyo, entonces le probaremos que somos su proyecto exitoso. Su muerte en manos nuestras es su éxito, le daríamos la razón. Por otro lado, no vencerlo, estar siempre a su merced, prueba que está equivocado, pero nos hace a nosotros sus esclavos. Ese es realmente el equilibrio que debemos hallar, y no... —Fue su turno de coger a los dioses— el de caminar

entre Dionisio y Apolo.

—Pero ¿mientras tanto...? Franz, no diré que me preocupas, no insultaré tu inteligencia haciéndote creer que soy capaz de tales sentimentalismos. Te atravesaría con una bala si mi vida dependiera de ello...

—Gracias, es recíproco.

—Lo sé, me halagas. Hemos llegado hasta aquí de algún modo, y es un error de mi parte reconocer que me he relajado. Al fin puedo soltar parte de la paranoia, el miedo constante de un día despertar de mis pesadillas completamente alienado y perderme en los laberintos de mi mente. De que la cordura, o esto que se le parece, me abandone. Oír una puñetera melodía y no volver a ser yo mismo jamás. Quedar petrificado como en uno de esos infernales experimentos y ser incapaz de defenderme cuando Viktor intente despedazarme con sus propias manos. O peor, con las de algún enfermero, por no creerme merecedor siquiera de la deferencia de ser destruido por el mismo creador. Si tú caes, Franz, serás la prueba de que no hay *fin* para esto, que en cualquier momento podemos rompernos e ir a parar al vertedero con los demás. No lo hago por ti, lo hago por mí. Tu nihilismo nos matará a todos.

—Veo que también los has leído... —sonrió Franz.

—Cada puñetera línea, hasta los he leído en su idioma original, por si me he perdido una pista. El condenado de Freud, ese va a descubrir nuestra salida, apuesto por él.

—¿Apuestas? ¿Azar? ¿Qué diría Viktor de eso? —Regresó el buen humor, y aunque nada en el exterior variaba, Marcus pudo detectar el cambio.

—Que le den. ¿Apuestas o no? Uno de tus rubíes a cambio.

—Vale. Yo no le tengo fe, quizá después de todo sí sea un hombre afectado por sus traumas —se mofó de sí mismo— y tenga una *leve* tendencia a desconfiar de los científicos.

—¿De dónde lo habrás sacado? Seguro tendrás que escarbar en tu inconsciente. —Carcajeó Marcus.

—Debe ser algo muy soterrado, porque no se me ocurre dónde puede estar la raíz de mi prejuicio. Como sea, si desafortunadamente mi nihilismo vence a tu optimismo, quiero el cuadro de Saturno, de Goya, que tú tienes el maldito original. Joder.

—¿No me digas que el pequeño Franz quiere un objeto por el mero placer de contemplarlo?

—Para los que me acusan de mi ausencia de placer. Ahí tienen...

Marcus se alejó sin despedirse, silbaba una canción de Tchaikovsky, una melodía grabada en su inconsciente. Se detuvo solo un instante antes de abandonar el despacho:

—Puede que no seamos libres, pero no seremos *sus* esclavos por siempre. Siempre podemos convertirnos en nuestro propio opresor.

CAPÍTULO 2



La rutina era la misma, cuando el sol desaparecía en el horizonte, los mecanismos internos de defensa se activaban en ella. Se trataba de supervivencia, de mantener a salvo su cuerpo y resguardar su espíritu. Su piel, sus huesos podían soportar todo, mas no su mente ni sus emociones. Cada noche era cautiva de la desesperación. Rehén de la incertidumbre. Si las fuerzas que gobernaban el universo se acordaban de su existencia, tendría una noche en calma; de lo contrario, el infierno mismo se desataría bajo el techo de su habitación. Por suerte o por desgracia, conocía a la perfección las maniobras violentas de su demonio personal. Luchaba contra él y, de momento, por muy extraño que pareciera, ella siempre vencía. Era un demonio con pocas luces, tal como decía su padre, que oía el sonoro espectáculo desde la comodidad de su alcoba. La estrategia de defensa iniciaba con el respaldo de una silla trabando el movimiento del pomo de la puerta. Como segunda medida, un baúl evitaba el desplazamiento. Como recurso final, si los obstáculos eran sorteados y la ira arrasaba con puerta, silla y baúl, quedaba entorpecer el camino hacia su cama. Enrollar la alfombra resultaba ser el mejor medio para ese fin. Ningún ebrio era capaz de evadir la loma creada. Edmund siempre tropezaba y, en más de una ocasión, al hacerlo, se golpeaba la cabeza contra la mesa de noche o en el borde de madera de su cama. Por supuesto, era ella quién pagaba las consecuencias de las acciones de su hermano. En su espalda todavía escocían las heridas de la noche anterior, el mismísimo Lord Gordon Keighley, su padre, se cobró el pago por el corte en la frente de su hermano con cuatro golpes de fusta a su espalda.

—No sé quién de los dos es más imbécil, si él por no saber que es un imbécil, o tú por no jugar su juego.

Esas palabras fueron dichas al ritmo de los golpes de la fusta. Gracias al cielo era un hombre de pocas palabras. De tener un vocabulario más amplio a la hora de procurarle escarmiento, la cantidad de latigazos podrían llegar a triplicarse.

—Continúa así, padre... —susurró para sí cuando finalizó de enrollar la alfombra. De rodillas sobre la madera desnuda, se permitió un respiro, inhaló y exhaló con lentitud. El agotamiento mental era peor que el físico. El dolor de su alma jamás se compararía al físico, el primero era cien veces peor—. Menos palabras, menos acciones—. Se incorporó de una pierna a la vez, sorteó el obstáculo que ella misma había creado, dio uno... tres, siete pasos. Siete pasos era la medida de distancia perfecta. Si Edmund tropezaba, su destino ineludible era el impacto. La magnitud del golpe era directamente proporcional a su estado de embriaguez.

El estado de embriaguez de Edmund Keighley dependía de la suerte. Si había duplicado su dinero en las apuestas de cartas en el salón de juegos, su nivel de alcohol sería acompañado de un buen humor, en consecuencia, el festejo del triunfo se llevaría a cabo en un burdel de categoría. Si la mala suerte era su compañero de noche, la frustración y el malhumor impactarían en la puerta de lady Georgiana. La hija de Gordon Keighley, el conde de Burlington, dejaba de ser quien era y, ante los ojos de su hermano alcoholizado, se convertía en la prostituta de turno. Sí, el dulce y encantador heredero del condado se transformaba en un ser nauseabundo que rasgaba la ropa de su hermana para desnudarla a la fuerza, que intentaba profanar su boca con la lengua, que consideraba el cuerpo femenino que tenía ante él como un objeto de su propiedad hasta que su padre tenía la cortesía de intervenir para recordarle que no podía aplacar su sed masculina en el interior de su hermana. No porque no fuera correcto, sino porque perdería valor en el mercado. La virginidad era un bien preciado.

—Tengo un trato con lord Boris Boyle, ¿recuerdas? —Esa solía ser la advertencia que ponía fin a las obscenas acciones del heredero. El sexagenario aristócrata también tenía intenciones de recorrer el cuerpo de la joven lady con su lengua, de pies a cabeza, explorando cada uno de sus orificios y curvas. Pero pretendía hacerlo avalado por los métodos convencionales: convirtiéndola en su propiedad. Ser su dueño.

—Por supuesto que lo recuerdo, el que parece haberlo olvidado es Boyle. —Fue el argumento de defensa de Edmund. Tanto él como su padre esperaban que la unión se concretara en forma inmediata. Hacer alianza con el viejo les brindaría múltiples beneficios—. Quizás se arrepintió... —Sembró duda a modo de burla, una que germinó de mala manera en Lord Gordon. Desde ese momento, Georgiana fue la responsable de todos los pesares del mundo.

—Como sea, hasta no confirmarlo, lo sabes... su virginidad y su rostro son un gran no para ti, Edmund.

Todo lo demás era un gran sí.

Ser lanzada a lobos hambrientos ni bien nació hubiese sido un acto de piedad por parte de su madre. Más considerando que luego de traerla al mundo decidió abandonarlo por voluntad propia, o eso le habían dicho. Conocía diferentes historias sobre la muerte de la mujer que la cargó en su vientre, algunas decían que se había lanzado por un barranco. Otras que había abandonado la casa en la noche más helada de invierno y pereció en la noche producto de la hipotermia. La más violenta de las anécdotas narraba el hecho de cómo se había rasgado las venas del cuello con un cristal. La real: cosió un reborde en su enagua, colocó piedras en ella y se sumergió en la laguna cercana a la casa de campo familiar. En torno a esto, un sinfín de relatos fantasmales corrían de boca en boca en los habitantes de Salisbury. La casa de campo en esa localidad fue vendida debido al rumor que gestó ese relato, uno que era utilizado para asustar a los niños que intentaban nadar en la laguna sin supervisión. El fantasma de lady Keighley los tentaba a ir a lo profundo para no volver nunca más a la superficie. ¡Patrañas! Georgiana podía dar fe de la falsedad de la leyenda. En más de una ocasión había concurrido a la laguna esperando que el fantasma de su madre se hiciera presente... Tú me diste la vida, tú deberías de quitármela también. Esa solía ser su plegaria. Una que jamás fue escuchada. Cada día, ella volvía a abrir sus ojos. Cada maldito y condenado día continuaba respirando.

Se preguntaba a diario si su madre había sido valiente o cobarde al decidir acabar con su vida. Cobarde por no tener las fuerzas para continuar con su experiencia miserable, por no soportar el dolor. O valiente por poner un punto final, valiente por no perpetuar el dolor. ¡Vaya delgada línea!

¿Qué era ella? No era ni valiente ni cobarde. ¿Entonces, qué demonios era?

Quizás su padre estaba en lo cierto... era una gran imbécil. Memorable, única, perfecta imbécil. Del otro lado del puente Keighley no había un destino prometedor. Una vez que lo cruzara llegaría a otro puente peor, Boyle. Y tal vez, desde ese puente, no podría saltar al vacío. Desde el Keighley, todavía estaba a tiempo de hacerlo.

¿Valiente o cobarde?, se repitió un centenar de veces mientras aguardaba por la llegada del demonio a su habitación. Abrazada a sus piernas, acurrucada contra la cabecera de la cama, con un candelabro en mano como elemento de ataque... esperó.

Y esperó...

Y esperó... Sin duda, el demonio tuvo una buena mano de cartas, una apuesta ganada y una visita a su prostíbulo favorito. Estaba a salvo. Por lo menos, por esa noche.

Ni valiente ni cobarde. Solo una ilusa que esperaba que algún día el viento la arrastrara en dirección opuesta y la llevará lejos.

De momento, eso no iba a suceder. No había señal de tormenta cercana y la brisa que se colaba por su habitación no agitaba ni uno de sus cabellos. Bajó la guardia, colocó el candelabro debajo de la almohada y abandonó la cama. La noche era victoriosa para ella y para su hermano. Y no era justo que solo él disfrutara, ¿verdad?

La espalda le escocía, se había quedado sin ungüento cicatrizante. La mujer del boticario solía hacerle preparados especiales y la recibía en cualquier momento del día. *Solo tienes que golpear a mi puerta, muchacha*, le había dicho al descubrir los golpes que la joven lady ocultaba bajo su ropa. El primer gesto de bondad que Georgiana había recibido en años.

Dejó la alfombra enrollada. El baúl y la silla debió de correrlos para dar paso a la momentánea libertad. Era tarde. Su padre dormía. Los empleados, en su mayoría, también. Edmund, regresaría al alba, cuando lo echaran del burdel. Cogió el bolso de mano con los pocos chelines que tenía, se cubrió con su capa y desplegó la capucha sobre la cabeza.

Destabó el picaporte, abrió y cerró la puerta con la mayor lentitud posible. Avanzó por el corredor y descendió por la escalera como si ella misma fuese un fantasma, apenas se oían sus movimientos. Llegó al hall principal y cuando estuvo a pasos de ser libre...

—¿Qué piensa hacer, milady? —La señora Curly la interrumpió. Se interpuso entre ella y la puerta.

—Necesito salir para hacer un recado.

—Lo dudo, milady. —El ama de llaves cumplía al pie de la letra sus órdenes. En especial cuando estas implicaban pisotear las alas de la joven lady de la casa. Era su actividad favorita. Detestaba a Georgiana. ¿Por qué? No existía un motivo, el odio era un rasgo innato en la mujer. No en vano servía a un hombre como lord Keighley. La gente que por naturaleza tiene odio y resentimiento como condimento de vida, como una razón de ser, suelen reunirse en manadas y responden a un líder. En esa manada en particular el líder era su padre—. Nadie tiene recados nocturnos, solo las muchachas vulgares los tienen. ¿Es usted una muchacha vulgar, milady?

—No, solo soy una muchacha que requiere de un ungüento para evitar las cicatrices.

La mujer apretó los labios, no era ajena a los golpes que Georgiana recibía, de hecho, solía estar presente; la señora Curly era la que le entregaba la fusta al lord cada vez que este quería adoctrinar a su hija. Adoctrinar en el respeto y la aceptación. La aceptación de callar y hacer lo que el amo y señor

de la casa reclamaba.

—Fue a por ungüento hace unas semanas —le recordó.

—Lo sé, se me ha acabado —tragó saliva. Le urgía el preparado y un poco de aire nocturno, estaba a nada de la sofocación—. Han sido unas largas semanas —agregó con resignación apelando a la colaboración de la mujer—. Y la conversación que tuve anoche con padre —carraspeó al utilizar el eufemismo más absurdo de la historia: «conversación»— me puso en la imperiosa necesidad de ir a por más. Usted conoce muy bien a mi padre, señora Curly, no quiere rastro alguno de sus palabras. — Fue su forma de decir: disimular las cicatrices que quedan luego de sus arrebatos violentos.

Sin pudor alguno, la señora Curly apartó la capucha de su cabeza y tiró de la capa y de la tela del vestido para evaluar el estado de su espalda. Pudo ver que una de las heridas todavía sangraba como consecuencia del roce de la tela y el corsé. ¡Maldición! La mujer gruñó entre dientes, al señor Boyle no le agradaba la mercadería defectuosa, Lord Keighley se lo había dicho en más de una oportunidad, y la hacía responsable a ella del bienestar de la mercadería.

—Espera aquí —le ordenó como si tuviese potestad sobre la joven lady—, voy a por mi abrigo e iremos por ese condenado ungüento. No te atrevas a marcharte sin mí.

No lo haría. Hacerlo significaba una nueva reprimenda de su padre. Una nueva lección. Últimamente, su padre se volvía más y más creativo con las lecciones. Unas que no dejaban marca.

No requirió de muchos golpes a la puerta, bastaron dos para que la señora Britt apartara la cortina de la ventana del pequeño salón comedor de su casa, le sonriera y, con un gesto, le indicara que esperara. El ingreso a la botica se encontraba sobre la calle principal, pero si uno se adentraba por el callejón colindante y llegaba hasta el fin de este, encontraba la puerta del hogar Britt. Casa familiar y local formaban parte de la misma estructura edilicia Georgiana podía golpear a esa puerta sin importar la hora. Allí siempre sería bienvenida.

La señora Britt evitaba los momentos incómodos con la joven lady, en más de una ocasión la había invitado a ingresar a su hogar para resguardarse del frío, la lluvia o el calor. Con el paso de los meses, la constante negativa por parte de la muchacha la hizo prescindir de la invitación. La rapidez era la única cortesía necesaria.

—Aquí tiene, milady —dijo al colocar dentro del bolso de mano de Georgiana la pequeña caja metálica con ungüento—. Espero que sea suficiente.

—Lo será, señora Britt, su receta magistral hace maravillas. —Le entregó un par de chelines como pago. La mujer solía resistirse a recibir el dinero, pero ella insistía y colocaba las monedas dentro del bolsillo de su falda. Agradecía la ayuda, pero no aceptaba caridad. El servicio brindado debía tener su correcta compensación. Huelga decir que debía deshacerse de esos chelines, su padre no podía enterarse de que ella los tomaba del cofre de su escritorio o recibiría la golpiza más grande de su vida. El lord no llevaba la cuenta del dinero que albergaba en su despacho, además siempre asumía la falta de este a las manos de Edmund. Ventaja para Georgiana.

—Me da gusto saberlo... —Hasta ahí llegaba el intercambio. La muchacha se despediría sin hacer más extensiva su visita—. Oh, espera, por favor, me he olvidado de algo. —La detuvo antes de que desapareciera por el callejón. Regresó al interior de la casa y fue en busca del objeto faltante. Un delicado frasco ámbar con perfume. El pasatiempo de la señora Britt era ese, combinar esencias hasta lograr fragancias únicas y personales. Georgiana tenía la suya—. Ten, he preparado la fragancia que tanto le gusta, milady. —Destapó el frasco, la hizo oler.

El hipnótico perfume de grosellas negras atravesó las fosas nasales de Georgiana como el mejor de los bálsamos. Era reconfortante olerlo, como si la fuerza perdida de su cuerpo y de su alma volviera a restablecerse con esa simple inhalación. Lo deseaba, lo necesitaba. Era una dulce medicina para combatir su asfixiante existencia. Cuando usaba ese perfume se sentía otra, se sentía a gusto consigo misma, ese aroma la hacía sentir... añoranza de una vida mejor y la absurda esperanza de poder tenerla. ¡Vaya tontería! Ni siquiera tenía los chelines para pagar esa bocanada de falsa realidad.

—En otra ocasión será —dijo con resignación rechazando el delicado producto—, se lo agradezco.

—No me lo agradezca de esa manera, lléveselo —Cogió la mano de la muchacha y la obligó a aprisionar el frasco con sus dedos—, úselo... —Vio cómo la joven lady hurgaba dentro de su bolso de mano a la espera de hallar algún chelín olvidado—, úselo como forma de pago, con eso me basta.

—Es usted demasiado gentil conmigo, señora Britt. —Le hizo una reverencia a modo de despedida.

—Nunca se es demasiado gentil, milady. —Palmeó su hombro con suavidad—. No se demore más, la noche citadina tiene una fauna no acorde a una dama, tenga cuidado.

—Lo tendré, gracias. Buenas noches. —Se cubrió la cabeza con la capucha una vez más y avanzó por el callejón rumbo a la calle principal. La señora Curly la esperaba en el coche de alquiler en la plaza central, a una manzana de allí. Apuró sus pasos mientras disimulaba la mueca que le habían generado las palabras de la señora Britt: una fauna no acorde a una dama. ¡Ja!—. Me siento más a salvo aquí que en mi propia casa... —susurró para sí en el preciso instante en el que un sonido familiar resonó en sus oídos. Era como si alguien hubiese rasgado el aire, si es que eso era siquiera posible. La piel se le erizó. Oyó el relinchar quejumbroso de un caballo y luego, otra vez, el aire rasgándose a fuerza de ira y cuero.

Requería de valor para lo que estaba dispuesta a hacer. Un valor que rara vez tenía. Abrió su bolso de mano, cogió su pañuelo y el frasco con la fragancia de grosellas negras. Dejó que absorbiera un poco del perfume y llevó la tela perfumada a su nariz. Inhaló profundo, una, dos veces. ¡Bendito perfume, bendita dosis de coraje!

Sus pies cambiaron de rumbo. En la calle contigua pudo ver cómo un hombre azotaba a un caballo que apenas se mantenía en pie. La señora Curly podía esperar, su miserable vida también, la de ese pobre animal, no.

CAPÍTULO 3



La verdadera esencia de las cosas rara vez está a la vista. En Londres, esto aplicaba no solo a las personas, sino también a las empresas y negocios comerciales. Franz lo comprobaba a diario, todo era una gran mentira, una puesta en escena. En esa existencia de hipócritas, él era superior. Su exterior era representación de su interior, sin dobletes. No había sorpresas. Con tan solo verlo uno sabía a qué se enfrentaba.

Franz podía ser la puerta a los negocios o la peor pesadilla de un hombre.

Ethan Waldorf esperaba pertenecer siempre al primer grupo. Sus secretos y negocios habitaban tras las puertas de la empresa familiar: Joyería y Orfebrería *Waldorf's and Son's*. Cuatro generaciones al servicio del fino arte de transformar a los rústicos metales preciosos en piezas de joyería únicas. Pero Ethan Waldorf no podía diferenciar entre un fragmento de cristal y un diamante sin pulir. Lo único que sabía hacer era mantener la fachada de negocio familiar, gastar dinero y ser funcional a aquellos que requirieran de servicios por debajo de la mesa. Por no decir, ilegales, como los de Cooper y su contrabando de piedras preciosas. Las mejores del mercado. Su labor para Cooper se limitaba a hacer la vista a un lado y colocar el sello de autenticidad en los papeles de las piedras. A cambio, recibía piedras únicas e importadas que incrustaba en collares y pendientes para luego venderlos a valores exorbitantes. Pese al pacto de negocios en escasas ocasiones cruzaba sus caminos con el señor Cooper o mantenían una conversación. La verdadera magia se desarrollaba metros bajo tierra, en el subsuelo habitado por una persona tan exótica en su estilo de vida como ermitaña.

—Señor Cooper... —El señor Sheng Wei Lian hizo una reverencia de noventa grados cuando vio a su invitado descender por la escalera. Era su invitado, le permitía el ingreso a esa morada personal. Waldorf lo tenía prohibido sin su autorización, la comunicación entre dueño y empleado se daba por medio de notas y de la intervención de la mano derecha de Wei, un joven aprendiz de origen chino como él.

Un ruiseñor voló por sobre la cabeza de Franz, el fuerte aleteo de las alas hizo que su pelo se agitara como si fuese atacado por una repentina brisa. El cantar de las aves podría ser ensordecedor para alguien que no estaba habituado a oírlos. Un total de veinticinco aves revoloteaban y coexistían dentro del recinto subterráneo. Ruiseñores, alondras y petirrojos, todas aves de hábitos y cantar nocturno. La única compañía de Wei Lian eran aves, piedras y metales preciosos, todo acompañado de una iluminación artificial a base de lámparas de aceite. Ni una diminuta ventana decoraba el lugar, solo rendijas de ventilación para poder respirar.

—Lamento interrumpir tu día, Wei Lian.

Tras la reverencia de recibimiento, el señor Sheng regresó a su mesa de trabajo. Apenas le dirigió la mirada.

—Mi noche —lo corrigió el pequeño hombre. Apenas alcanzaba el metro cincuenta de altura y, debido a su postura encorvada que demandaba su trabajo, parecía más pequeño aún.

—¿Cómo lo sabes? —interrogó Franz con real interés. Conocía en primera persona lo que significaba vivir en la sombra y en la fría y húmeda soledad subterránea. Él lo había hecho bajo coacción. Sheng lo hacía por elección. Le constaba que Wei casi no subía a la superficie, era un topo con forma humana.

—Por ellas —dijo sin levantar la cabeza, pues estaba tallando un zafiro que sería incrustado en una gargantilla de oro blanco, señaló con su dedo la alondra que picoteaba migas de pan que él había desperdigado sobre la mesa de trabajo—, solo cantan de noche.

—¿Y cómo lo saben ellas? —Franz miró en derredor, era imposible percibir la realidad del afuera. El mundo podría estallar, derrumbarse, y allí abajo no te darías cuenta.

—Porque es su naturaleza... —Alzó la mirada hacia Franz. No temía hacer contacto visual con él, lo duplicaba en altura y lo triplicaba en tamaño, aun así, no lo consideraba amenazante—, y nadie puede escapar de su naturaleza, ¿no lo cree así, señor Cooper? —Franz Cooper era quien era, frío como un témpano de hielo; y al igual que con la nieve, si te acercas demasiado, pasas de helarte a quemarte. Esa era su naturaleza inevitable. Solo un tonto posaría su mano en él. Wei Lian conocía la naturaleza de los elementos, por eso podía moldearlos a su antojo y, por eso mismo también, sabía mantener su lugar frente a Franz.

—La naturaleza también se puede moldear, señor Sheng —Apoyó sobre la mesa de trabajo del hombre una botella de Baijiu, el licor favorito de Wei Lian hecho a base de sorgo fermentado, lo había importado de china especialmente para él—, un tigre puede convertirse en un adorable gato doméstico si uno se lo propone.

—Está usted en lo cierto, señor Cooper —Cogió la botella, la evaluó con deleite—, un adorable gatito... hasta que su vida esté en riesgo, cuando eso suceda, recordará que es un tigre. —Solo una botella de Baijiu podría hacer que Sheng hiciera una pausa en su trabajo. Fue a por un cuenco de cerámica y destapó la botella. Se sirvió la bebida y de un trago la sorbió—. Lo compartiría con usted, pero ya me ha dicho que no bebe.

—El alcohol altera los sentidos y a mí me gusta tenerlos a raya.

—Lo sé, a mí me agrada que se alteren —bromeó Sheng. Algo muy poco habitual en él. Se sirvió otra medida de Baijiu. Ese era su límite, dos. La bebida era fuerte. Exhaló con exaltación cuando la última gota de licor recorrió su garganta. Hizo a un lado la botella y el cuenco e hizo palmas al aire. Las aves cercanas se asustaron y revolotearon frenéticas—. Vamos a lo nuestro... —dijo y fue a por un cofre de madera caoba labrado. Al abrirlo, la luz de las lámparas hizo que el interior acolchado y aterciopelado de color rojo refulgiera a la par de los rubíes que albergaba. Parecía una diminuta y lujosa hoguera—. Excelentes piezas, señor Cooper, no es necesario siquiera preguntar su procedencia.

—Si lo preguntara pondría en duda sus conocimientos, Wei. —Franz cogió el sobre de papel ocre que estaba dentro del cofre. Comprobó el contenido. Perfecto, un certificado de autenticidad por cada pieza con el sello que lo avalaba.

—Valle de Mogok... imposible confundirlos. Ni los rubíes de Sri Lanka pueden compararse con estas preciosuras. —Cogió uno y lo observó con deleite a través de la luz. Lo único que le generaba

placer en la vida era el canto de las aves y las piedras preciosas—. Cuando Yu Heng me comentó que habían intentado robar su cargamento de piedras —Su aprendiz era quién le compartía las noticias del mundo exterior, en ocasiones eran rumores sin sentido, motivo por el cual, Wei Lian tomaba sus dichos entre pinzas—, puse en duda su información, nadie se atrevería a meter sus manos en un cargamento de Franz Cooper. Al ver estos rubíes de sangre de pichón cambié de opinión. Me sorprende creer que haya alguien tan osado y con conocimientos tan específicos como para hacerlo. — Los rubíes del valle de Mogok procedentes de Birmania eran considerados los mejores del mundo. Hacía tiempo que Wei no tenía el privilegio de pulir y tallar semejante pieza. Si se atrevían a la hazaña de enfrentarse a Cooper era porque sabían lo que obtendrían.

—Ni osado ni con conocimientos específicos —Regresó el sobre al cofre, lo cerró—, solo una rata de alcantarilla, fácil de exterminar. —Tenía lo que había ido a buscar. Retrocedió sobre sus pasos y retomó el camino escalera arriba—. No te preocupes, Wei, sigues siendo el mayor experto en piedras preciosas de todo Londres.

—También soy experto en ratas de alcantarillas, señor Cooper —le dijo mientras lo veía marcharse—, el problema con estas no es el daño físico que pueden causar, sino las enfermedades que pueden transmitir.

—Pues yo soy inmune a todas y cada una de ellas —sentenció con certeza antes de atravesar la puerta que separaba el mundo de Sheng Wei Lian con el mundo real. O, mejor dicho, con el mundo que él gobernaba.

Keighley pronto sería exterminado. Era un obstáculo innecesario que desaparecería en cuanto él lo deseara. Un apellido que sería sepultado en su memoria... un miembro más de su cementerio personal.

Bert Sheppard, su cochero personal, aguardaba a por él sentado en el pescante, con un cigarro en la boca y riendo a sus anchas. Tenía su atención puesta en una escena que se llevaba a cabo a un par de metros. Ni cuenta se dio del retorno de su jefe. Franz golpeó la portezuela con su puño para romper el ensimismado y relajado momento de su empleado. Pagaba muy bien por los servicios que requería, en consecuencia, esperaba un servicio de calidad. El comportamiento de Bert era inaceptable considerando que este, de cara al mundo, terminaba siendo un reflejo de su empleador. Tenía un requisito fundamental e inquebrantable al contratar empleados, el comportamiento que les era exigido durante la jornada laboral debía de mantenerse fuera de esta. El carácter prudente, distante e inmutable se convertía en el sello personal de Franz Cooper. La destreza física también era un punto primordial a la hora de contratación, si las circunstancias se daban, tenían que saber pelear para defender sus vidas, nunca se sabía qué peligros asechaban en las sombras.

En cuanto oyó el retumbar del puño sobre la madera, Bert escupió el cigarro y se lanzó del pescante con un salto para asistirlo. Un salto ligero y grácil, apenas se oyó el sonido de las suelas de sus botas cuando impactaron en el suelo.

—Mis más sinceras disculpas, señor Cooper. —Diez años al servicio del hombre y, aun así, el trato continuaba siendo el del principio. Pese a conocer cada uno de los movimientos de su jefe y guardar bajo mil llaves unos cuantos secretos, nunca se desarrolló ningún tipo de vínculo ni intención de amistad. Solo una paga extraordinaria, que se incrementaba con el pasar de los años.

—La mayoría de las disculpas nunca son sinceras, nacen por mera obligación. —Esperó que le

abriera la portezuela del carro. No necesitaba la asistencia, era la función de Bert y una forma de recordarle su lugar—. No vuelvas a fumar en horario laboral —dijo subiendo a la cabina. Se acomodó en la butaca acolchada y colocó el cofre a su lado—. Es más, no vuelvas a fumar en lo absoluto si aprecias tu paga —demandó con voz áspera. La confianza que depositaba en sus empleados era ganada, detestaba tener que reemplazarlos.

—Aprecio mi paga —confesó con la sinceridad que había estado ausente en sus disculpas. Cerró la portezuela. Regresó a su lugar en el pescante. Cogió las riendas.

—La aumentaré si dejas de fumar.

—De ser así, hoy fue mi último cigarro. Pero valió la pena... el espectáculo lo ameritaba. —El carro comenzó a avanzar.

—¿A qué espectáculo te refieres? —Las palabras de Bert hacían referencia a una información faltante y, a Franz, cuando le entregaban una imagen, la quería completa, no en fragmentos como un jodido rompecabezas.

—Lo verá por usted mismo... exactamente... —Hizo una pausa, y cuando pasaron junto al espectáculo en cuestión finalizó—: ahora.

—¡Hágase a un lado! —La voz furiosa de un hombre hizo que Franz abriera la ventanilla de su carruaje. Al ver lo que sucedía, comprendió la necesidad de Sheppard de fumarse un cigarro mientras se deleitaba con el comportamiento humano—. Detente, Bert. —Quería observar con calma la extraña obra teatral.

—Me haré a un lado si se detiene —susurró con la voz entumecida por el dolor la mujer protagonista de la escena.

Franz descendió del carruaje. La realidad superaba la ficción por primera vez en su vida. El hombre blandía con rabia un látigo, sus latigazos iban dirigidos al caballo exhausto y caído, pero en vez de ser el animal el receptor de los golpes, lo era una mujer. De rodillas, tratando de proteger al verdadero destinatario, poniendo su espalda como escudo. Una espalda que acababa de recibir su tercer azote.

—Eres igual de inservible que él, hazte a un lado. —Agitó el látigo al aire y, cuando este iba a impactar en la espalda de la fémina por cuarta vez, esta alzó el brazo para impedirlo. Como si de una serpiente se tratara, el látigo se enroscó en su mano. Ella no emitió gemido alguno. Toleró el dolor. Un dolor que Franz conocía muy bien. Un diminuto cuerpo como el de la mujer no estaba preparado para tolerarlo.

¡Vaya espécimen! ¿Cuánto más soportaría?, se preguntó Franz. No estaba acostumbrado a que la intriga lo embargara, y en ese instante estaba completamente intrigado. Lo presenciado requería de un vaso de Baijiu y un buen cigarro. A falta de eso, se limitó a aplaudir con gozo.

El hombre quería retraer el látigo, pero la mujer se aferraba a este y tiraba hacia su lado. La jugada provocaba que la fricción del cuero rasgara su guante, uno que comenzaba a mancharse con sangre por la continua fricción.

—Descargue su furia con la persona que lo merece... —dijo finalmente Franz. Su voz ronca y profunda hizo que el hombre se detuviera dando lugar a que la mujer pudiera liberarse del látigo.

—Y esa persona quién sería, ¿usted? —exclamó entre rabiosas risas. Volteó su rostro en busca del origen de la voz que lo interrumpió. Al contemplar la expresión fría e inexpressiva de Franz, tragó saliva. Un vistazo fue suficiente para darse cuenta de que estaba ante un hombre al que no debía desafiar, y nada tenía que ver su altura o gran contextura física. Era lo que emanaba con su presencia,

confianza absoluta y la certeza de lucir como el dueño del jodido mundo.

—No, usted. Debería descargar su ira en usted, ya que fue usted quien decidió elegir un caballo en paupérrimas condiciones para hacer el trabajo que demanda la fuerza de dos ejemplares en buen estado. —La carga de la carreta que arrastraba el animal era carbón y hierro. Demasiado. En breve, hasta el propio vehículo, colapsaría. La mujer no se movía. Aunque estaba libre del agarre del látigo, se mantenía de rodillas. Ni siquiera volteó a verlo. ¡Joder que estaba intrigado! La capucha de su capa le cubría el rostro, no podía siquiera vislumbrar su perfil—. ¿Se encuentra bien... señora, señorita? —No pretendía ser un caballero de brillante armadura, solo estaba ahí para admirar de cerca la absurda bravura de esa mujer.

—¡Milady! —gruñó otra voz femenina que se acercaba a pasos frenéticos—. Levántese ahora mismo —ordenó. Por lo visto, no venía en son de paz, sino en son de guerra personal. La cogió del brazo, la sacudió ante la vista de los dos hombres. El bolso que pendía de la mano de la, ahora establecida como «milady», cayó al suelo y parte de su contenido decoró los sucios adoquines de la ciudad. De entre sus pertenencias, un pequeño frasco rodó hasta golpear la punta de la bota de Franz. Ella gateó con velocidad, recuperó el frasco, recogió el resto de sus pertenencias y se dejó arrastrar por la mujer—. Vergüenza debería de darle comportarse de esta manera. ¡Pura vulgaridad! —Con cada paso que daban, las réplicas se hacían más severas en tono—. ¡Una descarada, eso es lo que es! Exponiéndose así ante dos hombres desconocidos.

Franz las observó marcharse hasta que desaparecieron al doblar en la esquina. Con razón su espalda podía soportar latigazos, pensó. Miró al animal, relinchaba y jadeaba. Se acercó y se acuclilló. Acarició su crin. Le habló:

—Extraña mujer, ¿verdad? Eligió recibir latigazos en tu lugar. —Gracias a esa posición fue que pudo ver que entre las patas del animal había un pañuelo. Lo cogió, tenía un delicado bordado femenino y unas iniciales—: G.K... —leyó en voz alta. La fragancia que emanaba de la tela lo alcanzó, inhaló profundo y, al hacerlo, una extraña sensación recorrió su espina dorsal de principio a fin. Primero fue como sentir una oleada fría, luego... fuego. Un fuego abrasador. Aprisionó el pañuelo en su mano. El fuego que comenzaba a devorarlo por dentro necesitaba ser apagado. Se incorporó y se volvió hacia el dueño del caballo, le quitó el látigo con un rápido y brusco movimiento—. Recuérdeme en qué estábamos, por favor... —Golpeó el pavimento con el cuero—. Oh, no se preocupe, ya lo recuerdo... —El látigo rodeó el cuello del hombre.

Franz tenía el control. Lo dominaba. No dejaba que otros se valieran de su caos interno para ganar una batalla que no les correspondía. Él ganaba todas las batallas. Ganaba siempre la guerra. En especial la que libraba con él mismo. Pero no esa noche, debía apagar ese jodido fuego recién nacido en su interior.

CAPÍTULO 4



No había nada racional en lo que le sucedía ni en el motor de sus acciones. ¿Con qué fin mantenía un maldito pañuelo en una caja de cristal, lejos de cualquier contaminación?, ¿qué provecho sacaba de ir a por el cochero o rescatar un jodido caballo? Más aún, ¿qué razón que no fuera la locura lo conducía a pensar en una dama de la que nada sabía? ¡Ni siquiera había visto su rostro!

Sin embargo, el pensamiento era constante. Su mente abandonaba toda practicidad para abocarse a un solo asunto: una extraña mujer. Una dama con perfume de grosellas negras. Una completa desconocida que recibía azotes para salvar un caballo.

Franz deambulaba por el despacho, iba y venía, incapaz de mantenerse quieto. Su cuerpo estaba preso del mismo maldito caos. Soltó una carcajada, una risa tan impropia de él que, de oírlo el doctor Viktor Schwarz, lo enviaría directo a su manicomio especial, al de los proyectos fallidos. Cogió la estatuilla de Dionisio y sonrió sin humor.

—Avanzar en el medio, Marcus... No conocemos tal cosa, idiota —respondió a aquella conversación mantenida con su compañero de torturas—. Si no caminamos por la jodida cuerda floja del absoluto control, caemos al vacío.

Y él estaba a un paso. Devolvió la estatuilla a su sitio. Su mundo se tambaleaba por un simple encuentro fortuito, por el azar, lo imprevisto. ¿Quién demonios era esa muchacha?

—Franz... —Florence ingresó al despacho, lucía tan alterada como él, solo que los motivos de ella eran tan claros y terrenales que la envidió por ello—. ¿Quién es ese cochero?, ¿qué demonios tiene que ver con nosotros?

—Florence, vuelves a cuestionar mis órdenes y te rajaré la garganta como debí hacer años atrás. —Florence lo observó con intensidad, ahondó en sus ojos castaños, en su rostro impoluto. Buscaba dilucidar si lo decía en serio o era una amenaza vacía. Franz siempre hablaba en serio. Tragó saliva y bajó la vista, más que avergonzada, furiosa. El señor Cooper podía leerla como a un libro abierto, sabía que ella llevaba años creyéndose especial para él. De hecho, ese había sido el plan, el motivo detrás de sus acciones pasadas.

Los experimentos de Viktor eran variados, algunos contaban de un componente físico, como palizas, hambrunas, sumergimiento en agua helada, electricidad —que el diablo se llevara a los malditos científicos que habían aprendido a dominar la electricidad—, mantenerlos despiertos por días...; otros eran puramente psicológicos: hipnosis, drogas alucinógenas, torturar a otros delante de ellos, hacerlos elegir entre su dolor o el ajeno...

Una de esas pruebas era matar a uno de los integrantes del grupo de control. Los casos clínicos —porque no eran personas para Viktor— eran reunidos en grupos, en los que se esperaba que surgiera un o una alfa. Cuando no quedaban dudas de quién era el más fuerte, lo obligaban a matar a los demás del grupo. Tras años de padecer juntos, el vínculo era inevitable, se requería de una gran dosis de sangre fría para coger el puñal y asesinar a quien te había acompañado en cada momento, quien podía entender de verdad lo que habías pasado. Los otros miembros del grupo de Franz habían ido cayendo en otros experimentos; Karl, por ejemplo, perdió la cordura y comenzó a tener visiones apocalípticas. Sophie se suicidó. Hanna intentó matar a Viktor y fue detenida como solo Viktor podía hacerlo. Florence había sobrevivido contra todo pronóstico, porque si hubiera tenido que apostar, sus rubíes hubieran ido para Hanna.

Pero en esa última prueba estuvieron Franz y Florence, y cuando fue el momento, Franz decidió que no lo haría. Se rebeló ante Viktor, ante el mandato y, a sabiendas de que se podía interpretar como una debilidad y lo llevaría al vertedero de los fallados, expuso sus razones: Si le perdono la vida, cuando sabe muy bien que soy capaz de matarla, me será leal por siempre. Es más fuerte que cualquiera en el mundo exterior, me será útil, y nadie desecha algo útil.

Razón, utilidad, adaptabilidad. Argumentó con los términos que tanto le gustaban a su creador, a ese médico delirante que buscaba forjar un humano no-humano. Un ser carente de las emociones terrenales que dominaban a sus pares.

Decir que el doctor Schwartz se había cabreado era quedarse corto. Tendría que haberse sentido orgulloso, su experimento cobraba vida, como el monstruo de Frankenstein. Al igual que el médico del libro de Mary Shelly, ante su creación, sintió terror. Pero, para fortuna de Franz, el doctor Serge Amberg ya trabajaba para Viktor. El psicólogo de la corriente freudiana aceptó la libre elección del paciente como un símbolo exitoso del proyecto. Desde entonces, Florence era su vasallo más leal, una convencida de que el doctor Schwarz era un visionario, que Franz era un superhombre (término que empleaban desde que se había popularizado) y que ella estaba por encima de los demás al servirlo. Creencia que se extendía en todos los sentidos, en especial en el de considerarse capaz de demandar explicaciones.

—¿Qué quieres hacer con él?

—Para eso te lo delego a ti, Florence —le respondió, brindándole las migajas que la mantenían leal—, tú sabes cómo tratar a la gente.

La sonrisa de la mujer fue sádica. Una prueba más de que esos experimentos eran una farsa, cuando la formación, la educación, no es emancipadora, no hace hombres libres, sino hombres que aspiran a ocupar el lugar de su opresor. Florence no deseaba romper sus cadenas, sino usarlas como látigos contra los demás.

Esa era la razón por la que Franz la mantenía cerca. Era útil. Y su partida lo dejó con la pregunta inicial, ¿entonces por qué cojones se obsesionaba con una muchacha *inútil*? No sacaba partido de esa dama, ni siquiera podía asociarla al deseo carnal, pues no la había visto. La única respuesta capaz de formular era que la muchacha ponía en jaque su sistema de valores, ese conjunto de creencias que le decían que los hombres estaban por encima de la naturaleza, que todos escapamos del dolor y buscamos el placer. Ella se había puesto por debajo de un animal y había hallado solo sufrimiento en el camino. ¿Qué demonios la había conducido a esa decisión?

La persona que podía ayudarlo a encontrar una explicación fue anunciada por la señora Davies, el ama de llaves.

—El doctor Serge Amberg ha arribado, señor Cooper.

—A veces desearía ser un monje de claustro, en silencio, donde nadie me toque los cojones —gruñó ante el nombre del psicólogo de Prometheus. El doctor venía a «inspeccionar» a su rata de laboratorio.

Entraría con su cuaderno de piel cogido de la mano en tres, dos, uno...

—Franz, te ves cansado, ¿duermes bien? —Le estrechó la mano con firmeza, debía reconocer que a diferencia de otros doctores de Prometheus, Serge jugaba a ser humano, imitaba los gestos, las sonrisas, incluso era capaz de convencerte de que tenía sentimientos. Franz sabía que no. El doctor fingía su humanidad y simulaba pensarlos a ellos también como humanos.

—Que te den —contestó sin más, detestaba esas puestas en escena y no se sumaría a ellas. Mantendría su independencia siempre que fuera posible; mientras él no usara «el detonante», como llamaban a su maldito juego psicológico y sádico, él optaría por actuar con la mayor libertad de la que era capaz—, ¿a qué vienes?

—A nuestra sesión, claro. ¿Puedo sentarme? —A Serge no le molestaban las sillas pequeñas, el muy maldito parecía incluso disfrutar del despacho de Franz. Analizaba todo en términos simbólicos; era él quien había aportado la nueva corriente, la de Sigmund Freud, al proyecto Prometheus. Pensó en Marcus, en su *confianza* en esa corriente. Franz no era optimista, la ciencia era buena o mala dependiendo de qué clase de hombres la emplearan. Y él ya no confiaba en la humanidad. Tal vez su extraña dama era del mismo pensamiento, tal vez por eso prefería los caballos a los hombres...

—Lo hará de todos modos —respondió. Intentó esconder su turbación, sería inusual que justo él se mostrara emocional. El más frío de los tres demonios. Marcus al menos reía con sarcasmo. Tobías perseguía un objetivo, no combatía la furia, no se mantenía imperturbable. Furia y Tobías eran la misma esencia. Él... en cambio... Franz Cooper se impedía sentir. Ni pena, ni enojo, ni frustración. El oscuro abismo de la nada era su mejor amigo.

—No, claro que no. ¿Puedo sentarme? —insistió el doctor.

—Dicen que, si no les das permiso a los vampiros, no pueden dañarte —se mofó Franz—. ¿No vienes de esas tierras? —Dio un rodeo más por su despacho, su andar felino era el mejor lenguaje. Siempre transmitía calma, apatía. Esa era la imagen que brindaba al mundo. Lucía prendas de perfecta confección y telas de calidad, pero sin diseños estridentes ni llamativos. Pantalón, chaleco y chaqueta, negros o gris oscuro... El corbatín y un reloj de bolsillo como únicos accesorios. Nada de barba, bigote, ni peinados a la moda. Un rasurado perfecto era práctico y exponía su preferencia por dicha practicidad. Además de que dejaba al desnudo su fuerte mandíbula y su rasgo más característico, una boca perfecta, de dientes blancos, que te podía sentenciar al infierno con una simple palabra.

Viktor sonrió ante la alusión de la novela del año, Drácula. No tomó asiento, el muy maldito esperaba el permiso de su anfitrión. No le había ofendido que lo compararan con un parásito que se alimentaba de sangre humana, mas sí que confundieran su origen. Fue incapaz de no defenderse de la acusación:

—Soy de Austria, los mitos vampíricos tan de moda provienen de los Cárpatos. —Su voz dejó entrever cierto tinte de superioridad por sobre las supersticiones—. Pero es interesante, ¿por qué crees que, si no le damos permiso, los vampiros no pueden ingresar a las viviendas?

—Me analizarás de todos modos, ¿verdad?, ¿puedo negarme?, ¿tengo algún jodido poder de decisión? —Demonios, si esos malditos no le hubieran hecho el cerebro papilla con sus experimentos, los mataría sin dudar. Pero Viktor lo había previsto, o, mejor dicho, luego de algunos intentos de

homicidio por parte de sus casos *clínicos*, había concluido que necesitaba tener algún control sobre ellos. Algo que les impidiera ir a por su creador. Había grabado en sus mentes un código; un método, robado a un médico ruso antes de que este lo hubiera publicado, que los condicionaba a actuar de determinada manera ante un estímulo particular.

Serge cogió su libreta, su lápiz de grafito y comenzó con sus anotaciones sin inmutarse. Las hacía en alemán; Franz hablaba el idioma, se había empeñado en aprenderlo al darse cuenta de que era el que usaba Viktor para comunicarse con el psicólogo. No le apetecía perderse ni una palabra.

—No me has respondido —insistió Serge, su acento era más marcado que el de Viktor, puesto que había llegado a Inglaterra de adulto. No conocía la historia detrás del doctor, de todas maneras, todo aquel que se relacionara con Prometheus era un maldito hijo de perra.

—Puedes sentarte.

—Gracias —tomó asiento, lo hizo de modo relajado, posando el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda—, ¿duermes bien?

—Como un bebé —mintió.

—¿Y sobre los vampiros? —insistió el médico, desde su nueva posición. Cualquiera diría que estaba en desventaja, encogido en una pequeña butaca, frente a uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. O del mundo. Sin más herramienta que una libreta de tapa de piel y un lápiz de grafito. Sin embargo, no lo estaba. A diferencia del creador de Prometheus, Serge era joven. Tal vez unos diez años mayor que Franz. Había llegado a reemplazar al psicólogo anterior que pereció tras un *encuentro no planeado* con Tobías. Tobías era bueno reuniendo malnacidos con el verdadero Creador, había logrado atacar al médico antes de que este usara el detonante contra él. Serge era de otra metodología. No usaba torturas físicas, no los sometía a pócimas alucinógenas ni nada similar. Su poder (y su control) era la palabra. O la ausencia de ella. El doctor Amberg sacaba conclusiones de los silencios, de los gestos, incluso de la vestimenta. Todo era interpretado, su teoría era que el inconsciente domina nuestras vidas, que, solo controlándolo, entendiéndolo, cogeríamos las riendas de nuestra existencia. De modo que de nada valía callar.

—Nos hace daño aquello que dejamos entrar, nosotros tenemos el control, la capacidad de detener incluso un mal tan grande como un chupasangre. No lo hacemos; por desconocimiento, dejamos ingresar aquello que nos matará.

Franz apoyó el trasero en su escritorio, mantuvo su posición física privilegiada. Era más corpulento que el doctor y, aun así, había dejado entrar a Serge. El muy desgraciado era un vampiro. Solo que no se alimentaba de sangre, sino de traumas. Y era insaciable.

—¿Solo por desconocimiento? —incursionó más hondo el doctor.

—Veo que ha caído rendido bajo el embrujo de Bram Stoker, como todo Londres.

—Es una historia fascinante, ¿la has leído?

—¿Hablares de una jodida novela?, ¿en qué te ayuda eso a determinar si debes enviarme a un manicomio? —La voz de Franz no mostraba irritación; al menos, pensó, las conversaciones con Serge eran entretenidas. Debía reconocer que pocas personas compartían su nivel intelectual. Su día a día eran órdenes, órdenes y más órdenes. Algunos decían que había placer en la compañía de los demás, Franz no tenía pruebas de ello. A lo máximo que había llegado era a amenizar algunas charlas.

—Es una historia llena de simbolismos; cómo interpretamos los símbolos dice más de nosotros que de los dibujos, metáforas, etcétera. Iré al punto, porque, aunque finjas indiferencia, estás irritado.

—Dijo eso tomando notas, lo cual lo irritó aún más—. Primero, de ese libro podemos destacar su

mensaje principal: la ciencia es limitada, hay aspectos que van más allá de la comprensión del hombre, esta corriente científicista es más acotada de lo que se cree. Conclusión que sé, compartes. Segundo, Lucy es seducida por el mal, no hay ignorancia, sino libido. ¿Podemos hallar placer en lo que nos destruye?

Serge dejó resonar la pregunta en el despacho, apoyó la libreta en el escritorio, sin preocuparse por esconder sus notas. Muchas veces lo hacía; evaluaba así la curiosidad del paciente. Franz no picó el anzuelo, a él no le importaba cómo lo veían los demás. Igualmente, se puso a la defensiva. Sabía lo que venía a continuación, se tenía que someter a ello. Si se resistía, Viktor se desharía de él. Debía dejar entrar al vampiro. El doctor Amberg le cogió una de manos, era el único que hacía eso, que buscaba el contacto con sus pacientes sin intenciones de tortura. Se puso de pie, sabía que Franz no se sentaría; era la primera prueba real del poder de Serge sobre su paciente, la señal leve de flaqueza en Cooper. Serge no podía culparlo, él también se resistiría en su lugar, al fin de cuentas, debía conducirlo a uno de los sucesos más traumáticos de su infancia. Sacó con la otra mano el colgante con una piedra púrpura y lo movió frente a sus ojos.

—Respira, Franz. Coge aire en tres, suelta el aire en seis. Siente la brisa, el perfume a hierba segada, a tierra húmeda. Estás tranquilo, en control. —Cuando Franz estuvo en trance, Serge guardó el colgante, pero mantuvo su mano cogida—. Necesito que vayas a un lugar por mí, Franz. Necesito que vayas a la sala ocho del hospicio, con el doctor Chamberland. Está Viktor ahí, sé que puedes sentir su presencia, aunque no lo veas. ¿Puedes decirme qué es lo que sí ves?, ¿qué sientes?

—Está oscuro... —La voz de Franz sonó distinta, cargada de miedo. Había viajado años atrás con su inconsciente, cuando aún no era capaz de manejar las emociones—. No puedo moverme...

—¿Por qué?, ¿es emocional o estás inmovilizado físicamente?

—Estoy... es físico. Tengo puesto uno de esos trajes de fuerza, Viktor dice que así nacen las mariposas, que antes están en un capullo y luego extienden las alas. Que debo aprender a romper el capullo. —Franz empezó a hiperventilar, buscó llenar sus pulmones de aire. Se encontraba inmóvil en su mente e inmóvil en su despacho.

—¿Oyes algo? —Serge empleaba una voz serena, muy distinta a la habitual.

—Una melodía...

—¿La reconoces?

Franz se agitó más. Esa vez fue el del presente, el adulto, el fuerte hombre que rebuscaba en su cabeza algo que estaba ahí. Joder, estaba ahí, pero se le escapaba. Era como olvidar una palabra justo cuando la necesitas, como dudar si has hecho algo rutinario y preguntarse, ¿he vaciado la bacinilla?, o, ¿he apagado el brasero? Y escudriñar el recuerdo que huye de tu mente. En algún sitio de su cerebro, en el mismo en el que, al parecer, se almacenan las tareas mecánicas, como hablar, comer o saber que el fuego quema, Viktor había grabado algo, lo había puesto ahí, donde nada lo podía borrar.

—No. Sí... —se corrigió—, sé qué puñetera melodía es, pero no puedo siquiera tararearla. —Gruñó.

—Tranquilo, regresa ahí, obsérvate desde fuera de tu cuerpo. Puedes hacerlo, recuerda, no estás allí físicamente, solo mentalmente. Tienes el control. ¿Qué ves?

Franz lo intentó. Buscó despegarse de su cuerpo, pero entonces empezó a sentir dolor.

—¡No! El agua... —Aunque no sucediera en ese mismo momento, Franz sintió el agua entrar en su nariz, el ardor en sus pulmones por la falta de aire, la visión borrosa del médico que lo torturaba. Las palabras no le salían, abrió la boca con la sensación de que de ella salían burbujas. No era capaz de

moverse, seguía amarrado por la camisa de fuerza en su recuerdo.

—Franz, no estás ahí. Es mental, sal de la jodida tina —demandó Serge, estaba a punto de rendirse, de romper la hipnosis, cuando Cooper habló.

—Grosellas...

—¿Qué?

El paciente estaba calmo, como si nada sucediera.

—Grosellas negras. Su perfume.

—¿Dónde hueles eso, Franz?

—Está oscuro, la niebla no me deja ver.

—Regresa a la habitación ocho —pidió Serge. Franz se había dissociado del recuerdo, era un mecanismo natural. El doctor Amberg lo aceptó como un cambio positivo. No tuvo que despertarlo, Franz había conseguido salir solo de allí.

—No puedo, no veo el camino.

—Hierba segada, tierra húmeda...

Franz aspiró hondo, sonrió.

—No, solo grosellas negras.

—A la cuenta de tres, despierta. Uno, dos, tres... —Serge le soltó la mano, Franz abrió los ojos castaños y los fijó en el psicólogo. Se hallaba en un estado de vulnerabilidad como pocas personas lo habían visto alguna vez, sin embargo, vulnerable no era sinónimo de débil, sino todo lo contrario. Como un león cuando se ve amenazado, estaba dispuesto a despedazarlo con las garras.

—Grosellas negras, ¿sabes por qué tu inconsciente trajo eso al trance? —preguntó el doctor.

—No.

Ambos sabían que mentía. Serge no iba ahondar más en la sesión, dio su veredicto.

—Le informaré a Viktor que no tiene de qué preocuparse... —Cogió su libreta, se puso de pie y le estrechó la mano a modo de saludo. Mientras se alejaba, agregó—: de momento. Los demonios empiezan a despertar.

CAPÍTULO 5



No le gustaba ensuciarse las manos. Tampoco le agradaba que se ensuciaran las de sus empleados. Pese a eso, no se andaba con vueltas a la hora de resolver sus asuntos. Había un trabajo por hacer, el cual respondía a mantener su posición de poder y a un deber para con el mundo. Hombres como Edmund Keighley no contribuían en nada con su existencia; al contrario, hacían que la balanza cayera del lado de la mediocridad. Y él detestaba la mediocridad, por ende, era su obligación equilibrar esa balanza.

Almacén portuario número tres, puerto de Londres. El lugar contaba con un total de ocho almacenes particulares, dos pertenecían a Franz Cooper, el resto de estos tenían otro dueño: Tobías Krage, su socio en el poder junto a Marcus Cavendish. Krage no tenía problemas en ensuciar sus manos con sangre. Si legaba el día en que perdiera el control que ejercía sobre sí mismo, el mundo ardería. Marcus bromeaba con respecto a la dinámica que existía entre ambos. La bella y la bestia, como el cuento. A simple vista, era muy fácil distinguir quién era la bestia.

—Milady, ha traído el calzado inadecuado —rió Krage al recibir a Franz, las botas de caña alta de Cooper relucían. Tobías hundió sus botas de la milicia en el barro. Había llovido y el suelo del puerto se transformaba en un gran incordio lodoso—. No me haré responsable del inminente daño a su propiedad.

—No te preocupes, el barro será el menor daño colateral del día. —Lucía siempre impoluto. Trajes hechos a medida. Calzado realizado con el mejor cuero italiano. Peinado de tal modo que cualquier mechón no hubiese cabellos rebeldes. La barba... ¿barba? Ni siquiera existía señal de esta. Perfección por fuera, perfección por dentro. Golpeó el suelo lodoso con el taco de la bota, el barro se desparramó como lluvia sobre el cuero reluciente—. Vaya, lo tomaré como un presagio. —Extrajo del bolsillo interior de su chaqueta unos guantes, se los colocó. No estaba en sus planes mancharse las manos con sangre—. Me imagino que has sido prudente al cumplir con el encargo.

—Prudencia es una palabra que le queda chica. —Caminaron hacia el interior del recinto. El almacén tres albergaba hierro destinado a la industria ferroviaria. También contaba con grandes hornos de fundición, lo que lo hacía un lugar perfecto para hacer desaparecer aquello que se interponía en sus caminos—. Si vuelves a encargarme una tarea como esta, considera de antemano mi negativa como respuesta. —Franz se detuvo en seco. Volteó su rostro a Tobías. Intentaba comprender la magnitud de sus palabras. ¿Acaso había cogido al hombre incorrecto?, ¿qué pudo haber salido mal?—. Fue lo más jodidamente aburrido que hice en mi vida... el maldito desgraciado se orinó en sus

pantalones ni bien me vio. ¡Vino por su propia voluntad!, ¿puedes creerlo? —carcajeó con fastidio. Cooper gruñó y retomó su caminata—. Confié en ti, Franz, pensé que me dabas un trabajo que merecía de mi presencia, de haberlo sabido, hubiese mandado al hijo de Tupper.

—El hijo de Tupper tiene diez años —le recordó por si este lo había olvidado—. ¿Estás falto de hombres, Krage? Si necesitas ampliar tu ejército, te enviaré de los míos. No es necesario que reclutes críos.

—Por eso mismo, este no es un trabajo para hombres, sino para críos. Tú ocúpate de tu ejército, yo me ocupo del mío. —Llegaron a un portón de madera que separaba el depósito en dos. La primera parte era la visible al público y apta para las requisas; la que estaba al otro lado... Bueno, allí ocurría la magia. Golpeó la madera con su pie—. Tupper con sus diez años lo hubiese traído a la rastra, ahorrándome una pérdida de tiempo. —El portón se deslizó hacia un lado gracias a la fuerza de dos hombres. Ingresaron, desde esa distancia podía verse al objeto que generaba tal intercambio de opiniones entre Krage y Cooper: Edmund Keighley. En una silla, amordazado, con piernas atadas a las patas y brazos amarrados en el reposabrazos—. Créeme cuando te digo que la sogá se encuentra a modo decorativo, para darle más impronta a la escena. —Keighley estaba tan aterrado que apenas pestañeaba.

—Te lo agradezco, sabes muy bien que me gusta recibir obsequios con un envoltorio acorde a su valor. —Antes de avanzar hacia el cautivo, se quitó la chaqueta, esta le limitaría la movilidad a sus brazos. Deseaba estar cómodo. Se la entregó a Tobías.

—¿Puedo preguntar...? —Krage cogió la chaqueta y se la extendió a uno de sus hombres.

—¿Qué? —Lo interrumpió mientras se encaminaba a Edmund.

—¿Qué te ha hecho este pobre infeliz? —Desde su perspectiva, el tal Edmund no valía ni el más mínimo esfuerzo. Menos que menos, el esfuerzo e interés de Franz Cooper. Era extraño que no se encargara Florence Sharp del asunto, a ella le encantaban los *trabajos sucios*.

—Existir, eso ha hecho. Pero estoy dispuesto a enmendar ese error.

Krage se cruzó de brazos. Fue una experiencia gratificante ver a Franz Cooper regresando a la acción. Los últimos años ostentaba su poder desde la comodidad de su despacho. Si hasta llegó a pensar que se estaba adaptando a la aburrida moralidad y la falsedad social. Nada de «Bella», siempre sería «Bestia». Lo vio coger una de las barras de acero que estaban para el descarte. La improvisada arma impactó en las rodillas de Keighley. El primer hueso roto de la noche fue una melodía para los oídos de los hombres Prometheus.

—Wolf, pon más carbón en el horno —le solicitó al hombre que sostenía la chaqueta de Cooper—. Es posible que hoy lo necesitemos para algo más que fundir hierro.

Dadas las circunstancias, llámese circunstancias a la confirmada imbecilidad del joven lord, Franz se impuso un límite. Una pierna rota, solo una. Un par de dientes, y no toda la jodida dentadura. Lo que no debía faltar jamás era la ruptura del tabique nasal, algo que él podría lograr con un golpe, aunque en esa oportunidad se tomó su tiempo. Cuatro golpes desde diferentes ángulos, cuando su nariz sanara tendría una nueva forma.

—¿Sabes?, en un par de semanas me agradecerás esto —dijo mientras movía su rostro de un lado al otro. Evaluaba su trabajo—. Tu nariz respingona era muy femenina. De ahora en más, parecerás un hombre. —Palmeó su mejilla con fuerza. Edmund gimió de dolor, no podía gritar porque todavía conservaba la mordaza. Las lágrimas brotaban de sus ojos como un inagotable manantial—. Suficiente... suficiente... —Extendió su mano a Krage que había acercado una silla y observaba el

intercambio sentado como si estuviese en una obra de teatro.

—¿Qué? —interrogó sin poder interpretar lo que Franz deseaba.

—Pásame un pañuelo, quieres. —No apartó la vista de Keighley. El contacto visual podía infundir más miedo que una paliza.

—¿Pañuelo?, ¿quién es la fémina ahora? —Rio a carcajadas—. ¿Te parece que un pañuelo puede ser una prioridad en mi vida?

—No, pero debería de serlo... —Un pañuelo tenía múltiples usos, era una obligación para el atuendo de todo caballero y dama. Más cuando pretendías mantener una imagen pulcra viviendo en el centro de Londres—. Busca dentro de mi chaqueta. —Fue una orden al mejor estilo Cooper. Krage ni siquiera se movió, se quedó a la espera de... Franz apartó la mirada de Edmund por unos segundos y se la obsequió a Tobías—. Si es que eres tan amable, por favor... —agregó con tono socarrón.

—¿Luzco como una persona amable? —Se incorporó, fue hasta donde estaba Wolf, el hombre que sostenía la chaqueta de la visita. Este le entregó el pañuelo. Si respondía a lo solicitado por Franz era porque no deseaba que el espectáculo se mantuviera en pausa.

—Si te rasuraras, tal vez... Por lo menos, desde una distancia prudencial, lo parecerías. —Krage llegó a su lado, le lanzó el pañuelo al rostro. Franz lo cogió antes de que llegara a rozar su mejilla—. Una vez que uno huele tu hedor, da por tierra su suposición.

—No juzgues a un libro por su portada, Cooper. Mírate y míralo a él. —Franz Cooper le brindaba al mundo una imagen de perfección y medida que en realidad no tenía. Podía perder «la amabilidad» en un abrir y cerrar de ojos.

—Él se lo buscó... —Le secó las lágrimas con brusquedad y, para mayor dolor del aludido, frotó también su nariz rota—. He dicho suficiente, basta de lágrimas, acepta las consecuencias de tus acciones —dijo y le quitó la mordaza. Se acucilló para hablar cara a cara con él, se le dañarían las cervicales de tanto mantener la cabeza erguida. Ese fue el único acto de piedad de Franz.

—¿Qué te he hecho? —Las palabras salieron acompañadas de pequeñas expectoraciones de sangre.

—Intentaste robarme... —le recordó.

—Pero no te robé. —Las alternativas eran dos. Era el dueño del cargamento de rubíes. O era el dueño de la casa de apuestas que regenteaba Gilded. En cuanto a este último, le debía dinero, no le había robado. Suponía entonces que era el primero. ¡Malditos rubíes, ni la sombra de estos vio y pagaba las consecuencias!

—He dicho que intentaste robarme, no que lo has hecho. —Volvió a limpiarle las lágrimas, lloraba como un maldito crío. Entre la sangre y las lágrimas, su pañuelo era un asco. Enfurecido por esto, pues era un pañuelo de buena calidad, lo metió dentro de la boca de Keighley. Silenció sus gemidos una vez más—. Son dos cosas muy diferentes, de todas maneras, ambas me cabrean. Pero sabes qué es lo que más me cabrea, tener que hacer esto.

—A ti te cabrea, a mí me encanta —acotó Krage. Para variar era placentero ver a Cooper ensuciando sus manos tal como él lo hacía. Aunque en su caso fuera por pura naturaleza.

—Me cabrea cambiar mis planes del día... me cabrea ensuciarme los zapatos —Enumeró las razones que consideraba fundamentales—, desperdiciar un pañuelo de buena calidad en ti y, en especial, me cabrea tener que impartir lecciones a hombres sin seso como tú. Por eso no tiene sentido siquiera oír lo que tengas para decir y por eso mismo también es que he elegido el momento oportuno para esto. —Edmund intentó escupir la tela dentro de su boca, se estaba ahogando al tragar su sangre.

Gimió con desesperación. Su cuerpo comenzó a sacudirse—. De acuerdo, de acuerdo, haré una momentánea concesión —Cogió la punta de la tela que sobresalía de su boca—, te sacaré esto si prometes callarte y escuchar. —Asintió frenéticamente—. Perfecto, ahora que tengo tu plena atención, te daré noticias de último momento: el salón de juegos de Gilded me pertenece.

—Pro...prome...to... devolver. —No pudo finalizar su súplica. Los dedos de Krage le apretaron los labios.

—Ha dicho que te calles y escuches, ¿qué parte de ello no has entendido? —La mano de Tobías fue una mordaza humana. De esa forma podía tragar saliva y sangre sin inconvenientes. Franz se lo agradeció con un leve movimiento de cabeza.

—No puedes devolver nada; de poder hacerlo, yo ya me lo hubiese cobrado. Tú, lo único que tienes, son adicciones... al juego, al alcohol y a las mujerzuelas. Por fuera de eso, no tienes un céntimo, solo un conveniente apellido. —Se incorporó, estaba cansado de estar en cuclillas por condescendencia a un idiota. Estiró sus brazos e hizo crujir su espalda—. Podría romperte cada uno de tus huesos, es una verdad irrefutable...

—¡Oh, mi Dios!, ¡alabadas sean tus palabras!

—No obstante, no obtendría nada a cambio y yo sí quiero algo. —Se quitó los guantes de cuero manchados de sangre, los arrojó al suelo lodoso—. Quiero mi dinero en última instancia, y en primera, quiero que el mundo recuerde que meterse conmigo, profanar mi territorio y alterar mis jodidas rutinas se paga caro. —Caminó en dirección a Wolf, el hombre que era la mano derecha de Tobías, y cogió la chaqueta que este sostenía—. En consecuencia, el precio por mantener tu cabeza unida a tu cuerpo ha crecido de forma exponencial en estos días. —Deslizó sus brazos en la chaqueta con parsimonia. De igual manera abrochó los botones—. Veremos cuánto está dispuesto a pagar tu padre por ella, considerando que eres su único heredero. —Edmund agitó la cabeza, sí, sí, su padre sería su salvación. Luego sería su condena, pero una condena familiar sin poner en juego su cabeza—. Tengo entendido que hoy abren las puertas de la casa Keighley para un baile de máscaras, ¿es verdad? —Le hizo un gesto a Tobías para que este liberara sus labios. Le permitieron hablar.

—Sí...sí... hoy.

—¿Crees que necesite invitación para entrar? —dijo con ironía. Tobías consagró la ironía con una carcajada. Por supuesto que no requería invitación. Era Franz Cooper. Los Prometheus nunca necesitaban invitación.

—Dile...dile que eres mi invitado.

—¡Gracias por tal honor! —Le hizo una reverencia forzada. Se dirigió a Tobías—. Prepáralo para ser transportado...

Antes de que Lord Edmund Keighley pudiera reclamar más tiempo de vida, Krage lo puso a dormir a la fuerza. Un puñetazo certero y dulces sueños.

CAPÍTULO 6



¿Cuánto pesaba ese rubí? En su dedo le incordia, era una pieza demasiado grande. Estaba engarzada en oro y pulido de manera que formara una figura geométrica en punta. Se enganchaba en todo, en su falda, en su bolso, en las servilletas a la hora de tomar el té... No obstante, peor era el peso en su pecho. Las cadenas también podían brillar, las jaulas también podían forjarse en oro y no por eso dejar de ser cadenas y jaulas.

La desesperación en lady Georgiana era tal que ni siquiera era capaz de llorar. El agobio la aplastaba y la angustia se apoderaba de ella. Se encontraba sola en casa y eso le brindaba algo de sosiego. La señora Curly estaba atareada con los preparativos del evento de esa noche, la famosa fiesta anual de máscaras de su padre. Lord Gordon Keighley descansaba por el mismo motivo, para estar radiante, y su hermano... Nadie sabía dónde estaba Edmund ni se preocupaban demasiado por ello. Borracho en un salón de juegos, en brazos de una prostituta, apostando el dinero que no tenía... No importaba. Gordon lo terminaría apañando, pese a considerar a su hijo un imbécil. Y si la furia se abría paso, si la deuda crecía demasiado o si una dama se presentaba en la puerta de la mansión familiar alegando que Edmund la había violado y embarazado, sería el cuerpo de Georgiana el que pagaría el precio.

Intentó no pensar, no buscar las respuestas de por qué la despreciaban tanto. Había llegado a escuchar que su madre tuvo un amorío, que en realidad no era hija de Gordon. Otros sirvientes decían que ella le había provocado la melancolía a su madre, que tras parirla había caído en depresión. Que era la culpable del suicidio de la anterior lady Keighley. Algunos rumores brindaban explicaciones más sencillas y, por eso, más aterradoras. La lady no se había suicidado, la había ahogado lord Gordon, y cuando su hija creció y comenzó a asemejarse en apariencia a su madre, el hombre descargó sobre ella la misma furia que sobre su progenitora.

Hallar respuestas no le traería la libertad, la explicación no haría más sencillo su tormento. Empezaba a pensar que nada lo haría. El rubí era tan molesto y grande que le impedía concentrarse en otra cosa que no fuera en su porvenir. Su soledad actual, sus minutos de paz, le habían costado muy caros. Lord Boris Boyle la había visitado para proponerle matrimonio y por eso la habían dejado a solas con él, si el hombre ponía el anillo, entonces ella era su propiedad. Para tomarla a la fuerza, para tocarla, intentar besarla...

El estómago se le revolvió ante el recuerdo, debió dejar el té a un lado. Giró el rostro en busca del sol, pocas veces podía disfrutar de las tardes en la biblioteca. Cuando tu vida es un infierno, hallas

el paraíso en nimiedades. La brisa veraniega, el cantar de un pájaro, el olor de un libro nuevo... Debía enfocarse en ello si quería sacarse la horrible sensación de las manos de lord Boyle sobre sus senos. Georgiana se encrespó en la silla, como si sintiera el caminar de una araña en su pecho. Quiso llorar, pero tenía los ojos color miel secos. No la había violado, el asqueroso hombre no había llegado tan lejos.

—Si te tomo ahora, tu hermano se aprovechará de la mercancía... —le susurró con su aliento apestoso cerca del rostro—, te ensanchará y ya no serás tan prieta como me gustan a mí.

Recordaba el sabor amargo de su bilis al subir por su garganta. Forcejeó, y Boris se rio:

—Me gustas, me gustas virginal y pudorosa.

No solo *la reservaba* para su noche de bodas, sino que además no tenía la fuerza para tomarla si se resistía, si ella cogía el jarrón y se lo partía en la cabeza. Había leído en su mirada que justamente eso era lo que la muchacha pretendía, estaba tan acostumbrada a las palizas que ya no les temía. No le temía a la muerte, sino al tormento.

Cerró los ojos y disfrutó de un segundo más de sol, sabía bien que una vez bajo el techo de lord Boris, los criados servirían a su señor. Le ayudarían a amarrarla a la cama y, ya sin defensas, el infierno se desataría. Volvió a abrir los párpados, miró su mano.

—¿Cuánto me darán por ti? —le preguntó a la joya, haciéndola girar en su dedo—, ¿cuán lejos llegaré?

Ni siquiera conocía a alguien a quién vendérselo, ni a quién recurrir por ayuda. No tenía amigos, jamás salía de esas cuatro paredes. Por supuesto no estaba invitada a la mascarada de su padre, ni Boris ni Gordon querían que alguien la viese. Menos un caballero romántico que ante la belleza de la muchacha ansiara salvarla. Eran conscientes del atractivo de la dama, con su cabello color miel y sus ojos a juego. Con su figura esbelta y su piel lozana. Valía su peso en oro y lord Boris había pagado el precio, nadie se la quitaría. A diferencia de los Keighley, los Boyle tenían dinero y poder. Pocos hombres se atreverían a desafiarlo, pero ¿por qué correr el riesgo?

Mejor era encerrar a la princesa en la torre, con un dragón —o la señora Curly— custodiándola, mientras ellos se divertían y aparentaban que las cuentas no estaban en rojo, que la nobleza aún conservaba cierto encanto y que el mundo era tal y como ellos soñaban.

El sueño de ellos era la pesadilla de Georgiana. Se puso de pie sin delicadeza, al demonio con todo, pensó. De todos modos, ya estaba muerta, era cuestión de tiempo a que su cuerpo abandonara el mundo terrenal. Si se concretaba su matrimonio, se suicidaría como su madre. Si no, su padre la mataría a golpes por perder el pago que Boris había hecho por ella. Perdido por perdido...

Sin detenerse ni un segundo abandonó la biblioteca. No cogió abrigo alguno, ni guantes ni bolso. No tenía nada, ni dinero, ni pertenencias, ni recuerdos. Solo debía salvar su existencia material, luego se preocuparía por su alma... si todavía la tenía. Caminó por el corredor a paso firme, recordó su última salida, la vez que fue a por el ungüento. El latigazo, el deseo incluso de morir, pero dándole a su muerte un significado mayor que la mera desesperación..., y una mirada. Podía sentir la intensidad de esa mirada en su piel, tal como sentía el toque fantasma de las manos libidinosas de lord Boyle. Solo que la sensación era la opuesta, no había asco ni repulsión, sino un impulso instintivo a permanecer bajo esos ojos escrutadores. Como si estos fueran los ojos de Dios... o de un demonio... que podían proteger o destruir. Que tenían el poder de cambiar las cosas. Un poder que ella ansiaba, atrapada en la más honda de las impotencias.

No había llegado a ver bien al hombre, ni mucho menos a entender qué lo hacía distinto a los

demás que atestiguaron la escena. Tampoco importaba. Porque lo que sí necesitaba hallar en ese recuerdo era un dato. Un rumor, los retazos de conversaciones oídas en cada ocasión que había ido a por sus ungüentos. La señora Britt quejándose de su vecino. Era una mujer amable, gentil, pero no exenta de *ciertos defectos*. Como la discriminación a la nueva camada de trabajadores que probaban suerte en Londres.

—Son todos criminales...—había dicho en dirección a su ayudante de la botica—, vienen a aquí a emprender negocios ilegales. Ese chino...

Georgiana intentó extraer del baúl de su memoria el nombre del hombre. Los nombres asiáticos eran tan distintos a los ingleses que le era difícil distinguir cuál era el de pila y cuál el apellido. Piensa, Georgiana, piensa...

—¡Sheng Wei Lian! —soltó, eufórica.

La señora Britt había bajado el tono de voz de su queja, cuando agregó: —El negocio de Waldorf esconde el tráfico de piedras preciosas y todo gracias a la ayuda de Sheng.

Él sería su salida, él le compraría la piedra. Tenía que confiar en el rumor quejumbroso de la señora Britt. Claro que había riesgos, pero estaba decidida, ¿qué era lo peor que podía sucederle por negociar con maleantes?, ¿que la mataran? Casi se le escapa una carcajada sarcástica.

Cogió el pomo de la puerta, dispuesta a no mirar atrás. Abrió, el aire del exterior le golpeó el rostro, dio un paso al frente y...

—¿A dónde demonios cree que va, milady? —La pregunta fue acompañada de un tirón de pelo. La mano de la señora Curly estaba enredada en sus cabellos, le lanzó la cabeza hacia atrás, con fuerza. Georgiana solo fue capaz de ver las molduras del techo—. Creo que alguien no ha aprendido a valorar la libertad, creo que alguien necesita unas horas en la despensa...

Uno de los criados ayudó a la señora Curly a conducirla a la improvisada prisión, allí la encerrarían por horas. Georgiana no emitió palabra. En la oscuridad de su nueva cárcel ideó un nuevo plan. La dejarían salir antes de la fiesta, porque los cocineros necesitarían acceso a la despensa. Entonces se escabulliría en la mascarada como una más, con su rostro cubierto estaría a salvo, y luego se marcharía en el carruaje de uno de los invitados. En la confusión de lacayos y coches lo conseguiría. Así llegaría a Sheng Wei Lian, le vendería el condenado rubí y pagaría un pasaje en el primer barco que saliera de Londres. ¿Después? ¡Al demonio el después! No le temía a nada, le habían querido quebrar la voluntad y con ello solo consiguieron despojarla de todo miedo.

Ya era libre de espíritu, ahora era tiempo de hacer que esa libertad sea una realidad material.

El deber no tenía por qué generar placer, ni hacerse gustoso. Por eso lo llamaban «deber», ¿verdad? Franz, no obstante, pensaba que, dado que tenía a un hombre ensangrentado metido en un baúl, bien podía sentir algo más que simple apatía. Lo había golpeado, amenazado y en lo único que podía pensar era en si el evento ameritaba que utilizara un corbatín de color.

Se había higienizado, y cambiado de atuendo por un elegante frac acorde a una mascarada de un lord. Claro que él no se cubriría el rostro, tal necesidad solo existía en los hombres sometidos a la moral. Él no necesitaba esconder su identidad, porque nada de lo que hacía lo avergonzaba. Ni los negocios ilegales, ni los legales, tampoco sus amantes, menos aún los métodos empleados, como los de esa tarde. La sociedad era presa de esos principios, Franz no. Bastaba con hallar una explicación

racional, una finalidad práctica, para que todo quedara justificado.

El fin justificaba los medios.

El de esa noche era recordarles a los lores británicos quién ostentaba el verdadero poder. No tenía sentido que llamaran a los oficiales de Scotland Yard, abrirle una causa judicial, ni contratar un asesino a sueldo que lo matase. Sería en vano. Cooper podía entrar a sus fiestas, a sus casas, y entregar la cabeza de sus hijos en bandeja y ellos serían impotentes.

Habitualmente, cuando analizaba su obrar bajo la lupa de su adoctrinamiento, pensaba en el doctor Viktor Schwarz, en la posibilidad de que el jodido científico hubiera tenido razón y así se creaba al hombre por encima de los hombres. Despojándolo de toda humanidad. Sin embargo, en esa ocasión, otra persona atravesó su mente. La muchacha del perfume de grosellas, la única que, en años, había conseguido generarle más que apatía y que ponía en jaque el análisis funcional de sus acciones.

La había buscado con discreción. No podía usar con ella sus métodos convencionales, porque de hacerlo, Viktor sabría que tenía una obsesión. Y la obsesión en los términos del doctor era sinónimo de *debilidad*. Lo que los hijos de Prometheus no podían poseer. La única información que había recabado era que la muchacha había utilizado un coche de alquiler y que este trabajaba en el barrio residencial de la nobleza. El hombre no recordaba haber visto a la muchacha antes, ni siquiera haciendo recados o saludando a vecinos. Un completo fantasma, un enigma.

Vació la cabeza de preocupaciones, esa noche no podía prestarse a distracciones. Dejar la mente en blanco era una capacidad que desarrollabas a fuerza de dolor. Terminó de ajustarse el corbatín gris plomo y colocó una rosa amarilla en su ojal. El tono era tan intenso que parecía dorado, casi a juego con la cadena de su reloj. Una vez listo, bajó las escaleras, cogió el sombrero, el abrigo y el bastón —el cual era a su vez un arma— y, sin detenerse un segundo más, se aupó en el carruaje. Lord Edmund Keighley viajaba en el baúl en el techo. Su cochero esa noche era Joshua, un hombre que podía matarte de un golpe, y su lacayo era Sandor, quien era ágil con los cuchillos. No necesitaba más, él se defendía por sus propios medios. Sus acompañantes tenían como tarea arrastrar a Edmund cuando el clímax de la noche lo demandara.

El viaje no era largo, el conde de Burlington vivía en Kensington, una zona lujosa, aunque bastante poblada. Ese había sido el motivo por el que Franz había optado por Chelsea, en donde fue capaz de construir una casa rodeada de un muro, con amplios jardines y privacidad para sus negocios. Admiró la belleza de Kensington, sin cuestionarse su funcional decisión. Ciertamente era que allí habitaba la *crème de la crème*, pero él no se guiaba por las reglas sociales. Ser un Prometheus implicaba andar por caminos sin marcar. Ser la clase de hombre que hace al mundo avanzar en la línea del progreso. Y así era. Porque si Franz se mudaba o se proponía construir una nueva mansión en algún otro sitio, ese sitio se revalorizaría en el mercado de inmediato.

Les dejaría a los lores su olor a moho y sus costumbres atrasadas; ellos eran el pasado, Franz Cooper, el futuro.

La casa de lord Keighley resplandecía esa noche. Los carruajes hacían fila en la entrada, obstruyendo el paso. Las risas se oían a la distancia, estridentes, ruidosas, vulgares. Las máscaras le permitían a la nobleza despojarse de sus principios y ser ellos mismos por una noche. Se cubrían el cuerpo y se desnudaban el alma. Las damas, todas ellas recatadas en la tarde, lucían escotes pronunciados, colores estridentes, faldas estrechas que dejaban ver el tobillo al andar. Las plumas de sus máscaras acariciaban los rostros masculinos de tan cerca que caminaban. Ellos, por el contrario, vestían de negro, dispuestos a ser los siervos de la oscuridad por un par de horas. Sus máscaras eran

blancas, teatrales, un lienzo en blanco...el disfraz perfecto.

—Adelántate, Joshua —le ordenó a su cochero—, no pienso esperar.

—Sí, señor.

El coche de Cooper rebasó a los demás hasta alcanzar la puerta. Sin esperar a su lacayo, abrió la portezuela y saltó sobre el empedrado. Los rostros enmascarados se volvieron en su dirección, vieron el escudo de su carruaje y al hombre, y los embargó un incómodo silencio.

Incómodo para ellos.

Franz avanzó sin preocuparse por las miradas ni por el sonido que la suela lustrosa de su zapato hacía al caminar. Su andar fue seguro, felino. Alcanzó la puerta, se quitó el sombrero, el abrigo, y se los extendió al lacayo de los Keighley. El mayordomo, un hombre de rasgos severos y engreído, palideció ante la presencia.

Su nombre, su escudo de polilla de halcón en el carruaje eran su sello, la prueba de que la leyenda urbana no era solo eso, una leyenda, sino alguien real. Aun así, las personas desconocían de dónde había salido, cómo había forjado su fortuna, qué pretendía de ellos.

—Señor Cooper —carraspeó el mayordomo—, ¿tiene invitación?

Franz sonrió. Expuso su blanca línea de dientes, el gesto fue amenazante.

—Claro, me ha invitado lord Edmund en persona.

Al escuchar su respuesta, el mayordomo palideció aún más. No lo detuvo, optó por hacer la elegante reverencia y permitirle el ingreso. La ausencia de lord Edmund en el evento, una fiesta que aguardaba por meses porque le permitía dar rienda suelta a su verdadero carácter, se sumaba a la repentina presencia del señor Cooper. No había que ser un genio, bastaba sumar dos y dos para que diera cuatro. En el extremo opuesto del salón, el anfitrión divisó a su inesperado invitado y cerró los ojos con fuerza tras la máscara.

—Maldito Edmund —gruñó—, ¿en qué te has metido?

De momento no haría ningún movimiento, aguardaría a que Cooper mostrara sus naipes. Tal vez venía a por otro, tal vez solo deseaba pavonearse con su poder... tal vez Gordon podía creerse sus mentiras.

La esperanza era lo último que se perdía, y esa noche lo único que mantenía en pie a los Keighley era la esperanza.

Edmund, a que su padre pagase.

Gordon, a que su hijo estuviera vivo.

Georgiana... a que nadie la reconociera hasta que pudiera alcanzar la maldita puerta y huir de ahí.

CAPÍTULO 7



Fueron apenas un par de segundos. Georgiana comparó el efecto con el de un apagavelas, el oxígeno se va y la llama empieza a consumirse, hasta extinguirse, pero si la quitas antes de tiempo, basta una bocanada de aire para volver a encenderse. Así fue la entrada de ese hombre al salón. El sonido fue sofocándose hasta que no se oyó ni el tintineo de las copas, luego un carraspeo, un murmullo, un frufri de telas y el barullo resurgió. Georgiana dio un paso atrás, se escondió entre los invitados, la quietud era su enemiga. Temía que alguien reparara en ella o la invitara a una charla casual, más ahora, que de intentar alcanzar la puerta quedaría al descubierto. El extraño interrumpió su huida, pero a la vez le otorgó una distracción. Las miradas estaban en él, las conversaciones versaban sobre su identidad...

—Este será el evento de la temporada —dijo una dama. No era difícil adivinar quién era, y eso que lady Georgiana rara vez abandonaba su casa. Se trataba de lady Johana, la esposa de un alto mando del gobierno británico, que disfrutaba de los placeres de la vida cuando a su marido lo enviaban al extranjero—, una pena que tal suceso se dé a costa de la vida de lord Edmund. —Su declaración finalizó con una risa contenida. Su diversión primaba por sobre la vida del joven Keighley.

Georgiana no se horrorizó, si buscaba en su corazón hasta coincidiría con ella. La vida de su hermano era un desperdicio hasta para entretener a sus amigos. Se sintió mezquina al reconocerlo, pero más aún, furiosa. Furiosa de que su padre y su hermano la hubieran convertido en una mujer así, capaz de tal rencor. Como no le apetecía ahogarse en sus penas, sino huir, rescató de ese retazo de conversación lo importante: el extraño, aunque no supiera cómo, tenía la vida de su hermano en un puño.

Sintió curiosidad y, sin alejarse de la pared, se deslizó más cerca de la escena.

—..Franz Cooper...—oyó.

—..Negocios...

—..Nadie sabe...

—..Una sombra...

Los murmullos no le brindaban demasiada información. Hizo el esfuerzo de recordarse que tenía que escapar, pero no conseguía alejarse de allí, de las sombras, del magnetismo de ese extraño que todos temían y que nadie entendía por qué. ¿Quién era? Un extraño cosquilleo le recorrió la piel y se depositó en su vientre, una impresión similar a cuando sientes una presencia fantasmal en tu casa que te observa, aunque tú no lo veas. Una sensación que había experimentado una vez, la ocasión con el

caballo.

—Llevas una máscara, estás segura —se dijo y se atrevió a despegar la espalda de la pared. Franz Cooper no hacía nada, estaba de pie, y con eso bastaba para que los demás orbitaran a su alrededor. Cogió una copa de champán y se la llevó a los labios; su boca era carnos, demasiado sensual para un hombre de porte tan...demoníaco. Sus ojos castaños lo escrutaban todo, sin por ello mostrar interés en lo que veía. El hombre buscaba amenazas, evaluaba cada objeto como una posible arma, estudiaba las salidas, cómo provocar un incendio, cómo desatar una distracción, cómo demoler la mansión hasta los cimientos. Contabilizaba las víctimas, cuántas saldrían ilesas, cuántas serían inocentes, cuántas se merecerían el trágico destino...

Hacía algo que ella llevaba años practicando: defensa. Ese imponente hombre, ese ser que sin hacer nada era reverenciado y temido, esperaba siempre ser herido, atacado...como ella.

El cosquilleo en Georgiana se volvió euforia, un latido furioso aceleró su corazón. Franz Cooper era la encarnación del poder y, a la vez, era similar a ella. ¿Quería decir que ella también sería capaz de engendrar miedo?

—Además de mezquina, me estoy volviendo vengativa...—se dijo y apartó la mirada del hombre. Lo hizo a duras penas, porque realmente deseaba seguir observándolo. Había divisado un corte que le atravesaba la ceja izquierda y el frac no disimulaba su cuerpo musculoso, más propio de un trabajador que de un hombre de negocios. Furiosa por ser tan débil, enojada consigo misma por comportarse como una debutante ingenua, se dio la media vuelta y caminó a paso decidido hacia el jardín. Allí daría un rodeo, fingiendo ser una dama a la espera de un encuentro fortuito con un caballero, y al fin alcanzaría la entrada lateral, donde los coches se amontonaban los unos con los otros. Analizaría qué le convendría, si engañar a un cochero fingiendo ser su señora o esconderse en el interior hasta que partiera. Una vez fuera de su jaula, no tendría que preocuparse más por el monstruo en el que se estaba convirtiendo, en la dama llena de rencores que ansiaba que su hermano muriese a manos de un extraño para diversión de lady Johana o que ella se convirtiera en un ser igual de poderoso para que todos le temieran.

Su personalidad era otra, en el fondo. Luchaba por mantener cierta dosis de bondad, era su forma de rebeldía. Claro que no había hallado más que a un pobre caballo en quien proyectar tal virtud, los seres humanos hasta ahora le habían demostrado no ser merecedores.

El mismo instinto que le hacía prever las palizas, los peligros, le advirtió que corría riesgo de ser descubierta. Se detuvo junto a la mesa del ponche, en la que una figura de cisne de hielo estaba rodeada de la roja bebida. Esta estaba ubicada frente a una de las ventanas con el fin de que la brisa exterior ayudara a que el hielo no se derritiera tan rápido. Maldijo la máscara de plumas azules que le cubría el rostro por impedirle mirar de reojo, agudizó el resto de los sentidos y comprendió que no era a ella a quien miraban, sino que el inesperado invitado caminaba en su dirección.

—¡Diantres! —gruñó y cogió una copa para interpretar mejor su papel de invitada. Ese hombre no dejaba de interrumpir su huida, si se dirigía a los jardines, entonces la atención estaría allí y ella tendría que intentar escapar por la puerta de ingreso. Dejó de parecerle atractivo y lo consideró un mero incordio. Un enorme obstáculo de un metro noventa de estatura y unos ochenta kilogramos de peso.

En la puerta de ingreso estaba el mayordomo, y debido al cambio de la noche, estaba más atento que lo habitual. Decidió aguardar un poco más, el hombre eventualmente iría a hablar con su padre, le diría dónde hallar el cuerpo de su hijo o algo similar, y mientras eso sucediera, ella se escabulliría en

uno de los carruajes. Conforme con el cambio, se volvió hacia la multitud y compuso una leve sonrisa. Agradeció su nueva ubicación, pues la brisa de la ventana aliviaba su agobio. Cerró los ojos al sentir el frescor en su espalda y, al abrirlos, los de Franz Cooper estaban fijos en ella.

Parecían reconocerla, saber quién era. ¿Cómo?, jamás se habían visto. ¿La delataría?, ¿acaso estaba al tanto de que no podía estar allí? Tal vez no hallaba extraña su presencia, tal vez...

El pánico venció. El miedo fue más fuerte y le demostró que, aunque compartieran el mismo instinto, no poseían el mismo poder. Él era dueño de sus emociones, ella era cautiva... El coraje recogido a base de desesperación no era valentía, sino abatimiento. Sin pensar en sus actos, en si llamaba la atención con su reacción, apuró el paso camino a los jardines. El último tramo, desde la puerta acristalada hasta la glorieta, lo hizo corriendo. Y una vez al resguardo de las rosas amarillas, se detuvo un momento. No había vuelta atrás, solo restaba seguir corriendo y lo único que estaba bajo su poder de decisión era la dirección. ¿Probar suerte con los carruajes o alejarse a pie... hasta que sus piernas le dijeran basta?

La vida le demostró a Georgiana que se equivocaba. Quizá no tuviese ni ese poder... o tal vez contara con uno mucho más grande. Hay que tener cuidado con lo que se desea, porque los demonios siempre escuchan nuestros anhelos, para tentarnos con ellos:

—Buenas noches...¿milady? —saludó Franz Cooper, adentrándose en los rosadales.

Jugaba con la expectativa de lord Gordon Keighley. Cada minuto que pasaba sin acercarse, sin revelar sus motivos, acrecentaban el precio que el hombre estaría dispuesto a pagar por la liberación de su hijo. Debía permitirle a su cabecita evaluar cada fatídico escenario, hasta convencerse del peor. Cuando al fin creyera a lord Edmund muerto, despedazado, comido por gusanos, le expondría que, afortunadamente, eso no había sucedido...aún. Que estaba en sus manos evitarlo.

Un método muy eficiente para la negociación.

Ignorando las miradas puestas en él, la curiosidad suscitada por su presencia, caminó a paso lento por el salón. Reconocía a algunos de los presentes pese a las máscaras. Entre los invitados había muchos que detestaban el anonimato, eran presos de la imagen proyectada, como el mito de Narciso. Por eso, se aseguraban de delatar su identidad con algún objeto como el reloj con el escudo familiar, el anillo sello en el índice, el lunar característico cerca del labio.

Recabó esa información y la almacenó analíticamente en su cabeza, tal vez le sería útil en alguna ocasión. Por lo pronto, tenía otro objetivo, uno que le sentaba bien porque consistía en demostrar su aburrimiento, su desinterés. Dos emociones que, de hecho, lo embargaban. A punto de bostezar, cogió aire y la brisa de una de las ventanas le hizo llegar a su nariz un aroma peculiar, un perfume que se estaba haciendo demasiado familiar para él.

El bostezo quedó en pausa, su boca se cerró de inmediato y los ojos le lagrimearon de forma natural. De no estar tan estupefacto, se hubiera reído. Nunca fue capaz de determinar si era peor un bostezo coartado o un estornudo. En ese instante, la respuesta no importaba, porque solo necesitaba saber una cosa: de dónde venía el perfume de grosellas negras.

Se volvió en dirección a la ventana, casi esperando hallar un pastel y poder burlarse de su propia necedad. De su obsesión. Lo que halló le hizo sentir una descarga eléctrica, como las de esos crueles experimentos del pasado. No había un jodido pastel, sino una mujer. La muchacha intentaba no

mirarlo, era la única. ¿Cómo demonios nadie no la notaba? Conseguía hacerse una con el papel de pared, las plumas azules de su máscara se perdían sobre el decorado y su vestido celeste era tan anodino que había que mirar dos veces en su dirección para darse cuenta de que estaba allí. Pese a ello, una vez que reparabas en su presencia, lucía tan fuera de lugar como una tortuga trepada a un árbol.

La brisa volvió a traer su aroma, no tuvo dudas, era la dama del caballo. Ella se volvió, sintió la intensidad de su mirada y, al hacer contacto visual con él, no hubo máscara que la protegiera. Franz alcanzó a ver sus ojos color miel, las pupilas de la mujer se dilataron, el terror atravesó su mirada y sin explicación aparente, se dio a la fuga.

La vio huir a los jardines, contuvo el impulso de seguirla de inmediato para no mostrar el impacto que ese encuentro había generado en él. Franz siempre evaluaba el mundo de ese modo, todos eran enemigos, todos esperaban hallar un punto endeble para atacar... los hombres eran igual que las fieras tras sus capas de educación. La muchacha había hecho la misma lectura de su realidad. No había huido «de él», había escapado de «un hombre».

Habiendo dejado pasar un minuto, seguro de que nadie asociaba su excursión al jardín con la *anodina* mujer, siguió sus pasos. Esa muchacha sí había entendido el concepto de mascarada, pensó Franz, escondió su esencia tras plumas azules. Pero él la había desnudado y eso era una conquista. El corazón le latía a mejor ritmo, a la velocidad del cazador. Sonrió genuinamente. Era la segunda vez que se encontraban, y en ambas ocasiones había despertado de la apatía. Se sorprendió al reconocer la emoción que lo embargaba: placer. Experimentaba placer. Goce ante la persecución, el desafío... deleite ante el enigma.

No solo quería desvelar su identidad, para así idear un plan de acción, también quería descubrir los motivos ocultos tras sus extrañas acciones. Una mujer que entendía de amenazas, que tenía los instintos a flor de piel y, a la vez, se exponía al dolor de un latigazo por un mero caballo.

Los jardines estaban casi desiertos, los arbustos y glorietas aguardaban a que el alcohol surtiera efecto y la lujuria se abriera paso en el evento. Serían testigos mudos de amantes, engaños, placeres... y un encuentro especial. El de Franz y...

—Buenas noches... ¿milady? —saludó Franz, adentrándose en los rosadales. Sintió los ojos de la muchacha recorrerlo desde los zapatos hasta su rostro, se detuvo un segundo en la rosa del ojal, el único detalle de color en su atuendo.

—Buenas noches. —Su voz sonó firme.

—Franz Cooper, a sus servicios. —La muchacha cerró los labios con firmeza, no tenía ninguna intención de revelar su identidad. Cometió el error, en cambio, de delatar sus intenciones al otear el paisaje en busca de salidas—. Estamos en un evento poco ortodoxo y en una situación aún más extraña, creo que podrá saltarse el protocolo y compartir conmigo su nombre.

Para su sorpresa, la dama, sin abandonar el pavor, se echó a reír.

—¿Cree que me reservo mi nombre por protocolo? —La risa se volvió una mueca sarcástica. Franz observó su boca perfecta, su mandíbula delicada, algo más angulosa de lo que demandaban los cánones de belleza de la época—. Oh, espere. Tal vez sea mejor pensar que escondo mi identidad para dar rienda suelta a mis bajos instintos...

—El único instinto que usted tiene es el de supervivencia —respondió, poniendo fin a su sarcasmo.

—Reconocí lo mismo en usted. —Georgiana habló sin vacilar, sus ojos mantenían las pupilas dilatadas, seguía siendo un animal atrapado, pero empezaba a ganar seguridad. Franz había

conseguido su cometido, el de mostrar franqueza para ganarse la confianza—. Por eso entenderá que me marche y preserve mi nombre.

Hizo una reverencia y se dio la vuelta, lo había decidido, iría a pie. No podía pasar un segundo más bajo ese techo.

Grave error. Franz Cooper no era un caballero, y darle la espalda a un león es lo peor que puede hacer el ser humano. Georgiana no tardó en sentir que un brazo la rodeaba por la cintura y la arrastraba hasta impactar con un muro de músculos masculinos.

—El nombre nos da poder sobre el mundo. El ser humano es el único que nombra su entorno — le susurró al oído.

—Y ese es el único poder que tengo sobre mí. —Forcejeó contra él, aun sabiendo que era imposible liberarse de su agarre. Otro hombre, otro abuso... fue lo único que alcanzó a pensar y creyó ver sus últimas esperanzas hacerse añicos delante de ella.

Franz aspiró su aroma, se deleitó, y con cada inhalación, permitió que la ira se apoderara de su ser. Una furia ciega, incontrolable, inexplicable. Hacía tiempo que no padecía algo similar, puesto que había dejado de lamentarse por su suerte de proyecto Prometheus años atrás. No analizaba la injusticia de haber sido deshumanizado, maltratado, convertido en un mero objeto de estudio...

Y de pronto, esas emociones regresaban a él como oleadas de un mar embravecido. Pero no lo tenían a él como centro, sino a ella. En su ausencia de lucha, en su resignación, supo entrever sus padecimientos.

Sin soltarla, llevó la mano a la espalda de la muchacha y desabrochó un botón. Ella volvió a luchar, porque eso hace cualquier animal, hasta los racionales, pelear por sobrevivir. Extendió la tela y exploró la piel. Pasó el dedo con delicadeza por la herida a medio cicatrizar y palpó, a su vez, los relieves de las antiguas.

Le abrochó el botón y la hizo girar en brazos, hasta tenerla de frente.

—Dígame quién es —demandó, sus dientes rechinaron—, dime quién le ha hecho el resto de las heridas, porque no todas fueron infringidas por el malnacido del caballo.

¡Entonces, era él! Era el mismo hombre que intervino en el incidente. Georgiana jamás creyó sentir más miedo que el que sufría a diario, pero Franz Cooper dibujaba los límites siempre un palmo más allá. En sus ojos castaños pudo leer sus crímenes, tuvo la certeza de que ese hombre había matado...había quitado vidas con sus manos.

—Solo déjeme escapar para no volver a sufrirlo. Aunque a veces fantaseé con la venganza, lo único que necesito es libertad.

—¿Por qué no las dos? —Esa pregunta, en sus labios, sonaba a lujuria.

—Porque eso es imposible, la venganza sería una respuesta a *sus acciones* y no a *mis deseos*. Lo que me haría esclava de ellos.

Franz quiso ahondar en esa sabiduría que ponía en jaque su sistema de valores. Viktor la odiaría, y por eso él...él estaba obsesionado con ella.

—Ellos... más de uno —dijo en cambio. La observó con renovada admiración, el límite de su obsesión también había sido superado, alcanzando niveles inhumanos—. Puedo deshacerme de ellos con precisión, sin daños colaterales, o puedo hacer volar por los aires todo Londres. Usted elige, usted tiene el poder.

—¿Poder, yo? —rió, su risa fue más sincera que la primera—. Ni siquiera puedo irme de aquí...

Franz aflojó el agarre de sus brazos, convencido de que, ante su propuesta de venganza, la

muchacha se quedaría a su lado. Pero esa dama siempre lo sorprendía con una autonomía que no respondía a los patrones que consideraba lógicos. Ella se alejó, esta vez sin darle la espalda. Él la siguió con la mirada, evaluando la mejor estrategia de caza, hasta notar una nueva herida. Una que sangraba en ese mismo instante y que nada tenía que ver con las anteriores.

Nadie debería saberlo jamás. Franz Cooper, el apático, el nihilista, el frío incapaz de sentimientos, fue preso de una sensación inexplicable.

—¿Fui yo? —preguntó entre dientes apretados.

—Usted, ¿qué? —Él le señaló la mano, ella se miró, no lo había notado. Sangraba. No era la primera herida que se infringía con esa condenada joya—. No, me lo he hecho sin querer. Este anillo es mi prisión o mi llave, según llegue a la puerta o no.

La luna iluminó la joya, roja como la sangre de la muchacha. Franz reconoció la piedra y apretó los puños al costado del cuerpo.

—Lo siento, lady Georgiana Keighley, pero no la dejaré ir —sentenció. Ella abrió la boca, sorprendida. ¿Cómo lo supo?, aún llevaba la máscara, nadie sabía del compromiso con lord Boris Boyle...—. Solo puedo asegurarle una cosa, esta noche, usted tiene el poder. Yo solo seré su instrumento, su arma...

Sin más, la cogió de la muñeca y la condujo de regreso al salón. El momento de exponer sus motivos había llegado.

CAPÍTULO 8



El estupor le impidió resistirse. Franz no necesitaba usar la fuerza, visto desde la distancia, parecían una pareja cogida de la mano. Desde el punto de vista de Georgiana, la historia era otra. El calor de la palma masculina le quemaba la piel a la altura de la muñeca, era un agarre hirviente, lleno de ¿furia? No entendía a ese hombre ni su forma de actuar. Cuando se volvió hacia ella, sus ojos castaños reflejaron que estaba atormentado y eso la confundió aún más. Tal vez su falta de resistencia se tratara de eso o quizá sí poseía una vena vengativa, su deseo anterior de tener la fuerza de generar miedo no había sido más que la verdad aflorando sobre las capas de buenas costumbres.

Como fuera, rebelarse no tenía sentido. Franz Cooper aparentaba ser la clase de hombre que no aceptaba negativas ni oían segundas opiniones. Georgiana hizo una única pregunta, tal vez la más fundamental de todas.

—¿Me ha visto el rostro? —Le había desabotonado el vestido, tanteado las heridas, pero no había hecho nada por revelar sus facciones—. Tal vez en el incidente del caballo...

—No, su aspecto es irrelevante.

¿Algo en ella no lo era?, no comprendía qué papel jugaba en esa puesta en escena.

Sin decir más, reinició su camino. Atravesaron la puerta acristalada y las miradas se posaron en ellos. Cuando sintió la de su padre, se supo descubierta. No importaba su horrible vestido celeste, casi gris por lo opaco, ni su máscara de plumas dignas de un circo, su identidad afloraba en su mirada cargada de pavor y en la reacción de su cuerpo. Franz sintió la obstinación a dar un paso más, en esa ocasión, al mirarla, una sonrisa aterradora se formó en sus labios.

—No tema, hoy él está en su puño.

—¿Por qué? —balbuceó—, ¿por qué hace esto? No me conoce, no soy como ellos, no soy su enemiga. ¡Ni siquiera lo conozco! —La exclamación sonó a ruego. Quiso decirle que ni siquiera le había visto el rostro. Hasta ese día, lady Georgiana pensaba que tenía una única virtud y una única maldición: su apariencia. Su belleza era una tentación para los hombres, o eso le habían hecho creer. Su hermano y lord Boyle eran incapaces de resistir y era *su culpa* el comportamiento lujurioso de ambos. Siempre era culpa de la mujer. También su belleza era la moneda de cambio y la razón de su existencia entre cuatro paredes.

Su vestido ni siquiera resaltaba sus atributos físicos. No era su belleza lo que conducía al hombre a esa actitud. Entonces, ¿qué era? Se había acercado antes de saber que era lady Georgiana, no podían

ser sus intenciones vengativas.

El miedo surge de enfrentarnos a lo desconocido. Franz Cooper *era* lo desconocido. Excedía cualquier experiencia que ella hubiera tenido con hombres... o mujeres. ¿Quién demonios era en realidad?

Se dio cuenta de que ya no tiraba de ella ni le obligaba a avanzar. La sonrisa en su rostro se transformó en una leve mueca hacia la comisura izquierda de su sensual boca. Unos labios que se movieron para susurrarle:

—Que él se acerque a usted, que él haga el esfuerzo...

—¿A qué juega? —murmuró. No obtuvo respuesta, lord Gordon los alcanzó.

—¿Qué demonios haces aquí, Georgiana? —siseó. Era infructuoso mantener el tono de voz bajo, cada invitado los oía. El coro de murmullos creció cuando el padre reveló la identidad de la enmascarada muchacha—. Y usted, ¿qué pretende? —demandó a Cooper.

—Milady... —la invitó a contestar. Georgiana no fue capaz de formular palabra. Sintió una leve presión en su muñeca, un gesto de... ¿ánimo?—. Bien, empezaré yo, no me gustan las mascaradas y me apetece irme pronto. En un baúl, en mi carruaje, se encuentra su hijo, milord. —Saboreó la respuesta muda del hombre, miró de soslayo a la joven, en busca de una reacción. No había en ella sorpresa, tampoco goce; reconoció la apatía y al verse reflejado en esa emoción experimentó una extraña conmoción. ¿Acaso era empatía?, o peor, ¿pena por ella y por sí mismo? Empezaba a comprender el motivo detrás de la continua ira de Tobías Krage, cada emoción que uno sentía, debido a los traumas, desembocaba en la furia.

—¿V-vivo? —balbuceó lord Gordon.

—Mmm... Eso depende de sus decisiones. No soy un hombre que crea en el destino, si no en las acciones. Su hijo me debe dinero. Para los números que usted maneja, podríamos conjeturar que bastante. En mi caso es una cuestión de honor, si permito que me roben un chelín, mañana vendrán por una libra... ¿Comprende, milord? No soy un villano —su declaración generó un murmullo crítico, el público no estaba tan de acuerdo—, soy un hombre de negocios.

—Le pagaré —se apresuró a responder—. ¿Lo ven? —Se volvió hacia los mudos espectadores—. ¿Ven cómo me amenaza en mi casa, frente a testigos?

El silencio de los presentes fue sepulcral, gracias a este se oyó más fuerte la risa de Franz.

—¿Quién me hará algo, milord?, ¿los oficiales de Scotland Yard, quienes están tan hundidos en el fango como el más bajo de los criminales?, ¿estos lores y ladies, cuyos secretos me pertenecen? —O a Marcus Cavendish, pensó, lo que en transitiva era lo mismo—. No perdamos el tiempo —compuso un tono aburrido—. Desde esta mañana su hijo no bebe agua...

—Usted es un demonio...

—Eso dicen. Y, aun así, su hijo intentó robarme. No es la estrella más brillante del firmamento, ¿verdad? Lo que nos lleva a lo importante, ¿es usted más listo que él?

—Dígame qué quiere, le he dicho que pagaré. Llévase lo que quiera, se lo daré...

—Veo que no, no es más listo. Su padre no es buen negociante, milady —dijo Franz en dirección a una muda Georgiana. La dama tenía sus ojos puestos en el padre, en el miedo que se reflejaba en la mirada de su progenitor. Por fin los platillos de la balanza se inclinaban a su favor, por una vez era él el aterrado en su presencia—. Pues es evidente lo que quiero, ¿verdad?

Las dos miradas, padre e hija, se clavaron en él. Georgiana abandonó el mutismo y murmuró:

—No. —Jamás, quiso exclamar. Prefería la muerte que estar a merced de ese monstruo, ya había

experimentado el dolor que los seres humanos podían infringir, no quería ni imaginar de qué sería capaz un demonio como Franz Cooper.

—¡Oh, vaya, qué decepción! En tal caso, lord Edmund morirá.

—Ella irá con usted —intervino lord Gordon, desesperado. Sudaba, parecía al borde de sufrir un paro cardíaco—. Lo hará, juro que lo hará...

—¡No! —Georgiana recuperó el coraje—. ¡No lo haré! No seré otra moneda de cambio, no volveré a venderme, padre... —Las consecuencias de sus palabras serían fatales. Le quedaba una dosis de dignidad, de valor, y lucharía hasta el final. Miró a Cooper a los ojos—. Me ha dicho que yo tenía el poder y decido que no lo haré.

—¿Lo ve, milord?, de haber tratado mejor a su hija, sería más abnegada. La tiranía genera rebeldía. —Franz se volvió en dirección a la puerta, Sandor esperaba la señal. Una vez recibida, fue en busca del baúl que contenía a un lord Edmund condenado—. Se lo dije, milady, usted tenía el poder. ¿Qué se siente?

Georgiana lo miró estupefacta. ¿Mataría a su hermano?, o, mejor dicho, ¿ella mataría a su hermano? Como bien había expuesto el hombre, solo sería un instrumento, un arma. *Di algo, Georgiana, impide este crimen*. La conciencia estaba tan entumecida como su cuerpo, era incapaz de detener la tragedia. Tal vez porque, en el fondo de su corazón, quería que sucediera. Quería que Franz Cooper matara a Edmund y la librara de parte de su condena.

El murmullo se elevó a su alrededor, buscó entre los presentes a lady Johana. Imaginó la excitación de la mujer, esos rostros enmascarados hacían más tétrico el escenario. La situación era grotesca, morbosa. Los invitados no intervenían, Franz tenía razón, no le impedirían matar a Edmund ante sus ojos. Es más, lo esperaban ansiosos, como el clímax de una obra de teatro. Sería la sensación, el año entrante el evento sería el doble de concurrido. Le hubiese gustado decir que eran inhumanos, animales... pero el problema era el contrario. *Eso* era el hombre, no habían mejorado con los años, Cooper les ofrecía un espectáculo digno del coliseo Romano. Faltaban los leones, porque la figura del emperador estaba encarnada en ella. Sería Georgiana quien alzara o bajara el pulgar.

—Mi hija irá con usted —masculló Gordon, eligiendo sin dudar entre sus dos hijos—, hay que tener mano de hierro con ella, pero le prometo que se doblegará. —Mala elección de palabras. Alzó el brazo para demostrar cómo debía ser tratada para conseguir su obediencia. Georgiana cerró los ojos, una lágrima afloró y quedó atrapada en sus pestañas. Podría haber escapado, estuvo tan cerca.. Aguardó el impacto. El tiempo se hizo eterno, y cuando notó que el golpe no llegaba, se atrevió a mirar. Franz cogió a Gordon del antebrazo, lo detenía sin esfuerzo.

—No ha entendido las condiciones, milord... o más osado aún, ha creído que puede negociarlas. La decisión de lady Georgiana debe ser voluntaria.

Sandor y Joshua ingresaron con el baúl de un metro y medio por un metro de tamaño auestas. Georgiana analizó las horas que llevaba Edmund allí, contraído, y quiso sentir pena. Quiso ser mejor persona. Falló. Si Franz Cooper le infundía miedo a su padre quería decir que era peor que este, más temible, y ella no quería sentir más miedo. Supo que le quedaba solo una salida, la misma que empleó su madre, y la aceptó con resignación.

Más aún cuando lord Boris Boyle dio un paso al frente, se quitó la máscara blanca y expuso su peor versión: la verdadera.

—Eres un traidor, lord Gordon. Piensas vender lo que me vendiste a mí. Lleva mi anillo, será mía. —Se acercó y la rodeó con un brazo, alejándola de Franz. Cooper la soltó, lo hizo con una frialdad

que la arrojó directo al ártico. En su expresión pudo leer su juego: *tú tienes el poder, tú has elegido esto, luego no te quejes de las consecuencias*—. Ha hecho bien en resistirse al demonio, milady. Será una buena esposa, sumisa, como me gustan a mí.

Georgiana tenía la vista borrosa por las lágrimas. Sandor abrió el candado del baúl, los presentes exclamaron al ver el manojo ensangrentado que era lord Edmund. Un mensaje para todos ellos, esto es lo que sucede cuando te metes con Franz Cooper. Los tenía a su merced, podía matar delante de sus ojos y los hombres más poderosos de Inglaterra no podrían hacer nada. Era la demostración máxima del poder. Cooper cogió un cuchillo de mano de Sandor, tomó por los cabellos a Edmund, quien miraba la escena con los ojos desenfocados, como los de una vaca a punto de ser sacrificada.

—¡Haz algo, Georgiana! ¡O te mataré, su destino será tu destino! —bramó Gordon, sin conseguir reacción.

—Ella ya no es tuya, es mía —respondió Boyle.

Franz la miró directo a los ojos, llevó la hoja del cuchillo al cuello de Edmund. Su anciano prometido subió la mano por su cuerpo de manera posesiva y el asco la hizo gritar:

—¡Iré con usted! Iré con usted —repitió.

Franz la observó con intensidad, dejó que la sensación de éxito le acelerara el pulso; no porque al fin Georgiana fuera suya, jamás dudó en conseguirla, sino por verla luchar, por atestiguar el momento en que el instinto de supervivencia prevalecía por sobre la razón. Lord Boyle la estrujó, intentó retenerla, ella luchó, mas no necesitó demasiado. Porque en menos de un segundo, Cooper la había liberado, reemplazando unas cadenas por otras. Ahora era la presa del demonio.

Mientras los compromisos normales se sellaban con una alianza, esa extraña unión fue consagrada por el acto contrario. Franz le quitó el anillo, lo lanzó en dirección a Edmund. Una demostración más de que nunca fueron los malditos rubíes ni el dinero, siempre fue una cuestión de poder.

El carruaje era amplio y lujoso. Con las butacas tapizadas en terciopelo azul y las cortinas bordadas en hilos dorados. Georgiana miraba a Franz con recelo, a la espera del ataque, del abuso o el golpe. Pasaron los minutos y nada sucedió, decir que la muchacha se había relajado era exagerar. Le bastaba con darse cuenta de que el ataque no se daría allí para atreverse a hablar.

—¿Por qué? —preguntó. Franz la miró sin entender la pregunta fuera de contexto—. ¿Por qué me quiso como moneda de cambio?, ¿qué obtiene de esto?

El hombre frunció el ceño, no con enfado, sino con desconcierto. Un desconcierto que era compartido. Gracias a la corta distancia y a la luz de la farola interior del carruaje, la muchacha pudo observar el aspecto de Cooper. Era un hombre apuesto, pese a no ser dueño de una belleza clásica. Tenía un rostro de rasgos firmes y proporcionados, unos ojos no muy grandes, de penetrante mirada marrón y una cicatriz que le cortaba la ceja izquierda. El conjunto con su esmero al vestir y la pulcritud de su rasurado y peinado daba como resultado un equilibrio entre salvajismo y civilización.

Tras cavar la respuesta, Franz respondió:

—No lo sé. —Ladeó la cabeza como hacen los perros cuando oyen un sonido extraño—. Si la dejaba ir no lo averiguaría nunca y detesto los enigmas. —Volvió a enderezar la postura y dejó caer la espalda sobre el respaldo de la butaca. Él viajaba de espaldas al camino, una deferencia bastante caballerosa.

—No lo entiendo —insistió Georgiana.

—Estamos a mano.

—¿Y si le resulto fea? Ha pagado una fortuna y ha desperdiciado un rubí por alguien que tal vez no le guste.

Franz soltó una carcajada, realmente le divertía esa posibilidad.

—Su apariencia no tiene nada que ver, eso sería demasiado sencillo. —Había un deje sarcástico en el matiz de su voz, como quien se lamenta de que su vida siempre estuviera llena de complicaciones. Georgiana enfureció, estaba hasta la coronilla de quienes se aprovechaban de ella y luego la consideraban un incordio.

—Si le complico la vida, puede dejarme ir. Que yo sepa, la única coaccionada aquí soy yo.

—Pudo quedarse con lord Boyle...

—Es usted un... un... —Cerró la boca.

—Hay tantos sustantivos y adjetivos para definirme, no se contenga...

Georgiana prefirió sacarse la máscara como respuesta, lo hizo desde el enojo, desde el deseo hondo de demostrarle a ese hombre que era más que un maldito incordio. Era una mujer hermosa, que valía su maldito rubí, sus deudas y sus complicaciones. Reaccionó desde la vanidad, desde el orgullo herido, y se lamentó en el segundo en que su rostro quedó al descubierto.

Las pupilas de Franz se dilataron, también las fosas nasales. Su mente unía al fin el perfume de su obsesión con un rostro. Supo que jamás la podría dejar ir. La piel de la muchacha se erizó al sentir la intensidad de esos ojos al devorarla. *Idiota, idiota, idiota...* ¿Realmente había querido seducir al demonio? Y su boca la condujo directamente al infierno cuando, sin intervención de su cerebro, soltó:

—¿Sigue pensando que mi apariencia es irrelevante, señor Cooper?

—Sí.

La sorpresa la empujó a la circunspección una vez más. De boca cerrada no salían tonterías. ¿Qué pretendía, que ese hombre actuara como su hermano y lord Boris? Sin embargo, su respuesta la halagaba aún más, por fin alguien veía más que su apariencia. Aunque podría haberse limitado a escribirle cartas románticas o poemas de rima cuestionable, en lugar de amenazar con llevar a cabo una matanza si no lo acompañaba. Contuvo una risa histérica al pensar: puedo cuestionar sus métodos, mas no sus resultados. La mueca la delató y al volver la atención a Franz lo halló estudiándola como a una rana disecada en un laboratorio.

—Es normal su reacción —dijo Cooper. Georgiana no pudo contenerlo y dejó salir la risa histérica.

—¿De verdad?, ¿no cree que sea apta para un manicomio?

—¡No vuelva a decir eso! —siseó él, con el primer atisbo real de furia. Georgiana se hizo pequeña contra la butaca, asociando el enojo a paliza—. Ni los locos merecen un manicomio —agregó, más sereno.

—Entonces, según su experto diagnóstico, ¿soy normal o desquiciada? —Ella tenía su respuesta. Desquiciada. Una persona en sus cabales haría silencio.

—Normal significa que responde a lo normativo, no debe confundirlo con ordinario ni tampoco con sano. Si la enveneno y muere, sería *normal* pero no estaría *sana*. ¿Verdad?

—¿No tenía un ejemplo menos tétrico?

—A lo que me refiero —prosiguió Franz, ignorando los comentarios mordaces de Georgiana—, es que es normal que crea que su apariencia es lo único merecedor de amor en usted y que espere

seducirme con ello...

—Yo no espero...

—Porque si despierta sentimientos en mí, se hará humana ante mis ojos y así se asegurará de que no la lastime. Es instinto de supervivencia.

—Se equivoca...

—No, no lo hago. No me equivoco.

No dijo «no me equivoco en esa ocasión» o «no me equivoco con estas cosas». Fue una simple proclamación de perfección. Georgiana volvió a reír, le resultó raro escuchar ese sonido dos veces en pocos minutos. En general pasaba meses sin siquiera sonreír.

—Mi *belleza*, si es que la tengo y no es simplemente juventud mezclada con dependencia económica, lo único que me ha traído es problemas, señor Cooper. No lo asocio al amor, mi padre me odia porque me parezco a mi madre, mi hermano... —Cerró los labios, estaba dejando entrever sus heridas y ese hombre ya había palpado las físicas, no le daría el poder sobre las emocionales—. Como sea. Se equivoca.

—Nadie dijo que fuera un proceso consciente, sucede en el inconsciente.

—Entonces, según usted, es normal, pero no sano. —Georgiana no pudo disimular su escéptico divertimento.

—Exacto.

—Vaya... así que ha perdonado una deuda a cambio de llevarse a una muchacha a quien no conoce, cuya apariencia no le importa y que está insana. ¿Y se dice un gran hombre de negocios?

—Usted es la excepción. Usted es la encarnación de mi irracionalidad.

—No lo tome a mal, señor Cooper, pero si de mí dependiera su diagnóstico, le diría que ni consciente ni inconscientemente eso es normal.

Franz se encogió de hombros.

—Lo que intento averiguar no es si mi sentir es normal —Volvió a ladear la cabeza, la observó con detenimiento—, sino si es sano. Si es usted una clase de cura.

El carruaje se detuvo ante su nueva y lujosa prisión, la puerta al abrirse ahogó su última pregunta: ¿de qué tengo que curarlo, señor Cooper?

La inmensa mansión se impuso ante ella. La escalinata subía más de un metro hasta la entrada, una puerta negra con llamador dorado estaba abierta a la espera de su señor. Hacia abajo, las ventanas casi tocaban el suelo y hacia arriba, se sumaban dos pisos más y el espacio abuhardillado del tejado. Georgiana había oído hablar de esa arquitectura, el alto gótico victoriano, un estilo que, por su costo, se implementaba más en edificios gubernamentales que en casas o mansiones. Ahí estaba ella, ante esa ostentación de dinero.

Dio un paso al frente, la puerta se cerró tras ella y sintió el peso de las cadenas imaginarias. Los pocos criados que esperaban por su señor la observaron con mal disimulada curiosidad, un estudio rápido le sirvió a lady Georgiana para determinar que no hallaría aliados entre los empleados. Esos hombres y mujeres eran leales a su jefe.

—Señora Davies —La mujer dio un paso al frente, su aspecto de gran matrona le indicó a la recién llegada que se trataba del ama de llaves—, nuestra invitada necesitará una doncella, ¿a quién propone?

—Una doncella como tal o una...—dudó la mujer. No parecía espantada por las peticiones de su señor y se reservaba bajo llave la intriga.

—¿Una carcelera? —La ceja de Franz se arqueó. Miró a Georgiana, quien lo observaba a su vez. Tampoco ella parecía espantada. La señora Curly había sido eso, no esperaba un cambio en su situación. Juntó valor y miró a la señora Davies de frente, *usted haga su trabajo, yo me encargaré de complicárselo*, pareció decir con su expresión—. Una doncella.

La sonrisa de la señora Davies fue maternal y eso descolocó a Georgiana.

—Oh, en tal caso Sadie será perfecta —concluyó con voz jovial—. Ya verá, señorita...

—Lady —corrigió Franz. Georgiana pudo jurar que el ama de llaves lo fulminó con la mirada, pero compuso la expresión con premura.

—Ya verá, milady. Sadie tiene muy buena mano, borda como los dioses, peina mejor y sabe todo lo que una mujer debe saber de preparados de belleza. —Bajó la voz en tono confidente—. ¿Puede creer usted que tengo cincuenta y un años? Esta piel es mérito de ella.

—Señora Davies... —La mujer retrocedió cohibida por la reprimenda de su señor, pero mientras bajaba la mirada hacia la punta de sus zapatos, Georgiana vio que le guiñaba un ojo.

Antes de que pudiera procesar la situación, Franz volvió a rodear su muñeca con la mano y tiró de ella escalera arriba. La muchacha volvió la mirada atrás y halló a los criados observándola una vez más, se habían acercado los unos a los otros, a la espera de que su señor desapareciera para darse al cotilleo. Georgiana fue presa de una sensación onírica, ese escenario no era más extraño que el anterior, el de una fiesta con máscaras que casi termina en un reguero de sangre. Su mente le jugó una mala pasada y vio a los criados de Cooper enmascarados, todos los rostros se tornaron indefinidos, manchones blancos sin expresión, muñecos inanimados que no saldrían a su rescate y que cumplirían la función escénica sin intervención de sus mentes.

Se mareó, el mundo dio vueltas y perdió el equilibrio. Franz la cargó en brazos, como un gentil amante, y la llevó a su cama.

—Está helada —le dijo tras palpar su frente. Tenía el ceño fruncido y lucía preocupado, eso no ayudaba a otorgarle realidad a la situación—. Si muere ahora, nunca averiguaré qué tiene de especial —agregó, ¿decepcionado?

—Eso tiene un poco más de sentido —articuló Georgiana. Intentó incorporarse, la habitación dio vueltas a su alrededor.

—Además del extraño día, ¿ha comido algo? —indagó. La muchacha estudió el entorno, se trataba de una alcoba masculina y supo bien dónde estaba. Se puso de pie de golpe, la sangre se les fue a los pies. A ciegas, corrió hacia la puerta y, al abrirla, dio de lleno con una muchacha. Cayó sobre ella y las dos rodaron por el corredor.

—Ayúdeme —logró balbucear. Franz llegó a ella, volvió a cogerla en brazos y la regresó a la cama. Sadie entró en la habitación y se dirigió a ella.

—A eso he venido, milady. Seré su doncella. —Le sonrió feliz por el nuevo rol.

—No ha comido —dijo Franz.

—Con razón —Sadie parecía hallar en eso una explicación válida—. Iré a por un bocadillo. ¿Alguna preferencia, milady?

—¡Que todos dejen de actuar como dementes! ¡Que alguien reaccione como una persona normal!

Sadie miró a su señor, lo hizo con cierta insolencia. Regresó su atención a la dama en la cama, a

sus cabellos enmarañados, a su palidez.

—Defina normalidad, milady —pidió Sadie. Georgiana gruñó.

—En tal caso, una rebanada de pan me bastará —se resignó. No podría huir de allí ni resistir el avance que creía inevitable de Franz Cooper con el estómago vacío.

—Enseguida regreso. —Hizo una reverencia y dejó a la pareja a solas. Franz retomó la tarea que había desatado el pánico en la muchacha; en esa ocasión, previa aclaración:

—No voy a violarla, milady. —Terminó de quitarse la chaqueta, el corbatín y desabotonar el chaleco.

—¡Qué considerado! —Se sentó al borde de la cama, era tan alta que sus pies apenas tocaban el piso. En la habitación prevalecía la madera oscura y los tonos dorados. Vio que poseía una luz eléctrica y extendió la mano sin atreverse a tocarla. Franz se acercó.

—Debe accionarla así —le indicó y tocó una perilla, la bombilla se iluminó y ella se echó hacia atrás, entre espantada y fascinada. La cercanía del hombre le despertó la misma sensación, él era tan aterrador y magnético como ese invento. Se alejó de inmediato, la cama le resultaba un espacio demasiado íntimo. Optó por el sillón junto al hogar.

Franz volvió a apagar la bombilla.

—Tanta luz me quita el sueño —se disculpó por prohibirla del espectáculo tecnológico. Pasar de ese juego lumínico de regreso a las velas intensificó la percepción de penumbra, de intimidad. Sadie volvió con la bandeja, y la prueba de que debía olvidar lo que creía saber sobre cautiverio y aprender sobre su nuevo entorno.

Había pan, por supuesto, porque ese había sido su pedido explícito. Pero venía acompañado de mantequilla, lonjas de pavo frío, queso, tomates secos y ciruelas maduras. Su estómago rugió y debió emplear toda su buena educación para no lanzarse a esos manjares.

—¿Qué habitación le preparo? —preguntó Sadie al señor Cooper, al tiempo que le servía una humeante taza de té a la inesperada invitada.

—Dormiré aquí. —Georgiana por poco pierde el apetito. Por poco, ya que empezaba a actuar tan loca como todos ellos, a seguir el guion como una marioneta más, sin la capacidad de alterar su destino.

Sadie frunció el ceño, se notaba que quería decir algo. Tal vez era extraño que su amo compartiera alcoba o quizá, por el contrario, lo que le sorprendía era que metiera a otra mujer, tan velozmente, entre sus sábanas. ¿Importaba?, se preguntó Georgiana, y la rápida respuesta fue no. Al demonio con ese hombre y su comportamiento enigmático. O desquiciado, para mayor precisión.

—¿Sus baúles? —La doncella miró derredor.

—No tiene.

Georgiana atestiguaba el intercambio con un pedazo de queso en la boca. No intentaría comprender la locura con el estómago vacío.

—Bien, le solicitaré a la señorita Sharp algunas prendas.

—¡No! —La firmeza de su negativa le hizo a Georgiana volcar su té. Sadie también reaccionó ante el exabrupto de su señor—. No usará la ropa de otra mujer, de ninguna manera, nada debe intervenir con su...

Perfume, completó mentalmente Franz.

—¿Con mi qué? —indagó la joven Lady.

—No usará otra ropa, eso es todo, puede ponerse una de mis camisas para dormir esta noche y

mañana comprará nuevos vestidos.

—Le saldría más económico dejarme ir —insistió Georgiana—, tengo gustos carísimos. Soy una lady después de todo.

—¿En serio?, ¿ese es su plan de persuasión? Puede hacerlo mejor, milady. —Una imperceptible sonrisa asomó de sus labios.

—Tenía que intentarlo. —Georgiana se encogió de hombros y cogió la ciruela. Se la llevó a la boca, la mordió y el jugo le manchó los dedos. Los lamió de manera poco sensual, mecánica, maldiciendo en el proceso que las gotas salpicaran su vestido.

—Sadie, trae una de mis malditas camisas —masculló Franz, sin quitarle los ojos de encima a su presa. Él empezaba a pensar cada acto de ella como erótico, un estímulo sensorial irresistible.

—Sí, señor. —La doncella abrió un armario y el aroma a almidón y jabón invadió la habitación. Cogió una de las camisas de su señor e invitó a Georgiana a seguirla detrás del biombo. Franz quedó a solas, con la vista puesta en el lugar vacío que había dejado la dama. Se quitó los zapatos y rebuscó bajo su botamanga hasta dar con los ganchillos que sostenían sus calcetines.

La tenía bajo su techo, al fin su habitación olía a ella. Esperaba la calma, al fin de cuentas, su aroma había sido el lugar seguro al que lo había conducido su mente en trance. Sin embargo, lo que experimentaba en su presencia era puro tormento.

No la tomaría esa noche, al menos no como quería. Podía usar la fuerza, pero de hacerlo, ella se reservaría una parte de sí por siempre. No se entregaría completa y la ansiaba entera, cada maldito fragmento de ella. Nunca le había resultado difícil la seducción, conocía los mecanismos, los había estudiado al dedillo. Con Georgiana era incapaz de implementarlos, estaba... ¿nervioso?

Una idea cruzó su cabeza, una de esas conclusiones que hacían trastabillar su adoctrinamiento: existían las cosas importantes y existían las cosas que *le importaban*. Y estas no siempre coincidían. Georgiana era una mujer más; era bella, sí, pero las había más bellas. Era lista, se notaba en la forma de afrontar una situación tan... grotesca, pero las había brillantes. Era fuerte, había atravesado dolores y abusos y aún estaba entera, menos trastornada que muchas personas que había conocido, pero él había pasado por más. Georgiana Keighley no era singular, era *especial*... una cualidad relativa. Era semejante a otras a ojos del mundo, era única para él.

Era su irracional obsesión.

Georgiana atravesó el biombo con actitud impávida, escondió sus miedos y cubrió su cuerpo, desnudo bajo la camisola, con un escudo de indiferencia. Un porte que le recordaba a Franz por qué no la tomaría por la fuerza, no toleraría ser *uno más*, igual a los demás, cuando ella era *la única*.

La joven regresó a su butaca, a su comida.

—Puedes retirarte, Sadie —le ordenó Franz a la doncella. La joven hizo una reverencia y se marchó.

Cooper retomó la tarea de desvestirse, lo hizo en silencio, sin importarle exponer su desnudez herida ante Georgiana. Jamás sentía pena de ser quien era y luchaba contra la contradicción que le despertaba su simple existencia. ¿Era acaso un mero experimento de un científico delirante o era lo que él hizo, con lo que Viktor hizo de él?

Ella mostró pudor al principio, pero le ganó la curiosidad. Era absurdo mantener las formas. Su reputación estaba dañada, nadie creería que saldría de esa experiencia intacta. Georgiana ahogó el recato y la culpa al hallarlo sensual, al encontrar el cuerpo de ese hombre tan... deseable. Cualquier otra persona entendería sus heridas como un defecto, una mácula en una anatomía digna de una

estatua de mármol. Ella las lamentaba, no por la consecuencia estética, sino porque adivinaba el dolor detrás de cada una de ellas.

Con egoísmo reconoció que le gustaban porque le hacían sentir menos sola. Luego de haber deseado la muerte de su propio hermano, no se asustaría por ser capaz de tal mezquina emoción. En el mundo muchos sufrían, no era la única en padecer, pero en su limitado mundo sí. Ella era quien recibía las palizas, las reprimendas, las humillaciones... ella y nadie más.

Quizá sus almas no fueran gemelas, ni hermanas, ni tan solo primas. Pero sí sus cuerpos, estos eran hermanos en dolor. Una lágrima rebelde asomó de sus ojos, él la malinterpretó.

—No abusaré de ti, sé que no lo crees... te llevará tiempo confiar en mis palabras. —Había abandonado el trato formal para otorgarle tranquilidad.

—¿Debo apostar a su paciencia? Mi experiencia me dice que los hombres no tienen demasiada.

—Yo no soy como los demás hombres. —No fue dicho como un acto de soberbia, sino de lamento. De nostalgia por una humanidad que le había sido arrebatada—. Me elegirás, Georgiana, ante la evidencia, lo harás.

Agradeció su absurda observación, le permitió quitarse la sensación anterior, la de estar donde debía estar. Junto a quien debía permanecer. Rio.

—¿Evidencia? —Volvió a carcajear.

—La razón es una de las formas en las que analizamos nuestros propios instintos. Seguimos siendo instintivos, como lo son los animales. Cuando tu mente procese como correcto tu apetito natural, aceptarás que yo sea tu pareja.

—¿Qué? —Su sonrisa fue confusa, se encogió en el sillón de un modo más relajado. Algo en esa ilógica lógica le transmitía tranquilidad. Era un loco que creía su locura.

—En las especies en las que se le permite a la hembra elegir con qué espécimen masculino copular, la evolución se da de manera más rápida y adaptativa que en las que no —expuso convencido de su ciencia poco probada.

—Vaya... ¿O sea que se opone a los matrimonios concertados?, ¿qué sigue?, ¿que podamos votar? —Franz asintió, como si ella al fin hubiese llegado a una gran conclusión científico-social—. Entonces, ¿yo *copularé* con usted por el bien de mi especie?

—Exacto.

Georgiana rio tanto que le saltaron lágrimas, le dolió la panza y pensó que se le acalambraría la mandíbula. Él seguía con la mirada seria, fija en ella, hasta oír las inhalaciones en busca de aire de la muchacha.

—Oh, señor Cooper, lamento decepcionarlo. No solo no creo que usted sea el siguiente eslabón de la evolución, sino que, además, no tengo en gran estima a mi especie. Llamémoslo «malas experiencias», mal me temo que será usted quien, ante la evidencia, se rinda y elija otra mujer. Por lo pronto, este espécimen reproductivo femenino dormirá en el sillón, no vaya a ser que usted, en su comportamiento típico instintivo olvide la decisión *racional* —ironizó— que ha tomado.

—Si prefiere el incómodo sillón... —Sin más, se cubrió con las sábanas y apagó la vela.

—Sí, lo prefiero —respondió ella, somnolienta. Apagó su vela. Solo quedó el resplandor del hogar. El estómago lleno, las emociones agotadoras de la noche y la extraña seguridad que le otorgaba la presencia de Franz surtieron efecto. Y Georgiana, que jamás dormía profundamente por miedo a su hermano, cayó presa de un sueño reparador.

Franz aguardó hasta que la respiración de la muchacha se volvió acompasada. Se acercó y

maldijo su determinación, la camisola se había alzado por los muslos de Georgiana hasta casi revelar la ausencia de ropa interior. La cogió en brazos y la llevó a la cama. Se dijo que lo hacía por ella. Lo hizo por él. Porque Franz tampoco dormía bien, algo que cambiaría esa noche, el perfume a grosellas se coló en su mente y no tuvo pesadillas sobre torturas, sino sueños de pasteles dulces y picnics al aire libre.

CAPÍTULO 9



Fingió dormir. Estaba acostumbrada a hacerlo. Fingir y estar alerta, los dos pilares sobre los que su mecanismo de defensa se sostenía. Sin embargo, esa mañana, la alerta se había puesto en pausa y, si fingía, era para oír la conversación entre mujeres. Esta se daba en términos diferentes, una de las mujeres susurraba —Georgiana reconoció su tono, era la muchacha que le habían asignado como doncella—, la otra utilizaba un tono altanero y de rango alto, claramente lo hacía con un propósito puntual: provocar la interrupción del sueño de la ¿rehén?, ¿invitada?, ¿objeto personal del amo de la casa? Quizá todas las opciones eran correctas. De momento se entregaba a una cómoda incertidumbre, porque debía de reconocer que había tenido la mejor noche de descanso de toda su vida. No recordaba jamás haber dormido tanto y en profundidad. Si hasta soñó, tuvo un sueño tan placentero que, si le daban a elegir, se hubiese quedado en él para siempre. El mundo podría haber ardido en llamas y ella ni cuenta se hubiese dado. Ni siquiera recordaba cómo había llegado a la cama. No preguntaría, era reconfortante y albergaba una tibieza que la invitaba a quedarse en ella por el resto del día, si no fuese por esas voces...

—Me da gusto saber que se ha adaptado con tanta facilidad a su nuevo lugar en la casa —susurró Sadie con aparente amabilidad. Georgiana no conocía a nadie en ese lugar y, pese a sentir una insólita seguridad bajo ese techo, debía tener presente una premisa fundamental: no confiar en desconocidos. Peor aún, no confiar en desconocidos que pretenden ser amigos.

—¿A qué lugar te refieres? No seas absurda, Sadie. —La otra mujer casi gruñó esas palabras. Su voz era lo más cercano a un melódico ladrido de perro—. Como si fuera la primera mujer que comparte la cama con Franz. —El énfasis que puso al decir su nombre ponía en manifiesto el vínculo cercano que tenía con él. Georgiana se atrevió a suponer que la mujer había descubierto que fingía y que estaba escuchando la conversación, por eso se esforzaba en dejar en claro su opinión—. No es la primera, ni será la última. —Una opinión que la despertara de cualquier falsa realidad que estuviese gestando la cabecita de esa jodida bella durmiente.

—Es verdad, no es la primera mujer que comparte su cama —coincidió la doncella—. Pero es la primera que ha pasado más de dos horas con él... —Chasqueó la lengua—. Mmmm, ¿cuántas horas han pasado? —El tono de su voz emitió un ligero disfrute, como si se estuviera burlando de su interlocutora—. Ufff, diré que ha pasado toda la noche aquí, y por lo que tengo entendido...

—Lo que tú entiendes o no me tiene sin cuidado, Sadie —la interrumpió, se la oía furiosa—. No te encariñes con ella, es solo un maldito pagaré con piernas y cara bonita.

—¿Y desde cuándo un maldito pagaré requiere de un guardarropa completo?

Un incómodo silencio se extendió como una pesada niebla dentro de la habitación. Georgiana sintió una repentina sequedad en la garganta que la forzó a toser. Todo su cuerpo se agitó.

—Dedícate a tu trabajo y deja de hacer suposiciones, en veinte minutos, la quiero en el salón de baile —le ordenó a la doncella. Segundos después se oyó el retumbar de unos tacones alejándose, seguido de una suave risa. Esta última, perteneciente a Sadie.

—Deja de hacer suposiciones —repitió imitando su voz. Volvió a reír. Georgiana estiró las piernas, como preámbulo a su retorno a la vida diurna. Giró sobre el colchón y enfrentó a la muchacha —. Buen día, milady... ¿cómo ha dormido?

—He dormido y eso es un suceso poco habitual en mí —dijo a modo de confesión. Se miraron. Sadie le sonrió. Bastaba dar un vistazo al estado de la muchacha, de la cama y de la habitación para darse cuenta de que nada ocurrió.

—Puedo notarlo —le dijo al acercarse y evaluar su rostro—. Luce como si no hubiese dormido con un demonio —bromeó. El tono en sus mejillas estaba levemente coloreado, producto de la calidez obtenida con un buen descanso, y el brillo de terror que vislumbró en sus ojos la noche anterior había cambiado. Ahora en sus ojos refulgía un atisbo inquisidor. Sus ojos expresaban las preguntas que su boca no se atrevía a hacer.

—Si me puso una mano encima fue solo para traerme a la cama cuando ya estaba dormida —aclaró, no quería que malinterpretara la situación. Emitió una exhalación que eliminó de su cuerpo todo rastro de tensión. No solo había dormido con tranquilidad y profundidad por primera vez en su vida, también amanecía sintiéndose segura y... ¿libre? Una sensación totalmente idiota considerando que todavía no estaba establecido si era o no un maldito pagaré.

—No me sorprende la actitud del señor, no es la clase de hombre que, de seguro, pensó que era. —Fue al armario en busca de una bata de Franz, consideraba una pérdida de tiempo ayudarla a ponerse su vestido, al fin de cuentas, tendría que sacárselo ante la modista que aguardaba a por ella.

—Me trajo contra mi voluntad a su casa y me obligó a compartir su alcoba —exclamó como argumento de defensa. ¿Qué más podría suponer después de ello? La doncella no conocía su historia de vida, de hacerlo, comprendería sus temerosas y desconfiadas reacciones. Para Georgiana, los hombres eran sinónimo de violencia y abuso.

—Oh, olvidó la más importante. Lo obligó a compartir su cama... una que tiene que abandonar ahora, milady —dijo invitándole a ponerse la bata—. No quiero tener que soportar las quejas de Florence, está hecha una furia desde que usted puso un pie en su territorio.

—¿Florence?, ¿te refieres a la mujer con la que estabas hablando? —Hizo a un lado las sábanas, abandonó ese cálido e inesperado refugio: la cama de Franz Cooper. Dudó por unos segundos antes de hacerlo, se preguntó si regresaría a ella. ¿Acaso quería regresar?

—¡Vaya, vaya! —rió con ganas—. ¿Nos hizo creer que estaba dormida para escuchar nuestra conversación, milady? —le cuestionó con los brazos en jarra. Volvió a reír al ver la expresión de bochorno en la muchacha—. Le voy a decir dos cosas... me tomo esa concesión dadas las circunstancias, pero no volveré a repetirlo. La primera, no olvide que estoy aquí para servirle, no para hacer juicios de valor ni reclamarle respuestas, no es mi función hacerlo ni me corresponde. Segundo, no sé cuánto tiempo va a pasar bajo este techo, pero mientras lo haga, continúe desarrollando esa habilidad. —Le acercó el calzado, unas pantuflas de cuero con interior de piel de cordero, era como caminar pisando nubes.

—¿Cuál?

—La de escuchar las conversaciones que se dan dentro de las paredes de esta casa, en especial, si estas involucran a Florence Sharp. Venga... —La invitó a sentarse frente al tocador de Franz. Allí no había nada destinado a la belleza femenina, solo elementos de higiene masculina, aceites y lociones para el cabello, un estuche con elementos para rasurar y una amplia variedad de peines y cepillos. Más de los que Georgiana tuvo en toda su vida. Sadie eligió el cepillo más adecuado para su cabellera e inició la labor de peinado.

—¿Por qué lo dices?, ¿quién es ella? —Buscó la mirada de Sadie en el reflejo del espejo.

—Lo único que debe saber de ella es lo que no es. No es la mujer del señor Cooper, no es su amiga y, en lo que se puede referir a usted, no es de confiar. —Una vez que peinó el cabello a lo largo se dispuso a trenzarlo. Antes de comenzar, hizo una pausa para hacer contacto visual con Georgiana—. Ahora, la percepción de ella es opuesta a eso... cree que es amiga del señor Cooper, su más leal amiga. Cree que el lugar que usted ocupó anoche le pertenece a ella.

—¿Ha sido su lugar? —Le interesaba saberlo. Cobraba sentido el tono despectivo de su voz. De haber ocupado su cama, pagaré o no, la consideraría como una enemiga.

—¡Ja! En sus sueños puede que sí —carcajeó. Retomó la labor del trenzado con la mirada puesta en el movimiento de sus manos—, un sueño que dudo se convierta en realidad —sentenció. Sadie tenía siete años trabajando al servicio de Cooper y, desde que conoció a Florence, siempre le dio mala espina—. Como sea, esté atenta a lo que las paredes hablan. La señorita Sharp no es lo que parece... es peor.

Georgiana vio su oportunidad, el brillo inquisidor de su mirada cobró fuerza y se trasladó hasta su boca. Sus labios se movieron al ritmo de su mayor inquietud.

—¿Y el señor Cooper?, ¿es lo que parece? —Un hombre al cual temer. Del cual huir.

—El señor Cooper es fiel a sí mismo. No es ni bueno ni malo, es. Solo es. Y no existe mayor garantía que esa en este mundo. De algo por seguro, milady, puede confiar en sus palabras. Si lo dice, lo hace, jamás se contradice.

¿Confiar? Georgiana no conocía el significado de esa palabra, ni siquiera estaba en su diccionario. Si debía lanzarse a tal experiencia... ¿era Franz Cooper la persona adecuada para llevarlo a cabo? No, definitivamente, no.

El salón de baile se convirtió en una lujosa casa de modas. Cuatro mujeres recorriendo el lugar, cargando en brazos vestidos, enaguas, camisones, batas de cama, capas de paseo... ¡Hasta un traje para montar! Cuando Georgiana se sumó a ellas, madame Rimes, elevó una plegaria a los cielos agradecida por la figura de la muchacha.

—¡Bendita sea usted y su adorable silueta, milady! —exclamó al tiempo que la cogía de las manos. Había seleccionado un vestuario basado en la información que le brindaron. Siendo sincera, rara vez la percepción de los hombres con respecto al cuerpo femenino era acertada. Como era de suponer, la percepción de Franz Cooper era diferente a la mayoría. Las referencias que dio sobre el cuerpo de la lady resultaron ser extraordinariamente precisas, como si hubiese medido su cintura, busto y el largo de sus piernas con sus manos—. Me presento... —Hizo una reverencia acorde al estatus de la jovencita, ante los ojos de la sociedad londinense no dejaba de ser la hija de Lord Keighley. Nadie

sabía, o al menos había sido un secreto hasta la noche anterior, que puertas adentro de su casa la trataban como el último orejón del frasco—. Madame Angela Rimes, a su servicio... estoy aquí para darle el esplendor que merece.

—No, está aquí para satisfacer el capricho momentáneo de un hombre, madame Rimes.

Georgiana reconoció al instante la voz ronca que resonó tras su espalda. También la impronta de su pisada, sus tacones hacían un eco especial al impactar contra el piso alfombrado. No se volvió a verla, esperó a que la enfrentara, porque lo haría...

Y lo hizo. La evaluó de pies a cabeza con una ceja en lo alto. Cuando terminó con su inspección, torció los labios con una mueca de desaprobación.

—En fin, algunos caprichos se pagan demasiado caros pese a no valerlos —concluyó—. Soy la señorita Sharp... Florence Sharp y, no, no estoy a tu servicio, solo al de Franz. —El tono de posesión hizo vibrar el nombre pronunciado por sus labios.

—Un gusto conocer a ambas. —La amabilidad fue la única herramienta de defensa de Georgiana, aunque la señorita Sharp no mereciera ni una pizca de esta. Se dirigió hacia la modista—. Con un vestido de tarde me será suficiente, madame Rimes. —No requería de mucho más y, si lo aceptaba, era porque no le parecía correcto lucir un vestido de noche en pleno mediodía. Por fuera de ello, considerando que no se había establecido aún cuál sería su destino, ni el tiempo que pasaría en la mansión Cooper, pretender más era una actitud inapropiada. Con la deuda de su hermano era suficiente, no quería sumar más a la cuenta pendiente que cargaba a su espalda.

—Por desgracia, un vestido no es suficiente —masculló entre dientes Florence, le dio la espalda a Georgiana y habló cara a cara con la modista—, considere los gustos personales de lady Keighley siempre y cuando estos coincidan con los requerimientos de Franz. Ni una prenda más ni una prenda menos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señorita Sharp.

—Cualquier duda o inconveniente, me hace llamar por las muchachas. Preferentemente, espero que eso no suceda, pues yo no tengo tiempo para perder. —Las palabras de Sharp eran comparables a cristales cayendo del cielo a modo de lluvia, cuando una impactaba en tu piel, la atravesaba—. Con su permiso. —Giró sobre sus talones y emprendió el camino de retirada, al pasar junto a Georgiana, procuró acortar la distancia de los cuerpos y golpeó su hombro con el suyo. Por supuesto, no se disculpó.

Las palabras de Sadie volvieron a la mente de la lady. *La señorita Sharp no es lo que parece... es peor*. Ni en esa casa estaba exenta de enemigos. No era una novedad, podía con un enemigo más.

Innecesaria fue la cantidad de vestidos que, desde ese día, formarían parte de su guardarropa personal. Tal era el despliegue de atuendos y ropa de cama que se requirió de una habitación para mantener el correcto orden. La habitación enfrentada a la del dueño de la casa pasó a ser el vestidor personal de la reciente *invitada*. La naturaleza de su presencia continuaba siendo un enigma para todos, no solo para la lady en cuestión. Si contemplaban las demandas del señor Cooper en torno a la muchacha, demandas que procuraban que esta no padeciera ninguna necesidad ni incomodidad, sus mentes solo podían elaborar una hipótesis: permanecería bajo el techo de la mansión y al cobijo de sus sábanas hasta el fin de los tiempos.

—¿Por qué no da un paseo por los jardines de la mansión, milady? —sugirió Sadie luego de

ayudarla con el corsé. Fue en busca del polizón y la enagua.

—¿Quién...yo? —Sí, la pregunta fue absurda, pero era acorde a la que creía era su situación. ¿Cómo la había llamado la señorita Sharp? Mmmm... o sí, era un maldito pagaré. Con piernas y vestidos a medida, pero pagaré al fin. Los «privilegios» debían de tener un límite, y ella no pensaba tirar de su cadena imaginaria con el propósito de conocerlo. Prefería establecer un límite por sí misma, para no despertar la fiera dentro de Franz Cooper. Porque estaba ahí, dentro de él, esperando el momento perfecto para el ataque, no le cabía duda.

Sadie enlazó el polizón a su cintura, luego la instó a elevar los brazos y deslizó la enagua por su cuerpo.

—Sí, milady, me encantaría hacerlo yo, pero tengo muchos pendientes en la casa —dijo con sarcasmo, el señor Cooper era correcto y amable con sus empleados un poco más allá de los términos que establecía el vínculo, no por eso se consideraban invitados a hacer lo que se les antojara, como por ejemplo, dar un paseo por los jardines de la casa en plena jornada laboral—. Ahora que tiene un atuendo adecuado para recorrer el lugar, creo que un paseo le sentaría bien. —Carraspeó al tiempo que observó su imagen en el espejo—. Luce pálida y el tono violáceo bajo sus ojos opaca su belleza natural. Me gustaría creer que esa sombra fue por un placentero desvelo. —Cogió de la silla la falda del conjunto que estrenaría, en tono verde oliva con bordados y pliegues en tono ocre. Combinaban con el tono miel de su cabello y sus tristes, pero bellos, ojos del mismo color. Sadie tragó saliva por un instante, disimuló el malestar repentino que invadía su boca con un sabor amargo. No podía evitar recordar las cicatrices en su espalda. Ella las había visto cuando la ayudó a desvestirse la noche anterior, y junto a la modista y sus ayudantes, esa mañana, las observó con mayor iluminación y detenimiento. Heridas recientes que comenzaban a cicatrizar y otras más viejas que se alzaban en relieve sobre su piel, como si su espalda fuese un retorcido mapa del tesoro que te marcaba el secreto camino a su pasado—. ¿Hace cuánto que no descansa por las noches, milady? —se atrevió a preguntar. Georgiana, tan acostumbrada a estar rodeada de enemigos, se mantuvo en silencio. No expondría su vida, ni les haría un resumen de sus miedos y miserias para que estos fuesen usados en su contra en algún momento. Hasta demostrar lo contrario, todos eran enemigos—. Supongo que eso ya no importa, aquí puede descansar, aquí está a salvo.

—Nadie puede garantizar eso —Georgiana se giró para enfrentarla. La incertidumbre comenzaba a alzarse sobre el pavor que había sentido cada noche de su vida. Por lo menos, en su casa conocía las intenciones y el modo de obrar de sus atacantes. Allí estaba a merced de la más profunda y desconocida oscuridad—, por eso mismo es que no considero prudente pavonearme por los jardines confiada de una seguridad que no considero real.

—Pues con más razón entonces, milady, salga y compruebe lo real que la rodea. —Cogió la chaqueta con escote en V que completaba el vestido. Una vez que estuvo vestida la instó a sentarse frente al tocador para ocuparse de su cabello. Pasó el cepillo por todo el largo—. Los que trabajamos para el señor Cooper sabemos muy bien lo que la sociedad londinense dice y opina de él... lo llaman demonio, y si eso es lo que usted también cree, resulta absurda su sensación de inseguridad.

—¿Te parece absurdo que pueda temerle? —De hecho, Georgiana comenzaba a cuestionar lo opuesto. Sería absurdo no temerle, ¿verdad? Esa era su ambivalencia, por momentos estaba aterrada, por momentos la demencia hacía de las suyas en ella, porque sí, se sentía a salvo. Aunque lo ocultara y lo negara.

—No. Si me permite la sinceridad —Hizo contacto visual con ella en el espejo. La mirada de

Georgiana le concedió la palabra sin reparos. La mujer convirtió esa repentina amargura de su garganta en palabras—, lo que me resulta absurdo es que una muchacha como usted que, por lo visto, conoce muy bien sobre demonios, no sepa que para batallar contra ellos se requiere de uno peor, el más poderoso de todos. Considérese afortunada, usted encontró al suyo. —Decidió que, dado el atuendo que la muchacha lucía, se merecía un peinado acorde. De la nada, luego de semejante declaración, finalizó con—: Le haré un recogido, ¿qué opina? —Le sonrió con entusiasmo.

—Que un recogido me sentará bien... como así también lo hará un paseo por los jardines —dictaminó. Tentaría al demonio, vería hasta donde llegaba esa seguridad y esa libertad. Era un pagaré con piernas y, justamente, esas piernas podrían llevarla lejos si se lo proponía.

La lógica le decía que tenía que aprovechar el instante de libertad —que no la creía verdadera—, para recorrer la casa y trazar un mapa mental. Registrar en su mente los puntos más cercanos y propicios a la hora de intentar una huida; puertas y ventanas de fácil acceso que brindaran una salida a los jardines delanteros. En su defecto, los jardines laterales. No, quizás debería de localizar la puerta que la enviara directo a los establos. Si deseaba escapar y marcharse lo más lejos posible, lo adecuado sería con un caballo. Lo óptimo sería un caballo, si supiese montar. ¡Ja! Rio para sí al recordar que desde ese día contaba también con un atuendo de montar. Su padre nunca le costeó uno, tampoco le permitió ni un minuto de experiencia ecuestre. Un visionario, de seguro pensó que su hija se escaparía sobre un ágil corcel en cuanto tuviera la oportunidad. Y sí, lo hubiese hecho sin dudar mucho tiempo atrás. En el presente, sería una ermitaña, sola, en el lugar más frío e inhóspito del mundo. Sola y a salvo. Su sueño más profundo convertido en realidad.

Pero la realidad suele construirse por una fuerza y un deseo muy ajeno al que creemos propio. Como si nos quisiera jugar una broma de mal gusto y por eso nos da lo contrario. O quizás, resulta que, esa extraña fuerza construye una realidad que secretamente anhelamos y nos forzamos a negar. ¡Vaya uno a saber!

En esa nueva realidad, tenía un traje de montar, era poseedora de un guardarropa digno de una marquesa, recorría con parsimonia los corredores de una mansión que podía albergar a unas diez familias y cada uno de los empleados con los que se cruzaba le brindaba una cordial reverencia. Cordial, aunque no coordinada; se notaba a la legua que desconocían el protocolo de la nobleza, a la vez que, también se notaba que estaban fascinados por la nueva presencia. ¡Una lady! Oyó a las empleadas susurrar su nombre completo en más de una ocasión. Lady Georgiana Keightley. Sonaba importante... noble de pura cepa. Ella quería decirles «no se valgan de mi nombre ni mi rango social. No se valgan de mi apariencia... no soy importante».

Una voz familiar puso fin a los murmullos de los empleados.

—Cualquiera pensaría que a ustedes les pagan para decorar el corredor con sus cuerpos... —La señorita Florence Sharp no solo erizaba la piel de Georgiana con su tono soberbio y su actitud dominante, causaba el mismo efecto en las empleadas—. Hablaré con Franz de esto, al parecer, nos sobran empleadas y nos faltan jarrones, viendo y considerando que ustedes cumplen una función ornamental y no productiva.

—Lo sentimos, señorita Sharp. —Bajaron la cabeza como señal de sumisión. Georgiana reconocía la sensación, solía experimentarla frente a su padre y también, ante la señora Curly, su más fiel carcelera. Si no bajaba la cabeza ante la mujer, el castigo inmediato era un tiempo a solas en la

despensa.

—Los jarrones no piden disculpas y son más agradables a la vista —continuó Sharp. Aquellos que estaban acostumbrados a la mujer podían darse cuenta de que, ese día, su actitud intolerante alcanzaba los límites del cielo. ¿El motivo?, el motivo se atrevió a hablar sin su permiso:

—Es mi culpa, yo las he importunado —Georgiana intervino. Caminó en dirección al grupo de mujeres—, les pedí indicaciones, la casa es muy grande.

—Lo es, muy grande y, aun así... —Florence la miró de soslayo. Claramente esta tenía muy en claro el valor de la lady. Poco le importaba su rango social, poco le importaba su presencia—, uno no puede evitar cruzarse con... —se aclaró la garganta con desgano, con el propósito de no finalizar la oración—. Si busca la salida principal, milady, déjeme decirle que se encuentra en la dirección opuesta.

—Iba rumbo a los jardines traseros.

—Pues yo le recomiendo la salida principal —dijo volteando su rostro a ella. Con sutileza la invitaba a marcharse no solo de la casa, sino también de la vida de Franz Cooper.

—Oh, si usted lo recomienda, señorita Sharp, cambiaré de planes. —Le hizo una reverencia de agradecimiento, seguido de una falsa sonrisa.

—Fantástica idea, *mi-la-dy*... —Las pausas entre sílabas escondían una extraña convocatoria de guerra personal. Señaló el camino con su índice—. Continúe derecho sin mirar atrás.

—Así lo haré, gracias.

Si la invitaban a marcharse, pues, no sería tan imbécil como para no hacerlo, ¿verdad?

Por parte de cada uno de los empleados con los que se cruzaba recibía reverencias, susurros a su espalda, saludos cordiales... Al llegar a la puerta principal, se encontró a una empleada con los paneles de roble abiertos de par en par, se encomendaba a la ardua tarea de limpiar el complejo entramado de cristales del vitral decorativo.

—Milady... —saludó y continuó con la labor con un compromiso y esmero poco visto en el servicio doméstico.

Bajó la escalinata con una idea en mente, transitar el sendero de bienvenida hasta alcanzar la reja de acceso a la mansión, allí comprobaría el límite de su libertad. El ingreso estaba custodiado por cuatro lacayos que, de lacayos, poco tenían. Lucían su uniforme y estaban prolijamente apostados en sus puestos, pero su función iba más allá de recibir a los habitantes de la mansión y a los invitados, sus músculos y actitud indicaban que cumplían el rol de seguridad privada. Con dar un vistazo a los alrededores descubrías que estos hombres se reproducían a lo largo y ancho del terreno circundante de la mansión.

—Disculpe, ¿podría decirme su nombre, por favor? —Fue ella la encargada de iniciar la conversación con uno. Los hombres le brindaron un simple saludo con un movimiento de cabeza dispuestos a no interferir ni con sus planes ni con sus pensamientos.

—Ronan Pike, a su servicio, milady.

—Dígame, Ronan, ¿hay algún lugar cercano que merezca una visita? No conozco los alrededores de este barrio.

—Si continúa por esta calle, a unos cuatrocientos metros, llegará al parque central. Tiene unos maravillosos jardines y una fuente central majestuosa —compartió con ella su recomendación.

—Oh, grandioso, pues hacia allí me dirigiré... —dijo poniéndolos a prueba.

—¿Requiere de compañía, milady? —El hombre no conocía mucho sobre protocolo noble, lo

sugirió porque le pareció correcto que no se marchara sola—. Puedo llamar a alguna de las muchachas de la casa... o en su defecto, Seth podría acompañarla como escolta. —Señaló al otro hombre que hacía guardia a su lado.

—No se preocupe, sé desenvolverse sola. Además, Seth llamará más la atención que yo — bromeó—, prefiero disfrutar de un paseo con discreción. —Tenía ganas de agregar: escabullirme por las sombras y pasar desapercibida. Se reservó la información.

—Cómo usted prefiera, milady. —Le brindó otro asentimiento con su cabeza y, sin más que decir, retomó su postura erguida y silenciosa.

De un paso a la vez, se dijo. Solo así sabrás hasta dónde llegan tus cadenas.

Pero las cadenas imaginarias no tiraban de su cuello ni de sus talones... Continuaba avanzando y nadie la detenía. Se atrevió a hacer oídos sordos a las indicaciones de Ronan. Al llegar a la esquina de la calle principal, dobló hasta desaparecer de la vista de los hombres. Lo hizo a modo de prueba. Se quedó al resguardo de unos árboles a la espera de que estos actuaran como perros de caza de Franz Cooper.

Los minutos pasaron... muchos minutos. El corazón le latió con fuerza. ¿Así se sentía la libertad? Suficiente, no más pruebas. Se marcharía lejos de él.

Alzó su falda, sus piernas estaban tan frenéticas que no podían contener las ganas de correr. Sin embargo, su carrera no fue tal. Sus pies se transformaron en estacas y estas se fijaron al suelo, como si quisieran echar raíces en ese sitio. ¿Como si tuviese un lugar al cuál ir?, ¿como si existiera un refugio para ella? Peor aún, ¿como si el futuro fuese prometedor?

No tenía ni un céntimo en sus bolsillos. Era ella y un vestido lujoso, nada más. ¿Hasta dónde llegaría? Cualquiera conocido que se atravesara en su huida sería conocido de su padre, no de ella. ¿Quién, en su sano juicio regresaría a su prisión? La prisión Keighley era el centro fundamental de sus pesadillas.

«Me elegirás, Georgiana, ante la evidencia, lo harás».

Las palabras de su nuevo demonio personal resonaron como eco dentro de su mente. Resopló con resignación. Mordió su labio inferior y maldijo para sus adentros.

¡Maldito seas, Franz Cooper!, ¡Maldita eres, Georgiana!

No tenía sentido demorarse más. No tenía interés alguno en el condenado parque y su majestuosa fuente. Regresó sobre sus pasos, fue veloz, como si quisiera iniciar a la brevedad esa vida bajo el amparo de su nuevo captor. Sí, reconocerlo era asfixiante y liberador en partes iguales, con él se sentía a salvo.

Cuando estuvo de regreso dentro de las instalaciones de la mansión, una rara sensación la hizo detenerse al pie de la escalera principal. Esa sensación recorrió su espalda como si fuese una ventisca helada, su cuerpo se estremeció y, al hacerlo, elevó la cabeza... Sus ojos hicieron lo demás, buscaron algo que ni siquiera sabían que deseaban encontrar, y lo hallaron. Era él, observándola desde una ventana, sonriendo con sutileza.

«Me elegirás, Georgiana, ante la evidencia, lo harás».

La evidencia era clara para ella. Sí, elegía ese lugar en su cama. Aceptaba la seguridad que ese demonio le daba. Solo eso... su cama, jamás sus brazos.

CAPÍTULO IO



Había temido esa hora, la de volver a la alcoba. Se había asegurado de mantenerse alejada de Franz, tarea fácil si tenía en cuenta la dimensión de la casa y que el dueño y señor se mantenía encerrado en el despacho gran cantidad de horas. Vio entrar y salir personas variopintas, algunas lucían como maleantes, terribles con sus cicatrices y sus musculaturas de asesinos. Otras eran refinadas, vestidas de trajes confeccionados con las mejores telas. Y todas... todas... la miraron con disimulo para luego apartar la vista con temor.

El rumor de su *secuestro* recorría Londres. Georgiana no tenía experiencia con la sociedad, había sido criada tras muros ineludibles, pero le bastaba lo poco que sabía para concluir que esta no estaba siendo gentil con ella. La culpabilidad no recaería sobre lord Gordon Keighley, lo verían como una víctima. Mucho menos sobre lord Edmund, quien sobrevivió a un encuentro con Franz Cooper. Y por lo que había podido atestiguar en la fiesta, nadie diría ni media palabra sobre su captor, les generaba pavor. Por lo tanto, ella y su clamor «iré con usted» sería el blanco en el que lanzar las flechas envenenadas.

Cualquier sueño fútil de ser rescatada por un caballero romántico no tenía sentido, pensó en el consejo de Sadie, en su resignada sabiduría. Para combatir demonios, qué mejor que aliarse con el más fuerte de ellos. Pero ¿cómo?, Franz Cooper parecía hallarla especial de algún modo, ese era su punto a favor. El único. Porque por lo demás, era un mero objeto de su deseo. De su obsesión. De un sentimiento que él mismo reconocía como irracional.

Tal vez si conseguía hallar la explicación lógica detrás... si desenmarañaba la extraña mente del demonio, podía hallar la llave de su libertad.

Sadie llamó a la puerta y entró con la jofaina, un pan de jabón y paños de suave algodón para secarse.

—Si lo prefiere, puede tomar un baño caliente —propuso la doncella. Georgiana dudó, aún se sentía vulnerable en esa casa y no ayudaba desconocer su rol. ¿Debía comportarse como la señora?, ¿o como una invitada? Florence seguro tendría una respuesta mordaz a sus preguntas.

—No quiero molestar —respondió con modosidad. Sadie rio.

—¿Molestar? Si no fuera porque el señor Cooper tiene una fascinación por los muebles oscuros, que no hacen más que acumular polvillo, yo no tendría trabajo. Venga... venga... —La empujó hasta una puerta continua, Georgiana había pensado que se comunicaba con otra habitación, como era habitual en las alcobas principales, diseñadas para que hombre y mujer estuvieran cerca. Se había

equivocado, Franz Cooper jamás contempló una esposa en sus planes... ni en sus planos. Destinó ese espacio a un cuarto de baño inmenso—. ¡Mire, mire! —exclamó Sadie, entusiasmada, y giró un grifo—. Hay una caldera que mantiene el agua caliente y unos tubos la traen hasta aquí, hay que esperar un poco, porque al principio sale fría, pero mucho menos que si tuviese que calentar cubos y ordenarles a los lacayos que los acarreen. ¿No es una maravilla?! Puede tomar baños siempre que le apetezca.

—¡Esto es un despropósito! —se horrorizó Georgiana y cerró el grifo con premura—. ¿Cuánta agua se desperdicia? Mira el tamaño de esa tina, quién demonios se cree este hombre, ¿el rey Salomón?

—¿Por qué no debería pensarme como un rey? —preguntó una profunda voz masculina. Georgiana se volvió hacia el inesperado visitante—. La ostentación siempre es vulgar cuando la lleva a cabo un pobre o un plebeyo. Nos ordenan que seamos humildes, que de nosotros será el reino de los cielos, mientras ellos se quedan con la tierra. ¿No cree que sea una trampa, *milady*? —Pronunció su título con descaro.

—¿Ellos, quiénes? —Al demonio su intención de entenderlo, ese hombre la irritaba con su porte de «tengo respuestas para todas las preguntas de la humanidad»—. Usted es rico, señor Cooper. Usted es ellos.

—No se equivoque, *milady* —dio un paso al frente—, yo estoy por sobre *ellos*. Y por eso no les sigo la corriente, no me someto a su moral que mantiene a los pobres, pobres, y a los ricos de siempre, dueños del mundo.

—¿Usted no es un rico de siempre? —Desconocía por completo el pasado de Franz. Él se limitó a negar con la cabeza.

—Puedes irte, Sadie, yo me encargo de lady Georgiana. Tal vez si me comporto servicialmente, nuestra noble muchacha pueda alardear de su posición de lady y recordarme la mía de plebeyo.

Georgiana no se ofendió, prefirió bufar y rodar los ojos.

—Ni yo soy tan esnob ni usted es tan *víctima* de las circunstancias, señor Cooper. —Cuando Sadie dejó el cuarto de baño, Franz dio un par de pasos y volvió a girar el grifo—. Se me han quitado las ganas de bañarme, me higienizaré con la jofaina.

—No sea infantil, si realmente le preocupa el desperdicio, evítelo. En esta tina caben dos.

La respuesta lógica era reír hasta las lágrimas.

—¿Pretende que me bañe con usted?

—Nada me daría más placer, Georgiana. —Su voz se volvió más honda, gutural. La vibración alcanzó la piel de la dama, la recorrió como una caricia fantasma. El cosquilleo se volvió ardiente cuando él empezó a desvestirse ante sus ojos, cada milímetro de su cuerpo quedó al desnudo para ser contemplado por sus ojos hambrientos. Estaba mal, muy mal, demasiado mal... La musculatura masculina era una prueba de cuán dolorosos serían sus golpes; su enorme tamaño, la evidencia de que podía dominarla sin esfuerzo. Debía verlo como una amenaza, como a todos los hombres, y sin embargo... nada le daba más placer que observarlo.

La tina estaba rodeada de un mármol que cubría tanto el tubo por el que corría el agua como el desagüe. Ese mismo sostén le permitía a quien se bañase tener a mano el jabón, no requerir de ayuda. Un par de velas rodeaban la tina, otra prueba de horrible ostentación, puesto que ¿quién tomaría un baño por la noche, cuando los criados dormían? La respuesta: Franz Cooper. El agua llenó la mitad de la tina y él se metió, elevando el nivel varios centímetros. Se recostó de espaldas a ella y con su pie cerró el grifo. Se deslizó hacia abajo, hasta quedar cubierto por el agua, incluso sus cabellos, y salió

empapado. En el proceso, Georgiana pudo ver más de su anatomía, divisó aquello que estaba prohibido ver. Se sonrojó, el ardor fue absoluto, más cuando la vergüenza que la azotó no tuvo que ver con el pudor, sino con el deseo. ¿Cómo podía desearlo?, se preguntó. Como él bien había dicho, podía ser normal, mas no sano, porque nadie en sus cabales desearía a su captor, nadie que hubiese temido siempre el avance de los hombres anhelaría ser tomada por uno.

—¿Piensa quedarse allí? Si quiere mirarme, ese lugar es mejor —Señaló un punto del cuarto de baño—, desde ese sitio no se perderá detalle. Aunque más me gustaría que me mire desde aquí, milady.

Georgiana abandonó el cuarto de baño, oyó la risa de Franz y las piernas le flaquearon. Comenzó a desvestirse, lo hizo tras el biombo, dispuesta a higienizarse y esconderse bajo las sábanas. Se quitó el vestido de tarde, el corsé, las enaguas, el polizón... hasta quedar en camisola. Embebió un paño y, al pasarlo por la piel, se dio cuenta de que ardía. Se le erizó cada poro, sus pezones se endurecieron y, cuando fue el turno de limpiar su entrepierna, notó la viscosa humedad. Más aún, el roce del paño la hizo gemir.

¿Qué significaba una locura más en un mundo demente? Se dijo que lo hacía para hallar la llave de la libertad, no podía recuperar su reputación, pero sí su vida. Se convenció de que era un medio para un fin. Se repitió esas palabras una y otra vez mientras emprendía el camino de regreso al baño. No se quitó la camisola, las muchachas nunca exponían su desnudez, ni siquiera al bañarse. Los ojos de Franz le quemaban allí donde se posaban, notó que la respiración masculina se agitaba, que abría la boca para inhalar más hondo. Ella, en cambio, apenas podía respirar. Estaba segura de que, de hacerlo, gemiría. Hundió un pie en el agua, se inclinó para cogerse del borde y no resbalar; Franz se incorporó, la aferró con sus manos y se aseguró de que nada la dañara en su inmersión.

La camisola se humedeció hasta transparentarse casi por completo. Nada preparó a Georgiana para el placer de ser admirada con esa intensidad. Franz la veneraba con su mirada, la endiosaba, mientras ella jamás se había sentido más terrenal, más humana... más mujer. Él se inclinó sobre ella, le quitó las horquillas del cabello hasta dejar solo la trenza principal que componía su peinado, esta cayó hacia adelante, cubriendo un pezón y sumergiendo la punta en el agua. Georgiana no supo qué hacer al descubrir que no era la única presa del deseo, la anatomía de Franz había cambiado, estaba listo para tomarla. ¿Lo haría?, ¿rompería su promesa?, ¿sería eso romper su promesa cuando ella lo ansiaba?

—Tu perfume —dijo él con voz ronca, ya sin su juego de señor y lady. Volvían a ser iguales, hombre y mujer compartiendo intimidad—, el jabón te quitará el perfume. —Contra su propio lamento, cogió el pan de jabón y, envuelto en un paño de gasa, se lo comenzó a pasar por la piel.

—¿Mi perfume?

—A grosellas...

—Oh, pues en comparación a lo que has gastado en mí, no supondrá una gran inversión. Imagina que podía comprarlo con mi escaso presupuesto. —Ella también se atrevió a dejar el trato distante.

—Pues comprarás un tonel —ordenó. Georgiana rio y él gruñó. Así descubrió que, pese a su inocencia en esos temas, a su virginidad, estaba en una posición ventajosa. Franz la deseaba más de lo que ella a él, lo cual le resultaba increíble, porque jamás había anhelado algo más que ese contacto efímero, ese roce, la cercanía y admiración de su cuerpo.

—¿Puedo ir a la tienda de la señora Britt sola? —sondeó.

—No.

—¿Ya no estás tan seguro de que permanezca a tu lado? —Franz dejó el jabón a un lado, cogió un jarro pequeño y, con la misma agua, comenzó a clarear la espuma. Georgiana se delató con un ahogado gemido. El temor de haber perdido la ventaja fue en vano, él necesitó apretar la mandíbula para contener su respuesta.

—No es eso. Aún recuerdo el asunto del maldito caballo, sin contar con que esa zona tiene una doble vida.

—Joyas... Joyería y Orfebrería *Waldorf's and Son's*. —Los ojos se le iluminaron, entonces la señora Britt tenía razón, existía un sitio que compraba piedras preciosas—. ¡Estuve tan cerca! —bufó.

—¿Tan cerca de qué?

—La noche de la mascarada iba a vender el anillo para huir. Había escuchado un rumor, al parecer la joyería tiene un negocio aparte, manejado por un hombre chino que comercia piedras preciosas. —La expresión de Franz se endureció.

—Por esa misma razón, joder, no irás sola a esa maldita tienda. —La cogió del cuello sin hacerle daño, la obligó a mirarlo a los ojos antes de arrancarle una promesa—. Así quieras huir, así quieras dejarme y elijas los bajos fondos antes que mi casa y todo lo que pueda brindarte, júrame... ¡Júrame! que no irás allí con uno de mis rubíes. Que no intentarás vender una de mis piezas en ese infierno. ¡Júramelo!

—L-lo juro —balbuceó.

—Irás con mis hombres, que todos sepan que eres mía cuando pongas un pie en ese lugar. Nadie te hará daño. —El agarre se convirtió en caricia, le pasó el pulgar por la mandíbula. Se relajó poco a poco, hasta volver a recostarse contra el extremo opuesto de la tina. Cerró los ojos, pero no contuvo su malestar—. No sé por qué cojones me llevas al límite.

Georgiana sintió como la ira se mezclaba con el deseo. ¿Ella lo llevaba al límite?, ¿ella?!

—Yo no he hecho nada, solo te conté un plan. Un plan que no llevé a cabo porque... ¡me secuestraste! —Incapaz de contener su frustración, lo salpicó hasta que abriese los ojos, hasta que abandonase esa expresión de «qué incordio la mujer que secuestré y no dejo ir».

—Claro que no has hecho nada. Ese es el jodido problema, no haces nada y me conduces al límite, al maldito abismo. ¿Qué demonios me importa si quieres ir con Sheng Wei Lian llevando un rubí sangre de paloma?, no serías ni la primera ni la última persona que muere por hacer negocios ilegales. Y con tu belleza...ja...la muerte sería la mejor opción. Me tendría que importar tres cojones... ¡Joder!

—Lamento atormentarte —respondió impostando una voz dulce—, tal vez deberías dejarme ir, ser tú el que me da el dinero y se olvida de mí. Es muy sencillo.

—No, no lo es. Eres lo opuesto a lo simple. —Soltó el aire lentamente—. Viktor me educó para no tener debilidades y tú te pareces demasiado a una.

—¿Viktor es tu padre? —Georgiana apartó su enfado, la curiosidad, fue más fuerte que el enojo. Tal vez se parecían más de lo que creían, él había dicho en muchas ocasiones que la retenía porque quería entender... ahora ella era presa de lo mismo. Quizá tuvieran razón quienes decían que la manzana de Eva no había sido copular, sino el anhelo de conocimiento. Era mil veces más peligroso.

—A él le gusta pensarse así.

La amargura de su voz dijo más que sus palabras.

—Él te hizo esas heridas, ¿verdad?

—No todas, no siempre se ensuciaba las manos. —Georgiana conocía eso en primera persona, la

señora Curly era la causante de muchas de sus cicatrices.

—¿Te golpeaba para hacerte fuerte?, ¿para quitarte las *debilidades*? —Franz asintió. Las cicatrices que cargaba eran más que solo palizas. Tenía quemaduras, cortes... Y secuelas de demasiadas torturas—. Es un monstruo, no un padre.

Franz rio, su risa fue amarga.

—Tal vez todos los padres sean monstruosos. ¿No se comió Cronos a sus hijos?, ¿no es cruel el Dios del Antiguo Testamento que pide sacrificios, ahoga al mundo, destruye Sodoma y Gomorra?, ¿no fue tu padre cruel contigo? —Franz salió de la tina, volcando el agua a los lados. Se secó con poco esmero y se vistió con solo la ropa interior, la cual se pegó a su piel aún húmeda. Georgiana salió tras él, era la primera vez que atestiguaba humanidad en él. Hasta entonces, sus proclamaciones estaban cargadas de una lógica extrema, de un raciocinio carente de emoción. Hasta ese momento, había sido la creación de Viktor Schwartz. Por fin mostraba un atisbo de su verdadero ser.

—¿Justificas su crueldad? —le preguntó, confundida. Él se volvió a ella, la ira refulgía en su mirada. Estaba en tensión, el instinto le hizo a Georgiana retroceder un paso. Franz volvió a reír, en esa ocasión la risa fue macabra.

—No temas, Georgiana. Yo no pierdo el control, puedo estar al límite, pero jamás salto al abismo. Yo no soy un hombre, Viktor me hizo esto...

—¿Qué te hizo, en qué te convirtió? —Su voz fue apenas audible.

—¿Has oído hablar de Nietzsche, de su *übermensch*, superhombre? Un hombre que está por encima de la moral, de las limitaciones que la sociedad nos pone. Si a eso lo unes con Darwin, será lógico concluir que ese superhombre es el próximo paso evolutivo, que la moral le pone un limitante al progreso, a la evolución. Y si, a su vez, entendemos que lo que nos diferencia de los animales es la razón, que, si no fuese por nuestro intelecto, nuestra técnica y la capacidad de transmitirla socialmente, no seríamos la especie dominante. No somos más fuertes que un león, ni mucho menos que un hipopótamo, pero podemos cazarlos, vencerlos, comerlos, dominarlos... por la razón. —Se tocó la sien, Georgiana retrocedió otro paso, aterrada por el delirio de Franz—. La razón es la psiquis, es el consciente y el inconsciente. ¿Lo ves, Georgiana? ¿Ves en qué demonio me ha convertido? Su crueldad me hizo ser quien soy, soy su creación, ¿qué quedará de mí si reniego de mi creador?, ¿qué sentido tendrá mi existencia? Tú —la alcanzó en un paso, la trajo hacia sí y la abrazó con fuerza, desesperación, posesión—, tú resquebrajas esos cimientos. Tú, que hueles a grosellas y no sabes quién cojones es Nietzsche ni Freud, destrozas todo a tu paso, y tienes el descaro de pedirme que te deje ir.

—No me dejes ir, entonces...déjame entrar.

El espanto en su mirada fue mayor que cuando le habló de los rubies, el miedo latente ante la certeza de que sería condenarla al infierno. La soltó, se alejó de ella. El tormento duró unos segundos, un pestañeo. Porque, joder, tenía razón. El adoctrinamiento de Viktor le había permitido desarrollar un autocontrol casi absoluto. Sonrió, barrió bajo su mente los mil pensamientos oscuros y dejó aflorar el deseo:

—Eres tú quien se resiste, cariño. ¿Me dejas entrar? —Le recorrió el cuerpo con la mirada, cada rincón estaba al descubierto por la transparencia de la camisola húmeda. Georgiana cogió un paño para secarse y se rodeó con él.

—Eres un cobarde, las hembras reproductivas no eligen machos cobardes —replicó. Franz carcajeó. Georgiana abandonó el cuarto de baño y se perdió tras el biombo de la habitación. Él siguió sus pasos; solo un instante, su reflejo atravesó el espejo y ella pudo verlo. Tal vez tendría que

confesarle que sí sabía quién era Nietzsche, que conocía al menos una frase de él: «Si miras fijamente durante mucho tiempo a un abismo, el abismo te devuelve la mirada». Los ojos de Franz Cooper mostraban un abismo que la llamaban a lanzarse, ¿sería capaz de lidiar con las consecuencias de ahondar en él?

Georgiana no optó por el sillón. Por fin perdió el miedo a Franz, al menos el temor a ser ultrajada. Tras atestiguar su delirio, entendió muy bien lo que significaba para él el control: todo. Su esencia. Su ser. El sentido de su dolor. Cerró los ojos sin dormirse, acompasó la respiración y fingió. Consiguió engañarlo y sintió en la oscuridad el cuerpo de Franz acercarse al suyo, su nariz se hundió en su cabello —el cual no había lavado— e inspiró hondo los vestigios de su perfume. No fue más lejos ni profanó ningún lugar prohibido, no se valió de su inconsciencia para abusar de ella. Se durmió primero y Georgiana aprovechó para observarlo. Tenía el cabello aún húmedo, empezaba a alborotarse, rebelde, mientras se secaba. En su mandíbula asomaba el inicio de barba que a la mañana siguiente rasuraría por completo. Su piel era de un tenue color dorado, delataba que tenía más actividades además de estar encerrado en su despacho. Prosiguió con la inspección de su pecho, donde prevalecían las quemaduras. Las evaluó en las sombras, estuvo segura de que eran de gravedad, lo cual evidenciaba la tortura. Había sido sometido a un dolor constante, al límite de lo tolerable. Una, y otra, y otra vez.

El límite, ese que él aseguraba nunca traspasar. Georgiana entendía de dónde venía su certeza, su confianza en la habilidad de controlarse. Había sido puesta a prueba infinidad de veces, había tolerado dolores y tentaciones mil veces peores que la de una dama en camisola que no cedía a su deseo.

Sin embargo, él le temía a ella.

No conocía a Viktor, ni siquiera estaba segura de si se trataba de su padre biológico o adoptivo, Franz había hablado de él como su creador. Georgiana apretó el puño, Viktor no era un creador, era un destructor. El daño que había infringido era mil veces peor al de lord Gordon. Su padre jamás intentó darle sentido a su violencia, le permitió a ella construir la imagen de villano, entender su mundo en blancos y negros, en buenos y malos. El mundo de Franz Cooper era un gran gris, y empezaba a teñir con sus matices el de Georgiana. Franz no era bueno, y sin embargo la había tratado mejor que cualquier persona a la que había conocido; el tal Viktor había sido horrorosamente cruel, pero ella estaba segura de que, si le preguntaran, el hombre encontraría en su demencia una explicación a su obrar, incluso se vería como un altruista, un hombre que hacía aquello por el bien de la humanidad. De hecho, así lo había repetido Franz, su tortura lo había elevado al siguiente eslabón, al de los superhombres.

Pero había algo aún más aterrador en todo ello, y era que, aunque Georgiana no sabía mucho de ciencia ni de filosofía, sí sabía de cronología. Viktor había empezado ese proyecto *antes* de que esos conceptos fueran de conocimiento público. Franz rondaba los veintisiete años y era evidente que sus torturas se remontaban a la niñez, lo que implicaba que fue sometido a ellas antes siquiera de que esas teorías fueran demostradas, o puestas a prueba, o siquiera sometidas al escrutinio público. El hombre se había lanzado a hacer pruebas en seres humanos sin ninguna maldita evidencia.

Georgiana lo entendió y necesitó cerrar la garganta para no vomitar. El sabor amargo de su bilis quedó atrapado en su boca.

Había más.

Allí afuera existían más Franz Cooper.

Y entonces asumió algo más, no la presencia de más víctimas, sino la ausencia de estas. Los que quedaron en el camino.

—Compraré un tonel —le prometió, acarició el rostro dormido de Franz—. Si mi maldito perfume te sirve, si el sentimiento de irracionalidad que despierto en ti te ayuda, si mi presencia te sana... —El suspiró en sueños—. Hay algo que sí entiendo ahora. Pensé que descifrarte me daría la llave de mi libertad, pero en cambio le ha echado el candado a mi cautiverio. Sabes que la maldad de Viktor no tiene objetivo, ni fin, ni sentido... del mismo modo que la crueldad de mi padre no lo tiene. El sentido se lo damos nosotros, tú usaste tu dolor e hiciste con él al hombre que eres, y yo voy a coger mi dolor para convertirme en la mujer que deba ser. Lo que aún no he averiguado es si esa mujer debe permanecer a tu lado un tiempo o para siempre.

Franz se removió en sueños, se puso más inquieto, convulsionó y abrió la boca, los ojos, hasta quedar petrificado. Georgiana se asustó, jamás tuvo tanto miedo en su vida. Intentó despertarlo, aunque parecía ya estarlo. Solo que no se movía. Cuando al fin lo consiguió, un grito desgarrador resonó en la mansión.

—Franz, estabas soñando... —O recordando, pensó. Fue a por agua y cuando regresó, la puerta de la alcoba se abrió de golpe. Florence en un provocativo camisón entró y se encaminó hacia a la cama.

—Franz... ¿Agua? —dijo en dirección a ella—, eres una niñata, es evidente que necesita algo más fuerte que un trago de agua.

—Florence —gruñó él—, no me toques los cojones. —Se puso de pie, cogió una bata de seda negra y abandonó la habitación sin mirar a ninguna de las mujeres. La señorita Sharp se volvió hacia Georgiana, que se había quedado petrificada, con un vaso con agua en la mano a mitad de camino entre la cómoda y la cama.

—Él piensa que tú eres una especie de pieza que le falta o un rompecabezas por armar, pero yo sé que no. No eres nadie, Georgiana.

—No recuerdo haberte permitido el trato informal —respondió, recuperando la compostura. Bebió el agua, se quitó el sabor amargo de la boca.

—Él es mejor que los demás, él es un caso de éxito. Tú jamás lo entenderás, eres una «normal». —A Georgiana se le escapó una carcajada, ¿realmente usaba *normal* como insulto? La risa se le cortó.

—Tú también conoces a Viktor —adivinó.

—¿Cómo sabes quién es Viktor? —Sus ojos brillaron de furia y demencia. Que Cooper le hubiera contado sobre el doctor Schwartz era demasiado personal, era permitirle cruzar una línea que nadie había sorteado hasta el momento. Se acercó a Georgiana, pero se detuvo a un paso—. Nunca conocerás a Franz como yo, nunca te necesitará a ti como me necesita a mí. —Dicho esto, emprendió el camino tras los pasos de su señor.

Georgiana fue presa de una inmensa pena, en especial al caer en cuenta de la dosis de verdad en las palabras de Florence. Ella creía ser capaz de entender a Franz gracias a su dolor, pero era una tontería, solo había atisbado la punta del iceberg. La señorita Sharp lo sabía todo de su señor, o eso parecía, y Georgiana debió reconocer que eso le provocaba envidia. Celos.

—Soy normal —repitió el insulto de Florence—, pero eso no quiere decir que sea ordinaria, común.

La normalidad era justamente lo que la hacía tan especial para Franz Cooper.

CAPÍTULO II



No solía mentirse a sí misma, prefería afrontar la verdad, aunque fuese dolorosa. Su padre no sentía ni una gota de afecto por ella, la consideraba un objeto de cambio y, cuando su objeto no brillaba como oro, lo pulía a fuerza de golpes. Georgiana no tenía más alternativa que aceptarlo dado su lugar en la sociedad y su lugar en la casa Keighley. Edmund era un maldito alcohólico, un violento y un abusador. Para colmo de males, esas espantosas cualidades eran avaladas por su padre. La señora Curly sentía un odio visceral hacia ella y, con la libertad que el lord de la casa le otorgaba, descargaba ese sentimiento en la muchacha buscando nuevos lugares de encierro a fin de brindar el mejor escarmiento. La más pura y dolorosa verdad. La aceptaba sin entenderla.

Lo que le resultaba difícil de digerir era esa novedad que tenía atravesada en la garganta: Florence Sharp. La mujer era un bocadillo agrio, que no se asemejaba a su anterior desdicha. Nada tenía que ver esto con el trato que le dispensaba. Ni su descortesía ni su arrogancia le afectaban. Lo que le irritaba era el lugar que ocupaba junto a Franz Cooper, el naípe triunfal que blandía en el aire. Si él le permitía dar un paso más, ella se creería su dueña. ¿Y qué lugar ocuparía ella entonces?

Era demasiado pronto para adjudicar una razón de peso a las decisiones de Franz Cooper. En base a los acontecimientos, Georgiana solo debería considerarse una obsesión. El cuadro que conformaba su futuro no era para nada prometedor: *una mujer estaba obsesionada con un hombre que, a la vez, estaba obsesionado con ella*. Perturbador. Propio de una tragedia clásica. Más inquietante aún si se le sumaba una nueva obsesión... la de ella por él.

No es obsesión, se repetía. Si iba a permanecer junto a ese demonio por un tiempo indefinido, tenía que indagar en las sombras que albergaba en su interior. Era simple búsqueda de conocimiento. Interés en pos de su supervivencia. Quizá, también de la de él... Quizás podía ayudarlo como Franz, a su manera, la estaba ayudando a ella. Un camino de doble vía. Sí, eso, una retribución. Al fin de cuentas, la alejó del infierno. Del infierno conocido. A cambio de un infierno nuevo, prometedor, acogedor y, para qué negarlo, atractivo por donde se lo mirase.

No es obsesión, se repetía y mentía a sí misma. Detrás de esta mentira se escondía el deseo creciente de intimidad entre ambos y de inesperados celos. Infantiles celos. «*Nunca te necesitaré a ti como me necesita a mí*».

—Tienes un as bajo la mano, lo sé, también tengo el mío —le habló a su reflejo en el espejo. Resopló como si Florence estuviese frente a ella—, tú formas parte de un pasado que lo atormenta por las noches, por eso mismo es que no compartes su cama y yo sí. —Si la señorita Sharp la hubiese

escuchado, consideraría las palabras como una declaración de guerra. Y para vencer al enemigo, la mejor estrategia era adelantarse a sus movimientos. Pensar y actuar como él. Conocerlo como la palma de tu mano. Debía sondear con cautela en el pasado compartido.

Sadie, que hacía más de un minuto había ingresado a la habitación, carraspeó para hacerle notar su presencia; no le parecía correcto seguir escuchando sin permiso el monólogo de la lady. Uno en el que la muchacha ponía todo de sí. Estaba completamente absorta en pensamientos. ¡Y vaya pensamientos! Se arriesgó a conjeturar la doncella. Tanto así que se atrevió a opinar con respecto a estos.

—Milady, vaya de un paso a la vez, no creo que esté preparada para esa pelea. —Si ponían en un cuadrilátero de boxeo a Florence Sharp y a lady Georgiana, el enfrentamiento duraría segundos, la primera ganaría sin siquiera esforzarse. Aunque en lo referido a elección personal deseara que el triunfo fuera de Georgiana, si se tratara de una apuesta por dinero, Sadie pondría sus fichas a Sharp con los ojos cerrados.

—¿Cuánto has oído? —preguntó avergonzada. Estaba acostumbrada a los soliloquios, tenía toda una vida de estar a solas consigo misma. Se convirtió en práctica dejar que los pensamientos se hicieran palabras. Era emisaria y receptor. Lo bueno era que, dentro de su conversación solitaria, nadie la contradecía ni opinaba diferente. Era innovador para Georgiana tener una reflexión que no proviniera de su cabeza.

—No mucho, solo su convocatoria a duelo con la señorita Sharp —bromeó. Contuvo las ganas de reír para no hacer sentir mal a la lady. Además, estaban conformando un vínculo demasiado personal, que no correspondía. Cada tanto, Sadie, se recordaba a la fuerza el rango social de la muchacha—. Pero eso no es lo que más me inquieta... —dijo por lo bajo, como si quisiera guardar la inquietud para ella.

—¿A qué te refieres? —Georgiana dejó caer su trasero en la butaca frente al tocador. Sadie era bastante rutinaria, a esa hora de la mañana se encomendaba a la tarea de peinarla. Cada día intentaba diferentes recogidos. También traía con ella polvos para el rostro y bálsamos para labios. Disfrutaba de la tarea de hacer resaltar las delicadas facciones de su rostro. Georgiana también gozaba de sus atenciones y reconocía que, gracias a ella, su semblante relucía. Estaba a gusto con la imagen que proyectaba en el espejo. Incluso, esa mañana al verse, se sonrió por primera vez con autenticidad.

—A lo que sea que ronda su cabecita, milady... los pensamientos que dejaron escapar esas palabras. —Separó la abundante cabellera en dos y cogió el cepillo. Peinó a la largo para desenredar los nudos que se forman a la noche—. Duelo, competencia, lo que sea... va a perder.

—Lo sé, estoy en gran desventaja contra ella —se resignó a la verdad—. No sé nada sobre mi oponente.

—No se trata de desventaja, milady —Separó en tres mechones el lado izquierdo de su cabellera, comenzó a trenzar el cabello casi desde la raíz—, ni de quién es su oponente, sino del juez que elige al ganador. —Repitió la labor de trenzado en el lado derecho de su cabellera—. Aquí no importa la fuerza del golpe, importa la calidad... Los puntos que el juez le adjudica en la pelea. ¿Me comprende? —Indagó en la mirada de la lady en el reflejo del espejo. Esta estaba muy atenta a sus palabras.

—Si con el juez te refieres al señor Cooper, creo que sí... comprendo.

—No. Si se refiere a él como el señor Cooper, entonces no me comprende. —Cuando terminó con la segunda trenza, las unió con un pequeño lazo en el tramo final. Hizo un rodete con estas a la altura de su nuca—. Usted pone su atención en Florence. —Cogió horquillas para poder sostener el recogido—. Ponga su atención en el señor y nada más que en el señor. Hasta que su nombre no salga de su boca y

sea recibido por él con placer, no se detenga.

—Lo dices como si fuese tan simple... —balbuceó como una triste niña, sabedora de que no obtendría lo que quería.

—¡Lo es! —exclamó Sadie al tiempo que finalizaba con el peinado.

—Tampoco tengo conocimiento sobre el juez como para poder ganar mérito en su decisión. —Habló desde la resignación absoluta. Luego de la noche en la que él tuvo la pesadilla, no había vuelto a compartir la cama con ella. Dos noches sin él, sin el calor de su cuerpo que la hacía sentir segura, a salvo. Dos noches durmiendo a cuentagotas, tal como lo hizo en el pasado.

—No sé cuál era su rutina diaria antes de llegar a esta casa, pero la que tiene aquí es completamente aburrida. ¿Sabe que puede ir a donde se le plazca, verdad? —Se tomó el atrevimiento de girar el rostro de la muchacha con sus manos para evaluar el resultado del recogido. ¡Bello y perfecto! Resaltaba la hermosa forma de su rostro, destacando su delicada barbilla. Restaba hacer un buen trabajo en sus labios para que cobraran más protagonismo, y ella tenía el bálsamo ideal para eso —. Mientras usted se encierra aquí con sus suposiciones erradas, su oponente continúa sumando puntos ante el juez.

—Si de puntos se trata, tengo años de desventaja. ¿Hace cuánto que se conocen el señor Cooper y la señorita Sharp?

—Mmmm, a ver, déjeme pensar... —Hizo una mueca con sus labios, parecía que estaba haciendo la cuenta mental más difícil del mundo. Abrió el cofre de madera que contenía sus preparados de belleza. Analizó con detalle cada uno de sus bálsamos—. El señor Cooper tiene veintiocho años... Florence veinticinco, si la información que tengo es correcta, diría que se conocen desde hace... —*Oh, sí, este*. Dijo para sí al elegir el preparado con raíz de betabel, le daría un tono rojo carmesí a sus labios —, desde hace... ¿veinticuatro años? Quizás veintitrés. —Georgiana se aclaró la garganta, ¡toda una vida juntos! Sadie palmeó su espalda—. ¿Se encuentra bien, milady? —Ella movió la cabeza con un gesto afirmativo. Por dentro, la respuesta era otra: No, ¿en serio, veintitrés años? Veintitrés contra un par de días. Sadie pudo ver el desazón en su mirada; Georgiana se rendía con antelación, daba por perdida la batalla—. ¿Tengo que volver a repetirlo, milady? —su tono fue de reprimenda. Hundió la yema de su dedo anular dentro del pequeño recipiente del bálsamo—. Le he dicho que aquí, bajo este techo, se gana con calidad no por cantidad. —Alzó su barbilla, la instó a abrir un poco sus labios—. Según comprendo, lo que une a la señorita Sharp con el señor Cooper también los separa —Con un suave golpeteo de su dedo distribuyó el producto rojizo en su labio inferior—, sé que el señor no pretende olvidar su pasado y que tampoco reniega de él pues lo convirtió en el hombre que es, pero eso no quita el hecho de reconocer que los métodos no fueron los correctos. —Exhaló, la piel se le erizó tras lo dicho—. Haga presión con sus labios, milady.

—¿Qué es lo que sabes, Sadie? —Apretó los labios. El color se emparejó, la doncella estuvo satisfecha. Sonrió—. Cuéntamelo, por favor.

—Lo que sé puede ser real o no... puede ser certero o exagerado, no estoy segura, por eso creo conveniente no decirlo.

Georgiana se incorporó con rapidez, la cogió de las manos e hizo que esta ocupara el lugar vacío en la butaca.

—Conveniente o no, me sirve, cuéntamelo. —Se acudilló ante ella, en su mirada brillaban los primeros destellos de súplica.

—De acuerdo... —No quería contribuir a la congoja en la muchacha, no fuera a ser que se le diera

por lagrimear y, una cosa llevara a la otra, se agitara por demás y su peinado se viera comprometido. Sadie estaba muy contenta con el resultado—. Crecieron juntos en un orfanato... uno muy fuera de lo común. Según lo que he oído, era más parecido a un hospicio para dementes que un lugar para huérfanos. ¡No es que los orfanatos sean el séptimo cielo! Yo también crecí en uno, no hay que ser ingenuos, se tiene un techo, comida y, en el mejor de los casos, uno aprende a leer y a escribir... pero nada de eso es gratis, no existe una beneficencia verdadera. En cierta forma, pagamos cada plato de comida. Siendo sincera, podría decirse que nos preparaban para ser sirvientes —bromeó con desgano. Chasqueó la lengua, sacudió la cabeza. De esa manera alejaba los recuerdos—. En cambio, los niños Prometheus fueron preparados para otra cosa... y lo pagaron caro, demasiado caro.

—¿Niños Prometheus? ¿Así se llamaba el lugar?, ¿Prometheus?

—No, así se les dice a ellos o al proyecto de transformarlos en lo que son, como si fuera el nombre de una prueba a superar. Los que pudieron con esa prueba, son hombres poderosos como el señor Cooper. —Alzó una ceja al recordar y exponer—: Florence no, no pudo superar la prueba, por eso vive bajo la sombra del señor.

—¿Prueba?, ¿qué tipo de prueba? —preguntó cavilando un montón de posibilidades. Ninguna buena.

—No sabría decirle con exactitud, lo único que sí puedo decirle es que la evidencia de esa prueba se encuentra marcada en su cuerpo... Huelga decir que del dinero y el poder que ostenta es la mayor demostración que le entrega al mundo. Vivió en el infierno, no pereció y se convirtió en el demonio regente del inframundo. —Sadie se encogió de hombros, hasta ahí llegaba su relato. Parecía una historia escrita por una pluma habilidosa y creativa.

—Poder... —repitió Georgiana por lo bajo, trataba de comprender los límites de ese hombre—. ¿Hasta dónde llega ese poder? —No podía evitar utilizar el sentido común, Franz creció en un orfanato, ¿cómo podía un huérfano lograr ese nivel de supremacía? El mundo que ella conocía no le daba ni lugar ni oportunidad a niños y a hombres como él.

—Milady, ¿puedo hacerle una pregunta? —La curiosidad se acrecentaba en Sadie. La evaluó de pies a cabeza con total descaro.

—Por supuesto, es lo justo, información por información.

—¿Dónde demonios ha estado viviendo?, ¿cómo es posible que no sepa quién es Franz Cooper?

—Te sorprenderías si te lo dijera... o no, considerando lo que me has contado. —Ella era una niña Keighley, pero sin un céntimo ni un atisbo de poder—. Hasta hace unos días no tenía idea de la existencia de Franz Cooper.

—Entonces, de ahora en más, créase una mujer afortunada. Un demonio ha golpeado a su puerta.

—¿Dónde está lo afortunado en eso? —Una risa nerviosa se apoderó de ella.

—Tendrá que averiguarlo por su cuenta. —Sadie se incorporó, no estaba acostumbrada a tanta comodidad. Sentía que el trasero se le hundía en la butaca acolchada—. De todas las puertas posibles, eligió la suya. Debe de existir una razón.

—No me cabe duda —coincidió con la doncella—, lo difícil aquí es descubrir esa razón.

—Vaya al establo, milady... —Le guiñó un ojo y se encaminó a la puerta. Su trabajo estaba hecho—. Luzca su atuendo, su peinado, su bello rostro y vaya al establo —insistió, y antes de atravesar el umbral, completó su sugerencia—: Quizás allí encuentre el motivo que busca.

Caminar bajo el sol del mediodía, aspirar el perfume floral de los jardines le resultó placentero. Sadie estaba en lo cierto, que se sintiera como una prisionera y se comportara como tal era solo una percepción personal. Nadie la mantenía encerrada, ni en la habitación ni en la casa. Las experiencias de su pasado actuaban como cadenas imaginarias en sus tobillos. Todavía no se acostumbraba a la libertad. Visitar el establo era una buena alternativa, interactuar con animales le resultaba más fácil. Por lo que había oído, Cooper tenía más de una docena de caballos. Pura sangre ingleses, árabes y norteamericanos: Mustang, caballos salvajes por excelencia. Salvaje como su propietario fue lo primero que pensó Georgiana.

La fragancia del césped segado se mezcló con un inesperado aroma, el del café. Uno que provenía del interior del establo. El olor y la tibieza del lugar la hicieron sentir a gusto ni bien atravesó la puerta de ingreso. Una vez dentro descubrió el motivo de la calidez del lugar. Dos grandes salamandras atiborradas de leña, mantenían el calor dentro de la caballeriza, especialmente en las primeras cuadras que parecían ser ocupadas por caballos en recuperación. Entre estos, reconoció a uno, pequeño y color azabache. Este pareció reconocerla. Sacudió la cabeza y relinchó, a su manera, le daba la bienvenida. Se acercó a él, extendió la mano y el animal restregó el hocico en su palma.

—Me alegra descubrir que tú también estás a salvo... —Era el caballo que, ingenuamente, había intentado socorrer semanas atrás. Tres latigazos recibió por él—. Y me alegra descubrir que me recuerdas. —Le brindó un suave masaje a su quijada, continuó por su hocico y finalizó la caricia en la frente.

—Apostaría parte de mi riqueza a que te reconoció de la misma manera que yo... —dijo una voz a sus espaldas.

De dónde demonios había salido, no se lo preguntaría. Se volvió para ver si no era producto de su imaginación. Tenía casi dos días sin saber de él. Desde aquella noche en la que abandonó la habitación luego de despertar de una pesadilla, solo lo vio una vez, cuando regresó a cambiarse. No intercambiaron ni una palabra. Ella no se atrevió a hacer cuestionamientos sobre las imágenes que lo atormentaron en sueños, menos aún, después de la proclamación de Florence: «*Nunca la conocerás como yo*».

Por eso, al comprobar que el hombre que tenía frente a ella no era un producto de su imaginación, exhaló con alivio. No emitió palabra. Temía confesar que estaba... *¿estaba feliz de verlo?* Sin pensarlo, se mordió el labio inferior. Secretamente ahondaba en esa repentina sensación mientras lo observaba. Como siempre, lucía impecable, pero en esa ocasión se prestaba más a la informalidad. Sin chaqueta, con chaleco y camisa arremangada hasta la mitad del antebrazo. En su mano sostenía una taza de cobre, de la que asomaba un poco de humo. Franz bebió un sorbo. El olor a café inundó las fosas nasales de Georgiana y, de repente, se le antojó un sorbo, compartir ese sabor con él.

—Que yo sepa, en mi casa no hay ratones, así que, si alguien te ha comido la lengua, dímelo para que me ocupe de él.

Oh, sí, era él. Con su encanto demoníaco a cuestas

—¿Y cómo se ocuparía del ratón en cuestión? —Si Franz Cooper era un hombre definido por sus palabras y acciones, tendría en cuenta a ambas para intentar conocer un poco más de él.

—Te volvería a dar el privilegio de elegir. —Sorbió de su taza. El café que preparaba el señor Lars, su jefe de cuadras, era el mejor de Inglaterra. Quizás porque él mismo molía los granos justo

antes de preparar la infusión.

—¿Por qué debería elegir yo?

—Porque es tu ratón, no el mío. —Avanzó hacia ella, cinco pasos le fueron suficientes para arrinconarla con su cuerpo contra la puerta de la cuadra—. Creo que he sido muy claro al respecto; aquí, el poder de decisión está en tus manos. —Bebió un poco más de café. Su aliento tibio y aromático fue reconfortante para Georgiana. Su cuerpo, hasta entonces tenso por su cercanía, se rindió ante Franz. Él sintió cómo se relajaba entre sus brazos, sonrió. Aunque no fuese capaz de reconocerlo, su cuerpo tomaba decisiones por ella—. ¿Te apetece? —Le ofreció su taza.

—No, gracias, no me gusta el café. —Mintió. Tragó saliva con dificultad. Hacía mucho calor. ¡Vaya que emanaba calor esa salamandra!

—Pues qué pena, iba a ofrecerte mis labios para que bebieras de ellos. —Hundió su nariz en el escote de su vestido. Inhaló profundo, el perfume de grosellas era apenas una reminiscencia en su piel, se separó de ella con una fingida expresión de decepción en el rostro.

—Prefiero el té... —se apresuró a decir Georgiana cuando el frío invadió su cuerpo luego de que Franz se apartara—. Me gusta beber té. Early Grey. —Tosió. Desvió su mirada. Estaba sorprendida de sus palabras. ¿Era acaso una invitación?

—De ser así, de ahora en más, beberé té para compartirlo contigo. —La de él sí lo fue. Invitación con orden implícita. Cuando le ofreciera beber de sus labios no tendría excusa para negarse.

El caballo hundió sus ollares en el cabello de Georgina, bufó y sacudió su hocico con tanta fuerza que desarmó el moño trenzado que Sadie había armado con tanto esmero. La reacción del animal la tomó por sorpresa, su cuerpo reaccionó a la defensiva, giró con brusquedad y, al hacerlo, el tacón de su botín se incrustó en una hendidura del suelo. Los cascos de los caballos, en su ir y venir, generaban esas imperfecciones en el terreno. Perdió el equilibrio y, de no ser por la rápida respuesta de Franz, hubiese caído al suelo con una pose no muy elegante. El brazo del hombre la cogió por la cintura, el cuerpo de Georgiana quedó en un ángulo de cuarenta y cinco grados, si él la soltaba, el impacto sería fuerte. No solo su trasero sería víctima de la caída, también su cabeza.

—Tranquila, no voy a dejarte caer —le susurró con un tono ronco. Tenerla en su brazo y a su merced le resultaba extremadamente... Exhaló con fuerza... placentero. Demasiado. El calor de su exhalación alcanzó el rostro de Georgiana y sus mejillas se tiñeron de rojo gracias a la repentina ola de calor.

Lo que Franz no sabía era que ese color que decoraba el rostro de la muchacha no era ni por su exhalación ni por la vergüenza que, él creía, trataba de ocultar. El interior de Georgiana ardía como la leña dentro de la salamandra. La cercanía de Franz la encendía como una hoguera. Era lógica esa sensación. Al fin de cuentas todos lo consideraban un demonio. El fuego del infierno corría por su sangre.

—A menos que yo te lo pida, ¿verdad? —completó el pensamiento de Franz. Él se humedeció los labios con la lengua. Pretendía ocultar su sonrisa ante Georgiana.

—Cierto... —Su tono susurrante se transformó gutural. La voz de su demonio interno se hizo presente en él. Sintió su fuego, sintió el de ella también. Era el principio, lo sabía, así comenzaban las hogueras que luego se convertían en incendios forestales—. Dígame, milady, ¿quiere que la suelte?

«Hasta que su nombre no salga de su boca y sea recibido por él con placer, no se detenga».

—No, Franz... —dijo su nombre con un grado de sensualidad tal que hasta ella experimentó una desbordante sensación, allí, en su bajo vientre. ¿Mariposas? No, con Franz Cooper no existía esa

posibilidad, con él eran malditas polillas nocturnas. ¡Y vaya que se agitaban en su interior! Descendían furiosas, intentando alcanzar su centro íntimo—, no me sueltes.

El caballo relinchó, parecía celoso del espectáculo que tenía ante él.

—Lo siento, muchacho, tú mismo la has oído, me pertenece —dijo sin apartar su mirada de la de ella. En el brillo oscuro de sus ojos cafés estaba impreso un nuevo contrato entre ellos, uno en el que las dos partes estaban de acuerdo. La incorporó con un movimiento brusco y repentino, el resultado fue inevitable: el cuerpo de Georgiana se dio de lleno con el pecho de Franz. Él la aprisionó entre sus brazos, por primera vez, la muchacha no opuso ni la más mínima resistencia. Y no solo eso, también alzó su rostro con el propósito de perpetuar la mirada compartida—. Me perteneces —le repitió sin apartar sus ojos de los de ella.

—Te pertenezco, Franz... pero aún no te he elegido —finalizó con un sorpresivo tono de desafío. Sensual desafío.

—Lo harás... —murmuró en su oído. Rozó el lóbulo de su oreja con su nariz—, sé que lo harás. —Hizo extensivo el roce por su cuello al notar que su cuerpo vibraba ante su caricia. Cuando llegó al nacimiento de su clavícula, se detuvo—. Pero antes, tenemos un asunto que resolver. —Se apartó, la cogió por la muñeca y la arrastró consigo fuera del establo. Fue gentil, no quería provocarle dolor ni dejar una marca de su fuerza en su cuerpo, ya tenía demasiadas cicatrices y él no sería una más—. Ven... —Él sería quién le hiciera olvidar las marcas de su piel.

CAPÍTULO 12



«Recorrí todas las tiendas de Liverpool por ti».

Bajo ese argumento la subió a un carruaje y la obligó a compartir ese íntimo y privado espacio con él. El interior del carro olía a él. Georgiana analizó el perfume que Franz Cooper desperdigaba en el ambiente con cada paso que daba. Inhaló profundamente. Almizcle con unas notas de cedro... y algo más. Una esencia que ni el mejor de los alquimistas podría obtener: poder, supremacía. Esa era la nota distintiva del aroma de su piel.

—¿Por mí? —La pregunta retórica escapó de los labios de Georgiana.

—No, ahora que lo pienso, no fue por ti, fue por mí. —La observó deleitarse con su reconocimiento. La joven lady desvió la mirada, contemplar el exterior fue una estrategia de supervivencia. La mirada de Franz podía ser muy penetrante, hasta el punto de llegar a ver vestigios de tu alma—. Tú y ese perfume son caras de una misma moneda.

—Me alegra que lo digas, porque de no ser así, mi vida vuelve a pender de un hilo. —Sus pensamientos, unos que no quería que se hicieran palabras, afloraron producto de la angustia de sentirse prescindible. Cuando el capricho llegara a su fin, ella también lo haría.

Franz la cogió de la barbilla con sus dedos y la obligó al contacto visual. El carruaje era grande, acordé a las dimensiones de Franz. Pero tal comodidad se veía limitada en compañía de Georgiana. Mantener la distancia no era fácil, las rodillas de ambos se rozaban, lo que hacía del intercambio un duelo de cuerpos. Él abrió las piernas para permitirse una mayor cercanía.

—Si fuese tan simple, Georgiana... si solo se tratara de una fragancia, la volcaría sobre un centenar de mujeres, perfumaría mi cama cada noche sin la necesidad de tenerte a mi lado. —Hizo presión en su rostro. Quería que su proclamación entrara de una vez por todas en su temerosa cabecita y allí se quedara—. Es tu piel... tu jodida y endemoniada piel lo convierte en un bálsamo para mi mente torturada, ¿lo entiendes ahora?

—No, no del todo... —Colocó sus manos sobre las de él, Franz aflojó el agarre y ella deslizó sus manos hacia abajo hasta liberar su mandíbula. Volvió a mirar el paisaje que le ofrecía las calles de Chelsea—, pero conozco de mentes torturadas y con eso me basta.

Franz se reclinó contra el respaldo. La observó en silencio. Existía un mar de distancia entre los sucesos que él había pasado y los que suponía que ella había experimentado. Aun así, los dos estaban a la deriva, surcando olas feroces, manteniéndose a flote. Por eso sabían la importancia de aferrarse a cualquier madero, aunque este fuese pequeño. Aferrarse solos, sin prestar ayuda ni solicitarla, porque

cargar a los demás náufragos con nuestro peso podría significar el hundimiento.

—¿Por qué no preguntas? Te concedo el permiso de preguntar si así lo deseas. —El ingreso a su mente torturada era el privilegio de unos pocos, y estos no eran invitados por él, lo hacían a la fuerza. Si ella se sentía a salvo, si la incertidumbre que la carcomía por dentro era aplacada con el simple hecho de zambullirse en su pasado, él se lo permitiría. Contra toda lógica y razón, le abriría la puerta al laberinto de su mente.

—¿Lo que sea? —cuestionó de repente Georgiana—. ¿Puedo preguntar lo que sea? —Franz asintió. Ella se cruzó de brazos—. ¿Estuviste en Liverpool estos días?

De todas las preguntas posibles, Georgiana eligió la menos esperada, la más absurda de todas. Franz rio a carcajadas. Ella frunció el ceño. Fingía no comprender su reacción. Utilizaba la ingenuidad característica de su rostro para hacerse la que no había comprendido la invitación de Franz. No pretendía hurgar en su dolor, sabía que este existía, pero no quería profundizar en él. Menos que menos, conocerlo para utilizarlo como herramienta de ataque en algún futuro cercano.

—¿Eso es lo que te interesa saber? —dijo entre carcajadas.

—Sí, porque no estaba al tanto de que te habías marchado.

—¿Y dónde pensabas que estuve estos últimos días?

—No lo sé. —Se encogió de hombros. Su ceño continuaba fruncido, ahora producto de una auténtica inquietud—. Creí que intentabas mantenerte lejos de mí.

—¿Por qué haría semejante tontería? —soltó con su última carcajada. Luego intentó recuperar la compostura, prestar atención con seriedad.

—Por lo sucedido aquella noche. La...la pesadilla —titubeó, esquivó su mirada, hablar de ese suceso ponía de nuevo sobre el tablero su pieza de «mente torturada»—. Te marchaste con la señorita Sharp detrás de ti.

—¿Y pensaste que me refugié en mi despacho por más de dos días solo para no cruzarme contigo? —conjeturó tratando de ponerse en los inocentes zapatos de la muchacha. Los ojos de Georgiana parpadearon como una debutante sorprendida por los halagos desenfrenados de un caballero. ¡Oh, joder, era encantadora! Se le antojaba acariciarle la cabeza con ternura, además de con lujuria—. Tuve que viajar de imprevisto a solucionar un inconveniente en Liverpool. ¿No se te ocurrió preguntar sobre mi ausencia? —se burló.

—No, no me creí en posición para preguntar. —La vergüenza tiñó sus mejillas de un tono rojizo, se daba cuenta de lo tonta que había sido. ¿Por qué demonios no le preguntó a Sadie? No, dio todo por supuesto—. Además, esa noche... te marchaste de repente, pensé qué... —balbuceó, prefirió no continuar.

—¿Qué? —Indagó en sus ojos. Sí, era demasiado encantadora. Se le complicaba mantener a raya sus instintos salvajes y sus deseos de poseerla. ¡Demonios, nunca su coche le pareció tan pequeño! Comenzaba a faltarle el aire. Aflojó su corbatín y se desabrochó el primer botón de la camisa—. ¿Pensabas que estaba avergonzado de lo ocurrido como tú lo estás ahora?

—Ahora que mis pensamientos fueron convertidos en palabras, comprendo lo absurdo que suena.

—Es una buena disciplina la de transformar el pensamiento en palabras, así uno evita momentos incómodos y embarazosos al escucharse. —Esa muchacha resultaba ser un grato entretenimiento para su vida. Apretó los labios para no volver a reír a su costa.

Georgiana agradeció que se contuviera, que no diera rienda suelta a su afán de burla

—En defensa de mi ingenuidad, reitero, no creí que me encontrara en una posición que me permitiera indagar sobre las actividades del señor de la casa. —Imitó la posición de Franz, se reclinó contra el mullido respaldar de la butaca. Desde esa postura relajada, ambos se miraron en silencio por segundos... quizás por minutos. Perdieron la cuenta. Estaban a gusto. Silenciosamente a gusto.

—El señor de la casa —Franz interrumpió la armoniosa calma, no estaba acostumbrado a la serenidad y no quería estarlo. En su mundo, la calma era una ilusión que se desvanecía rápido— te permite indagar en todo aquello que se te antoje o que te inquiete. —En esa ocasión, fue Franz el que optó por contemplar el paisaje del exterior—. Si me marché de la habitación aquella noche, no fue por tu presencia, fue por la de Florence. A veces olvida cuál es su lugar.

—¿Cuál es su lugar?

—Uno muy lejos de ti —dijo esto como si hiciera una proclamación a los cielos. Regresó su mirada a Georgiana.

—¿Solo lejos de mí? —Intentó despejar la idea que tenía sobre el vínculo entre ellos. ¿Qué tan íntimos eran?, ¿acaso había compartido su cama con él?, ¿alguna vez lo haría? Porque era sabido, Florence sí aspiraba a ese lugar.

—No, también lejos de mí —sentenció sin apartar los ojos de los suyos.

Me perteneces, le había dicho un par de horas atrás.

Te pertenezco, le confesaban sus ojos en ese momento.

Caras de una misma moneda. Eso eran. De un lado Georgiana; del otro, ese demonio llamado Franz Cooper.

Más diez minutos fue el tiempo que Georgiana destinó a la difícil tarea de convencer a Franz Cooper. Estaban en los límites de South Kensington y Chelsea, dos territorios muy diferentes según él.

—Estamos a una calle de distancia de la joyería Waldorf —fue el argumento más poderoso de Georgiana.

—Con más razón, te he dicho que no pongas un pie en este lugar.

—No tengo un rubí para vender —refutó ella con sarcasmo. Antes de que él la atormentara con su millar de razones y su afán de poder, agregó el único dato relevante—. Además, estoy aquí contigo, ¿acaso alguien se atrevería siquiera a contemplar la idea de acercarse a mí? —Él abrió la boca, dispuesto a sumar un factor más a su apreciación—. Aunque no estés a mi lado, este carruaje es tu carta de presentación. —El gran escudo de polilla halcón labrado en oro decoraba el vehículo a ambos lados, era señal de presencia y advertencia—. Estaré bien, he venido a este lugar en más de una ocasión, sola y de noche —expuso. Y todavía sigo viva, quiso agregar. La expresión de Cooper la invitó a no hacerlo. Georgiana atinó a abrir la portezuela por su cuenta, él la detuvo, no estaba convencido de dejarla ir. Nada tenía que ver la preocupación por su bienestar, por supuesto que estaría bien, ni él ni sus custodios la perderían de vista pese a mantenerse en guardia en el carruaje. Se trataba de él, de su proclamación al mundo: esa muchacha estaba bajo su cuidado, era suya. Quién se atreviera a tocarla estaba condenado a la peor de las muertes. Por eso no quería que diera ni un solo paso sin él—. La señora Britt es una mujer de carácter sensible... ya se siente intimidada por la presencia de los chinos en esta región, imagínate si tú golpeas a su puerta.

—¡No hagas esa comparación absurda! —Acomodó las solapas de su chaqueta, ajustó el corbatín que minutos atrás aflojó—. Si lo deseo, puedo comprar el jodido edificio que habita y veremos qué tan intimidante puedo ser como su nuevo arrendador.

—Si la espantas, no habrá más perfume de grosellas negras. —Georgiana dio por finalizado su caso. Franz resopló con fastidio. Abrió la portezuela, descendió del carruaje y la ayudó a hacer lo mismo. Sí, caso cerrado y ganado.

—Tienes quince minutos —le dijo comprobando la hora en el reloj de cadena que pendía del bolsillo de su chaleco—. Si no regresas, iré a por ti.

—Veinte —lo desafió.

—Quince —repitió Franz.

—¿Dijiste un tonel, verdad? —Por supuesto que un tonel era una exageración, pero era una exageración que se convertía en un código entre ambos.

—De acuerdo... veinte, ni un minuto más ni menos.

Georgiana se alejó a paso veloz y antes de perderse dentro del callejón colindante que la llevaba a la casa de la señora Britt, se volvió y le obsequió una sonrisa de despedida. Luego, su cuerpo desapareció ante la vista de Franz. Una insólita sensación en su pecho lo atormentó. Fue como recibir un golpe, no doloroso, sino un impacto que te permite expulsar lo que no debería estar allí.

En medio del cielo gris plomizo repleto de nubes, el sol se abrió paso por unos momentos, su intensidad repentina hizo que los ojos de Franz parpadearan.

—¿Desde cuándo brilla el jodido sol en Londres? —Maldijo y se refugió dentro del carruaje. No estaba acostumbrado a tanta luz. Ni se acostumbraría jamás.

¡Oh, qué bella escena! ¿Quién se atrevería a decir que no existe el amor luego de ver a ese par?

Él, por supuesto.

Quizás a lord Boris Boyle el dinero no le brotaba de los bolsillos como un manantial, cosa que sí sucedía con el señor Cooper; pese a ello, él tenía sus mecanismos de conquista. Cuando deseaba algo, al igual que su adversario, lo obtenía a como diera lugar. La diferencia entre ambos era una cuestión de tiempo. La juventud le permitía a Franz el lujo de la inmediatez. Boris, en cambio, tenía seis décadas a cuestas y, con ellas, el privilegio de la paciencia. La capacidad de reconocer los tiempos adecuados y actuar en función de ellos.

Aguardó en las sombras por el regreso de la muchacha. El carruaje de Cooper estaba a la espera también, la custodia personal del hombre evaluaba los movimientos del entorno. Lord Boyle avanzó de un paso a la vez, su bastón le ayudó a ralentizar su andar. No es que lo necesitara en verdad, le sumaba prestigio a su imagen y, en esa ocasión, lo convertía en un viejo que no presentaba ninguna amenaza. ¡Estaban en lo cierto, no lo era! Libraba batallas que solo podía ganar. No era ni el lugar ni la situación apropiada. De todas maneras, debía de escupir esa espina que tenía atravesada desde la noche del baile de mascaradas. Se dijo que el destino confabulaba a su favor, al fin de cuentas, la maravillosa buenaventura la colocó justo frente a él, justo en el día en que fue a vender ese maldito anillo de rubí que había comprado para sellar su compromiso. ¡Qué ironía!

—¡Vaya, vaya, pero si es mi futura esposa la que está ante mí! —exclamó el lord cuando Georgiana dejó atrás el callejón dispuesta a cruzar la acera en dirección al coche de Cooper.

La voz de Boris fue comparable a la sensación de ser atravesada por una flecha. Fue tal la sorpresa y el impacto de esas palabras que uno de los frascos de perfume que sostenía en sus manos cayó y se hizo trizas contra el suelo. Fue un segundo, pero lo vivió como una eternidad; esa voz la

regresó al pasado, peor aún, le recordó el futuro a su lado del que había escapado por un error del destino. El terror le imposibilitó cualquier tipo de reacción. Sus piernas no pudieron avanzar para correr al resguardo del carruaje.

Lord Boyle se acercó a ella, se tomó la libertad de acariciarle la mejilla. La muchacha estaba petrificada, como solía estarlo cada vez que estaba en su compañía.

—Por lo visto, nada ha cambiado... —murmuró por lo bajo con satisfacción al sentir el frío en la piel de Georgiana. Todavía era una niña obediente.

—No, todo ha cambiado.

La voz de Boris la había hecho regresar de nuevo al borde del abismo. Pero la voz de Franz... profunda, rabiosa, gutural, emergida de las profundidades del infierno, la evitó caer. Le recordó quién era ella. Era la jodida obsesión de un demonio.

Ni bien estuvo junto a ellos, se interpuso entre los cuerpos, cogió al viejo Boyle por el cuello y lo arrastró hasta hacer que su espalda se incrustara contra los ladrillos de la rústica pared del callejón.

—No te tengo miedo, muchacho —dijo a duras penas. Le costaba respirar. Su rostro se enrojecía más a cada segundo.

—Pues eso demuestra lo imbécil que es...—Apretó con más fuerza su garganta. Cuando los ojos del hombre rodaron en sus cuencas y se pusieron blancos, Georgiana intentó detenerlo.

—Franz... —rogó. No por el bien de Boyle, sino porque creía que evitaría una mancha más en el alma oscura de Franz si se lo impedía—. Todos nos están viendo —alegó como si esta fuese una razón de peso para él.

Vendedores ambulantes, los cocheros de alquiler que pasaban por el lugar, los transeúntes casuales. Todos estaban atentos al espectáculo, a la espera de oír crujir el cuello del viejo. Franz disminuyó la presión, mas no lo liberó.

—Tampoco le temo al bochorno, pequeña zorra, ya lo padecí la noche en la que te marchaste con él —gruñó entre dientes Boris—, si quieres matarme, hazlo —lo provocó. Dejaría su vida en cada palabra dicha si era necesario. No se callaría ni se convertiría en mera escenografía en ese maldito e improvisado espectáculo, él también era un protagonista principal—, solo así dejaré de reclamar lo que es mío —dijo mirando de soslayo a Georgiana. Intentó sonreír. No pudo, la presión de Franz volvió a intensificarse. El cuerpo del lord comenzó a sacudirse.

Georgiana cerró los ojos e hizo la cabeza a un lado. No quería ser testigo de su muerte.

—Es verdad, todos están mirando y, aun así, te mataría sin dudarlo. Pero no frente a ella, lady Georgiana no merece recordar tu último y patético respiro. —Soltó su cuello y el cuerpo de Boris se deslizó por la pared hasta caer como una bolsa de patatas en el suelo. Franz se acudilló para poder mirarlo una vez más al rostro—. No vuelvas a acercarte a ella. No vuelvas a tocarla, no vuelvas a pronunciar su nombre... ¡No te atrevas siquiera a pensarla! —gritó su oído.

Cogió a Georgiana de la mano, entrelazó sus dedos a los de la muchacha, y regresaron al carruaje demostrándole a todos quién era: La mujer del demonio.

Boris Boyle quedó sentado en el suelo del callejón. Se masajeó el cuello. Respiró profundo una docena de veces. Utilizando la pared como sostén, lentamente se incorporó. Apoyó la espalda contra esta y descansó un par de minutos. El aire olía a grosellas negras. Mejor aún, el aire olía a esa fragancia tan particular de Georgiana... olía a inocente virginidad. El muy imbécil aún no la había hecho suya, podía reconocerlo. Todavía estaba a tiempo de recuperar lo que le pertenecía. Río. Su risa hizo eco en el callejón.

CAPÍTULO 13



Esa visita era distinta a todas las demás.

Georgiana llevaba ya varios días en la mansión Cooper, los últimos estuvieron nutridos de información. Desde el encuentro con lord Boris Boyle, no quedaban dudas de lo que Franz era capaz, ni del lugar que pretendía que Georgiana ocupara a su lado. Era más que un mero objeto, o, de serlo, se trataba del máspreciado de su colección. Eso le otorgó seguridad y se atrevió entonces a preguntar sin temor a represalias. La única persona que podía ponerle un límite era el señor de la casa, y no parecía tener intenciones de hacerlo. De modo que Georgiana curioseó en los negocios de Franz; aunque ciertos pormenores seguían y seguirían en las sombras, le sirvió para entender qué clase de hombre era él. Existía una parte legal y una ilegal, y un simple vistazo a los hombres y mujeres que desfilaban camino al despacho de Cooper bastaba para saber a qué grupo pertenecía cada uno. También había aprendido a contemplar el mundo en esos matices de grises, comprendió que lo legal no siempre era moral y lo ilegal muchas veces era ético. Por ejemplo, algunos de esos grandes lores tenían plantaciones en la India en donde los trabajadores estaban en una situación de explotación tal que apenas se diferenciaba de la anterior esclavitud, mientras que muchos de los *ilegales* que contrabandeaban para Cooper ayudaban a escapar a otros de situaciones similares en China y demás países asiáticos. De modo que Georgiana ya no hacía juicios de valor, pero en su aburrimiento, se prestaba a ese juego mental de conjeturar qué escondían detrás de sus fachadas.

Su juego llegó a su fin ante ese hombre. Iba camino a la biblioteca cuando se lo encontró en el corredor que conducía al despacho de Franz. Ni siquiera era capaz de aproximar la edad del invitado. Tenía el cabello rubio, peinado hacia atrás, y los ojos de un celeste tan frío que le recordaban al hielo. No lo definiría como apuesto, no emanaba la energía sexual de Franz, ni la delicada belleza francesa tan de moda. Tampoco podía considerarlo feo. El problema no era su imagen, sino lo que transmitía con su presencia. Lo rodeaba una esencia oscura, cruel. Cuando posó sus ojos en ella, lo hizo de una manera tan evaluativa que Georgiana creyó oír cómo los engranajes de su mente funcionaban. La estudió de pies a cabeza y él sí elaboró aseveradas conclusiones.

Su vestido gris y rojo era lujoso, por lo que no era una criada.

Su andar por la casa era seguro, por lo que no era una mera invitada.

No llevaba alianza, por lo que no era prometida ni esposa.

Cuando los labios del hombre se extendieron en un intento de sonrisa, dejando sus dientes blancos al descubierto, Georgiana dio un paso atrás y buscó huir. Su espalda golpeó con la pared.

Estaba ante un Prometheus, no había duda. Pero ¿se trataba de otro de los proyectos o de...?

—Buenas tardes, milady —saludó con atino el hombre, de nada servía simular que no estaba al tanto de quién era ella, sin embargo, por una fingida cortesía se prestó al juego. Su voz tenía un fuerte acento germano, Georgiana quiso estar junto a Franz. Ansió su seguridad, su fortaleza que le hacía sentir invencible.

—Buenas tardes... —saludó, trémula. Juntó valor, despegó la espalda de la pared y dio un paso al frente. Tenía la lengua seca, pero se obligó a preguntar—. ¿Es usted Viktor?

El hombre lució por un segundo confundido, luego su sonrisa se amplió más, en esa ocasión fue más sincera. ¿Así que Franz le había hablado del doctor Schwartz?, pensó. Georgiana pudo ver las arrugas que se formaron en la comisura de sus ojos celestes.

—¿Tan viejo luzco? —Se mesó el cabello con fingida vanidad. Georgiana analizó entonces la situación con mayor frialdad, las torturas de Franz llevaban demasiados años, y ese hombre ante ella tendría unos diez más que Cooper. No podía ser su agresor, aunque eso no disipaba en él esa energía oscura que lo rodeaba ni le quitaba a ella la certeza absoluta de que era capaz de atrocidades—. No, soy el doctor Amberg. Serge Amberg. —Dio un paso al frente y extendió la mano. Georgiana vaciló, elevó la suya con lentitud.

—Si la tocas, te corto la mano, Serge —intervino Franz. Su mirada era fuego puro.

—Señor Cooper. —Serge hizo una leve reverencia, lucía burlona en él—. Tuve el gusto de conocer a su honorable invitada, aunque aún no he sido presentado formalmente.

—Y así seguirá. Georgiana, ve a... —Buscó un lugar adecuado para ella en su mente—, a donde te plazca, lejos de aquí.

—¿América? —bromeó ella. No supo por qué, tal vez los nervios la empujaron a la insolencia. Comprendió su error cuando Franz la fulminó con la mirada y el doctor Amberg, en cambio, posó en ella sus escrutadores ojos de hielo.

—A los jardines bastará.

—¿Por qué no nos acompaña, milady? —invitó el doctor—. Su presencia será enriquecedora.

—No —dictaminó Franz y, sin más, regresó a su despacho. Sus órdenes se acataban sin cuestionar, incluso Serge se sometía a ellas. Georgiana iba a hacer lo propio, el doctor Amberg le daba escalofríos, pero al volverse para alejarse de ahí, divisó la sombra de Florence. La muchacha observaba la escena desde las sombras y le removió mil rencores a Georgiana.

«Nunca te necesitará como a mí».

Florence había pasado por lo mismo que Franz, incluso conocía los objetivos y planes de Prometheus, mientras que ella iba a ciegas. La curiosidad mató al gato y, tal vez, a Georgiana. Quería saber, quería entender...aunque no estaba segura de para qué.

—Si lo considera así, me encantaría ayudar —respondió y siguió los pasos del doctor. La primera extrañeza surgió de la observación de Serge.

—No me sorprende.

—¿Qué no le sorprende? —inquirió, atravesando la puerta del despacho antes que Amberg. Quedó atrapada entre los dos hombres y fue consciente de su estúpida decisión.

—Que le encante ayudar.

—¡Qué demonios haces aquí! —Los ojos furiosos de Franz no se posaron en ella, sino en el punto a sus espaldas—. No la tocarás, no a ella. Mantén tu jodida libreta de loquero lejos de Georgiana.

Franz le había dicho en varias ocasiones que la muchacha despertaba su parte irracional, pero

hasta ahora nunca lo había visto en acción. Antes había llamado irracionalidad a comportarse humanamente, a tener deseos, a enfadarse o preocuparse. Pero en ese instante era un completo sinsentido, ¿qué daño le podía hacer ese doctor con una mera libreta?

—Tranquilo, lady Georgiana no puede importarme menos. —El doctor la rodeó y avanzó por el despacho. Rebuscó en su maletín hasta dar con la libreta y el lápiz de grafito, se sentó en una de esas absurdas butacas, con el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda y observó a los presentes. Tras lo cual, escribió en la libreta—. Ella es tan transparente que no presenta ningún desafío. Por cierto... su perfume, milady...

—¿Cómo lo su...?

—No es mago —intervino Franz—, no caigas en sus jodidos juegos mentales. Debo haberlo mencionado en una de nuestras sesiones. —Cogió a Georgiana y la empujó tras su espalda, lejos de los ojos escrutadores del médico. Claro que Serge tomó más notas al respecto.

—Por supuesto que lo has mencionado en una de nuestras sesiones. Hago ciencia, no charlatanería...

—Permítame dudar —respondió Georgiana. Consiguió que Franz riera y que Serge escribiera otra buena cantidad de notas. Le habló a Franz—: No creo que el doctor Amberg sea peligroso, me parece que su mayor virtud es irritar a las personas hasta la locura.

Más notas.

—Al parecer, usted es tan transparente como Georgiana, doctor —lo provocó él.

—No pretendo ser enigmático. —Era la mentira más grande que Cooper hubiera escuchado jamás, el método del doctor Amberg era hacer preguntas sin sentido y sacar conclusiones que él solo comprendía—. Dígame, señor Cooper, ¿por qué lady Georgiana puede desafiarlo? Le ha dado una orden y ha hecho exactamente lo contrario.

—Porque no soy una marioneta que manejan con hilos... —respondió ella, en lugar de Franz. Nunca había estado en una sesión psicológica, no sabía lo que era normal o no, ni siquiera entendía qué diferenciaba a la psicología del psicoanálisis. Su intervención era un error, a la vez que una prueba de lo poco ortodoxo que era Serge.

Franz, en cambio, sí sabía. Cargaba con demasiadas sesiones a cuestas para no comprender que el doctor analizaba su interacción con Georgiana y arribó a la conclusión obvia.

—Buscas determinar si es una debilidad.

Serge detuvo el lápiz, alzó su mirada de hielo y con ese aplomo de doctor sabelotodo indagó:

—¿Lo es?, ¿la ves como una debilidad, Franz? —No «señor Cooper», Franz. Hacía esos saltos del trato formal al informal, esos usos del lenguaje que lo gatillaban como a un arma.

Franz reaccionó tal como el médico esperaba que hiciera, a la defensiva. Analizó lo que implicaba tener una debilidad y se hizo la pregunta lógica: ¿a quién eliminaría Viktor?, ¿a él, por convertirse en un caso fallido o a ella, por ser un mero obstáculo en su experimento?

—¡No la tocarás! —clamó, fuera de sí. Se lanzó sobre el doctor, Georgiana actuó por impulso, los separó. Pero Franz consiguió parte de su cometido, arrebatándole la libreta de notas. La leyó, esperando hallar allí su sentencia: *caso fallido*. Lo que encontró fue un sinfín de anotaciones en alemán que hablaban de Georgiana. Palideció.

—No soy enigmático, Franz. Me reservo conclusiones porque en ocasiones es mejor no saber, ¿verdad?

—¿Qué dice? —preguntó ella, aterrada ante el cambio de humor repentino de Franz. Él, que

siempre era imperturbable, calculador, racional hasta la exasperación, era ahora un ovillo de emociones enredadas. Cooper arrancó la hoja, no dejaría que Viktor viera esas notas, aunque no podía asegurarse de que Serge no se las transmitiera verbalmente—. ¡¿Qué dice?! —Lo sacudió.

—¿Por qué no lo lees en voz alta, Franz? Yo se las explicaré a nuestra amiga.

—Deja los juegos, yo soy tu jodido experimento, no ella. —Rodeó el escritorio, rebuscó en los cajones. Cogió una cerilla y se dispuso a prender fuego las notas. Georgiana sopló la cerilla antes de que lo lograra, le impidió volver a intentarlo aferrándolo de la muñeca. Serge sonrió, esa sonrisa que la joven empezaba a odiar.

—Quiero entender —dijo, con la vista puesta en Franz. «Quiero entenderte», era la verdadera proclamación. El doctor Amberg sabía muy bien que para comprender a los demás primero debía comprenderse uno. Para ver el abismo ajeno, había que asomarse a la propia oscuridad.

—Antes de Eva, estuvo Lilith —respondió el médico, con una de sus metáforas cargadas de simbolismos—. La verdadera compañera de Adán no es la hecha de su costilla, la sometida a él, sino la creada como su igual.

—Ella no es como yo —masculló Franz—, ella es...ella no está...

—Nadie aquí es adivino, Franz. Pero déjame completar tus sentencias: «Ella es perfecta», «ella no está rota». —Georgiana miró a Serge, luego a Franz, y ya no pudo apartar los ojos de él. ¿Eso pensaba?—. ¿Qué decían mis notas? Mmm...

Franz cogió valor, porque jamás se mostraba cobarde en esos juegos psicológicos. No le daría el gusto al doctor Amberg de flaquear.

—Abusos físicos y psicológicos. Posibles pensamientos suicidas. Impulso de muerte versus supervivencia.

Georgiana no estaba preparada para lo movilizador que era estar ante uno de esos médicos, quienes, en lugar de desnudar el cuerpo, desnudaban la mente. Sin embargo, lo que más la aterraba era saber que Franz la entendía, no se espantaba de que ella hubiese fantaseado con quitarse la vida ante su dolorosa existencia.

—¿Tú..? —Georgiana no pudo terminar la pregunta, pero allí los pensamientos estaban tan expuestos que no necesitaban palabras para resonar en la habitación.

—No, yo jamás tuve el impulso.

—¿Qué más dice? —Le quitó el papel. ¡Maldición! No entendía ni una palabra del alemán—. ¿Qué más dice de mí? —Quiso sacudirlo de las solapas, se lanzó hacia el médico, Franz la detuvo. Temía por lo que Viktor podía hacer con ella si se enteraba de la interpretación del doctor Amberg.

—Dice que tienes una tendencia a salvar, que eso te da placer. Estos perversos hacen de todo un asunto sexual —masculló Franz. En su voz se notó un leve temblor, una pequeña vacilación. Serge no podía anotar en su libreta, lo hacía en su mente, aquellas reacciones eran tan reveladoras como pensó que serían. Franz estaba decepcionado, porque pese a su lucha contra el adoctrinamiento, sí creía en algunas de esas teorías. La observación del doctor le remarcaba que Georgiana no lo amaba, no se preocupaba por él porque lo quisiera, sino porque le daba placer salvar. Un caballo, un hombre... lo mismo daba. Se concentró en quitar cualquier matiz emocional de su voz al finalizar con la exposición—. Agrega que desarrollé una obsesión con tu perfume porque pude asociar una sensación olfativa a un sentimiento de bondad, pero que, en cuanto pude tenerte a ti, mi obsesión se materializó en un conjunto de ideales románticos. Los cuales veo como rebeldía ante mi padre, a quien quiero asesinar para ocupar su lugar como absoluto regente de mi vida. También remarca que tú le buscas un

sentido al dolor, detestas pensar que es en vano, pero que a la vez te parece que darle sentido es darle poder a tu padre, a quien también quieres asesinar, porque al parecer todos queremos matar a nuestros padres y tirarnos a nuestras madres. —Chasquéó la lengua con desprecio—. Ah... estás fuertemente moralizada, resalta que eso es distinto a «psicópata». Mantienes a raya tus impulsos considerados inmorales, y por eso me sopesas como una fantasía sexual. —La miró desapasionadamente, pese a que en su interior bullía una tormenta—. Deseas follar conmigo porque sabes que puedo matar a quien te dañe. —Apartó la vista de ella para regresarla al doctor, lanzó la hoja arrancada de la libreta al cesto y soltó—: Veinte años de estudio para decir estas sandeces.

—Ahora permíteme repetir mi pregunta, Franz... ¿la ves como una debilidad o como una costilla?, ¿es tu manzana o es tu Eva? —Extendió el silencio un par de segundos—. ¿O es tu Lilith?

En el mundo de Viktor había debilidades (manzanas) o siervos (Evas), no había espacio para Liliths, no estaban contempladas. El temor se volvió visceral en Franz, no podían quitársela. Contemplar el abismo que se abría ante la idea de perderla era aterrador, al fin entendía el concepto que Serge y sus colegas del psicoanálisis estaban intentando descifrar: el suicidio, el impulso que solo tenían los seres humanos de quitarse su propia vida.

Fue su turno de lanzarse contra el médico, lo mataría antes de permitirle a Viktor saber de su *debilidad*. Que fuera a por él, pero no a por ella. Aunque Georgiana jamás lo fuera a amar, aunque ella estuviera a su lado por alguna retorcida fantasía de salvadora y no sabía qué más, él tenía la pulsión irrefrenable de defenderla.

Por desgracia su turbación interior lo hizo demorar, y sus intenciones quedaron reveladas. Lo que le dio tiempo a Serge de dar cuerda a la maldita cajita musical. La flauta mágica de Mozart comenzó a sonar y Franz, como por arte de magia, quedó paralizado.

Georgiana también, solo que en su caso no era debido a un proceso de sugestión grabado en el inconsciente, sino por el espanto. Franz se hallaba en el mismo estado que en sus pesadillas, inmovilizado por una parálisis física sin explicación, pero completamente despierto en su mente. Se notaba que luchaba por salir del estado cautivo en el que estaba y en su mirada se adivinaba el horror.

—¿Qué le ha hecho?! —gritó a Serge. Se abalanzó sobre él, intentó abofetearlo. El médico demostró que su porte de intelectual era una fachada, debajo de su traje de tres piezas habitaba un cuerpo joven, musculoso y acostumbrado a lidiar con enfermos mentales e histéricos—. Despiértelo —forcejeó.

—¿Por qué, Georgiana? —No la trató de lady, empleó con ella el mismo tono que usaba con Franz—. Está condicionado, es un experimento curioso. Viktor debería sentir vergüenza, para él todo es válido en la ciencia, incluso robar. Este experimento lo descubrió un ruso, pero este, siguiendo la metodología científica y sus normas, tardó en publicar los resultados. El doctor Schwartz no quería esperar, ni mucho menos ponerlo en práctica en inútiles perros. Por lo que el psicólogo anterior, mi por fortuna ya difunto maestro y antecesor, lo implementó en el proyecto. Los chuchos del experimento babeaban al oír una campana, lo consiguieron dándoles de comer tras el sonido. ¿Cómo crees que Viktor y mi maestro lograron que los niños se quedaran quietos?

—Son unos monstruos. Son unos hijos de... Unos malditos...

—Pero tienes en tus manos la libertad, Georgiana. ¿No es eso lo que quieres? Sé que estás aquí contra tu voluntad, en Prometheus nos enteramos de todo, mucho más cuando algo sucede ante tantos testigos. Una vez condicionados, cualquiera con capacidad de inducir la hipnosis puede dar una orden y los niños Prometheus la llevarán a cabo. No importa si quieren o no, incluso pueden matarse a sí

mismos si se los ordenamos. Así que dime, ¿quieres huir? —Georgiana se zafó del agarre, contuvo el deseo de abofetearlo. El doctor tenía razón, su sentido moral era fuerte y le impedía comportarse como una psicópata—. Ya sabes que no es amor, ni lo que él siente, ni lo que tú sientes. La exacerbación de los sentimientos son una respuesta normal al exceso de raciocinio, por eso él te considera una posible «cura». Porque intensificas su lado emocional y adormeces su razón. Te está usando, Georgiana, ¿por qué te quedarías?

—Porque quiero —respondió ella, firme—. Solo por eso, porque quiero quedarme a su lado. A veces una vaca es solo una vaca, doctor. No todo tiene una interpretación. Despiértelo ya mismo o verá cómo dejo de lado mi represión moral y lo apuñalo con lo primero que encuentre. ¿Fui clara?

—Perfectamente clara. Pero antes... —Cogió su colgante de piedra púrpura, la hizo danzar ante los ojos de Franz, tras lo cual, con voz serena le ordenó—: Huele su perfume, ella está aquí y está allí, donde está tu mente. Une los dos mundos, hay un camino. Sigue su perfume. Ven..Ella decidió quedarse.

Chasqueó los dedos y Franz se tambaleó, tardó en ubicarse en tiempo y espacio; cuando lo hizo, fijó sus ojos en Georgiana y murmuró:

—Decidiste quedarte...

Serge guardó sus pertenencias lentamente. Recuperó su libreta sin las notas, no le importaban, habían cumplido su función.

—Viktor está al tanto de lady Georgiana, la considera una sierva, un objeto de tu deseo —explicó Serge—, por lo pronto, no veo razón para sacarlo de su error.

—¿Por qué? —preguntó Franz, confundido. Las únicas personas que cuestionaban al proyecto eran Marcus, Tobías y él, y no podían hacer mucho debido a ese endemoniado condicionamiento que los paralizaba. Jamás supo de alguien más que no se sometiera a los mandatos del doctor Viktor Schwartz.

—Mmm... Tal vez sí sea enigmático después de todo, señor Cooper. Hasta nuestra próxima sesión. Ha sido un gusto, milady.

Tras una reverencia, los dejó a solas en el despacho.

CAPÍTULO 14



—No le dejes entrar en tu cabeza, es veneno —dijo Franz. La condujo con delicadeza hasta su butaca, la de alto respaldar, y él apoyó el trasero en el escritorio. La escrutó en silencio unos segundos, se embebió de su belleza, de su aroma y de la sensación de paz que el conjunto le transmitía. Una vez, solo por la experiencia, había fumado opio. También por poner a prueba su entereza ante una de las drogas más adictivas del mundo. Los hombres débiles perecían, los fuertes batallaban, vencían.. Georgiana era una droga que lo había subyugado, le otorgaba ese perezoso placer y lo arrastraba a una destrucción que abrazaba sin más. Porque si Viktor descubría la verdad, ese sería el final de ambos. Aun así, no la podía dejar ir.

Georgiana alzó la mirada también en silencio, estaba espantada por lo sucedido.

—Fue horrible —respondió y se abrazó a sí misma. Se sentía sucia, manoseada como cuando lord Boris la visitaba. Solo que el doctor Amberg le había ultrajado la cabeza, los pensamientos que mantenía en las sombras. Se sintió desnuda ante los ojos de Franz, pero no de una manera erótica o sensual, sino bochornosa. Si pudiese explicar lo sucedido con una analogía física, diría que Serge la había desvestido ante el señor Cooper y había empezado a señalar cada uno de sus defectos: ves cómo la grasa se deposita en su trasero, formando una textura irregular; ves cómo su cintura no es tan estrecha, es solo el corsé, ni sus senos son tan turgentes... Observas cómo su piel está marcada por cicatrices y lunares amorfos. Notas cómo no es la mujer que has idealizado, sino una criatura imperfecta.

Eso había hecho con sus pensamientos, los había arrojado a la luz y al escrutinio de Franz. La había desnudado ante él, expuesto y vulnerable.

Le tembló el labio por el esfuerzo de contener el llanto.

—No creas todo lo que dijo —insistió Franz—, es evidente que tiene su propia agenda. —El consejo fue dado con un matiz tal de pragmatismo que la enfureció. Georgiana cogió una de esas horribles estatuillas del escritorio, dispuesta a lanzársela por la cabeza a él y a su renovada frialdad. Se detuvo a último momento.

Franz no estaba siendo cruel adrede, entendió. Había pasado por eso demasiadas veces, se le habían hecho callos. Simplemente entendía que el doctor tenía una intención ulterior y con eso le bastaba para racionalizar lo sucedido e impedir que le afectara. Ella era incapaz de dejar de pensar.

—¿Le crees cuando dice que no le dirá a Viktor? —preguntó con la voz temblorosa en contra de su voluntad.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tendré que hablar con Marcus y Tobías, quizás ellos sepan algo —explicó sin más.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y eso es lo único que harás? —se exasperó Georgiana.

—Es lo que puedo hacer de momento, si no sé qué busca el doctor Amberg, no puedo usarlo a mi favor. Pensar de más es una pérdida de tiempo y tengo más cosas a las que abocarme. Tú deberías hacer lo mismo, busca algo mejor en lo que pensar que en las maquinaciones maquiavélicas del doctor. No confíes en lo expuesto, no creas que porque es médico lo empujan buenas intenciones...

—Gracias por el consejo, jamás se me hubiera ocurrido pensar mal de ese increíblemente gentil y angelical doctor —ironizó.

La puerta se abrió en ese instante, sin llamado previo. Franz se volvió, en su rostro regresó la máscara de gran señor. Era Florence, la mujer observó el lugar en el que estaba sentada Georgiana y frunció el ceño.

—Quería saber si estabas bien tras la visita del doctor Amberg —dijo la recién llegada. Traía consigo una tetera de la que emanaba un delicioso aroma a lavanda.

—¿Por qué no debería estarlo? Fue una visita de rutina como tantas otras —respondió Franz, Georgiana sintió que se olvidaba de su presencia y de que esa sesión de ordinaria no había tenido nada. Florence dio un paso al frente, pero su señor la detuvo—. Vayamos a la biblioteca, necesito cambiar de aire. —Sin siquiera darle un vistazo a Georgiana, abandonó el despacho junto a la otra mujer.

Una vez sola, la joven lady dio rienda suelta a su furia, al torbellino de emociones revueltas que había dejado el doctor Serge Amberg y, por qué no admitirlo, Franz Cooper. Lanzó la maldita estatuilla al cesto y cayó justo sobre el papel escrito en alemán con su diagnóstico.

«No creas todo lo que dijo».

El problema era discernir qué sí creer, porque había dicho verdades. Adivinó que fantaseó con quitarse su vida.

—Lo normal no siempre es sano —repitió las palabras de Franz. Era normal querer terminar con el dolor, no era sano llevarlo a cabo. Se reclinó en la butaca, la envolvió el perfume de Cooper y se mezcló con el suyo, y la realidad empezó a tomar forma.

Franz se había ido con Florence para protegerla, porque Florence sí le iría con el cuento a Viktor. Con esa certeza, se incorporó, cogió las cerillas y prendió fuego el papel del doctor. Al menos, la señorita Sharp nunca sabría que ella quería *follar* con el señor Cooper.

—¿Quiero hacerlo o es una de las mentiras del doctor? —se preguntó y regresó a su posición relajada. Si era honesta consigo misma reconocería que sí, sentía deseo sexual hacia Franz. No estaba tan segura de que fuese por su poder, como decía el médico.

Magnificó lo sucedido. Ella sufrió violencia física y psicológica en su vida, pero no era lo mismo cuando la ejercía un profesional. Serge la había violentado con un fin cuyo resultado era haberla dejado hecha un manojo de nervios crispados.

—Lilith... forjada en la misma esencia... —repitió—. Florence fue forjada en la misma esencia, yo no.

La asaltaron los celos de manera abrumadora, necesitó reprimir el deseo de ir a la biblioteca e interponerse entre los dos, separar a Franz de Florence, reclamarlo como suyo...

Suyo, suyo, suyo.

—¡Mierda! —Se puso de pie, dio un rodeo por el despacho. Esa técnica del doctor podía ser grandiosa si se empleaba bien, se imaginó cuán beneficioso sería para alguien sentarse a exponer las emociones que no se animaba a reconocer ni ante sí mismo y, frente a la mirada de un profesional, entender las raíces de esos sentires y el modo en que nuestras acciones responden a estas, incluso inconscientemente. Poder entender que el momento en el que eligió a Franz en el baile fue el momento en el que eligió vivir por sobre el suicidio. Entender que veía en él, en su dolor, a un compañero. Admitir que su cuerpo vibraba en su cercanía y que era natural, era sano, era perfecto que así sucediera. Sin embargo, Serge Amberg no empleaba esa técnica en beneficio del paciente, sino en provecho propio. Instauraba entre las ideas verdaderas, las falsas. Confundía verdad con mentira y así te manipulaba a su antojo—. ¿Por qué?, ¿qué saca el doctor Amberg de que yo...? —*De que yo folle con Franz*. Porque esa era la verdad a la que la empujó, a reconocer el deseo y no solo eso, a desmentir sus aseveraciones respecto a él. La desafió a probarle que estaba equivocado: *folla con él y dime que no lo haces por poder. Folla con él y dime que no buscas solo salvarlo. Folla con él y pruébame, pruébate, que hay algo más hondo, menos racional, más primitivo en tu deseo*—. ¿Qué demonios sacas tú de esto?, ¿cuál es tu agenda?

Por encima de esas preguntas resonaba una más relevante: ¿importaba?, ¿iría contra sus deseos solo para llevarle la contraria al doctor?

—Con esto vives, Franz, a diario —le dijo a la distancia. El martirio se le hizo carne, ¿cómo saber cuándo obramos por nosotros mismos?, ¿cuándo actuamos por nuestros intereses y cuándo somos manipulados por un agente externo?

Regresó a la butaca y, al hacerlo, sintió en la piel la mirada de Florence de minutos atrás. Ella estaba ahí, ella se sentaba en el trono del demonio...Georgiana era su Lilith y Florence, su sierva...

—Y ninguna su debilidad. —Sonrió—. Aún no me caes bien, Serge Amberg, pero gracias —murmuró. Una compañera no era una debilidad, sino una fortaleza—. Serge es un médico de Prometheus, él debe creer en algo de todo lo que dicen, ¿verdad? —caviló en voz alta, recogió la figura del dios que había arrojado al cesto y la regresó a su sitio. Puso las cosas en orden como una representación real del orden de sus ideas—. Por tanto, tú quieres hacerlo fuerte, ¡aunque preferiría que lo dejes simplemente ser, científico demente! —gruñó, saliéndose un segundo de su proceso deductivo—. Bien, eso sacas de que yo admita mi deseo. Pe... —La sensación de derrota regresó, estaba analizando el asunto desde su perspectiva, Serge sabía que si se entregaba a Franz se enamoraría. Él había usado la expresión «ideales románticos», exacerbación de las emociones. El resultado era el mismo, ella se *sentiría* enamorada de Franz y su corazón se rompería en mil pedazos cuando el fin llegara. Y llegaría, porque para Cooper ella representaba «la cura», una vez sano, no tendría obsesión alguna y, por lo tanto, no la necesitaría más.

—No como necesita a Florence... —se recordó. Por eso Florence se sentía en ventaja, en la practicidad de Franz, lo necesario permanece, lo ya utilizado se deshecha.

Una última conclusión del médico resonó nostálgica en su cabeza, en su pecho: el impulso de salvarlo. Tenía razón, quería salvar a Franz y también quería su poder, aunque no fuese esa la raíz de su deseo. Quería salvar a Franz Cooper para que él tuviese el poder de cargárselos a todos, a cada uno de esos hijos de perras que lo habían torturado.

Sonrió.

—¿Quién lo diría?, creo que el psicoanálisis sí funciona. —Ahora debía ser práctica, contar con

que una vez que Franz fuera libre de sus cadenas, no tendría motivos para mantenerla a su lado. Y ella, por lo que le era sagrado, no volvería con su padre ni a ser vendida. Sería libre también. Era lo justo.

Franz regresó en ese instante, la observó con preocupación. Se había librado de Florence en el camino, quizá brindándole algunas migajas de importancia.

—Te dije que no le dejaras entrar —masculló y cerró la puerta tras de sí—. Se nota en tu expresión que has hecho exactamente lo contrario.

—¿Estás enfadado? Es la segunda vez que te desobedezco en el día.

Una tenue sonrisa asomó en los labios de Franz, era juguetona, distinta a las demás.

—Me encantaría enseñarte a ser obediente, pero te prefiero libre, Georgiana. Te lo he dicho, la seducción es más efectiva que la obligación.

—He descubierto que existe la inducción, ¿en dónde la colocarías?

—Desgraciadamente, en primer lugar —gruñó, ya sin humor. Él era inducido por esos métodos psicológicos, se sentía manipulado por ellos. Georgiana había averiguado la verdad oculta en el juego del doctor Amberg, le recordaba que el deseo, la pulsión, era más fuerte que la inducción o la imposición.

—Mmm, no lo creo así. —Rodeó el escritorio y se posicionó frente a Franz—. Tú quieres algo de mí y yo he descubierto qué quiero de ti, a los dos nos guiará el deseo. ¿No es eso lo que buscabas, que te eligiera libremente?

—Sí. —Cuando la tuvo a la distancia suficiente, la cogió por la cintura y la acercó a él, hasta pegar cuerpo con cuerpo. Con la mano libre, le alzó el mentón—. Pero no lo hagas por lo que diga Serge, eso no es libertad.

—Libertad es lo que conseguiré. Mi propuesta es tan antigua como la humanidad misma. Quiero que me asegures un presupuesto, tal vez en piedras, que son fáciles de transportar y esconder en la ropa, para que, cuando te canses de mí, cuando hayas sacado de mí tu provecho, yo pueda comprar mi independencia. No volveré a mi vida anterior, sabes muy bien qué fin abrazaré si regreso a ese infierno. El día que mi perfume no surta efecto, que no veas en mis defectos una cura o una explicación, el día que seas tan fuerte que no me necesites, ni me ansíes, yo me iré... sin reclamos, sin lágrimas, sin más... me iré y haré con mis retazos un nuevo yo.

Franz la miró de lado, la estudió en detalle. Le dibujó el mentón con el pulgar, llegó a su boca y la acarició con suavidad. En un principio, le dolió la propuesta, y ese mismo dolor le hizo entender lo que estaba en juego. Porque no quería su cuerpo, la quería a ella. Y Georgiana exigía un pago, no por entregarse, sino como indemnización de lo que creía sería un corazón roto.

—Lo haré, te haré la mujer más rica de la tierra —le susurró—, pero también, la más mía. Jamás dejarás de ser necesaria para mí, ese día no llegará, ya verás cómo construyes con tus piedras una libertad a mi lado. —La cogió de la nuca, la obligó a elevar el rostro hacia él—. Empezando desde ahora.

Bajó la boca y la besó con desesperación.

Lo primero que sorprendió a Georgiana fue no sentir rechazo. En cuanto los labios de Franz se posaron sobre los suyos, el impulso de abrirse a él le nació natural. Su boca cedió a la invasión y el suave roce de lenguas la hizo estremecer. Se apartó, asustada. Él la observó, analizando su reacción con ese raciocinio extremo que lo caracterizaba.

—¿Te asusta mi contacto? —La voz de Franz fue ronca, como sonaba por las mañanas ni bien

despertaba. La cadencia de ese tono fue una caricia en la piel femenina. Negó con la cabeza—. Te asusta lo que sientes...—entendió él. Volvió a besarla, esta vez con mayor suavidad, no usó la lengua, sino que se limitó a mover los labios sobre los de ella, dando unos pequeños pellizcos con los suyos—. Ven, este lugar está contaminado de recuerdos. —De la mano emprendieron juntos el camino hacia la alcoba.

Era aún de día, las criadas habían descornado las cortinas y la luz del sol entraba en la habitación. Tal vez por los nervios fue que Georgiana pensó en Sadie, en la queja de que los muebles oscuros atraían el polvillo. La pulcritud demostraba el esfuerzo constante de los empleados de la mansión. No solo no había rastros de suciedad, sino que las superficies pulidas reflejaban el sol y en el ambiente predominaba el olor a cera de abejas y limón. Franz cerró la puerta tras de sí; contra todo pronóstico, eso no generó claustrofobia en Georgiana, ni miedo, sino la familiar sensación de llegar a casa, de dejar el mundo atrás.

Franz volvió a cogerla en brazos, a besarla; su versión de amante era distinta a las demás. Allí no era el hombre que tomaba sin miramientos, que arrasaba y conquistaba. Entre esas paredes le enseñaba de qué hablaba cuando hablaba de seducción. Se apartó de ella para observarla, comenzó a quitarle las horquillas que mantenían su peinado.

—Eres hermosa, Georgiana —le dijo, ella se rio—. ¿Qué?, ¿no lo crees así?, ¿no te piensas hermosa? —La condujo frente al espejo, le hizo girar hasta que quedara enfrentada a su imagen y él se mantuvo detrás, a sus espaldas, deshaciendo el peinado y desabrochando los botones de su vestido gris y rojo.

—Es el modo en que lo dices, ya sabes qué es lo que pienso de mi *belleza* —expuso con desagrado.

—¿En qué modo lo digo?

—Como si se tratase de una verdad absoluta, objetiva, y no tu mera subjetividad. No pretendo convertirme en una muchacha insegura que reclama tu pasado, me basta el presente —aludió al pacto, a la certeza que la embargaba de que no tenían futuro juntos—, solo que no necesito evidencia para suponer que has tenido amantes más bellas que yo.

Franz terminó con los botones, deslizó el vestido por sus hombros y se inclinó, para besar la piel descubierta.

—Es justamente lo que me desconcierta de ti, lo que me enloquece. Soy capaz de vaciar mi mente incluso del doctor Amberg, y ya has visto lo difícil que es el muy maldito, pero no de ti. Te cueles en mi cabeza y ahí quedas, te pienso cuando trabajo, te pienso cuando entreno mi cuerpo para mantenerme fuerte, te pienso cuando te tengo delante y cuando viajo... Tal vez sea cierto, tal vez haya mujeres más hermosas en el mundo, pero ¿qué es la belleza si nadie la observa?, tu belleza es mía, porque yo la veo. Me perteneces, Georgiana, porque es en mi cabeza donde habitas, en mi iris donde brillas, en mí... —La voz se le cortó, incapaz de pronunciar la verdad que no estaba listo para asumir: *es en mi corazón donde vives*. La hizo volverse, tiró del vestido hacia abajo y la instó a dar un paso al frente, a salir de la montaña de tela que este había formado con las enaguas y el polizón. Inició la tarea de desvestirse, los dedos ansiosos de Georgiana se sumaron a la acción.

La desnudez no le asustaba, lo había visto desnudo antes y se había acostumbrado al cosquilleo que despertaba en su piel pensar en la de él, en el anhelo de acariciarlo y descubrir si era tan suave como parecía. Lo que temía era a lo siguiente, a lo desconocido. Cuando llegó el turno del pantalón y fue evidente la erección de Franz, sus dedos se volvieron trémulos, la valentía se evaporó y fue consciente de su propia desnudez. Él se detuvo, apartó las manos de Georgiana y las aferró a los lados

de su cuerpo, lejos de todo contacto.

—Necesito saber algo —murmuró, Georgiana pudo jurar que en sus ojos vio miedo. Pero era imposible, ¿verdad?, Franz Cooper no le temía a nada—, ¿han abusado de ti?, me refiero... —La voz fue apenas audible— sexualmente. —Como no era de los que daban rodeos, lo soltó—. ¿Te han violado?

—No, pero... —El agarre se intensificó, no llegaba a hacerle daño, aunque sí dejaba en evidencia el deseo que tenía de moler los huesos de otra persona—, me han tocado, lo han intentado. —Franz odiaba ese jodido plural.

—¿Quiénes?, ¿quién además del maldito de Boris? —siseó.

—¿Importa?

—¡¿Quiénes, Georgiana?! ¿Quién cojones osó tocarte sin tu permiso?, ¿quién demonios se atrevió a tocar lo que es mío?

—No era tuya...

—Siempre lo fuiste, solo que aún no te había hallado. —Respiró hondo y repitió su demanda.

—Mi hermano, Edmund —confesó ella al fin. Franz cerró los párpados, la respiración se volvió acompasada, tan tranquila que parecía un jodido monje tibetano. Así era cómo adormecía al demonio, cómo convertía la furia en energía y no desperdiciaba ninguna emoción, era una máquina de transformar enojo en poder. Una máquina perfecta, creada por un científico demente. Cuando abrió los ojos no había rastros de humanidad en ellos. Hasta que divisó a Georgiana, hasta que inhaló su perfume y pudo poner el mundo en orden—. Lamento no haberlo matado, Georgiana. Me lo tendrías que haber dicho, no tendría que haberte dado a elegir. Tendría que haber expuesto el maldito menú completo ante ti y convertirme en el camarero que sirve las cabezas en bandejas.

Georgiana se zafó del agarre, le acarició el rostro con ternura, ¿cómo podía ese demonio decir esas cosas y ella...ella ansiar besarlo?

—Resulta que sí eres un romántico después de todo —ironizó. Consiguió hacerlo reír—. No importa mi pasado, ni el tuyo, importa el presente. Al menos hoy.

—Por desgracia, sí importa, aunque solo nos limitaremos a un único aspecto: cómo debes ser venerada. Es lógico... —Georgiana rodó los ojos ante el término «lógico», tan matemático, tan Franz— que sientas aversión al sexo si esos malditos desgraciados animales te han tocado.

—Normal, mas no sano —repitió. Él asintió. Iba a intentar hacer alguna broma para quitar el hierro caliente del asunto, pero entonces cayó en cuenta. Su rostro mutó. Eran forjados en la misma esencia—. ¿Tú?, ¿a ti te han...? —Ella no era capaz de poner en palabras el horror.

—¿Violado? —completó él—. No. Sí he padecido humillaciones sexuales. —Georgiana no quiso preguntar, se enfocó en lo importante:

—Entonces también tendremos que considerar ese aspecto en ti, Franz. En cómo debes ser venerado —usó su misma expresión.

Franz la besó suavemente, la pegó a su cuerpo y continuó con sus labios sobre los de ella.

—Ahora es cuando descifras la verdad, la razón por la que siempre estuviste a salvo. Jamás asocio dolor con placer, es algo posible, se llama masoquismo y sadismo; pero a mí me enfría la libido, no encuentro ningún goce ni en sentir ni en provocar dolor.

Georgiana le devolvió el beso, lo rodeó con los brazos por la nuca y en la misma posición le respondió:

—Siempre estuve a salvo contigo porque eres tú, Franz. No racionalices todo o será a mí a la que se le enfríe la libido —bromeó. Franz rio, y ella supo que su risa era la brasa que la encendía. Amaba

hacerlo reír, porque era poco habitual, hasta sus sonrisas eran escasas y, la mayoría de ellas, sardónicas.

—Lo diré en lenguaje corriente: me excita tu excitación. Mientras más goces tú, más gozaré yo. Cuando te metiste en la jodida tina y pude ver tus pezones erguidos por el deseo, creí que iba a correrme. —La acercó más a él—. Dame eso y te daré todas las joyas de mi colección.

El beso dejó de ser suave, las lenguas chocaron, se rozaron, y los sonidos de placer resonaron en la habitación.

—En tal caso, correrá por tu cuenta —confesó Georgiana—, porque hasta ahora tú sabes mejor que yo lo que me da placer. —Se mordió el labio con timidez, le daba pudor ser tan inocente, siendo que había sufrido tantos avances indeseados.

—Mmm, solo dime en qué piensas cuando te desahogas y yo me ajustaré al guion, como un perfecto actor.

—¿Cuando me desahogo? —preguntó. Franz detuvo sus caricias de inmediato, la estudió en detalle. Maldijo para sí, era una Venus, la encarnación del erotismo y ella desconocía su poder. Odió entenderla, detestó descubrir su sentir. Imaginó lo sucia que se sentía cuando el placer arremetía contra ella; la figuró en la cama, con su cuerpo ardiendo, clamando atención, incapaz de no sentir asco ante el roce de su propia mano.

No era el momento de prestarse a otras fantasías. Había dicho que no hallaba placer en provocar dolor, pero Boris y Edmund serían la excepción. Se le pondría dura cuando los enviara, sangrientos, adoloridos y suplicantes, al jodido infierno.

Por lo pronto, Georgiana... Georgiana y su placer puesto en pausa.

Le quitó el corsé; la camisola, sin sostén, se abrió a la altura de sus senos revelando el valle entre ellos. La condujo hasta el tocador, lanzó todas las cosas que allí reposaban, entre ellas el maldito perfume de grosellas, que inundó el ambiente.

—Abre las piernas —ordenó. Él desnudó su pene, la mirada de ella se posó allí y sintió el modo en que su centro latía anhelante—. ¿Dónde se arremolina el deseo?, ¿dónde lo sientes palpar?

—Franz... —Era casi doloroso, pero le daba pudor. Él leyó su virginal decoro.

—No, Georgiana, no hay lugar para vergüenzas aquí. Todo está bien, todo es válido, no hay nada tórrido, lo prometo. Lleva tu mano allí, donde late el deseo. —Él hizo lo propio, le demostró que no había de qué avergonzarse, porque cuando su mano danzó arriba y abajo, Georgiana no experimentó pudor, ni burla ante su goce, sino las réplicas de este en su propio cuerpo.

Le hizo caso, llevó su mano a su entrepierna, lo hizo sobre la camisola, pero eso bastó para hacerla gemir. Estaba muy sensible y húmeda, estaba lista para él.

—Por debajo, Georgiana —volvió a ordenar—, siente la humedad, explora tu cuerpo. Antes de amarme a mí, o a cualquiera, debes saber amarte a ti misma. —Los ojos de Franz eran dos brasas encendidas. Georgiana acató, coló su mano por debajo de la camisola, asegurándose de mantener su zona cubierta. Aún no era capaz de despojarse del pudor. Desconocía que la mente es la principal zona erógena; su imagen daba rienda suelta a las fantasías de Franz y lo que no se veía era mil veces más erótico que lo que se exponía a sus ojos. La mano de Georgiana moviéndose en pequeños círculos, su boca abierta para respirar que dejaba escapar suaves y entrecortados gemidos, sus pezones erguidos que pujaban la tela y clamaban su atención eran el estímulo perfecto, más efectivo que mil caricias.

Franz dejó de tocarse o se correría. Posó sus manos a los lados de la cadera de Georgiana y se inclinó, fijó sus ojos en los de ella, que tenían las pupilas dilatadas por el placer, y, sin tocarla, acercó su

boca a su oreja:

—Córrete, Georgiana, obséquiate tu orgasmo.

Georgiana se estremeció, el placer crecía en ella, descontrolado. No sabía a dónde la conducía, desconocía si había un final siquiera. Lo único que era capaz de sentir era el vacío en su interior, el instinto clamando que allí, donde los músculos se contraían, debía de estar Franz. Una parte muy específica de Franz. Cerró los ojos y se imaginó cómo sería cuando él se introdujera, y antes de poder hacerse a la idea, estalló en mil pedazos.

—Joder... —gruñó él y sacudió furioso el tocador. Tenía los nudillos blancos de aferrarse a la madera para controlar el deseo de tomarla, de hundirse y unirse a su placer. La respiración de Georgiana se acompasó, la de él seguía embravecida—. Ahora sabes lo que deseo. Que experimentes eso una, y otra, y otra y otra vez. Pero con mis manos, con mi boca, con mi pene... —La hizo bajar del tocador, le quitó la camisola con fuerza, rasgando parte de la tela y la instó a rodearlo con las piernas por la cintura. La llevó a la cama y cayó sobre ella en esa misma posición. Se quitó los zapatos ayudándose un pie con el otro, y los pantalones solo los bajó hasta las caderas—. Dime, ¿cómo demonios te llevo de nuevo a ese punto?, dime qué deseas de mí.

Georgiana se aferró a la nuca de Franz, se deleitó de su salvaje belleza. En ese estado de excitación era más tentador que el mismísimo satán. Su mandíbula estaba tensa, en su cuello, en sus brazos, los tendones se marcaban firmes, revelando la fuerza de su anatomía. Tenía razón, no había lugar para el pudor, era natural y perfecto.

—En un momento, justo antes del final, la necesidad de tenerte en mi interior fue apremiante. Me siento vacía y es desesperante, mi cuerpo se tensa buscándote. Quiero sentir eso de nuevo, pero en esta ocasión, contigo.

—Eres tan jodidamente perfecta, Georgiana —fue su única respuesta. De más estaba decir que ambos deseaban lo mismo y que Franz ansiaba complacer su pequeña gran fantasía.

Bajó con su boca por el cuerpo, besando cada rincón. Estimuló sus senos con la lengua, su vientre y se hundió entre sus piernas. Trazó círculos de fuego con su lengua en el centro mismo y usó los dedos para abrirla.

—Franz... —fue el clamor, la orden, el comando perfecto. El instante justo en que solo existía una manera de complacerla, un hombre capaz de hacerlo. Se colocó sobre ella, sostenido sobre sus antebrazos, y la penetró lentamente.

Georgiana respondió sin control, le faltaba experiencia, era incapaz de tener el mismo dominio que tenía Franz. Alzó las caderas, desesperada, hambrienta de más, y le obligó a tomarla de una estocada.

Hubo un lapso de dolor, Franz se quedó petrificado, pero Georgiana no tardó en rodearlo con las piernas y demandar todo de él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, una gota de sudor perló su frente. Ella supo que era capaz de retirarse si se lo pedía y eso le otorgó la última dosis de seguridad que necesitaba. No había dudas, cuando los ángeles se olvidan de uno, nada mejor que ir a danzar con los demonios. Allí era donde ella debía estar.

—No, Franz. No estoy bien —le sonrió—, lo estaré si te mueves.

Su carcajada dichosa fue el detonante de su orgasmo, se corrió con ese sonido y con el embiste de Franz. Él necesitó unos segundos más, los más deliciosos en la vida de Georgiana. Pudo abrazarlo, contenerlo, brindarle su cuerpo y un eco más de su orgasmo la alcanzó cuando él derramó en ella su

semilla.

Al terminar, la rodeó con su bata de seda negra y él, sin vestirse, sin vergüenza ante su desnudez, la acompañó a la biblioteca. Sacó un par de libros, al parecer al azar, y descubrió la caja fuerte. Georgiana oyó el sonido de las piedras, no podía ver lo que él hacía. Cuando se volvió hacia ella, en una bolsa de terciopelo azul, se encontraban todas las piedras preciosas mezcladas.

—Cierra los ojos y coge una —le indicó, como si fuese una niña metiendo la mano en una caramelera. Georgiana palpó, las había de todos los tamaños y formas. Cogió una al azar y la mantuvo en su puño—. Ahora abre los ojos y mira tu obsequio.

Un zafiro perfecto, de unos siete milímetros de diámetro, refulgía en su mano. Franz sonrió, satisfecho. Nada de rubíes por el momento, haría engazar ese zafiro en un anillo y así borrar el recuerdo del anterior.

—Una vez más —le dijo.

—¿Por qué? Un trato es un trato —respondió Georgiana. No supo por qué no quería aprovecharse, su futuro dependía de la generosidad de Franz.

—Exacto, y me has obsequiado dos orgasmos. Tú eres la alquimia que convierte a cualquier piedra en preciosa con tu placer. Coge otra... —A Georgiana le tembló el pulso en esa ocasión, comprendió que ese trato era más justo de lo que había pensado cuando lo ideó. Sin proponérselo, le estaba entregando a Franz lo único que su dinero no podía comprar, el intercambio era un mero tecnicismo. Introdujo la mano, cerró los ojos y cogió al azar—. Un diamante. —Franz la besó—. Una piedra que podría haber sido un mero carbón, pero que la presión la hizo brillar. Quítate la bata, Georgiana, tu colección necesita un diamante más.

Y ella deslizó la bata de seda negra, revelándole su piel.

CAPÍTULO 15



La despertó la ausencia de su calor. Sin abrir los ojos, estiró el brazo y palpó el lugar vacío.

—Ni siquiera ha amanecido —protestó Georgiana, desnuda y acostada a lo largo de la cama. La sábana le cubría solo hasta el vientre, sus senos estaban a la vista, dispuestos para el deleite de Franz.

—Ha amanecido...

La voz masculina resonó en sus oídos como si fuese un reloj cucú que la forzaba a levantarse. Una repentina luz le quitó las ganas de continuar durmiendo. Pestañeó. Abrió un solo ojo, descubrió el origen de la intensa luz. Franz había corrido las cortinas. Los rayos del sol que se colaban por la ventana le daban de lleno por detrás, un halo blanquecino lo rodeaba. A Georgiana le fue difícil vislumbrar la expresión en su rostro. Solo podía descifrar lo que hacía, se colocaba los gemelos en los puños de la camisa.

—¿Por eso me despiertas y me torturas? —dijo sin temor a hundir el dedo en la llaga. Todo estaba hablado entre ellos. Ninguno ocultaba ni se avergonzaba de lo vivido, pues nada fue por propia elección. En el presente, juntos, ellos elegían. Cogió un almohadón y se cubrió el rostro hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz.

—Te despierto para evitar yo la tortura —rió por lo bajo. Su voz sonó ronca, como solía suceder a primera hora de la mañana—. Si te despiertas y no me hallas en casa, tendré que lidiar con tus reclamos al regresar. —Fingían ser un matrimonio amoroso y convencional. No lo eran. Ni él aceptaba reclamos ni ella los propiciaba.

—¿Te marchas ya? —Se sentó en la cama, sus ojos se habían adaptado a la luz. Arrastró la sábana consigo y se cubrió los pechos. Franz dio un paso al frente y su aura blanquecina quedó atrás. Ella pudo contemplar con detalle la expresión en su rostro. Lucía calmo luego de otra noche sin pesadillas, sueño profundo y placer garantizado entre sus brazos. Georgiana se encontraba en igual circunstancias que él. El juego entre sábanas que llevaban a cabo en las noches siempre los convertía a ambos en ganadores.

—Sí, y es posible que regrese entrada la noche. —Caminó hasta la cama, se sentó en el borde del colchón y tiró de la sábana. Los pechos de Georgiana volvieron a quedar al descubierto—. Prefiero ser yo quién te lo informe para que no tengas que recurrir a...

—Lo sé. Te lo agradezco. —En resumidas palabras: Florence Sharp. Tanto Georgiana como Franz consideraban conveniente que el intercambio entre ellas fuese el justo y necesario. El rol de Sharp en la casa estaba vinculado a los asuntos profesionales de Franz, no a su vida privada. Georgiana era su

parte privada. La única. Nadie más que él tenía permitido el ingreso a esa nueva y particular área de su vida—. Me evitas cavilaciones innecesarias.

—Las mentes aburridas tienen tendencia a las cavilaciones innecesarias. —La cogió por uno de los tobillos y, con delicadeza, hizo que su cuerpo se deslizara por el colchón hasta estar por completo a su disposición. Capturó la cintura de Georgiana con su brazo e hizo que sus pechos desnudos rozaran la tela de su chaleco. Estos se irguieron como consecuencia.

—¿Me estás llamando aburrida? —Frunció el ceño en señal de ofensa.

—Sí, lo hago. Quizás así salgas de la jodida casa para variar —argumentó con tono de orden. Hundió la nariz en su cabello, hurgó en él hasta llegar a la tibieza de su cuello, cuando estuvo en contacto con su piel, inhaló el perfume. El deseo de bienestar en Georgiana comenzaba a extenderse en todas las áreas, estaba a salvo, nada le pasaría mientras estuviese bajo su cuidado. Aun así, todavía le temía a la vida. Era tiempo de que disfrutara de otros placeres, los materiales y los naturales, como, por ejemplo, un paseo por el centro de Londres bajo la tibieza de un sol casi primaveral—. Según mis cálculos... —Inhaló su perfume una última vez y reclinó su cabeza para hacer contacto visual con ella—, tienes una interesante fortuna en piedras preciosas en ese cofre tuyo.

—Ajam... Una fortuna que me he ganado con el sudor de mi frente, señor Cooper.

—Doy fe de ello, tu sudor y el mío... —agregó con picardía. Con su mano libre, le acarició uno de sus pechos. Agachó la cabeza y le besó el pezón—. Comprendo que quieras atesorarla, pero también es bueno disfrutarla. En su defecto, puedes disfrutar de los privilegios que trae consigo mi nombre. —Con decir su nombre era suficiente, o bien viajar en unos de sus carruajes con sello personal. Todo Londres le serviría, estaría a sus pies—. Sadie puede hacerte compañía y Sheppard está a tu disposición. Confío en él, hará lo que tenga que hacer sin dudar. —Fue su manera de decir, si Bert Sheppard tiene que romper un cuello, lo hará.

—Lo pensaré —dijo recorriendo con la yema de su índice la pequeña cicatriz en la ceja de Franz —, no quiero ser una muchacha aburrida para ti. —Cuando terminó con la caricia, lo besó. Él se retrajo, por supuesto, lo hizo contra su voluntad. Tenía asuntos apremiantes que resolver.

—¿Quieres dejarme en bancarrota? —bromeó. Georgina se encogió de hombros—. Voy a tener que ponerte un límite. —Ella volvió a besarlo, Franz se adueñó de su boca, separó sus labios con la lengua, la invadió con ella, recorrió la tibieza de su interior y bebió de su sabor de primera mañana—. Buena suerte con eso —dijo cuando su boca y su cuerpo tomaron distancia. ¡Joder, tenía que marcharse!—, mi fortuna es incalculable e inagotable —proclamó extendiendo los brazos con exageración. Cogió su chaqueta y abandonó la habitación.

Pasos fuertes y firmes.

Pasos suaves, ágiles, inquietos.

Juntos conformaban una pésima sinfonía, por completo descoordinada. ¿Cómo habían llegado a eso? Si hasta hacía unas semanas ella era su sombra y pisaba las huellas que él dejaba.

—Florence, conozco la salida de mi casa, no es necesario que me acompañes. —Franz sentía como el fuego de las rabiosas exhalaciones de la muchacha le quemaban el cuello.

—Te acompaño para cerciorarme de que te subas al coche —expresó con fastidio.

Franz se detuvo. Se volvió hacia ella y la enfrentó.

—No me trates como un maldito crío, Florence.

—Pues, lo pareces últimamente. —No controló sus palabras, menos sus emociones. Franz alzó su ceja, con eso bastó para colocar una línea imaginaria entre ambos. Una línea que le recordaba las leguas imaginarias de distancia que los separaba.

—¿Con qué autoridad juzgas mi comportamiento?

—Lo hago por tu bien, Franz, no quiero que olvides quién eres. —Se atrevió a pasar las manos por sobre sus hombros, como si estuviera quitando polvillo de su chaqueta. Franz la detuvo cogiéndola por las muñecas, mantuvo sus manos en el aire.

—No lo olvido, así que ahórrate tu compromiso. No tienes que recordármelo. —Retomó la caminata. En la puerta lo esperaban Joshua y Sandor con el carruaje listo para partir.

—Entonces te recordaré lo que ha sido evidente, como la cita a la que ahora asistes ¿Sabes cuántas veces he tenido que modificar tu agenda debido a tus...? —Exhaló con fastidio, intentó controlar su malhumor para no utilizar palabras fuera de lugar— ¿a tus repentinos cambios de planes sin sentido? —Llámeselos planes sin sentido a follar con tu nueva obsesión. Se reservó la apreciación personal.

—¡Enhorabuena, Florence! —Hizo palmas al aire—, haz hecho tu trabajo. Perdón, me olvidé de felicitarte por hacer aquello que debes de hacer. —Sandor le abrió la portezuela del carruaje, Franz se subió sin siquiera despedirse.

Se mantuvo firme en la escalinata viéndolo partir, cuando el carro desapareció tras la reja principal, giró sobre sus talones dispuesta a continuar con... *aquello que debía de hacer*.

Cuando decidió servirle, estar a su lado, lo hizo con un propósito en mente, continuar la labor de Viktor. Franz estaba destinado a gobernar el mundo y podía hacerlo si se lo proponía. Si eliminaba los obstáculos de su camino. Porque ella, al igual que todos los niños Prometheus —fuesen proyectos fallidos o exitosos—, aprendieron la lección más importante de todas: los obstáculos no se evitan, no se saltan... los obstáculos se destruyen.

Veintiocho años de obstáculos destruidos sin siquiera pestañear, ese era Franz Cooper, hasta que lady Georgina Keighley apareció en su vida. El peor y más grande de los obstáculos.

Y si él no podía destruirlo, era su deber hacerlo.

¡Por todo lo que le era sagrado, no se convertiría en una muchacha aburrida! Además, por muy extraño que pareciera, pese a vivir en lo que todos llamaban la antesala del inframundo —*Cooper era un demonio, un alma oscura nacida en el infierno y bla... bla... bla*—, la vida de Georgiana comenzaba a tener bellos matices. Su habitual mundo de sombras, contrario a oscurecerse aún más junto a Franz, se llenó de colores.

—Dile a Bert que en media hora partimos... —informó Georgiana en cuanto vio que Sadie regresaba a la habitación. La evaluó de pies a cabeza, torció los labios con una mueca—. ¿Crees que esos zapatos sean cómodos? —Lucían demasiado pequeños para sus pies.

—Me los ha prestado la señora Davies, dijo que no puedo pisar las calles del centro londinense con mis botines viejos.

—Le doy la razón, pero no coincido con su resolución —rio Georgiana. Como mucho, toleraría tres calles, luego comenzaría a padecer molestias—, ve a por unos botines míos, te resultarán más

cómodos. —La habitación de enfrente seguía siendo su vestidor personal. Franz sumaba nuevas prendas, calzado y accesorios a diario. No le alcanzaría la vida para lucir todo. Volvió a reír, sus pensamientos libres de preocupaciones la mantenían en un constante buen humor.

—¿Los azules? —Pestañeó la doncella invadida por una repentina felicidad. Desde que vio los botines azules con cordones dorados había quedado enamorada. ¡Si tan solo ella tuviera unos así! Pese a tener tan solo seis años más que la joven lady, Sadie aparentaba una edad mucho mayor. Las situaciones de la vida la forzaron a una madurez prematura, nunca había actuado como una jovencita, no podía serlo. Hasta ese momento. Estaba feliz y ansiosa como nunca lo estuvo.

—De acuerdo, los azules —autorizó Georgiana ocultando la satisfacción que le daba verla tan alegre y jovial—, con una condición... —Se cruzó de brazos. El rostro de Sadie se apagó como una farola sin aceite—, que elijas una capa que combine —agregó. La felicidad regresó a Sadie, sus tacones viejos golpearon la alfombra deseosa de largarse a la carrera—. Oh, y un sombrero también.

—Gracias, milady.

—No me des las gracias, apúrate —la instó a marcharse, ella podía finalizar su peinado sin su ayuda.

—Lady Georgiana, antes de que la dicha nuble mis pensamientos... —dijo deteniéndose en la puerta. Casi se olvidaba de lo importante—. La señorita Sharp me ha dicho que necesita hablar con usted.

—¿Cuándo?, ¿ahora? —Sadie asintió. Georgiana frunció el ceño. Rara vez cruzaban sus caminos, menos que menos, palabras.

—La espera en la segunda biblioteca.

—Pues, mientras tú perfeccionas tu vestuario iré a conversar con ella. ¡No te tardes mucho! —le ordenó con una sonrisa. Por lo visto, la experiencia de paseo citadino era una aventura nueva para ambas. Sadie no era la única ansiosa.

Segunda biblioteca. Así llamaban al lugar que la señorita Sharp utilizaba como sala de trabajo. Ni bien estuvo ante su puerta, dudó. Las tripas se le retorcieron y un nudo invisible le apretó la garganta. De ser otra la circunstancia les hubiese prestado atención a sus sensaciones, estas nunca le fallaban; el cuerpo de Georgiana reconocía mucho antes que ella cuando era conveniente huir. Sin embargo, en ese momento, su mente tomó el control de su decisión. Su cerebro le recordó que cuando estabas ante un animal hambriento, atacar o huir es la peor opción.

—Aliméntalo, Georgiana... —se dijo a sí misma—, cuando calme su hambre dejará de molestar. —Golpeó la puerta. Esta se abrió de repente. Florence y Georgiana quedaron frente a frente.

—Oh, eres tú —resopló.

—Sí, soy yo... Sadie me ha dicho que quería hablar conmigo, señorita Sharp.

Por lo visto, la conversación se iba a dar en el corredor, considerando que Florence no tenía intenciones de hacerla ingresar a su espacio privado.

—Sí, quiero hablar contigo, pero no pensé que accederías a hacerlo.

—¿Por qué me negaría?

Por Franz, dijeron los ojos de la señorita Sharp.

—Buena pregunta —dijo en cambio—. Ven conmigo, hablaremos en los jardines. —La empujó con su cuerpo abriéndose camino, avanzó por el corredor. Georgiana se mantuvo inmóvil, viéndola marchar. Florence se detuvo al notar que esta no reaccionaba—. Te he dicho que vengas conmigo. —

Fue una orden, una que erizó la piel de Georgiana— ¿Has oído la expresión «las paredes oyen»? —Ella asintió—, pues en esta casa se dio origen —bromeó.

Sharp sonrió y lady Georgiana Keighley cayó en su trampa. Silenció cada uno de esos instintos que hacían que su cuerpo se comportara de forma extraña y acalló las temerosas sugerencias de sus pensamientos. Estaba a salvo, se recordó. Con Franz a su lado o sin él, lo estaba, su poder impregnaba cada esquina y pared de esa gran casa. Estaba a salvo, Florence sonreía. Por primera vez la veía sonreír. Eso era un buen augurio, ¿verdad? No era un animal hambriento dispuesto a despedazar aquello que tenía ante él, era un cachorro que solo quería un poco de atención.

Caminaron juntas y en silencio hasta el invernadero. Había custodia en la puerta acristalada. Georgiana se tranquilizó al verlos, eran hombres de Franz. Ingresaron al lugar, olía a flores de estación y a canela.

—Me tomé el atrevimiento de solicitar algo para beber. —Señaló la mesa dispuesta en el centro del invernadero. Mantel, tazas, tetera humeante, galletas de mazapán y scones dulces. Hizo a un lado una silla y la invitó a sentarse. La cortesía era abrumadora—. Toma asiento, por favor.

—Gracias. —Demasiado tarde para huir, se dijo Georgina. Tomó asiento. Florence hizo lo mismo al otro lado.

Frente a frente una vez más. Lo que Georgiana desconocía era que esa sería su última vez. Florence sirvió la infusión en la taza de la invitada, luego en la suya.

—Espero que te guste la canela.

—Me agrada, aunque nunca la he probado con el té.

—Entonces comparto uno de mis gustos personales contigo... —Alzó su taza y la motivó a hacer lo mismo. Hicieron un brindis al aire, consagrando el momento. Esperó a que bebiera. Georgiana se tomó su tiempo, inhaló el aroma que emanaba de la taza—. Al principio sientes que la canela invade tu paladar...—Con total atrevimiento, empujó la taza para obligarla a beber—, ¿qué opinas?, ¿fuerte, verdad?

—Sí —carraspeó Georgiana luego de que el tibio y aromático líquido se deslizara por su garganta.

—Pero esa es la primera sensación, uno o dos sorbos más y todo cambia. —Ella acercó la taza a sus labios. También se deleitó con el aroma. No bebió—. Comencé a beber esta infusión cuando las preocupaciones diarias me retorcían el estómago. Sabes, la canela es ideal para ese tipo de malestares. —Le compartió la información como quien comparte el secreto mejor guardado de la abuela.

Georgiana se resignó. Compartiría esa bendita bebida con la señorita Sharp, oiría lo que tenía para decir y se marcharía. Sadie y Sheppard estarían esperando a por ella. Bebió otro sorbo y comprobó que lo que Florence decía era verdad, la canela perdía su intensidad, sorbo tras sorbo se hacía más tolerable.

—Me imagino que debes de enfrentarte a muchas preocupaciones diarias —Georgiana habló, no pretendía presenciar un monólogo— asistiendo a Franz como lo haces. —Dio un último sorbo y regresó la taza al plato. Suficiente cortesía de su parte.

—Franz —repitió Florence, lo hizo lentamente, casi en tono de susurro—. Es increíble, para mí, que alguien como tú se atreva a llamarlo por su nombre con tanta liviandad y libertad.

—Si digo su nombre con tanta libertad es... es... —Hizo una pausa, sintió la lengua pesada—, es...porque él... —Le resultó difícil articular sus palabras. Inhaló profundo—, porque él me dio... —Los párpados experimentaron la misma sensación que su lengua, tan pesados que debió luchar contra ellos para mantenerlos abiertos.

—Sí, sí. Déjame completar la oración por ti —Florence se incorporó, rodeó la mesa—: Porque él te la dio. Lo sé, Franz te ha dado demasiadas libertades. —Llegó hasta ella, apoyó el trasero en el borde de la mesa—. Cualquiera diría que le has hecho un condenado embrujo —rio estrepitosamente—, cualquiera que no lo conozca como yo. Solo un imbécil de pensamiento simple pensaría que Franz Cooper podría ser influenciado por alguien como tú. —Cogió la taza, todavía quedaba infusión. Apretó la mandíbula de Georgiana obligándola a abrir la boca, estaba perdiendo el control de su cuerpo. Le hizo la cabeza hacia atrás y le hizo tragar el resto de infusión—. Eso es, buena chica... así me gusta. Creo que no te lo dije, pero además de ayudar con los malestares estomacales, la canela oculta otros sabores. —Con una Georgiana con un pie en el mundo de los sueños y otro en el real, el monólogo de Florence dio inicio. Su proclamación personal—: Supongo que, pese a todo, Franz no puede evitar ser hombre. No me atrevería a interferir en la satisfacción de sus deseos carnales, aunque debo reconocer que tú eres un deseo bastante... mmm, ¿persistente? —Se preguntó retóricamente. Asintió—. Lo destacable de este asunto es que pudo obtener una compensación con intereses gracias a ti. Ah, porque, por si no lo sabías —Georgiana apenas podía prestarle atención, sus ojos estaban cerrados y su cabeza iba de un lado al otro como un péndulo. Florence le abrió los párpados con los dedos, quería decirle esas últimas palabras mirándola a los ojos—, tu padre me ha pagado el dinero de la deuda, así que no tienes nada más que hacer en esta casa. En nombre de Franz, te despido y agradezco los servicios prestados por lo que tienes entre tus piernas. Ya no serán requeridos.

—Fra... Franz —logró pronunciar Georgiana antes de caer presa del sueño profundo.

—Sí, Franz... Esta es la última vez que pronuncias su nombre. Es tiempo que él regrese a su camino y que tú dejes de ser una jodida piedra en su zapato. —La cabeza de Georgiana cayó hacia adelante como consecuencia de la gravedad—. Solo me necesita a mí. Gracias a mí, será capaz de crear el mundo perfecto que Viktor soñó con su proyecto Prometheus.

La dejó con la cabeza recostada sobre la mesa y abandonó el invernadero. Al salir, les dio a los custodios las órdenes a seguir. Estos acataron, solían recibir indicaciones de Florence en nombre del señor Cooper. Para muchos de los empleados, la señorita Sharp era una extensión de su jefe. Si la mujer lo decía, lo hacían.

Cuando las agujas del reloj avanzaron y la ausencia de la joven lady se hizo evidente, unos botines azules recién estrenados recorrieron la casa de punta a punta.

—Bert, algo me huele mal. —Sadie compartió su inquietud con Sheppard, este las esperaba con el carro preparado para partir desde hacía más de una hora—. Lady Georgiana se ha marchado —murmuró a sabiendas que eso era absurdo.

—¿Marchado?, ¿cómo es eso posible? —Bert Sheppard se había tatuado en la mente las órdenes de Franz: *No le quitas un ojo de encima. Si ella asoma su nariz por fuera de la reja, tú lo haces con ella. Y recuerda, no estás a su lado para controlarla, solo para protegerla.*

—La señorita Sharp me ha dicho que se marchó porque pagaron la deuda de su hermano.

—¿Eso te ha dicho? —Se mesó el cabello y se subió al pescante—. Entonces tienes razón, Sadie, algo huele muy mal aquí... —Cogió las riendas de los caballos.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó cuando lo vio dispuesto a marcharse.

—Ir a por Cooper. Nadie está autorizado a cobrar deudas en su nombre. —Agitó las riendas mientras pensaba: Ni siquiera la señorita Sharp. Menos que menos cuando la deuda en cuestión

involucra a lady Georgiana Keighley. ¡Joder, la furia de Franz podría incendiar la ciudad! Todavía estaba a tiempo de evitar la catástrofe.

CAPÍTULO 16



Era fundamental llegar a un acuerdo financiero con la cámara de Lores. Requerían de un nuevo permiso de importación que les permitiera ingresar cargamentos provenientes de América. Algodón para fabricación textil, caballos Mustang para el entretenimiento y la cruce de razas... Podían continuar enumerando un sinfín de productos. Pero en esas reuniones, las palabras estaban de más, con que figuraran sus firmas en un papel era suficiente.

Los vínculos sociales de Marcus, el niño Prometheus aceptado entre los nobles de alto rango, les permitía tanto a Franz como a Tobías acceder a ciertas consideraciones por una suma ridículamente obscena de dinero. Una que podían pagar sin inconvenientes, dado que las ganancias obtenidas a cambio eran veinte veces más grandes.

¡Al demonio la reunión!

¡Al demonio esos malditos lores!

¡Al demonio la condescendencia! Eran jodidos siervos después de todo, el dinero de Franz los hacía bailar; los secretos que manejaba Marcus de ellos, cantar.

—No tiene sentido recordarte la molestia que ha sido para mí reunir a estos individuos en mi casa, ¿verdad? —fue la manera en la que Marcus estableció su posición al respecto de la situación. Detestaba tener que hacerse cargo de los asuntos comerciales, esa labor le correspondía a Franz, así como el área que abarcaba la logística le pertenecía a Tobías. Él era el nexa, el que manejaba la información y tensaba los hilos para acomodar todo a sus pies.

—Por supuesto que no, de la misma manera que no tiene sentido que te dé explicaciones sobre mis acciones. Tengo que marcharme de inmediato, finaliza el trato en mi nombre. —Punto. Al demonio con la calma, Franz era un volcán en erupción. Tras recibir la información de Bert Sheppard, el interior de Cooper se convirtió en lava ardiente. Por fuera, aún llevaba la máscara de serenidad, pero por dentro otra era la historia.

—Lo haré, aunque no garantizo que los números sean de tu agrado, estas ratas aman demasiado el dinero.

—Dinero es lo que nos sobra, así que dales de comer a tu antojo... —dijo decidido a marcharse, se detuvo solo un instante—. ¿Qué tan imprescindible es lord Gordon Keighley para la noble sociedad londinense?

—Nobles de poca monta, totalmente prescindibles, él y su hijo. —Marcus no estaba ajeno a la obsesión de Franz por la hija del mencionado lord. ¿Quién era él para juzgar su comportamiento? No

se inmiscuiría en sus asuntos personales siempre y cuando estos no interfirieran en los negocios que compartían. Pasaría por alto su repentina partida, se haría cargo de la reunión. La balanza de los favores se inclinaba en su dirección, lo que siempre era bueno. Además, compartía su punto de vista. Él también arrasaría con toda la ciudad si alguien tocaba una de sus más preciadas pertenencias, ¿de qué otro modo sino se mantenía el poder?—. Ah, por si te lo preguntas, lord Boris Boyle también es prescindible.

—¿Quién demonios es Boris Boyle? —respondió retóricamente. Y se marchó. Ese maldito viejo ya estaba muerto para él.

Marcus fingió persignarse.

—¡Que descansen en paz! Saludos al *Más allá* de mi parte, milores. —Hizo una reverencia a la nada y regresó a su despacho.

Le faltaba información, Sheppard no tenía detalles para darle. Deuda paga, señorita Sharp como intermediaria y la repentina partida de la lady. Nada más.

Tenía dos destinos posibles. Franz eligió en base a su presunción más rabiosa. Tenía sed de sangre y no de cualquiera, la de lord Boris Boyle.

Golpeó la puerta de su casa media docena de veces. Casi atraviesa la maldita madera con el puño.

Un hombre con traje de mayordomo le dio la bienvenida con una expresión de pasividad absoluta. En apariencia superaba a Boyle en años, una edad en donde la violencia no tenía lugar. Se hizo a un lado y le abrió camino para que Franz ingresara sin enfrentamientos innecesarios.

—¿Sabe quién soy? —le preguntó curioso por su predisposición.

—He servido a la nobleza por más de cincuenta años, reconozco su escudo... —dijo señalando la insignia en el carruaje que estaba en la calle—, y también he oído historias que pueden erizar la piel de quien las escucha. No necesito saber su nombre, y siendo sincero, poco me importa lo que suceda bajo este techo.

—¿Boyle? —indagó. La calma dentro de la casa le hizo sospechar que Georgiana no estaba allí.

—En la sala principal. —Le indicó el camino a seguir.

Lo halló en bata, descansando en un sillón individual ubicado frente a la chimenea. Sostenía en sus manos un vaso con coñac. Franz le arrancó el vaso de las manos y lo estrelló contra el hogar. El fuego emitió un fogonazo producto del contacto de la llama con el alcohol.

—¿Dónde demonios está?, ¿qué has hecho con ella? —Lo cogió por la solapa de la bata y lo forzó a incorporarse. Los pies de Boyle apenas tocaban el suelo.

—¿Yo? —rió con nerviosismo, supuso que estaba ante el atardecer de su último día, el horizonte tras el cual se escondía el sol era el torso de Franz Cooper—. Te has equivocado de puerta, muchacho. —Lo palmeó en el pecho. Perdido por perdido..., pensó—. Nos conocemos poco tú y yo, pero creo que he dejado bien en claro que no me gusta la mercancía usada. —Franz gruñó, su exhalación fue más ardiente que todas las chimeneas de Londres juntas. Boyle casi muere de sofocación. Cooper lo alzó en el aire, tan alto como el brazo se lo permitió, luego lo soltó y dejó que la gravedad hiciera lo demás. Los huesos del viejo crujieron cuando impactaron contra el piso de mármol.

—¿De qué hablas? —Quería que el muy maldito le dijera cómo había arribado a esa conclusión.

—Tu amiga, la señorita Sharp, consideró prudente informar sobre el estado de la mercancía. —Habló desde el piso, le dolía demasiado la cadera como para poder incorporarse por su cuenta—. Por eso le brindó a Gordon un porcentaje de descuento en la deuda, una mínima compensación considerando el tiempo que pasaste jugando entre sus piernas.

Franz se agachó, le ayudó a levantarse. De eso se trataba ser un Prometheus: mantener la mente en calma cuando la tormenta estallaba. En su defecto, provocar la tormenta en el momento menos esperado. La furia contenida era administrada metódicamente.

—Recuerdas lo que te dije la última vez que nos vimos... —Cuando el viejo Boyle estuvo de pie, lo acompañó de regreso al sillón.

—No he vuelto a acercarme a ella —dijo acomodándose la bata que se había abierto—, de más está decir que no la he tocado. —Carcajeó. Se reclinó contra el respaldo. Exhaló—. Y, como te habrás dado cuenta, no he pronunciado su maldito nombre. Te lo repito, no me agrada la mercancía usada.

—Te ha faltado algo... —le recordó Franz. Caminó hasta la chimenea, contempló el fuego—. Lo más importante —agregó. Cogió un atizador y calentó su punta en las llamas. Boyle carraspeó—. Te he dicho que no te atrevieras siquiera a pensarla, ¿recuerdas? —Lo miró de soslayo mientras el hierro se calentaba—. Hablar de ella como mercancía usada implica que la has pensado... —Dirigió la punta del atizador ardiente hacia él.

—No tienes tiempo para desquitarte conmigo, muchacho... —le advirtió, creyéndose con un as en su manga—, tu maldita zorra innombrable está a merced de su padre. Peor aún, de su hermano, ¿y sabes qué? Tu jodida polla le ha abierto las puertas a la de Edmund. —Franz apretó el atizador con fuerza. El hierro no solo absorbió el calor de las llamas, también se impregnó del fuego irascible de Cooper—. El tiempo corre, lo que sea que tienes pensado hacer conmigo...

—Tienes razón, el tiempo corre —lo interrumpió con un susurro.

—... tendrá que esperar, es ella o...

Yo...

Un yo que nunca llegó a pronunciar. Franz atravesó su pecho con el atizador. Hizo presión, luego lo retrajo y lo arrojó al fuego. El olor a sangre quemada inundó la habitación. Un olor difícil de describir. Franz aspiró profundo. A él, ese fétido aroma le resultó agradable... tan agradable como el perfume de grosellas negras.

—Es ella... siempre será ella.

Se marchó hacia su segundo destino. Quizás, Londres no ardería esa noche. Pero sí lo haría la casa Keighley.

Nadie lo esperaba. Las cosas quedaron bien claras entre Lord Keighley y la señorita Sharp. Establecieron el acuerdo con su pago correspondiente como si todas las partes lo hubiesen decidido. En especial, la parte más importante, ese maldito demonio de Cooper.

El maldito bastardo de Franz había hecho de las suyas con la lady. Gordon no dejó pasar ese asunto, se consideraba perjudicado. ¡No podría obtener una unión matrimonial provechosa! Lady Georgiana sería considerada un objeto sin valor. ¡Hasta cabía la posibilidad de que quedara soltera! ¿Quién se responsabilizará de ella? ¡Él! Franz Cooper convirtió a su hija en una paria, en una jodida piedra dentro de su zapato. ¡Oh, pobre lord!

Florence oyó cada uno de sus argumentos quejumbrosos, le descontó un porcentaje de la deuda y le sugirió que contemplara la reclusión en un convento para la joven. Sin duda, la alternativa más viable, una que le quitaría el dolor de cabeza en un abrir y cerrar los ojos. Pero primero lo primero, tenía una nueva deuda pendiente que saldar con lord Boris Boyle. Deuda económica y moral. Este fue quién, en gran parte, colaboró con el dinero que utilizaron para el pago. ¡Vaya buen samaritano! Lo único que pidió a cambio fue unos días con lady Georgiana. Una vez que la tuviera sobre su regazo haría que esta le retribuyera el favor. Después, cuando Boris sintiera que había recuperado lo perdido, la regresaría al hogar paterno. ¡Lo justo es justo!, ¿verdad? Él tampoco tenía intenciones de cargar con la responsabilidad de mantener a una paria social. El bochorno y el desprestigio a esas alturas de su vida eran un despropósito.

La puerta del despacho de Gordon Keighley se abrió con la fuerza de una patada...

Una bastante débil y temblorosa. Eso es lo que sucede cuando te alimentas a base de alcohol en vez de huevos y carne de res.

—¿Dónde está? —reclamó Edmund con la rabia de toda una vida contenida en el cuerpo. La rabia de saber que lo que deseaba siempre le era prohibido. Hasta ese día.

—En su habitación. —Gordon se dedicaba a la agobiante tarea de revisar los libros contables. El dinero que le había quedado luego del pago de la deuda sería destinado a otros pagos. Bancarios, jornales atrasados de los empleados. ¡Joder, el dinero volaba!—. Bebe un poco de café y espabílate, muchacho —le ordenó sin levantar siquiera la vista. El olor a alcohol que desprendía el aliento de Edmund lo alcanzó. Estaban a mediodía y su primogénito recién se levantaba arrastrando consigo una resaca épica. Sacudió la cabeza ante la decepción. Doble decepción: su hijo, un bueno para nada, y su insolvencia económica.

—Cogeré una taza con café solo para lanzárselo a la cara de la perra de tu hija —proclamó con satisfacción. ¡Qué bella mañana!, pensó.

—Haz lo que quieras, pero cierra la puerta al marcharte. —Lo instó a que abandonara el despacho. Le molestaba su parloteo y su presencia. Olía pésimo—. Cierra la puerta sin... —*Golpearla*. Por supuesto, la golpeó. Gordon resopló. ¡Vaya heredero tenía!

La dinámica familiar regresaba a su cauce habitual. Lord Keighley tratando de llenar los vacíos financieros, Edmund borracho y Georgiana encerrada en su habitación. Fue como retornar al pasado cercano. Por eso, nadie... nadie lo esperaba.

—Sé quién es usted —replicó la señora Curly. Observó al recién llegado a través del cristal decorativo de la puerta. ¡Ni en sueños le abriría!

—Y yo sé quién es usted... —Cooper había oído sobre la mujer por boca de Georgina. Por lo que recordaba, la señora tenía una extraña fascinación por los encierros forzados como metodología de castigo—. Creo que podemos decir que estamos en igualdad de condiciones —finalizó y pateó la puerta. Un golpe fuerte y certero. La señora Curly cayó de nalgas al piso. Se llevó las manos al rostro, la patada la tomó de improviso y la madera dio de lleno contra su cara. Aunque quisiera alertar sobre la situación, no podía hacerlo por el dolor. Escupió un poco de sangre—. Es un gusto conocerla en persona, gracias por su colaboración —le dijo cuando pasó a su lado. De ser necesario, se encargaría de ella más tarde.

Avanzó por el corredor, llegó al salón principal. No halló a nadie. Se adentró a la sala comedor,

allí se encontró con dos empleados. Una mujer y un muchacho. Estaban preparando la mesa para el almuerzo. La entrada abrupta de Franz los sobresaltó, además, la expresión dura y tensa en el rostro del recién llegado indicaba una sola cosa: peligro. El muchacho cogió un cuchillo de la bandeja que cargaba la mujer. Lo alzó al aire, en dirección a Cooper.

—No nos pagan lo suficiente... —le dijo la mujer a su compañero. Le quitó el cuchillo de la mano y lo colocó en la mesa. Miró a Franz y con un gesto de cabeza le indicó el corredor el seguir—. La segunda puerta a la derecha —fue la indicación final. Continuó con la labor como si nunca hubiesen sido interrumpidos. El muchacho recordó que tenía tres semanas de pago de jornal atrasado e hizo lo mismo.

Patear la puerta principal fue liberador para Franz. Un mecanismo que le permitió darle rienda suelta a la furia aprisionada en su interior. Recurrió a la misma estrategia, de lo contrario, iría a por el cuello de Keighley de inmediato.

—¿Cuál es tu jodido problema ahora?! —Gordon golpeó el escritorio con el puño al tiempo que alzaba la vista para maldecir con la mirada a su hijo.

—Usted y su hijo. Ese es mi jodido problema. —El factor sorpresa jugó a favor de Franz. El lord no tuvo tiempo de reaccionar. Cooper fue hasta él, cogió el cortapapeles del escritorio y atravesó la mano de Keighley. El grito del hombre fue ensordecedor. Hundió el cortapapeles aún más, hasta clavarlo en la madera. La mano quedó inmovilizada—. Vengo aquí a cobrar lo que se me debe...

—¡Malnacido! —gimió Gordon. Pese al dolor, pudo articular palabras—. ¡Te hemos pagado!

—Yo no acepté su dinero. —Apoyó su trasero en el borde del escritorio—. Los tratos se hacen y se cierran conmigo, debería de saberlo.

—¡Me importa tres cojones! —Keighley arrancó el cortapapeles y liberó su mano. Esta le temblaba y sangraba.

—Oh, déjeme ayudarlo —le dijo con sarcasmo. Hurgó en su chaqueta en busca de su pañuelo. Lo estiró con un movimiento al aire y lo enrolló de la misma manera. Pero... bueno, no lo hizo para envolver la herida en su mano, lo utilizó para cogerlo del cuello. Lo acercó a él y le susurró al oído mientras hacía presión—. Quiero que le quede en claro algo, el que decide cuándo la deuda ha sido saldada soy yo. He hecho cuentas en nombre mío y, también, en nombre de su hija —Tiró con fuerza, ajustó más el pañuelo. Gordon tosió—, llámame sentimental o justiciero, no lo sé, elija usted... pero la deuda que tiene para con lady Georgiana es casi imposible de pagar. —Aflojó el agarre para permitirle hablar.

—Los asuntos con mi... mi ... —respiró profundo, exhaló con la misma intensidad—, mi hija... no son de tu... incumbencia.

—Eso lo decido yo, no usted. Es más, me corrijo... —Le encestó un puñetazo en el rostro—. No me llame sentimental —Le quitó el pañuelo. Lo levantó de la silla cogiéndolo por el cuello de la camisa. Le dio otro puñetazo, en esa ocasión, fue en el estómago—, tampoco me llame justiciero... —Se acercó de nuevo a su oído, le susurró—. No soy ninguna de las dos cosas —Le dio otro puñetazo, en esa ocasión en los testículos. El viejo Gordon casi muere ahí mismo—, simplemente soy un maldito hijo de perra sin motivos ni razones. Uno que ha decidido que su vida termina aquí y ahora...

Le rasgaría la garganta con el bendito cortapapeles, al fin de cuentas, ya estaba manchado con la sangre de Gordon Keighley. Quizás había perdido filo, quizá tendría que hacer más fuerza de lo esperado para enviarlo con el Creador. Lo haría con esmero en nombre de Georgiana.

Pero fue su grito lo que le salvó la vida a su padre. Un grito lejano y ahogado que solo Franz

pudo oír. Como si su oído estuviese preparado para oírla en la distancia... en medio de una multitud... o en una jodida pesadilla.

Derribó a Gordon con un último puñetazo en el rostro y lo dejó inconsciente.

Salió del despacho a paso veloz. Siguió el camino que le indicaban los, cada vez más cercanos, gemidos de angustia. Corrió escaleras arriba. Una vez que estuvo en la planta alta, el estallido de un cristal le indicó su destino final. La última habitación del corredor.

La puerta estaba abierta y ni bien llegó, contempló el espectáculo. Un baúl caído, una silla rota... libros desparramados por sobre la alfombra. Georgiana estaba con la espalda contra una pared, sosteniendo en su mano una copa rota. La agitaba como si fuese una espada. Edmund intentaba abalanzarse sobre ella, se tambaleaba cada vez que evitaba el contacto con el borde del cristal. Por un instante, Franz no hizo nada, la vio luchar, defenderse, vislumbró las lágrimas en los ojos. Su hermano no conseguía llegar a ella. Georgiana luchaba por su vida con el arma más poderosa de todas... el dolor.

El dolor que vivimos, que se queda dentro nuestro como nudos invisibles... ese dolor nos hace jodidamente fuertes.

Georgiana pelearía hasta su último respiro. La vio cerrar los ojos.

—Suficiente... —dijo para sí. Ni ella ni Edmund la oyeron. Fue hasta Edmund, lo cogió del cabello y lo hizo a un lado. El idiota tropezó y se golpeó la cabeza con el borde del mueble tocador. Lloriqueó como un crío. Ese bastardo conocería su furia, pero no en ese segundo. Su prioridad era otra. Capturó el brazo de Georgiana en el aire. Esta soltó la copa rota—. Suficiente —repitió. Ella abrió los ojos. Lo miró como si él fuese una alucinación cercana a la muerte.

—¿Franz? —murmuró con labios temblorosos. Él liberó su brazo y le permitió que recorriera su rostro. Sí, era real. Estaba a salvo, cuando estaba a su lado siempre estaba a salvo. Gritó, estalló en lágrimas, sus rodillas le fallaron... No tenía más fuerzas para luchar, y la realidad era que no tenía que luchar más. Franz la cargó en sus brazos. Georgiana se abrazó a su cuello.

—Una vez más, tu hermana te salva la vida —le dijo a Edmund que gateaba en dirección a la puerta—. No existirá otra oportunidad para ti...

La prioridad de Franz continuaba siendo la misma. Ella y solo ella... su mujer.

Y se lo dejaría claro a su familia o a quién se cruzara en su camino. ¡Se lo dejaría claro a todo el condenado mundo!

CAPÍTULO 17



Sentada en su regazo, abrazada a su cuello, con la cabeza contra su pecho. Viajaban de regreso a la casa, aunque si le dieran a elegir a ella, se quedaría en ese carruaje junto a Franz hasta que el mundo se hiciera pedazos. Escuchar el latido del corazón de Franz la tranquilizaba y no porque este latiera a ritmo armonioso y calmo, sino por el desenfreno con el que golpeaba el esternón. Desde ese día en adelante, el compás iracundo de sus latidos se convertiría en la melodía favorita de Georgiana. Así como Franz era doblegado cuando la sonata de Mozart resonaba en sus oídos, ella encontraba la certeza de seguridad cuando oía el palpitir de su corazón.

—Georgiana... —susurró a su oído. Le corrió el cabello con delicadeza, este le cubría el rostro por completo. Alzó su rostro con cuidado. Se preguntaba si todavía lloraba. No, las lágrimas se habían secado en su mejilla—. Perdón por no haber llegado a tiempo —le dijo luego de acariciar sus labios con el pulgar.

—Lo hiciste, llegaste a tiempo... —Edmund no pudo tocarle ni un pelo. Otra hubiese sido la historia sin la presencia de Franz.

—No, no lo hice —La culpa se coló en su voz. Una culpa sin sentido, pero que lo hacía enojarse consigo mismo—, debí llegar a tu vida meses atrás. —El brazo que la sostenía por la cintura hizo una ligera presión. La atrajo más a su cuerpo. Georgiana sonrió con tristeza, los ojos le brillaron de una manera lacerante para Franz. No pudo mirarla más a los ojos. Sintió un odio visceral hacia los hombres que alguna vez se atrevieron a dañarla. Apoyó su frente en la de ella—. Boris Boyle está muerto.

—¿Qué le sucedió? —Georgiana se retrajo para poder mirarlo al rostro de nuevo. Todavía existía un gran porcentaje de inocencia que le hacía creer que la buenaventura de los cielos se había cobrado las perversas deudas de Lord Boyle. ¡El muy maldito se lo merecía! Jamás se le ocurrió pensar que...

—Yo le sucedí. Lo envié al infierno —confesó Cooper como quien habla del clima. Los ojos de Georgiana se abrieron de par en par. ¿Jamás se le ocurrió pensar qué...? ¡Por favor, ¿acaso los demonios sienten piedad?!—. Fui bastante considerado si te lo preguntas —agregó al ver que su rostro no daba señales de vida—, si hubiese tenido tiempo a mi favor, el maldito degenerado todavía estaría suplicando. Sé cómo hacer que la tortura y el sufrimiento dure el tiempo que yo quiera. Lloran e imploran que me detenga, y cuando finalmente claman por su muerte, porque saben que es la única forma en la que dejen de sufrir, me convierto en el ángel que les concede esa gracia.

—¿Por qué te llaman demonio entonces? —balbuceó ella sin apartar su mirada de la de él.

Acarició su barbilla. Recorrió su pómulos con los dedos, extendió el recorrido de su caricia por el contorno de su ojo hasta llegar a su ceja. Palpó la cicatriz—. No eres un demonio... eres un ángel oscuro, un ángel con alas negras.

—No, Georgiana —La cogió por la cintura, la elevó, y la sentó frente a él—, ni ángel oscuro ni demonio. Soy algo peor... porque para mí, lo correcto o lo incorrecto no traza ninguna línea. Todo lo que tengo lo conseguí de esa manera, aquello que se cruza en mi camino desaparece para nunca regresar. Yo lo hago desaparecer, ¿lo comprendes? —Quería asegurarse de que supiera la verdad sobre él, una verdad sin suposiciones romantizadas. No existía nada noble en su forma de actuar. No era un héroe que actuaba en las sombras.

—¿Y si los que se cruzan en tu camino son personas inocentes?

—Las personas que se atreven a cruzarse en mi camino nunca son inocentes.

—¿No crees que yo sea inocente? —Georgiana se reclinó contra el respaldo de la butaca—. Porque yo me he cruzado en tu camino, ¿verdad? —Intentó unir las piezas pasadas, se preguntó: ¿cómo habían llegado a ese momento? Uno en el que él se disculpaba por llegar tarde a su vida. Uno en el que le confesaba su último pecado? No, la muerte de Lord Boyle era una buena acción para con el mundo. Hombres como Boris no deberían siquiera existir. Franz corrigió la equivocación del creador.

—No, tú no te cruzaste en mi camino, yo me crucé en el tuyo.

—Cierto... —reconoció con una exhalación. Fue la noche en la que fue a por el ungüento y se interpuso entre el caballo y el látigo de aquel malnacido.

—¿Por qué lo hiciste? —Franz aprovechó la rememoración para despejar esa duda pendiente—, ¿por qué recibiste los latigazos en nombre del animal?

—No lo sé... —Se encogió de hombros. Inspiró con calma—, supongo que hice por él lo que siempre deseé que alguien hiciera por mí. —Miró hacia afuera, comenzó clavando sus ojos en un punto específico en el paisaje citadino, luego terminó contemplando la nada—. Yo lloré, imploré y, en silencio, también clamé por mi muerte. Pero nadie me oyó, nadie me concedió gracia alguna. Tienes razón, ni ángel ni demonio, eres otra cosa... —Regresó su mirada a él—, eres Franz Cooper, el único hombre que oyó mi clamor silencioso. —El carruaje se detuvo de repente. No habían arribado a la casa, estaban en un lugar desconocido para ella. Franz abrió la portezuela, descendió y le brindó su mano para que hiciera lo mismo—. ¿Qué hacemos aquí? —dijo al ver la fachada de una pequeña iglesia local.

—Como te he dicho, nadie se atreve a cruzarse en mi camino —Enlazó su brazo al de ella y avanzaron a la par hasta ingresar a la iglesia—, y si lo hacen, es porque aceptan las consecuencias de su estúpida osadía.

—Eso no responde a mi pregunta —expresó al ver que en el altar había un párroco esperando a por ellos.

—Estamos aquí para enviarle un mensaje a todo Londres... a todo el maldito mundo. Cruzarse en tu camino es igual que hacerlo en el mío. —Llegaron al altar, el párroco la saludó con un amable movimiento de cabeza—. Él es el padre Murphy, lo único que necesita de ti es oír un sí por respuesta.

—¿De qué hablas, Franz? —Sintió que estaba en un sueño, que flotaba en las nubes. ¿Estaba entendiendo correctamente?

—En realidad no importa lo que digas. Yo no sigo las normas, pero la sociedad en ocasiones las demanda. Bajo los términos de esta condenada sociedad, te convertiré en mi propiedad. Mía y de nadie más, pobre de aquel que te miré, te nombre o te piense..., lo mataré, los mataré a todos. —El padre Murphy se persignó. Conocía a ese niño Prometheus desde pequeño, se apiadaba de su alma.

—¿A todos? —interrogó con seriedad, pero sin una gota de espanto.

—A todos, a menos que supliques en sus nombres. —Cogió su mano, la sostuvo entre las suyas—. Ese es mi obsequio de bodas para ti, tú decides si viven o mueren.

—De acuerdo, bajo los términos de la sociedad, me convertiré en tu propiedad. Ahora, déjame hacerte una última pregunta ... bajo tus términos, ¿en qué me convertiré? —Él sonrió. Fue una sonrisa que la invitaba a compartir su vida en igualdad de condiciones. Por fuera y dentro de la cama. Georgiana no necesitó de sus palabras—. Padre Murphy, sí, acepto. Lo que sea, como sea, y hasta cuando sea. Todo eso...lo acepto.

¡Le habían ido con el cuento! Sadie era una maldita boca suelta y Sheppard era el fiel exponente de un lamebotas. Congraciarse con Cooper era su meta diaria. Por supuesto que Franz estaría enfadado. Detestaba que dieran órdenes en su nombre. Pese a ello, Florence estaba tranquila, hizo lo correcto, lady Georgiana era un estorbo. Negar que Franz se había encariñado con la muchacha no tenía sentido. No solía ser habitual en su comportamiento, aun así, cada tanto desarrollaba una atracción casi obsesiva por alguna mujer. Un par de veces en su cama bastaba para quitarla de su mente. ¿Y quién se ocupaba de darles la despedida cuando él estaba satisfecho? ¡Ella! La joven lady no sería una excepción. Era una jodida obsesión más.

Golpearon a la puerta de su despacho personal. La señora Davies asomó el rostro.

—Señorita Sharp, el señor acaba de llegar a la casa —informó. Cumplía con lo pedido, Florence le solicitó que en cuanto Franz arribara, se lo avisara.

—Perfecto. Gracias, señora Davies —sonrió. El ama de llaves se retiró. No hubo ningún estallido con su llegada, pensó. Eso indicaba que pese a estar al tanto de los sucesos, mantenía la calma. Señal de que no estaba disconforme con la decisión que ella tomó sin su consentimiento. Se incorporó, deslizó las manos por su falda en un intento de alisar posibles arrugas en la tela. Por fin volvían a estar solos... como siempre. Fue a su encuentro manteniendo la sonrisa en el rostro.

Una que desapareció en cuánto estuvo ante ellos. Apretó los labios para contener las maldiciones que quería escupir. Verla de nuevo en la casa le retorció las tripas. ¿Cogidos de las manos? ¡Qué demonios!

—Ve a la alcoba y espérame... —le habló a Georgiana. Cuando la muchacha avanzó en dirección a la escalera, recién ahí él le soltó la mano. Una vez que estuvieron a solas destinó su completa atención a Florence. La atravesó con la mirada. Una mirada tan fría y distante que hizo que esta retrocediera un paso—. Señora Davies... —convocó al ama de llaves. La mujer se hizo presente con tres empleadas de servicio más, entre ellas, Sadie—. Ustedes serán las encargadas de transmitir al resto de los empleados de la casa lo que les diré a continuación —dijo sin apartar sus ojos de los de Florence. Esos menesteres solían quedar a su cargo—, lady Georgiana ha regresado a la casa y, desde hoy en adelante, se dirigirán a ella como mi esposa... con todo lo que eso implica. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor. Y felicitaciones —dijo la señora Davies. Las empleadas asintieron en silencio. Sadie sonrió de par en par. Hasta podría decirse que hizo una mueca de provocación con los labios cuya destinataria fue Sharp.

—¡No digas tonterías, Franz! —rio nerviosa Florence. Estaba a segundos de caer presa de una crisis nerviosa—. ¿Desde cuándo es tu esposa? —Negó con la cabeza—. ¡Imposible!

—Desde hoy, ¿acaso no lo has oído? —Cerró los puños. ¡Joder que le era difícil contenerse! Lo único que podía pensar era: debí matarte aquella vez—. Antes de que se marche, señora Davies, tengo otro anuncio que debe de compartir, la señorita Sharp deja de estar a mi servicio y su presencia en esta casa ya no es requerida.

—¡Estás bromeando, ¿verdad?! —carcajeó presa de un estado de desorientación inquietante. Dio un paso adelante, luego retrocedió tres al ver el brillo infernal en los ojos de Franz.

—Pueden retirarse —les indicó a las mujeres. Cuando estuvo a solas con Florence, continuó—: Yo nunca bromeo, lo sabes. Como también sabes que yo soy el único aquí con la potestad para traspasar límites. Tú no... y si así lo has creído por un momento, estás equivocada.

—Escúchame, Franz. No eres tú mismo —Sus labios estaban tensos por los nervios, no pudo evitar balbucear, algo que nunca hizo ante él—, no eres tú el que habla... no sé qué hizo ella, pero ha jugado con tu cabeza.

—Tienes diez minutos para abandonar mi casa —le ordenó. Dio un paso hacia ella. Deshacerse de ella era el peor de los castigos, era obligarla a aceptar que, pese a las torturas, no era un caso de éxito del proyecto Prometheus.

—¡Franz, por favor! —Florence retrocedió. Se palmeó el pecho—. Mírame bien...

—Te miro, lo hago —Dio otro paso—. Te miro como debí mirarte tiempo atrás.

—Soy Florence. He estado a tu lado toda mi vida. —Al retroceder sin precaución, se le torció el tobillo. Se sostuvo de la pared para no caer.

—Una vida que yo te permití vivir... Te perdoné la vida una vez y te la perdono una vez más, y no lo hago por piedad o nostalgia, lo hago porque mi esposa espera por mí. —Resopló con fuerza por la nariz. Golpeó con el puño la misma pared en la que estaba apoyada—. Pero te lo garantizo, Florence, no habrá una tercera. Repito, tienes diez minutos para abandonar mi casa y tienes treinta segundos para desaparecer de mi vista.

—Lo siento, Franz.

—Uno... Dos...

—Cometí un error...

—Tres... cuatro...

—¡Mi primer error, Franz! —gritó.

—Seis... Siete... Ocho...

—¡Eres un maldito Prometheus! No puedes permitir que una mujer ponga en riesgo tu...

El puño de Franz volvió a golpear la pared.

—Doce... Trece...

—¡Maldición, Franz! —masculló entre dientes. Se volvió hacia la puerta y se marchó a las corridas. Pudo verlo en sus ojos, unos segundos más y no saldría con vida de esa casa.

Si limpiar nuestros recuerdos fuese tan sencillo como limpiar la suciedad de los momentos vividos, la vida brillaría siempre en colores. Una cubeta con agua, un paño con jabón y adiós al dolor sufrido. No, no es tan sencillo. De todas maneras, nos convencemos de que si nos quitamos la suciedad del cuerpo, esta también se borra del alma.

Quizá no se tratara del agua, tibia o fría. Menos que menos del perfume del jabón. Quizá solo se

tratase de la persona que sostiene el paño y, que, con su caricia, nos hace olvidar el pasado y hace desaparecer nuestras cicatrices.

—Cuando solicité el diseño de esta tina lo hice considerando las dimensiones de mi cuerpo... — Estaban tomando un baño juntos, tenían mucha suciedad que quitar de sus cuerpos. Desnudos y reclinados contra el borde más alto. Georgiana utilizaba el cuerpo de Franz como un lugar de reposo para el suyo. Piel contra piel. El agua era más tibia gracias a la cercanía de su esposo.

—Benditas sean tus dimensiones —dijo echando la cabeza hacia atrás. Franz apretó el paño recién sumergido en su cabeza. Una improvisada lluvia humedeció sus cabellos.

—Sí, cabes perfecta entre mis brazos... entre mis piernas —le susurró esto último al oído. Besó el lóbulo de su oreja—. Nunca imaginé que la compartiría con mi esposa. —Hundió de nuevo el paño en el agua—. Nunca imaginé que tendría esposa. —Hizo presión en el cuello de Georgiana con sus labios y sonrió. Quería dejarle la marca de su sonrisa en la piel. Apretó el paño sobre su pecho. Ella giró como una sirena entre sus brazos y apoyó el mentón en su pecho. Desde ese lugar, lo observó con adoración —. ¿Sabes lo que eso significa?

—Puede significar muchas cosas, creo que necesito un instructivo que me sirva de guía: ¿Cómo ser la esposa de un demonio? —bromeó. Depositó un beso en su pecho y acarició sus pectorales con una de sus manos.

—Tienes un buen punto —dijo mientras hacía presión con las manos en sus nalgas. Empujó su cuerpo hacia arriba, los senos resbaladizos de Georgiana se deslizaron sobre su pecho—, haré un instructivo para ti. De todas maneras, no me refería a eso, sino a ese trato establecido semanas atrás, ¿recuerdas? —La masculinidad de Franz no tardó en sumarse al húmedo encuentro. Su miembro erecto rozó la, igual de anhelante, vulva de Georgiana.

—Oh, sí, recuerdo. —Movié sus caderas, se acomodó a horcajadas sobre él. Franz emitió un ronco sonido ante la directa invitación a su miembro—. Creo que comprendo lo que intentas decir... — Se acercó a su oído para susurrar lo demás—. Ahora que soy tu esposa no piensas canjear más piedras preciosas por orgasmos.

—No, porque no es necesario, todo lo que tengo... —La cogió del rostro, atrajo sus labios hasta los suyos, los abrió con su lengua y la besó como si fuese la última y la primera vez que lo hacía, con ansia y desesperación. Era su última vez, su boca se despedía de Georgiana Keighley. Era su primera vez, su boca le daba la bienvenida a Georgiana Cooper—, todo lo que tengo te pertenece. —Le elevó la cadera, posicionó su miembro y la ayudó a descender. La penetró con una lenta embestida—. Y cada uno de mis orgasmos, también le pertenecen, señora Cooper.

—Me da gusto oírlo, señor Cooper, porque los míos —Ella intensificó el vaivén de su cadera. Las penetraciones se hicieron rítmicas. Franz mordisqueó uno de sus pezones, recorrió su espalda de principio a fin, las yemas de sus dedos palparon cada vieja cicatriz y estas se fundieron contra su piel, como si sus manos tuvieran la capacidad de eliminarlas por completo—, desde el primer día que estuve en sus brazos, le pertenecen a usted. —Gimió cuando el éxtasis final hizo temblar su cuerpo. Sí, el pasado podía borrarse.

En sus brazos se sintió a salvo.

En sus brazos experimentó placer.

En sus brazos aprendió a vivir.

En sus brazos... moriría.

CAPÍTULO 18



Sus botines hicieron eco en el corredor. El frufrú de su falda señalaba su andar apurado, furioso. ¿Dónde demonios estaba ese maldito médico? Franz Cooper era un farsante, era un caso fallido, y ella sería la hija pródiga que le informaba al padre del error. El corazón le latió desenfrenadamente. Claro que encontrarse con Viktor Schwartz era un imposible, por lo menos para las criaturas de su estatus; debía hablar primero con su vasallo, el doctor Amberg. Pero estaba segura de que una vez que lo hiciera, las puertas figuradas de Prometheus se abrirían ante ella. Figuradas porque no se trataba de un edificio en particular, Prometheus se había convertido en una sociedad, un sinfín de médicos, científicos, filósofos y, lo fundamental, financistas trabajando bajo un fin común: crear superhombres.

Para atravesar esa puerta figurada, primero debía cruzar una real. Contuvo el estremecimiento, las memorias espantosas, y se recordó las palabras del doctor Schwartz: *«no pasa un instante sin que un ser viviente sea devorado por otro, y sobre todos ellos, el hombre. Por años hemos sentido vergüenza de nuestra naturaleza, la hemos limitado, encarcelado entre los barrotes de la moral. Yo solo la libero, la dejo ser, evolucionar, como Darwin explicó»*. Ella había servido a ese fin, ella era parte de la evolución, aunque no hubiese alcanzado a convertirse en el pináculo. Había creído en Franz, ya no. Franz era débil, Franz había perecido a la tentación humana. Tanto así que no la había matado, una vez más.

—Soy su debilidad —clamó y sonrió—, pero yo no tengo flaquezas. No me importas, Franz, me importa el proyecto.

Divisó al fin la figura del doctor Amberg. Estaba sentado en el suelo, con su libreta a un lado y la vista en un punto fijo. Su impronta era deplorable. Avanzó con premura en su dirección.

—Yo que tú me alejo de esa celda —dijo el hombre, sin emoción y sin siquiera mirarle. Florence Sharp se apartó a tiempo cuando un brazo atravesó los barrotes e intentó alcanzarla. El corazón le galopó furioso por el pánico.

—Usted y sus locos, doctor. —Se alisó la pechera de su vestido. Serge respondió mecánicamente.

—No, Florence. Estos no son locos, estos son solo enfermos. Los locos están allí afuera. —Por fin puso sus ojos en ella, impuso una expresión teatral—. Lo aterrador es que se parecen a nosotros, ¿cómo identificarlos? —La señorita Sharp observó al médico, su aspecto desalineado. El cabello estaba despeinado, al ser tan rubio y de tez blanca, las ojeras bajo sus ojos lucían un tono violáceo y sus globos oculares estaban enrojecidos. El loco al que había rebasado gritaba sin cesar, lanzaba sus brazos por los barrotes e intentaba alcanzar algo que solo él veía. El escenario era tétrico. Serge soltó un repentino—:

¡Bú! —y Florence se echó atrás de un salto. La carcajada del doctor le dio escalofríos.

—¿Qué demonios le pasa a usted?

—Hazte a un lado, me tapas la visión. ¿Te apetece? —le extendió un frasquito pequeño, de vidrio marrón.

—¿Qué es?

—Benzoilmetilecgonina. —Comúnmente llamado cocaína, era un fármaco que solían usar con frecuencia; Florence no dudó, sabía que debía aspirarlo y así lo hizo—. ¿Crees que el doctor Freud escuche a un exalumno si le dice que esa mierda hace más daño que bien?

La señorita Sharp soltó el fármaco de inmediato, se lo lanzó con furia, pero Serge lo alcanzó en el aire antes de que se hiciera añicos y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

—Entonces, ¿por qué demonios me lo ha dado?

—Y tú, ¿por qué consumes algo que no sabes qué es, ni qué hace? —Se aflojó el chaleco, no llevaba ni chaqueta ni corbata. La mujer tras las rejas frente a él se movió, él se arrastró junto a los barrotes—. ¿Hilary? —La figura le dio la espalda—. Mmm. —Cogió sus notas y escribió algo en ellas.

—Lo consumí porque me lo ha dado usted, mi médico.

—Yo no soy tu médico, Florence. Aunque si sigues por este camino, puede que me convierta en él. —Una sutil advertencia de que la mujer caminaba por el delgado sendero entre la razón y la demencia.

—¿Cómo que no eres mi médico?, eres el doctor de Prometheus.

—Exacto, y tú llevas años sin ser parte del proyecto. —La mujer tras las rejas comenzó a llorar, Serge gateó hasta pegarse a los barrotes—. ¿Por qué lloras, Hilary?

—Mis hijos, han muerto mis hijos —hipó la mujer.

—¡Qué pérdida de tiempo! —respondió Serge y se incorporó, recogió su cuaderno y emprendió camino hacia el despacho. Florence le siguió los pasos, irritándolo aún más.

—¿Qué le haces a esa pobre mujer? —No usaba el término *pobre* para demostrar empatía, sino porque realmente la consideraba una criatura pobre, menor, un instrumento de la ciencia.

—Esa *pobre* mujer ha matado a tres de sus cinco hijos y no sé si realmente se cree inocente o me está tocando los cojones, de modo que le di un preparado de Psilocybe, un hongo alucinógeno que algunas tribus americanas creen que te permite ver a los dioses. Yo pienso que lo que hace es abrirnos camino al inconsciente...

—¿Y qué obtiene de eso? Su labor es crear mentes poderosas, no averiguar cómo arreglar el cerebro de una persona fallada.

Serge se detuvo, se volvió hacia ella y sonrió, una de sus sonrisas temerarias.

—El inconsciente puede ser el mismísimo infierno, Florence. Y si Dios ha muerto —aludió a la famosa frase de Nietzsche, base de la filosofía Prometheus—, el diablo también. Alguien tiene que encargarse de mantener las llamas encendidas, ¿verdad? —Soltó una carcajada, a la señorita Sharp se le pusieron los pelos de punta. Aunque Serge Amberg nunca los había torturado, como sí hizo su predecesor, a ella le daba mala espina. Florence entendía el dolor, sabía a dónde conducía este, pero detestaba hurgar en su mente. El doctor tenía razón, la mente, nuestros pecados eran nuestro infierno a medida.

¿Qué vería ella si indagaba? Que era un fracaso, que nadie la quería y, peor aún, que ella era incapaz de querer. Porque estaba dispuesta a entregar a Franz y no sentía remordimiento alguno, un fallo y a la hoguera. Solo creía en el proyecto Prometheus y ni siquiera lo comprendía, creía en él como

lo hacen los fieles de una secta, porque han invertido tanto allí que admitir el error era lo mismo que saltar al vacío. Y entre todos sus malditos defectos, el que más relucía era la cobardía.

Sí. Serge Amberg le daba más miedo que mil torturas, que ese improvisado experimento con electricidad, que las sumersiones en agua helada, las noches sin dormir, las dosis de Benzoilmetilecgonina... De hecho, ya sentía el efecto de esa mierda en su organismo, era la gloria, seguida de la pesadilla.

Serge entró a su despacho, se desabrochó el chaleco y la camisa, revelando un cuerpo que no se correspondía con su imagen de intelectual. Cogió un estetoscopio y se midió sus propios latidos, negó con la cabeza.

—Creo que el café me provocará un infarto antes de que sea capaz de medir sus efectos mentales.

—¿Eso hace? ¿Experimenta con su propio cuerpo? —Florence estaba atónita. No era normal, para eso estaban los demás, los pobres, los desvalidos, los olvidados... los nadies... para ser objetos de experimentos. Si le preguntaban, incluso diría que les hacían un favor, la ciencia les permitía pasar de inútiles seres sociales a útiles objetos de estudio.

—Aquí solo tengo enfermos, ¿cómo puedo ver el efecto que algo tiene en un cerebro normal si no puedo acceder a cerebros normales? ¡Joder!

—Pídale a Viktor, él le conseguirá uno.

—Antes de aprobar mis hipótesis, no soy libre —No transmitió matiz de queja, solo expuso una realidad, nadie se libraba de Prometheus una vez que estaba inmerso en él—. Dime, ¿cómo llevas el efecto de la Benzoilmetilecgonina? ¿Ya te sientes inmortal?, ¿superior?, ¿en mayor uso de tus facultades? —Rio, antes de que ella pueda responder, él le respondió—: No le creas a esa mierda, no amplía el poder de la mente, distorsiona la realidad. Por ejemplo, te hace creer que te ayudaré a destruir a Franz. —La risa se volvió carcajada. Comenzó a abrocharse la camisa, se detuvo ante la mirada ansiosa de Florence—. ¿Qué?, ¿te gusta lo que ves? —Negó con la cabeza—. Diría que mi recomendación como profesional es que necesitas follar, pero como dije, no soy tu médico. Desde el día que Franz decidió no matarte, dejaste de ser parte del proyecto.

—Exacto. Y hoy me ha dejado vivir de nuevo. Él es un caso fallido —expuso la mujer.

—¿Te ha dejado vivir de nuevo? —Los ojos de Florence lo devoraban. Estaba en un estado de excitación total por la cocaína; como bien le había dicho el médico, la droga afectaba su percepción de la realidad y por eso no pudo percibir la amenaza. Antes del siguiente parpadeo, Amberg la tenía cogida del cuello—. ¿Qué demonios has hecho?

—Quise ayudarlo —masculló—, quise eliminar su debilidad.

Serge necesitó de todo su autocontrol para no terminar la tarea, deseaba estrujarle el pescuezo hasta matarla.

—No te dejé vivir, Florence, probablemente no quiso manchar con tu sangre los zapatos de lady Georgiana. Vendrá a por ti, es cuestión de tiempo. —La soltó y fue a su silla, estrujó su lápiz en la mano y se dio cuenta de lo que hacía al oír el crac de su ruptura.

—Fue débil, con su vacilación, me dio la oportunidad de venir a advertirle a usted, a Viktor... Franz Cooper es un caso fallido, deben eliminarlo y usted siempre lo supo, doctor Amberg. Usted lo escribió en su libreta...

Serge tardó en entender de qué hablaba Florence, llevaba más de dos litros de café en sangre y cuarenta y ocho horas sin dormir, solo para probar el efecto en su mente. La mujer había llegado con

sus planteos de despechada el día incorrecto, no estaba de humor para lidiar con ellos. Una profunda carcajada se le escapó. Al demonio con todo, lo decía en serio, ella no estaba bajo su tratamiento y él no era un médico convencional, no le apetecía tener consideraciones con sus traumas.

Le lanzó su libreta entre risas.

—Eres tan ingenua, Florence. ¿Cómo puede ser que tras años bajo la tutela de Viktor puedas ser tan crédula? Yo no escribo en mi libreta para mí, para eso tengo esto. —Se tocó la sien—. Escribo en mi libreta para los demás, para cuando Viktor cree que me espía, para cuando Franz necesita leer algo que aún no está listo para asumir, para cuando quiero que Marcus lea un libro en particular o distraer la atención de Tobías en su búsqueda del tesoro. Siempre escribimos para otros.

—Yo... Yo soy su debilidad. Eso escribió usted. Esa tarde...

La prueba final de Franz. El día en que Franz Cooper, para probar que no tenía debilidades, tenía que matar a su última compañera de grupo: la señorita Florence Sharp. La tarde en que desafió a Viktor y la dejó vivir. En ese instante, un joven doctor Amberg escribía en su cuaderno una única palabra. «*Schwäche*», «Debilidad». Una nota que, *accidentalmente*, quedó a la vista de la muchacha en el revuelo que se armó. Una simple palabra que había condicionado la vida de Florence desde entonces.

—No se necesitan campanas ni perros babeantes para condicionar el comportamiento, las manivelas están allí, el mecanismo ya funciona, un buen psicólogo no implanta traumas, los conduce. Siempre actuaste como quería que lo hicieras y ahora me harás un favor más.

—¿Cuál?

—Seguir con tu plan. No seré yo quien le vaya con el cuento a Viktor, porque no pienso que Franz Cooper sea un caso fallido. Al contrario, estoy convencido de que es, al fin, el primer Prometheus. —Se inclinó sobre el escritorio.

—Realmente necesitas un descanso, el café te está haciendo alucinar.

—Y a ti, la Benzoilmetilecgonina te está haciendo creer que tienes una oportunidad de vencerlo. —Soltó otra risotada. Rebuscó en sus bolsillos hasta dar con el frasquito marrón. Se lo lanzó—. Toma, necesitas más valor y yo necesito más casos de prueba.

Florence cogió el frasquito con el polvo blanco, Serge decía que no servía, pero su maestro austríaco, Sigmund Freud, lo utilizaba con frecuencia. Tal vez Amberg se equivocaba, tal vez no le distorsionaba la realidad ni le hacía sentir más poderosa de lo que era, sino que le infundía la confianza necesaria en sus aptitudes.

Probaría que Franz era un fracaso y no tendría que hacer más, lo demás lo harían los esbirros de Viktor. Esos soldaditos sádicos que nunca fallaban. Sonrió, se volvió y abandonó el despacho de Serge.

—Hasta luego, Florence —murmuró él—, si Franz te deja vivir una vez más, lo harás aquí, entre estos barrotes, *aportando* a la ciencia como siempre quisiste.

Serge no supo por qué, pese a estar tan cerca de la gloria, sintió un ramalazo de tristeza. Debía ser el efecto del café, las horas sin dormir. Se sirvió una taza más y comprobó el latido de su corazón casi humano.

Saber que jugaba el juego de Serge no la detuvo, ni siquiera a pensar en qué juego era ese. La droga surtía efecto, el doctor tenía razón, no ampliaba la mente, sino que distorsionaba la realidad. Más aún, otorgaba un ímpetu que no permitía ser cauteloso, analizar las consecuencias. El corazón le latía más acelerado, como preso de una emoción que era incapaz de sentir, y su sangre se nutría de la idea de venganza con cada palpitación.

Quería ver a Franz Cooper caer, se habían hecho juntos y caerían del mismo modo.

Llegar al doctor Viktor Schwartz era imposible; desde que Tobías Krage había matado al anterior psicólogo del proyecto, el ideólogo se mantenía protegido, lejos del alcance de sus muchachos. Nunca se sabía en cuál de sus numerosas casas se hospedaba, siempre estaba rodeado de hombres armados, entrenados, y jamás aceptaba visitas que él no hubiera coordinado previamente o aceptado luego de informarse cada detalle de su invitado. Florence tardaría más en llegar a Viktor que Franz a ella, porque Serge estaba en lo cierto, le había dejado vivir temporalmente. Iría a por ella, iría a por cada uno de los que participó del secuestro de lady Georgiana.

Ella era su obsesión y su debilidad, no Florence. No esa palabra escrita en el cuaderno del doctor Amberg que le había condicionado la vida. Gruñó, tiró de sus cabellos con frustración, se odió y los odió a todos. La razón por la que Serge había diagnosticado al señor Cooper como un caso de éxito fue justamente porque se salió del guion, porque eligió libremente, analizando su situación y sacando provecho de ella. Adaptándose. Rompiendo con cualquier amo externo y cogiendo las riendas de su vida. Florence en cambio se mantuvo siempre en los límites, temiendo romperlos, temiendo las consecuencias.

Y el temor es nuestro amo más cruel.

Ya no, ya no temía.

Olvidó que esa sensación se la otorgaba la Benzoilmetilecgonina. Que su plan seguía el mandato externo, el de Serge, y que no entendía qué rol jugaba en él. Llamó a la puerta de lord Gordon Keighley con una única idea en mente, hacer el mundo arder. Podía ser que Viktor se escondiera del mundo, pero el mundo no tenía secretos para él. Se enteraba de todo lo que sucedía, en especial si sus cachorros Prometheus estaban involucrados. La obsesiva debilidad de Franz por la joven lady quedaría al desnudo y entonces...

—¿Quién demonios es usted? —Atendió el mismo Gordon la puerta. Estaba golpeado, llevaba un pedazo de carne pegado al rostro y Florence no supo qué olía peor, si esa porción de cadáver putrefacto o el hombre, que pronto lo seguiría en suerte.

—Mi nombre es Florence Sharp y vengo a ofrecerle lo que desea.

—¿Opio? —Era evidente que algunos huesos estaban fracturados y que le dolía hasta las uñas.

—Venganza. —La sonrisa de Florence, desencajada, bastó para que Gordon supiera que hablaba en serio. Esa mujer ansiaba derramar la sangre de Franz Cooper. Abrió la puerta un poco más y la dejó entrar.

—Disculpe mi falta de modales, pero hoy, como al parecer sabe, hemos sufrido un *perccance*.

Edmund se hallaba ovillado junto al sillón, casi oculto, con una copa de brandy en sus manos. Se notaba que el terror se había apoderado de él. Florence los miró, detestó el escenario. Estaba acostumbrada a Franz, a su frialdad, a su practicidad... Vaciló un instante, ¿sería capaz de destruir la magnífica creación que era Franz Cooper? Ante esos hombres enclenques, emocionales, temerosos, la fortaleza de los Prometheus relucía con luz propia. Viktor era un genio en la visión de Florence, era un hombre brillante que había salvado al mundo de pusilánimes como los Keighley. Pero también había puesto su genialidad al servicio de la señorita Sharp. También la moldeó a ella. Y le probaría que su trabajo fue perfecto, que Florence Sharp era la verdadera Prometheus sin puntos débiles. Para eso, debía hacer aquello que Franz no hizo, matar al último miembro de su grupo.

Le tendió el frasquito marrón a Edmund, el maldito cobarde necesitaría el valor añadido.

—Aspire, le ayudará —le explicó.

—Suelte lo que venga a decir, no nos haga perder el tiempo. Si no nos trae una solución, la alternativa es huir y nadie nos abre las puertas. Todos temen a Franz Cooper.

—Es entendible...—Florence tomó asiento en uno de los sillones, casi al borde, erguida como una dama de alta alcurnia—. Usted sabe de dónde viene nuestro amigo en común.

—De los bajos fondos, dicen por allí. Negocios ilegales que luego se hicieron legales...

—Eso fue posterior. Antes. —Nadie iba a ofrecerle té, qué falta de modales—. Claro que no lo sabe, es un secreto reservado a las altas esferas, a hombres poderosos que entienden el mundo y lo quieren hacer mejor. —Gordon estaba perdiendo la paciencia, Edmund ya la había perdido. La droga lo exaltaba y le hacía distraerse—. Se llama proyecto Prometheus —expuso—. Un grupo de científicos, intelectuales y millonarios han decidido que la evolución tarda demasiado, que hemos llegado a un punto en que nuestra propia moral nos limita, nos encierra y nos impide dar el salto. Hay que darle un empujoncito. El jefe de este proyecto es el doctor Viktor Schwartz.

—Una panda de locos, dice usted.

La mirada de Florence se heló, quiso apuñalarlo. Pero lo necesitaba y se recordó las lecciones aprendidas, no debía dejar que sus impulsos emocionales la dominaran. Excepto uno, el de la venganza.

—La gente les dice locos a los incomprensidos. Como sea, lord Gordon, lo que a usted le interesa es saber que el doctor Schwartz es consciente de lo peligroso de su creación y de las miles de cosas que pueden salir mal en un proyecto experimental. Ya le dije, se trata de un genio, no deja nada al azar. —Sonrió con orgullo.

—¿Y esto a nosotros de qué nos sirve?

Florence exhibió ante ellos una pequeña cajita musical, le dio cuerda y comenzó a sonar «La Flauta mágica» de Mozart.

—En Prometheus no se aceptan los errores. Perdón, me explico mejor, los errores se eliminan. Se entienden como parte del proceso, pero se solventan de inmediato. Antes, durante y después del señor Cooper hubo casos fallidos, hombres y mujeres que, tras los experimentos, perdieron la cabeza y en lugar de convertirse en seres humanos superiores, se convirtieron en manojos desechables. Eso sí, manojos muy peligrosos. El doctor Schwartz se encarga de limpiar al mundo de esos errores, es muy responsable con su ciencia, ¿entiende?

—No. —Gordon perdía la paciencia, Edmund deambulaba fuera de sí, bajo los efectos de la droga. Tenía las pupilas dilatadas y le costaba mantenerse quieto.

—Franz Cooper se ha convertido en un caso fallido, lo único que se necesita para eliminarlo, para que la única persona capaz de matarlo lo haga, es probarlo.

—¿Cómo?

—Secuestrando una vez más a lady Georgiana, por supuesto.

Gordon se echó a reír a carcajadas. Edmund la miró con sus ojos desencajados, quería someter a su hermana y, si en un estado normal no analizaba las consecuencias, en ese estado enajenado mucho menos.

—Usted está loca si cree que llamaré al demonio a golpear mi puerta una vez más.

—Pero en esta ocasión nada le sucederá —Sonrió Florence—, porque tiene esto. —Le extendió la cajita musical—. Como dije, el doctor Schwartz no dejó cabos sueltos. A través de sus métodos científicos, consiguió condicionar el inconsciente de sus casos clínicos; es muy curioso el asunto, se asocia un trauma a un sonido, un olor, un tacto, y luego se desata en el momento indicado mediante

ese mismo detonante. En cuanto Franz Cooper oiga esta melodía, se paralizará. Su mente viajará a uno de esos experimentos, uno en el que llevaba una camisa de fuerza y era sumergido al agua hasta ahogarlo. Por lo tanto, su mente no estará en el presente, sino reviviendo su trauma, el cual es tan intenso que se apodera de sus funciones físicas. Dicho más simple, se paraliza como si llevara un chaleco de fuerza.

Gordon la miró sin poder creer lo que oía. Algo en la postura de Florence, en su seguridad y, más aún, en los rumores sociales le decía que era cierto; pero la verdad podía resultar inverosímil.

—¿Qué pretende? —Su tono no sonó firme, sino aterrado. Entendió que esa mujer estaba tan loca como lo que acababa de describir. Comprendió que Florence Sharp también era capaz de matarlos sin titubear.

—Franz Cooper ha fallado, milord. Franz Cooper tiene una debilidad y es su hija. Por ella le ha perdonado la vida a lord Edmund dos veces, en aquella ocasión en la fiesta de mascaradas, cuando le hizo elegir entre su hijo y su hija, y ahora, cuando postergó su trabajo por el bienestar de lady Georgiana.

—Entonces, propone que la secuestremos una vez más, que esperemos a que él venga y pongamos esa melodía del demonio, se paralice y lo asesinemos. ¿Entendí bien?

—Claro que pueden hacer eso, pero esperaba que... Bueno, que quisieran prolongar su venganza...

—Sí, quiero... —escupió Edmund—, quiero que sufra ese condenado. Quiero que pague, que vea cómo recupero lo que me ha robado, ese maldito hijo de...

—¡Edmund!

Florence sonrió. Ese fervor era el que buscaba, porque a ella no le bastaba con la muerte de Franz, necesitaba el reconocimiento de su padre y creador, de Viktor Schwartz. Dejó la cajita de música en la mesa auxiliar, ella se mantendría en las sombras, observaría su obra.

—Que estén paralizados no implica que no vean ni oigan lo que sucede. Si ustedes matan a lady Georgiana mientras él está en trance, o... bueno, lo que usted quiera hacerle, lord Edmund., Franz Cooper verá todo, no se podrá mover y enloquecerá. Si les apetece, pueden matarlo después de eso, aunque el trance no dura demasiado, les otorgará unos quince minutos, tal vez. Está diseñado para que uno de esos médicos pueda inducir la hipnosis, técnica que, supongo, desconocen. —Se encogió de hombros—. Pero tendrán tiempo suficiente para amarrarlo, para obligarlo a mirar, y una vez desquiciado, ya será hombre muerto. En sus manos, o bajo manos mejores, las del doctor Schwartz. —Su sonrisa se amplió, imaginó a Franz regresando al hospicio, lo figuró de nuevo bajo esas torturas hasta que al fin su mente fuera papilla, hasta que al fin lo desecharan y en su registro luzca el sello: Caso Fallido.

—Veo que usted es una mujer rencorosa.

Y entonces, ambos hombres entendieron con quién lidiaban. Florence se puso de pie, hizo una leve reverencia algo burlona.

—Ustedes deciden si les apetece mi rencor. —Su media sonrisa fue más que suficiente. Si no se prestaban a su plan o bien los mataba Franz Cooper o bien lo hacía Florence Sharp. Solo tenían una alternativa, seguir el juego y rogar salir ilesos.

—Aguarde. —Una mujer entrada en años la detuvo antes de que se alejara. Florence la observó, la evaluó de pies a cabeza y elaboró una certera conclusión: esa mujer era su verdadera aliada—. La he

oído allí dentro, usted luce como una mujer decidida.

—Lo soy. Usted también luce así.

—Soy la señora Curly —se presentó—, el ama de llaves de los Keighley. —Al ver que Florence no agregaba nada, supo que debía ir al grano—. No creo que tengamos mucho tiempo, el señor Cooper no permitirá que nadie se acerque a esa... esa... —La voz se le cortó, se sonrojó por la ira. La señorita Sharp halló al fin alguien que compartía su rencor.

—En eso tiene razón.

—Y lord Gordon y lord Edmund son cobardes, señorita. No irán a por ella, no entienden lo que yo sí.

—¿Qué es lo que usted entiende?

—Que ella es, fue y será siempre su perdición. —Elevó el mentón. El rencor que sentía por la lady era tal que se podía palpar en el aire; por su parte, el de Florence estaba enfocado en Franz. Georgiana era un medio para un fin, pero si dos personas sacaban tajada del mismo plan, se convertían, naturalmente, en aliadas.

—Usted quiere destruir a lady Georgiana, yo al señor Cooper. Entiendo.

—Pero lord Gordon no, señorita. Ellos solo quieren vivir, no correrán el riesgo de meterse en la guardia del demonio solo para concretar una venganza. Aguardarán a la llegada del señor Cooper y lo matarán en cuanto tengan la posibilidad y luego se irán a beber hasta olvidar lo sucedido. El señor Cooper no sufrirá, tendrá una muerte más digna de la que merece y lady Georgiana... —Apretó la mandíbula, los dientes le rechinaron—, ella será una maldita viuda rica.

—Lo sé, todo lo que dice lo he contemplado, pero yo no puedo acercarme al señor Cooper, no tendrá consideración. Solo puedo apelar al rencor de esos dos —aludió a los Keighley.

—Por eso estoy aquí. —La señora Curly sonrió—. En los cuentos de hadas, nadie desconfía de la bruja cuando se viste como una inocente anciana. Yo podré hacer esa parte, luego me aseguraré de que los Keighley cumplan con su rol y que la venganza sea completa. Pero necesito algo de usted...

Florence sumó su sonrisa, por fin empezaba a tomar forma su venganza.

—Dígame...

—Necesito que me explique la dinámica del hogar, soy ama de llaves, sabré inmiscuirme sin ser detectada, comportarme como una criada más hasta acercarme a ella. Seguro el señor Cooper espera que vayamos a por él con matones, armas y un arsenal, no se esperará a una anciana, y cuando note su error...

—Será tarde. —Esa mujer era oro puro. Escuchó atenta su plan, no era perfecto, pero podía funcionar. Eso bastaba, ella se encargaría de la logística, la señora Curly de la ejecución y juntas, se las cobrarían a esos dos.

CAPÍTULO 19



El sol no había asomado siquiera, sus rayos apenas arrojaban un poco de claridad desde detrás del horizonte. Era la hora en que comenzaban las labores de los criados y la misión más importante de la señora Curly. No había pegado un ojo en toda la noche, esperando el ataque en cualquier momento. A medida que las manecillas del reloj avanzaban y el cucú asomaba su pico para cantar la hora punta, se convenció de que el señor Cooper arremetería por la mañana; esa noche, como los antiguos guerreros, pasaba las últimas horas con su amada, bebiendo de ella su energía vital y haciendo promesas de regresar ileso.

—Yo no estaría tan seguro, señor Cooper.

La señorita Sharp le había explicado que a quien debía evitar a toda costa era a la señora Davies. Era la única que conocía los rostros de cada uno de los criados, trabajadores temporales, guardaespaldas y hasta socios comerciales de su señor. Ella notaría el rostro extraño. Los demás, en cambio, estaban acostumbrados a la necesidad constante de personal doméstico en una mansión con tales dimensiones. No se sorprenderían al verla.

Lo primero que hizo fue despedir al lechero tras pagarle la entrega del día. Cuando la puerta de servicio se abrió, entró en acción.

—Buenos días —saludó.

—¿Y el señor Levis?

—Enfermo, lo siento. Soy su esposa, mi hijo está haciendo las entregas, pero no damos abasto. Me ha dejado aquí con la leche, ahora regresa. —La criada constató que todo estuviera en orden. Se encogió de hombros y cargó un par de botellas; habitualmente el señor Levis las arrastraba hasta la cocina con sus fuertes brazos, por lo que la criada tendría que hacer más de un viaje—. Le ayudo —se ofreció la señora Curly, fingiendo ser quien no era.

—Gracias.

Con esa excusa atravesó la puerta de servicio. La cocina era un ir y venir de criados que ponían en marcha la inmensa mansión, le prestaron poca atención y pudo mantenerse en un rincón hasta hallar el momento. Cuchicheaban, como era esperable, sobre los sucesos de la tarde anterior. La señora Curly sintió furia al notar cómo allí querían a lady Georgiana, ella se había asegurado de que los empleados de la casa Keighley nunca fraternizaran con la muchacha, no pudiera conformar aliados. Porque sabía qué clase de calaña era esa jovencita de rostro de ángel, pero con hábitos del diablo. Una maldita tentación, el pecado encarnado.

—Oh, ¡y el señor Cooper fue a por ella! —Se abanicó con exageración una de las doncellas—. Y juró frente al altar que haría arder el mundo si alguien volvía a ponerle el dedo encima.

—Entonces, roguemos que eso no suceda. —La señora Davies entró en la cocina a poner orden al cotilleo; la señora Curly se apresuró antes de ser vista, se escabulló por el corredor que conducía a las habitaciones de los criados, llegó a oír la reprimenda—. Porque el señor Cooper no habla de manera figurada, lo dice en serio, y les recuerdo que nosotras también habitamos el mundo.

—¡Necesita más romanticismo, señora Davies! —se quejó la muchacha.

—¡Y ustedes, más dedicación! Chop-chop. Que hoy tendremos que estar todos en alerta. ¡Más café! —ordenó.

La señora Curly cerró la puerta de una de las habitaciones de criados y rebuscó entre los armarios hasta dar con un uniforme de la casa. Allí utilizaban el gris perla con blanco, una forma más de ostentar dinero. Al ser claros, las manchas se notaban más y se necesitaban más uniformes y más lavados para mantener la imagen de pulcritud. En casa de los Keighley usaban negro. Había conseguido pasar desapercibida hasta entonces, ahora era momento de preparar el terreno.

Una vez vestida, fue a los jardines. Lady Georgiana era menuda, pesaría como mucho, con vestido incluido, unos cincuenta y cinco kilogramos, pero ella tenía demasiados años encima. Podría moverla, incluso cargarla con poco cuidado, mas no huir con la dama a cuestas. Cogió una de las carretillas del jardinero y se aseguró de que estuviera junto a una ventana. También se hizo con tela arpillera para taparla de ser necesario y, sin más, se dio a la tarea más complicada de su plan: aguardar al momento indicado sin ser descubierta.

Pese a lo temprano, la mansión bullía de actividad. El señor de la casa estaba de pie, reunido con sus hombres de confianza en el despacho. La señora Curly sabía que debía mantenerse lejos de él o sería reconocida, pero la curiosidad prevaleció e intentó oír fragmentos de la conversación. Se dedicó a arrancar malezas de los canteros que rodeaban la gran construcción con el fin de disimular lo que hacía.

—No quiero correr riesgos; prefiero los rompederos de cabeza que vendrán después que lamentar antes —declaró Franz a sus hombres.

—Sabe que llamará mucho la atención y no es porque dude de sus órdenes, señor —dijo Joshua—, pero los Keighley son fácilmente vencibles. Es más, no es necesario que usted vaya siquiera. —Hizo crujir sus nudillos.

Franz dio un rodeo por el despacho, la señora Curly se agazapó y reptó lejos de la ventana. Tenía la información suficiente para completar el panorama. Franz Cooper quería matar a los Keighley con sus propias manos y enviar un mensaje claro: nadie toca a mi mujer. Para ello necesitaba dejar su firma, aunque eso trajera aparejado ciertos problemas después. La policía era corrupta y las altas esferas respondían a Franz, Marcus y Tobías. No sería inconveniente hacer pasar esos asesinatos como los ajustes de cuenta de un prestamista, a la vez que la sociedad conocería el verdadero significado. De hacer volar todo por los aires, la tapadera resultaría más compleja, aunque nada era imposible para Franz Cooper.

La señora Curly sonrió al pensar que las cosas se irían al garete, que sería ella quien arruinara sus planes.

—Así que por eso te has tomado tu tiempo... —murmuró y se empeñó en podar las flores para observar la situación desde lejos. La señorita Sharp le había explicado que el señor Cooper era en exceso racional, que no esperara de él un arrebató de ira. Su furia era fría y calculada, y esa, que era habitualmente su fortaleza, hoy se convertía en su mayor punto débil.

Se acercó a la biblioteca, se mantuvo allí, a la espera de la señal. Florence aguardaba a cierta distancia, fuera de la casa, al resguardo de esa fría furia. Sería ella quien la pusiera en aviso cuando la posibilidad de dar el golpe fuera real.

Y Georgiana apareció. La señora Curly apretó la tijera de podar con fuerza en su mano, hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Maldita muchacha —gruñó entre dientes. Lady Georgiana, ajena al riesgo que pendía sobre su cabeza, bajó las escaleras a paso apresurado. Su agresora observó la escena conteniendo apenas las emociones.

Sus pies descalzos, enfundados en medias de seda, apenas resonaban en la alfombra que recubría la escalera. Su vestido azul y dorado era elegante, digno de una reina, pero ella no se había esmerado en completar su atuendo como haría una dama, sino que correteaba como una ninfa, con el cabello color miel suelto en una cascada enmarañada que caía libre hasta su espalda.

Todo en ella clamaba que acababa de despertar y que en su cuerpo permanecían las huellas de la noche de pasión.

—¡Franz! —clamó, desesperada. *¿Franz?, llama a su esposo por el nombre de pila*, pensó la señora Curly, cada acto era leña al fuego de su desprecio. El hombre salió del despacho con la misma premura, cogió a su esposa en brazos, quien no detuvo su correteo hasta impactar sobre el pecho masculino. Lo rodeó con los brazos, sin decoro, y pegó sus labios a los de él—. Pensé que ya te habías marchado, pensé...

—Que me iba sin despedirme... —completó él. Condujo a su esposa lejos de las miradas de los demás, nadie allí se atrevería a posar sus ojos con lascivia en ella, pero eso no impedía que en sus tripas ardieran los celos.

Ni en las de la señora Curly. Se agachó bajo la ventana y contuvo el miedo de ser descubierta con el resto de las emociones que la invadían. Siempre supo que lady Georgiana era una pecadora, peor que eso, una provocadora del pecado. Una seductora que conducía a los hombres a la perdición, y allí tenía la evidencia. Su actitud *angelical* escondía su esencia, y Franz Cooper podía ser un demonio, pero se sometía a ella como un hombre más.

Florence Sharp tenía razón, había que eliminar la debilidad del mundo, pero también a quien la provocaba. También a lady Georgiana Keighley.

La pareja entró en la biblioteca y cerró la puerta tras de sí. Creyéndose solos, dieron rienda suelta a los deseos. Se besaron con ardor, chocando sus lenguas, dejando que sus manos danzaran en el cuerpo del otro.

—¿Te preocupas por mí? —preguntó Franz, con voz ronca.

—Sí. —Ella sonaba agitada.

—¿No confías en mis capacidades para destruir a esos imbéciles?, ¿o acaso te preocupas por ellos e intentas esconder tu bondad de mí?

Georgiana le acarició el rostro, su mirada rebosaba de una adoración que era cada vez más difícil de mantener a raya. Su corazón ya había sido sacrificado en ese altar, ahora dependía de la misericordia de un dios caprichoso que algunos llamaban destino.

—Ni lo uno ni lo otro. No temo por tu cuerpo y he aceptado que mi padre y mi hermano deben morir. Me preocupa tu alma, puede que tu razón marque que esto es un mero trabajo, pero siento que cada acto comandado por esa *lógica* que te han impuesto te arranca un pedazo de ti.

Franz rio, su risa consiguió estremecer a las dos mujeres. A Georgiana de placer, a la señora Curly, de repulsión.

—¿Piensas que aún conservo un alma, Georgiana?, joder... ¿Acaso no lo ves? —Le elevó el mentón—. Si existe tal cosa, esa serías tú. Tú eres mi alma.

Ella negó con la cabeza, apartó la mirada, y Franz sintió que le arrancaban algo del pecho, algo que no sabía que tenía hasta que ella lo hizo latir. Viktor lo había hecho un monstruo, ella lo había hecho un hombre.

—¿Sabes? Cuando vivía bajo el techo de mi... padre... —Le resultaba difícil llamarlo así—, soñaba. Soñaba con ser rescatada, soñaba con que lo imposible fuera posible, y esos anhelos estaban llenos de fantasías perfectas. Porque, ¿de qué vale soñar si no es para imaginar la perfección? Y eso cambió un día, una noche... la noche que te hallé a ti...

—He arruinado tus fantasías, lo sé —admitió, sin culpa, porque era incapaz de tal sentimiento. La había ansiado y la tenía, de nada valía lamentarse, mil veces haría lo mismo por ella.

—No, no has arruinado mis fantasías. Has construido mi realidad, me has dado una realidad que no necesita la evasión de un sueño. La realidad nunca es perfecta, pero es... es real. Y la acepto tal cual es, te acepto a ti tal cual eres, con tus claroscuros.

—¿Tengo claros? —Intentó bromear, besó a Georgiana porque entendió en el tono nostálgico de su voz lo que ella intentaba decirle—. Aún crees que eres una obsesión, que me *curaré* de ti y me desharé luego. Aceptas esa realidad con esta otra, la de liberarte de tus verdugos.

Georgiana intentó rehuirle, el dolor era tan profundo que se hacía físico. Sí, eso pensaba. Esa realidad imperfecta era mil veces mejor que fantasear en la torre del dragón, ese dolor, el dolor de haber amado era mil veces preferible al de haber sentido solo odio o vacío. Pero, joder, si podía, lo retendría a su lado, extendería ese limbo lo más que pudiera y acortaría la condena posterior. Y eso sería posible si él no se perdía en el camino, si no se volvía el monstruo completo que Viktor había querido construir.

—Georgiana, dudo que algún día dejes de ser una obsesión para mí, pero ya no eres *solo eso*. Hablas de mi alma... tal vez me expresé mal, no digo que tú seas mi alma, la materialización de ella, sino que tú la *posees*. Sea lo que sea, la llevas dentro tuyo. Yo estoy roto, a mí se me escaparía por las grietas, ¿cómo podría almacenar algo tan importante en mí? Pero en ti... Cuando te vi defender al caballo lo supe, a ella nada la romperá. Tú pudiste soñar, tú pudiste poner tu mente al resguardo, has conseguido aquello en lo que yo he fracasado. Por eso es aquí —Le tocó el pecho— donde tengo que depositar lo más valioso. Eres transparente, como el cristal en el que guardé tu pañuelo, transparente para que pueda observarlo, pero firme para que nada dañe su interior. No te dejaré ir jamás, Georgiana, porque soy demasiado egoísta para vivir sin eso que creí que no existía y ahora he descubierto en ti. Contigo.

Georgiana abrió la boca, la respuesta pujaba de sus labios, pero no salió de ella. A falta de palabras, le respondió con un beso. Un beso que se intensificó hasta volverse gemido ahogado. La pasión los arrolló, las manos buscaron piel...

La señora Curly fue testigo silenciosa del intercambio, del poder que Georgiana tenía sobre el demonio. Supo que esa muchacha había superado a su madre en pecado, pues ella se entregaba

gozosa. Al verla arrodillarse ante Franz, al verla usar su boca para conducir al hombre a la locura, supo con certeza que su misión era sagrada, y con esa certeza, cogió la pala de jardín y la asió con fuerza. Esa sería su herramienta, con ella limpiaría al mundo de una seductora pecadora.

La hora llegó, lanzó la piedra por arriba del muro a modo de señal. A los pocos minutos, un muchacho se apersonó en la puerta de servicio con una nota para lady Georgiana. El señuelo perfecto, Franz atendería esa nota en persona, oliéndose la trampa.

La casa bulló en órdenes.

—Protege a lady Georgiana —comandó a Michael, un joven muchacho, quien se posicionó junto a la puerta de la biblioteca—. Tú y tú, vengan conmigo. —Se dirigieron a la cocina. La deducción lógica era que alguien intentaba acercarse a la muchacha para dar el golpe. Los hombres estaban atentos, llevaban armas blancas y de fuego. Los criados se sumaban, habían desarrollado apego a su nueva señora, la muchacha capaz de hacer sonreír al demonio.

Entre ellos, la señora Curly, vestida como uno más, salió de las sombras, abrió la ventana e ingresó lentamente, cargando consigo la pala.

Lady Georgiana tenía la atención puesta en la puerta cerrada, en el infierno de órdenes que se ejecutaban tras de esta. Lucía pálida, delicada. Hasta en ese estado de desesperación irradiaba una tentadora belleza. Era la encarnación de todo lo que su antigua ama de llaves odiaba. Cuando la joven percibió la intromisión, fue tarde. Se volvió y reconoció a la señora Curly, abrió la boca para gritar, pero la anciana blandió el asidero de la pala y golpeó con fuerza su cabeza. Georgiana se desplomó, la mujer no tuvo tiempo de constatar si la había matado. Esperaba que no, estaba de acuerdo con Florence, una muerte rápida no era castigo suficiente.

Sin más la arrastró. Junto a la ventana, necesitó cargarla sobre sus hombros. Eso le quitó el aire y demandó de todas sus fuerzas. La subió a la carretilla con un último resuello, la cubrió con la tela arpillera y corrió camino a la puerta de los carruajes. En la calle, un carruaje contratado por su cómplice aguardaba a por ellas.

Al otro extremo de la casa, Franz abrió la nota y comprendía su error.

«*Schwäche*».

Debilidad en alemán, escrito con la caligrafía de Florence Sharp.

—¿Georgiana? ¡Georgiana!

En la biblioteca solo quedaba su perfume. Le habían robado lo más valioso, acababan de arrebatarse el alma.

CAPÍTULO 20



Cuando una persona te odia, te preguntas por qué. Pero cuando todos te odian, asumes que el problema eres tú. Temes indagar, te aterra coincidir con ellos y descubrir que tú también te odias. Tienes miedo de llevar a cabo aquello que ellos no se atreven a ejecutar.

Eso resonaba en la cabeza de lady Georgiana, entre palpitación y palpitación. Las ganas de vomitar arremetían contra ella, estaba mareada por el golpe y el traqueteo del carruaje. Le picaba el cuerpo, allí donde la tela de arpillera le tocaba. A medida que volvía en sí, la imagen de Franz se hacía más nítida en su mente.

El no solo no la odiaba, sino que la hallaba la criatura más perfecta del mundo. En sus palabras, había puesto su alma en ella, lo máspreciado que tenía. No era que fuera un hombre creyente, probablemente para él «su alma» era algún compuesto material o un símbolo psicológico que representaba su ser. Como fuera, era lo más bonito que era capaz de expresar con sus emociones magulladas y había sido ella la receptora de ese intento de romanticismo.

Georgiana aceptaba a Franz de esa manera, de su parte no hubo mentiras. Tal vez silencios, se lamentaba no haberle dicho que lo amaba, pero no había mentido. Aceptaba mil veces una realidad imperfecta a su lado que un sueño ingenuo de perfección. Justamente la búsqueda enferma de la perfección era lo que había torturado a Franz por años, atraparlo en sueños delirantes era lo que convertía a Viktor en el verdadero monstruo. Georgiana no era una loca, aunque hubiese tomado decisiones contrarias al sentido común de la época, no vivía en el mundo de su imaginación. Además, ¿quién dijo qué es perfecto y qué no? La declaración de Franz era perfecta porque era lo más sincero que le había nacido decir, ¿por qué debía sonar como un poeta del romanticismo para que alguien lo catalogara de perfecto?, ¿o para que alguien viniera con una regla y midiera el *nivel de amor* en sangre? ¡Al demonio con todos! Franz a su modo la quería, obsesión o no, y ella no era el problema, no había nada malo en ella que la hiciera merecedora de odio.

¡Al demonio con la maldita señora Curly!

Se incorporó y el mundo dio vueltas a su alrededor.

—No hagas que te golpee de nuevo —amenazó la mujer. A Georgiana no le hizo mella la amenaza, abrió la portezuela dispuesta a lanzarse al vacío. Justo en ese instante el carruaje se detuvo, habían llegado a casa, y fue detenida por la señora Curly antes de que se pudiera dar a la carrera. Cogiéndola por los pelos, acrecentando aún más el dolor del golpe anterior, la arrastró puerta adentro —. Hoy terminaremos contigo, muchacha del demonio.

Tiró de ella hasta la cocina, los criados miraban sin hacer nada, algunos incluso seguían con sus actividades. ¿Y esos son quienes dictaminan qué es cuerdo y qué demente?, ¿qué es perfecto y qué imperfecto?, pensó Georgiana. El mundo había dejado de tener sentido, una niebla espesa cubría todo y solo se salvaban los que tenían una brújula.

Franz era su brújula, ella era su bitácora. Juntos atravesarían la tormenta, lo sabía.

La señora Curly la lanzó dentro de la despensa, una escalera de un metro que terminaba en un suelo de tierra apelmazada. No la había llevado a su antigua alcoba porque allí conocía los medios para encerrarse, protegerse. Golpeó los estantes, los frascos de conservas cayeron, haciéndose añicos. Georgiana rodó para ponerse de pie, en sus palmas se clavaron los pequeños cristales y el vinagre con el que se conservaban le hizo arder tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Hasta entonces, no había llorado, y eso, comprendió, enfurecía a la señora Curly. Detestaba su entereza, quería quebrarla antes de deshacerse de ella. No iba a darle el gusto, pero se valió de esas lágrimas avinagradas para tomar cierta ventaja.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me odias?

Si aceptaba que las mentes podían ser retorcidas, entendería a su padre. Veía en ella a su difunta esposa. ¿Su hermano?, él deseaba a su propia sangre, estaba enfermo, y probablemente lo atormentaba su propia enfermedad. Pero ¿la señora Curly? Ella había sido la directora de orquesta, ella era su *Viktor*. Había conseguido que los criados fueran sus secuaces, se había asegurado de que no tuviera cómo huir ni a quién pedir ayuda.

—¿Te atreves a preguntar? —Las lágrimas le hicieron creer que la estaba doblegando—. Eres igual que tu madre. —Podía entender que eso fuera un problema para Gordon, no para la señora Curly. En su rostro se dibujó la confusión—. Al igual que tú, tu madre era una seductora, llevaba algo peor que el pecado dentro, llevaba la tentación. Era una bruja, un instrumento del diablo.

El ardor en la mirada de la señora Curly era propio de los fanáticos, sin pretenderlo, a lady Georgiana se le escapó una carcajada y una respuesta mordaz.

—Debería probar las sesiones del doctor Amberg, quizá a usted sí le den resultado.

La señora Curly la golpeó con el revés de la mano, la muchacha impactó contra los estantes, otro frasco se precipitó hacia el suelo y se hizo trizas.

—¿Te burlas? Claro que lo haces, tú eres mil veces peor. Tu madre condujo a tu padre a la locura, lo seducía con su belleza y luego se la negaba. Despertó la bestia que tienen los hombres dentro, una bestia que las mujeres de bien dominamos, pero las del diablo alimentan.

Georgiana empezó a comprender, notó el olor agrio que no era de las conservas, sino de los celos de esa mujer. Había deseado a lord Gordon, probablemente su padre se había aprovechado de esa adoración, y cuando apareció la anterior lady, una mujer hermosa y delicada, fue apartada, quedó en evidencia que no fue más que un entretenimiento para el lord de la casa. Incapaz de aceptar su *pecado*, proyectó las culpas en la otra mujer. Justificó la violencia de Keighley y cayó en delirios para explicar aquello que no se condecía con la realidad de las cosas.

—Mi padre no tiene la bestia dentro, señora Curly, mi padre es la bestia.

—Muchacha del demonio —siseó—. A tu madre la pude convencer de que era ella el problema, de que llevaba la tentación y que la única forma de librarse era deshaciéndose de su cuerpo del pecado... —Georgiana abrió la boca de par en par, necesitó coger aire para aceptar la realidad. La señora Curly había quebrado el espíritu de su madre, como por poco hace con el de ella. Las condujo a ese estado mental en el que la única salida es la muerte. A ella la había salvado Franz, su madre... La lágrima que

escapó de sus ojos en esa ocasión fue real—. Tú, en cambio, ya estás completamente corrompida. —Le cogió el mentón, clavando los nudosos dedos en la carne de sus mejillas—. Te he visto, he visto lo que le haces al demonio ese para tenerlo bajo tu yugo. He visto lo que haces con tu boca, sirvienta de satán. —Volvió a golpearla. La cabeza de Georgiana se sacudió como si su cerebro se hubiese soltado y danzara libre por el cráneo.

Jamás la habían violado, había conseguido salvaguardar eso de sí. La señora Curly le había robado su triunfo, había ultrajado con sus ojos de arpía el momento de intimidación con Franz. No se arrepentía de su placer, no había nada malo en gozar y hacer gozar al hombre que amaba, y no permitiría que esa rencorosa mujer, que daría lo que fuese por tener el pene de su padre en la boca, osara acusarla a ella de pecadora o cualquier otro maldito insulto delirante.

Más aún. No dejaría que rompiera al fin su coraza, no ahora que sabía que almacenaba lo más importante: el alma de Franz junto a la suya. *«Tú pudiste soñar, tú pudiste poner tu mente al resguardo, has conseguido aquello en lo que yo he fracasado»*, no se rendiría justo antes de la meta. Franz había guardado el pañuelo, ese recuerdo de lo que creía sagrado, en una caja de cristal. No en una caja fuerte, no tras muros de ladrillos o candados de hierro. En una caja de cristal.

—Eres débil, eres frágil, Georgiana, por eso el diablo hace su voluntad a través de ti —declaró la señora Curly, deseaba matarla en ese instante. Lamentó que su muerte formara parte de un plan mayor, y lo lamentaría mucho más.

—Tiene razón, señora Curly, soy frágil como el cristal. —Se puso de rodillas—. ¿Sabe cuál es el problema?, que lo frágil, cuando se rompe, se convierte en un arma filosa. —Cogió un vidrio de los frascos con tanta fuerza que rasgó la piel de su palma. No le importó—. No tendría que haber presionado tanto... —Sin más, se lanzó sobre ella y clavó el cristal en su cuello.

La sangre salió a borbotones, el ama de llaves no pudo siquiera emitir quejido. Se cogió el cuello, intentando en vano mantener su líquido vital en el organismo. No tardó en empezar a convulsionar. Lo último que vio antes de morir fue la mirada color miel de Georgiana, unos ojos que se parecían a otros, los de la anterior lady, que la esperaba en el más allá, para hacer de su eternidad, un infierno.

Michael, el guardia que había estado apostado en la puerta de la biblioteca, temblaba, rara vez se veía a un hombre de sus dimensiones al límite del llanto. Franz no tenía tiempo para dedicarle, debía asumir que decía la verdad. Nada había tenido que ver con el secuestro de lady Georgiana. Eso no implicaba que su descuido le costara caro. La pala con sangre reposaba en el suelo y una sensación indescifrable asolaba al señor Cooper. Un miedo que no experimentaba desde su más tierna infancia, la certeza de que le importaba alguien más que sí mismo en el mundo.

—Iremos a por lo seguro —sentenció—, iremos tras los Keighley.

La segunda opción le aterraba más: Georgiana en manos de Viktor. Se estremeció de pensarlo, de imaginarla en ese hospicio de tortura, bajo los experimentos de un hombre cuya inteligencia estaba al servicio del daño. Prefería a los Keighley, ellos eran imbéciles; su capacidad de infringir dolor, medible.

—No hay tiempo de conseguir más hombres, me valdré de ustedes. —Joshua y Sandor se convirtieron en su mano derecha e izquierda. Un par más de muchachos que respondían a las rondas de seguridad se sumaron. Sheppard se ocupó de liderar el transporte. El guardia de Georgiana quedó

temporalmente apresado en el sótano de la mansión, hasta que se aclarara su participación o su castigo.

El séquito era reducido, pero eficiente. La distancia que separaba ambas casas no era demasiada y le permitía a Franz tener la esperanza —que él disfrazada de raciocinio— de que nada malo le podría haber pasado a Georgiana en tan corto tiempo.

No le gustaba nada. Por primera vez en su vida se enfrentaba a una situación que no estaba bajo su control absoluto. Él sabía jugar, el terreno se le presentaba como una partida de ajedrez, cada pieza se movía según reglas claras, reglas que solo él sabía romper. No había contado con el desprecio de Florence, ella también había sido forjada bajo esos preceptos, ella también sabía cómo jugar, cómo adelantar las movidas. Había adivinado que la nota llamaría su atención, que estaría en guardia e iría en esa dirección. Su golpe provenía de lo ilógico, de lo inesperado. Mientras más delirante actuase, más difícil sería de prevenir.

Florence Sharp no lo sabía, pero ya estaba muerta. Solo le restaba elegir su verdugo. Él... o Viktor. Su comportamiento errático era la prueba de su falla, así empezaban los casos fallidos. Como Lucifer, creyéndose más que Dios.

—Seguro nos esperan —dijo Joshua—. Si no son tan imbéciles, habrán contratado seguridad.

—Nunca será suficiente —respondió Sandor y cogió sus cuchillos. Llevaba un cinturón grueso, de cuero, en el que, como un matarife, colgaba sus armas.

—Pero les alcanzará para ganar tiempo, quizá incluso para dañar a Georgiana —expuso Franz—. Ella es prioridad, recuerden. No yo, ella.

Los hombres se miraron e intentaron contener el gesto, jamás imaginaron recibir una orden así, nadie estaba por encima de Franz Cooper. Hasta ese día.

Bajaron del carruaje al unísono. Los demás rodearon la casa.

—Sandor, ¿qué ves? —preguntó. El hombre de origen rumano era ágil, se subió sin esfuerzo a un árbol y observó el interior.

—Dos imbéciles, solo tienen cinco hombres y los criados. Los eliminaremos en un santiamén.

—Y eso es una puta mierda —gruñó Franz—. Florence sabe que los haremos papilla. ¿Dónde está la trampa?

—Quédese fuera, jefe. —Joshua intentó detenerlo—. Esa es la trampa, ella sabe que usted irá en persona a por lady Georgiana.

—Mierda... —siseó. Joshua tenía razón, pero la maldita de Florence también. No podía quedarse fuera, ni aunque su lógica le dijera que era lo mejor; pese a que todos los razonamientos condujeran a la misma conclusión... él entraría.

—No perdamos más tiempo. —Avanzó.

—Jefe... —Joshua se lamentó. Sandor volvió a compartir mirada con su colega, saltó del árbol y se encogió de hombros.

—Hagamos lo que sabemos hacer mejor —agregó con resignación. Franz abrió la puerta de un golpe, igual que en su visita anterior, pero en esta ocasión se hizo a un lado antes de que cualquiera pudiera reaccionar. De inmediato, un cuchillo surcó los aires y se clavó en el ojo del primer guardia de los Keighley.

—Uno —contabilizó Sandor. Fue un desafío para Joshua, quien arremetió como toro embravecido. Cogió a otro de los guardias, lo elevó dos metros sobre el aire y lo lanzó sobre el respaldo de uno de los sofás. Su espalda se quebró a la mitad.

—Dos.

Los dueños de casa estaban agazapados en el despacho, dos hombres más los protegían. Lo que significaba que uno estaba suelto, escondido, a la espera de dar el golpe de suerte. Franz no demoró, fue en dirección a sus víctimas. Los guardias lo miraron confundidos. ¿Y el arma?, ¿y esa frialdad al caminar? Sacaron sus revólveres, pero no llegaron a martillar. Franz golpeó a uno con el canto de la mano en el cuello, y cayó de rodillas, sin aire. Al otro lo cogió de la frente, con un rápido movimiento, golpeó la parte trasera de su cabeza con la pared. Una, dos, tres, hasta que el hombre dejó de prestar resistencia. Franz recogió las armas de los guardias y abrió la puerta del despacho, asegurándose de no quedar como un blanco limpio de disparo.

Asomó su cabeza y vio a lord Gordon tras su escritorio. Estaba asustado, sí, aunque demasiado calmo para lo que, debía adivinar, le aguardaba. Franz sintió su piel erizarse, su cuerpo detectó la amenaza. Algo estaba jodidamente mal en esa escena. Sandor y Joshua creían que estaba todo bajo control, se peleaban como críos por el tercer guardia, puesto que Sandor le había clavado el cuchillo en la pierna, pero había sido Joshua quien lo había adormecido de un golpe.

—Ey...—Les llamó la atención.

—No queríamos quitarle la diversión —bromearon.

¿Qué diversión?, estaban en una trampa y no veía el mecanismo. Dio un paso al frente, dispuesto a recibir un disparo. Gordon no hizo movimiento, él sí. Cogió su arma, la amortiguó. Y entonces...

Esa maldita melodía.

Una pequeña caja musical en algún sitio del despacho comenzó a sonar y la mente de Franz dejó de estar ahí, frente a lord Gordon. Viajó en el tiempo, en el espacio... Se convirtió en un niño con una camisa de fuerza al que sumergían en el agua. Viktor observaba, Mozart resonaba de fondo y su condicionamiento daba inicio. Aunque supiera que solo sucedía en su cabeza, su cuerpo permanecía atrapado, inmóvil, entre esas tiras de cuero y tela que lo amarraban. Le faltaba el aire, veía borroso a través del agua que no estaba allí.

Todo su poder reducido a un momento.

En su cabeza solo pudo formular una oración, fue incapaz de pronunciarla: Lo siento, Georgiana. Te fallé.

Los criados habían huido despavoridos ante la presencia de Sandor y Joshua. Cuando Georgiana abandonó la despensa, la cocina estaba vacía.

De su frente emanaba sangre por el golpe de la pala. Los cortes de su mano también goteaban y sus pies descalzos dejaban huellas carmesíes al andar. Sin embargo, lo peor era su vestido. Ya no quedaban rastros de azul, todo era sangre...sangre de la señora Curly.

Su estado de conmoción se evaporó cuando en la nebulosa de su mente se coló esa melodía. La reconocía, era...

—Franz...

Se trataba de la misma canción con la que lo había sometido Serge. Georgiana se preguntó si él había compartido el secreto o...

—Florence —gruñó. Y olvidó el dolor, la sangre y el impacto de haber quitado una vida. Corrió

siguiendo el sonido, provenía del despacho de su padre. Sandor y Joshua la vieron, corrieron tras de ella.

—Tiene la situación bajo control, milady. No le recomiendo que entre ahí...

Sus hombres esperaban una escena de horror de manos de su jefe, nada los preparó para la realidad: la parálisis de Franz Cooper.

—¿Qué demonios? —clamaron los hombres. Y sin más, cayeron en la trampa. No eran solo cinco guardias, dos más esperaban escondidos. Salieron de su refugio y atacaron a los guardias de Franz. Claro que no eran verdadera competencia, pero sí demandaron atención y tiempo. El suficiente para que Edmund se dispusiera a amarrar a Franz y Gordon cogiera a su hija.

—Ahora pagarán —dijo su padre, la cogió del mentón y la obligó a mirar a su amante—. ¿Sabes?, la señorita Sharp me ha dicho que él ve lo que sucede, que atestiguará lo que te hacemos y no podrá hacer nada. Entonces, enloquecerá. ¡Vaya que eres buena forjándote enemigos, ¿verdad, Georgiana?! —Soltó una sonora carcajada—. Si hubieses seguido nuestro plan, nada de esto hubiera pasado. Pero no...ella quería ser la meretriz del demonio. Es hora de pagar...

A Georgiana lo que dijera su padre la tenía sin cuidado. Había caído en el error de Franz, el de intentar racionalizar lo que no tenía sentido. Su padre y su hermano eran unos hijos de perra no porque tuvieran motivos, sino porque la maldad es así, un completo absurdo.

—Franz... —Lo llamó—, Franz, sé que estás ahí. —Forcejeó con su padre, que la arrastraba lejos del despacho, hacia la puerta que conducía a la habitación aledaña. Allí consumarían su crimen, lejos de Sandor y Joshua, quienes aún batallaban con los últimos guardias. Se habían dejado a los mejores para el final. Georgiana supo el porqué de esa diferencia, los primeros fueron contratados por los Keighley, los últimos, por la señorita Sharp.

Franz sintió el agua entrar por su nariz, quemando sus pulmones. Vio a Viktor, su sombra se proyectó, como un eco lejano su orden resonó en sus oídos:

—Quédate quieto, Franz. Si te quedas quieto, no dolerá. —Ese era el condicionamiento, su mente funcionando como la de los perros ante la campana. Un sonido, un comportamiento aprendido. Pero si se quedaba quieto, Georgiana moriría. Así que batallaba, batallaba en su recuerdo y batallaba en el presente. La camisa de fuerza lo mantenía inmóvil, no había escapatoria—. Quédate quieto y te liberaré...

La imagen de Georgiana se colaba, fantasmal, en ese recuerdo. La veía pelear con su padre, intentar alcanzarlo. Gritar su nombre: Franz...Franz...

—¿Oyes la canción, Franz? —le decía la voz de Viktor. A sus espaldas, Edmund le amarraba las manos. Gordon le ordenaba que pusiera más presión, por si despertaba. Sandor lanzó uno de sus cuchillos, cortó la soga y se clavó junto al pie de Edmund.

Era consciente de lo que pasaba a su alrededor, tanto como de Viktor y su orden. *No te muevas, no te muevas, no te muevas...Huele su perfume...*

La voz en su mente cambió, era la del doctor Serge Amberg. *Huele su perfume, ella está aquí y está allí. Ella decidió quedarse...Huele su perfume...Huele su perfume...*

La figura de Viktor se desvaneció, en su lugar, danzó un colgante púrpura. Aspiró y ya no sintió el ardor del agua inundando sus pulmones, sino el perfume de grosellas negras. Abrió la boca, inhaló profundo y pudo fijar su vista en Georgiana.

—Franz, estoy aquí, decidí quedarme... ¿recuerdas? —Una lágrima rodó por su mejilla, dejando un surco en la sangre que la manchaba—. Decidí quedarme, te amo. Te amo, Franz.

Su puño se cerró. Su pie se movió hacia atrás, desprendiendo el cuchillo de Sandor de la alfombra y haciéndolo volar por los aires. Se volvió en el mismo segundo, lo cogió antes de que tocara una vez más el suelo y lo dirigió con un golpe en mango directo hacia el hombro de Edmund.

—¡Qué cojones! —clamó Gordon—. La perra me dijo que el efecto duraba quince minutos.

—La perra no hace más que equivocarse. Creyó que Georgiana era mi debilidad, y es mi jodida fortaleza. —Sin más, se lanzó hacia el viejo y cogió el abrecartas del escritorio—. Nos volvemos a encontrar —dijo. Lo clavó en la misma herida que la vez anterior, abriendo el corte y fijando su mano, como si tuviera un estigma, en la madera del escritorio.

—Jefe... Nos vendría bien un poco de ayuda, estos malnacidos están poseídos.

—No están poseídos. Están drogados. Condenada Florence —gruñó. Conocía el efecto de la Benzoilmetilecgonina. No valía la pena correr riesgos, recogió el revólver que se le había caído en el estado de parálisis y... bang... bang... problema resuelto.

Franz no perdió más tiempo, había recuperado su movilidad por y para Georgiana, de modo que la cogió en brazos y evaluó sus heridas. Eran demasiadas y la ira bulló en su interior sin control. No solo había eliminado el condicionamiento de Viktor, sino, al parecer, todo su maldito adoctrinamiento. Sandor y Joshua redujeron a los Keighley, los amarraron con los restos de sogas dispuestos para el señor Cooper.

—Franz... —Georgiana le cogió el rostro con las manos, dejó en sus mejillas manchas de sangre, como si su amor se consumara en un ritual sagrado—. Te amo. Ya lo ves, elijo quedarme. Te elijo siempre y siempre estaré contigo.

—Eres demasiado buena para mí, prefería ser el monstruo de antes, el que no tenía contemplaciones. Te he fallado, dejé que te sucediera esto.

—No. Ellos lo han hecho... —La ira regresó. Georgiana, como si del dios Apolo se tratara, llevaba las riendas de ese carro de fuego y era la única capaz de dirigirlo—. Pero tú no les obsequiarás un pedazo de tu alma, no la merecen.

—¿Quieres que los deje vivir?

Gordon y Edmund miraron a Georgiana, clamaron su perdón como solo los cobardes saben hacerlo: falsamente. Ella les devolvió la mirada, no había emoción alguna en sus iris miel. Negó con la cabeza.

—Deben morir. —Bajó el pulgar figurado, como una emperatriz y regresó su atención a Franz—. Pero no merecen tu furia, tu pasión, tu despertar. Tus emociones son un tesoro demasiado valioso, más que todas las piedras preciosas del mundo. Son un trabajo, algo que debe hacerse. Tú no sientes placer con el dolor y ellos son demasiada poca cosa para cambiar un ápice de ti, de tu personalidad... del hombre del que me enamoré.

Franz aspiró hondo, el aroma a grosellas inundó sus pulmones. Rodeó a Georgiana con un brazo, la acunó sobre su pecho y con la mano le cubrió la oreja. Elevó el otro brazo con el revólver entre sus dedos. Martilló, disparó. Martilló, disparó.

Un trabajo limpio. Un trabajo bien hecho.

Solo un puñetero trabajo.

CAPÍTULO 21



Franz cargó a Georgiana en brazos, sus heridas eran múltiples y de variada gravedad. No le sorprendía su entereza, que hubiese soportado el dolor hasta poder salvarlo, así era ella. Así era la mujer que lo había rescatado de sus sombras.

—Aseguren el camino —les ordenó a Sandor y Joshua—. Aún no hemos dado con Florence.

—¿Crees que estará aquí? —preguntó Georgiana.

—No me cabe la menor duda —gruñó él. La verdad se revelaba ante sus ojos, lo encandilaba. Viktor juraba que hacía hombres y mujeres libres, que deseaba crear seres que estuvieran por encima de los demás. Personas a quienes no los rigieran las normas sociales y de comportamiento, sino que forjaran su propio camino y así, el de la humanidad.

Puras mierdas.

Los había condicionado, como con ese condenado experimento que le robó a un científico ruso. Los había hecho predecibles como un cálculo matemático, incapaces de reservar misterios. Pero el mundo no funcionaba así, el Universo no funcionaba así. La naturaleza se reservaba misterios y Franz empezaba a entender que no todos serían dominados por el hombre, que había que dejar espacio para lo inesperado y para lo inexplicable. Los hombres primitivos, con sus mitos, habían entendido mejor los secretos de la existencia que ellos. Los Prometeos modernos. Uno de esos misterios era cómo, de entre todas las mujeres del mundo, él supo que Georgiana era la indicada. Era ese sentir irracional el que lo hacía, de verdad, romper con lo establecido.

Por lo demás, eran unos jodidos autómatas diseñados por Viktor Schwartz. Florence y él. Tan predecibles como esos pequeños muñequitos mecánicos. Él iba a caer en la trampa diseñada por ella porque cualquier otra acción era imposible y ella iba a estar en las sombras observando, porque su naturaleza había sido condicionada así.

Las jaulas de Viktor aún los encerraban. Aunque él ahora, gracias a Georgiana, era un poco más libre.

El carruaje aguardaba por ellos en la puerta, su esposa no podía caminar, los vidrios de la despensa se habían clavado en las plantas de sus pies. Necesitaba atención médica de inmediato. Ella se aferraba a su cuello, allí se sentía a salvo; Franz posó su frente en la femenina, cerró los ojos y lamentó una vez más su fallo. Porque mientras fuera su mujer, nunca estaría a salvo.

Esa certeza se manifestó antes de alcanzar el carruaje. Nada parecía fuera de lugar, ese era el secreto de Prometheus, esconderse en la *normalidad*. Lo normal no siempre es ordinario ni sano, le

había dicho a Georgiana, era una lección aprendida. Dos carruajes más estaban aparcados en la calle, uno en cada esquina. Negros, sin escudo, ni muy lujosos ni destartados. Nadie repararía en ellos. La calle estaba desierta, ni siquiera los vecinos se asomaban a observar tras el alboroto.

—¿Qué sucede? —Georgiana notó su energía, la tensión, como un gato al que se le eriza el lomo.

—Prometheus —murmuró. Ella buscó las señales, no las halló a primera vista. Entonces percibió un movimiento.

—¡Florence! —señaló las sombras. La mujer se supo atrapada, pero no por Franz, por el destino. Abandonó su escondite y avanzó hasta la mitad de la calle. Franz dejó a Georgiana en el carruaje, la depositó con delicadeza y ordenó a sus hombres:

—Si algo sucede, llévenla a casa, es ahora su ama, heredera de mi fortuna. —Sin más explicaciones, imitó a Florence y se posicionó en mitad de la calle.

Se miraron como en los duelos, a doce pasos de distancia, pero sin llevar armas. En su caso, en vano serían.

—Tú los has llamado —le recriminó Franz a Florence.

—Eres un caso fallido.

—Ya no estás tan segura de ello, ¿verdad? Noto tu leve temblor. Jamás fuiste capaz de dominarte por completo.

—Tú has perdido todo dominio sobre ti, se lo has legado a ella. —Ni siquiera señaló, era evidente a quién se refería.

—Si se lo he legado voluntariamente, ¿soy esclavo o soy libre? La voluntad comanda la libertad, ¿recuerdas? Déjame preguntarte, ¿estás aquí por tu voluntad, actuaste libremente?

Las puertas de los carruajes se abrieron, bajaron dos hombres de cada uno de ellos. Caminaron por la acera, eran civilizados después de todo, y se acercaron al sitio del duelo. Franz contuvo el temblor, Florence fracasó. ¿Por quién venían?, ¿quién de los dos llevaba el sello de caso fallido?

Del carruaje que estaba enfrentado a Franz bajó una figura más: el doctor Serge Amberg. En su trance había oído su voz, él le había enseñado a usar a su favor el poder que Georgiana representaba. Le había quitado el condicionamiento de Viktor, pero ¿por qué? La pregunta que blandió contra Florence se volvía en su contra: ¿estás aquí por tu voluntad, actuaste libremente? El doctor Amberg ocultaba algo, dudaba que lo hubiese ayudado altruistamente.

Sin embargo, lo había ayudado.

A medida que los hombres se acercaban, se relajó más. Lo supo antes de que sucediera. No venían a por él, venían a por ella. Pasaron a su lado como si fuera un fantasma incorpóreo. En el último instante, Florence no pudo mantener la entereza, se echó a correr, pero los otros dos la atraparon y arrastraron en dirección del doctor Amberg.

Franz volvió junto a Georgiana. Aún vivía, y ahora tenía una misión: proteger a su mujer hasta que la muerte se lo llevara.

—Te recomendé que desconfiaras de la seguridad que te daba la droga, pero, como no soy tu médico..

—Serge se encogió de hombros. Los guardias de Prometheus la empujaron dentro del carruaje.

—Tú estás manipulando a Viktor, él irá a por ti.

—¿Yo? —El doctor fingió inocencia, su leve sonrisa reveló los dientes blancos—. Alégrate,

Florence, has conseguido tu cometido. Has ayudado a Franz a alcanzar el siguiente nivel y has colaborado con la ciencia. —Se sostuvo de la portezuela y se inclinó al interior, donde la mujer estaba secundada por dos guardias—. Y lo seguirás haciendo...

—¿Piensas convertirme en uno de tus experimentos?

Serge se echó a reír.

—Tu mente no reserva secretos para mí, cariño. No seré yo el médico que ponga a prueba sus teorías en ti... —Cerró la portezuela. Florence entendió su destino; se lanzó contra la ventanilla, los guardias se lo impidieron.

—¡No! —clamó—. Mátame, Serge. Mátame, ten piedad.

El doctor se volvió hacia ella una última vez. Negó con la cabeza. Ya no había rastros de sonrisa en su rostro y sus ojos estaban helados como el ártico.

—¿Piedad?, ¿clamas tú piedad? ¿No es eso, según tu mentor, «eine Schwäche»? —*Una debilidad*—. Si juegas con monstruos, acepta los rasguños.

Los gritos de Florence se desvanecieron en la tarde.

—Él no ha tenido nada que ver —declaró Georgiana, más preocupada por la suerte de su guardia que por su salud. Franz resopló. Su coraza se estaba resquebrajando.

—Le debes tu vida a ella —le dijo el jefe a su empleado. Michael cayó de rodillas, como un caballero ante un rey. Solo que no se postraba ante su señor, era a ella a quien le debía lealtad. Sería su sombra, cada minuto ganado por su beneplácito estaría a su servicio—. Ve a buscar un médico, el mejor de Londres.

Así lo hizo, abandonó la casa veloz, al tiempo que Franz llevaba a Georgiana a su alcoba. La depositó con cuidado en la cama, la sangre era demasiada, le fue difícil hallar sus heridas. Tenía una en la frente, del golpe de pala de la señora Curly. Sus manos y sus pies estaban cortados por miles de cristales, el mayor corte era el provocado por el vidrio convertido en arma. Se sumaban las inflamaciones por los bofetones que esa desquiciada mujer le había propiciado.

—¿Franz? Háblame —pidió ella. Si bien su cuerpo estaba lleno de magullones, era él el que lucía como una fiera herida. Caminaba de punta a punta de la habitación, soltaba el aire por la nariz con fuertes exhalaciones y le costaba recuperarlo en sus inhalaciones.

—¡Joder! Cuesta sentir, Georgiana. Cómo duele sentir. —Corrió a su lado—. Me han dicho que no permitir que el mundo me afecte me haría fuerte, pero esto... ¡demonios!, esto demanda toda mi fortaleza.

Se alejó, estaba a punto de quebrarse. Era un espectáculo difícil de mirar.

—Estoy aquí, a tu lado. Ven... Yo no puedo moverme. Ven.

Él se postró junto a la cama como un feligrés, Georgiana podía adivinar a la tortura que lo sometía su mente. El médico no tardó en llegar, Michael lo había arrastrado sin miramientos. Lo empujó dentro de la alcoba y se posicionó en la puerta, como un alfil en un tablero de ajedrez. El doctor sabía quién era Franz Cooper, se acomodó las prendas con nerviosismo y no presentó quejas por el trato atroz recibido.

—Milady... —Franz se apartó, pero no abandonó la habitación—. Puede marcharse si lo desea, haré todo a mi alcance para sanarla.

—No. No me iré. Yo soy el responsable.

—Franz, cariño... —Georgiana tendió su mano hacia él, Franz no la cogió. La culpa lo invadía—. No fue tu culpa, los culpables están muertos, ¿recuerdas?

Asintió. El médico tragó saliva, temiendo por su vida si cometía un error. Abrió su maletín, cogió agua de la jofaina y con un paño pulcro se dispuso a limpiar las heridas de la esposa del demonio.

Franz se posicionó frente a los pies de la cama, se arrodilló, apoyando el trasero sobre los talones y, sin apartar un segundo la mirada de Georgiana, toleró junto a ella la tortura. Así había aprendido a controlarse, muchas veces había estado en esa situación. Había presenciado cómo maltrataban a sus compañeros de grupo, cómo castigaban a uno por los pecados del otro, como le grababan en la mente, en la piel, el precio del error.

Había cometido un error. Había expuesto a Georgiana al dolor y ahora debía afrontar las consecuencias. Cada quejido de ella cuando le quitaban un cristal, cada gesto contenido, era un puñal directo a su corazón.

—Intentaré que la cicatriz sea pequeña, milady —prometió el médico. El golpe de la pala le había abierto la ceja y debían coser.

—No se preocupe, doctor. Una vez un hombre sabio me dijo que mi apariencia no tenía nada que ver, que eso sería demasiado sencillo.

Oírla repetir sus palabras le permitió a Franz afrontar lo siguiente. Por fin fue capaz de hablar.

—Eres hermosa, Georgiana, pero no es por tu belleza que te has convertido en la obsesión de este demonio. Es por tu jodida fortaleza.

Cada puntada del doctor selló esas palabras, pareció atarlos, marcarlos. Ahora llevaban cada uno una cicatriz en la ceja izquierda, un recuerdo de la batalla vencida. El médico le vendó los pies y las manos y repitió las instrucciones de siempre: mantener la zona limpia, cambiar las vendas y descansar.

—No parece tener una contusión, por lo que le recomiendo dormir. Si el dolor le resulta insoportable, pida al boticario un preparado de opio.

Sadie ingresó a ayudarla a ponerse un camisón y a meterse en la cama, el médico permaneció hasta asegurarse de que no se le abrieran las heridas en el proceso. Se marchó acompañado de Michael.

Nadie lo despidió, Franz permaneció en esa posición de meditación y Georgiana cerró los ojos, vencida por las emociones del día.

Al despertar, un par de horas después, la escena la desconcertó. Era el atardecer, apenas se colaba el sol en la habitación. Sobre la cama, a su lado, reposaban una cantidad obscena de piedras preciosas, lingotes de oro, vales de la bolsa de valores, libras esterlinas, dólares americanos y llaves de lo que parecían una decena de cajas fuertes. Detrás de ese Everest de fortuna, pudo divisar a Franz. No estaba más de rodillas, sino sentado, con la espalda contra la pared debajo de la ventana y las manos posadas sobre sus rodillas flexionadas.

—Franz, ¿qué es esto? —Cogió un puñado; rubíes, zafiros, diamantes... se escurrieron por sus dedos.

—Mi fortuna, o la que pude acarrear a tu cama. Es tuya, eres libre. Nunca podré ponerte a salvo, huye de mí —rogó, agónico.

Jamás nadie había visto a Franz Cooper en ese estado. Sus ojos estaban cristalizados por lágrimas no derramadas, su voz sonaba ronca por el nudo que lo atenazaba y lucía ojeras, señales de

estrés en sus facciones.

—Franz, tú lo has dicho, la elección libre es la única elección que cuenta y te elijo a ti. No me iré a ningún lado. El único lugar en el que estoy a salvo es junto a ti, en tus brazos.

—Puedes tenerlo todo, puedes irte lejos... Mis enemigos son demasiados y poderosos. Hoy... —No dijo más, no quería invocarlos. Había probado ser capaz de eliminar cualquier amenaza real, ni Boyle ni los Keighley representaban competencia alguna, pero Prometheus... ¿Cuánto faltaba para que fueran a por él, a por ella?

—No quiero todo, te quiero a ti. Te amo, Franz. —Intentó bajar de la cama, Franz corrió, la detuvo antes de que sus pies heridos tocaran el suelo.

—¿Qué haces? Te lastimarás.

—Caminaría sobre vidrio una vez más para ir a tu encuentro, ¿no lo entiendes? —Georgiana rio, lo besó en los labios—. Claro que no lo entiendes, te han enseñado tantas cosas y no lo elemental. El amor. Tendré que ser yo tu institutriz, deberé darte lecciones a diario. Y esta es la primera: todos los seres humanos buscamos el placer y evitar el dolor, por eso, estar dispuestos a padecer por la dicha del otro es la prueba más grande de amor de la que somos capaces. Yo puedo caminar sobre vidrios rotos por ti y tú...

—Yo soy capaz de dejarte ir —completó, atónito. Eso era lo que más sufrimiento le ocasionaría en el mundo y, sin embargo, era capaz de hacerlo. Por ella, para ella. Toda su filosofía se desmoronaba ante esa irracional verdad, hay algo que nos empuja a actuar que es más grande que el placer, la voluntad de poder, la dominación de la especie... El amor—. ¿Eso quiere decir que... te amo?

¿Era capaz de amar?, el corazón se le aceleró hasta límites insospechados. Se abrazó a la cintura de Georgiana y hundió su cabeza en su vientre.

—Eso lo debes descubrir tú, yo me quedaré aquí, hasta que lo averigües. —Le acarició el cabello—. Y luego... seguro que encontramos otra lección que aprender, y otra, y otra... hasta que la muerte nos separe, ¿recuerdas? —Él asintió. La besó en los labios con cuidado, tenía el rostro inflamado y adolorido, y aun así era la mujer más hermosa que hubiera conocido.

—Descansa —le ordenó. La ayudó a regresar a la cama entre montañas de piedras preciosas y lingotes de oro. Vale, quizá se había excedido un poco, pensó, cuando emprendió la tarea de recoger su fortuna.

—Sí —contestó ella, somnolienta—. Ya hemos terminado con mis enemigos, necesitamos recuperar fuerza para ir a por los tuyos. —Se acurrucó en posición fetal, como si su declaración fuese ligera, un comentario sobre el clima. Franz reptó hasta ponerse a su lado, la abrazó, apoyando la espalda femenina sobre su pecho.

—No eres mi manzana, ni mi Eva. —Le acarició el cabello—. Eres mi Lilith, un demonio después de todo. —Sonrió ante su renacida veta vengativa. Una sonrisa con la dosis justa de alegría y pena. Ella había sido toda luz, ahora tenía su cuota de oscuridad. En contrapartida, él había sido oscuridad, ahora tenía su fracción de luz.

—Y tú eres mi obsesión, Franz. La obsesión de este demonio recién nacido. —Sus ojos miel refulgieron. ¡Lo había conseguido!, lo había sanado para hacerlo fuerte. Invencible.

¡Enemigos del demonio, teman!

EPÍLOGO



Semanas después..

El doctor Amberg se había marchado. Georgiana asomó su nariz con cautela, Franz le había dado una orden que le era fácil de acatar: Mantenerse lejos de Serge y sus maquinaciones. Aún no habían averiguado qué se traía entre manos, ni siquiera si los ayudaba o los empujaba al abismo. Sus métodos podían ser interpretados de ambos modos.

Cierto era que le había ayudado a superar el condicionante que lo paralizaba, pero lo había hecho usando a Georgiana, jugando con su vida y arriesgándolo todo en el proceso. Porque si Franz no hubiese llegado a tiempo, hubiera enloquecido.

—¿Estamos a salvo una vez más? —preguntó Georgiana, entrando al despacho. Las ventanas estaban abiertas, señal de que Cooper necesitó de la brisa fresca para recomponerse.

—No estoy seguro —respondió. Ella fue a su encuentro, lo obligó a sentarse en su butaca y ella ocupó el sitio en su regazo. Comenzó a darle suaves masajes en el cuello, subiendo por la nuca hasta aliviar la tensión en su cuero cabelludo.

—Puedes ponerme al tanto, nada me espantará. ¿Viktor desea matarme?, ¿o tal vez a ti?, ¿planea someternos a torturas para que entendamos la evolución como algo que deba forzarse?, ¿qué tiene en mente ese desquiciado?

—Nada de eso. Ese es el problema con su plan, él lo acciona y luego las piezas se mueven como pequeños autómatas diseñados. —Soltó el aire, resignado. Florence había actuado así, él también. Llegado el momento, su naturaleza prevalecía y obraban de acuerdo con esta, lo que los hacía predecibles, incluso en la locura.

—No seas críptico conmigo, Franz, me asustas. —Se puso de pie y apoyó su trasero enfundado en varias enaguas en el borde del escritorio.

—Marcus... Marcus está perdiendo la cabeza. Y algo me dice que está cayendo en el abismo en parte por el trabajo de Viktor y en parte...

—Por el trabajo de Serge —completó ella y bufó. El psicoanalista era un maldito manipulador, no podían confiar en él. Georgiana coincidía con Franz, las intenciones que lo motivaban nada tenían que ver con ayudar al prójimo—. Recuerda que toda la información que él comparte contigo lo hace con un fin. ¿Qué busca?, ¿que ayudes a Marcus o que le des el último empujón?

Era inevitable, estaban condicionados para competir. Quizá lo que deseaba Amberg era que Franz se hiciera con el lugar de Marcus en la política, que se elevara como la creación perfecta de

Prometheus.

—No sé qué busca, pero sé qué haré.

—¿Qué?

—Nada —respondió tajante—. Al menos que Marcus, en persona, me lo solicite.

Sonaba egoísta, pero era la decisión más desinteresada que jamás hubiera tomado Franz Cooper. Obrar podía significar actuar de acuerdo a un plan que estaba por encima de Marcus Cavendish, en contra de su libertad de elegir y de su voluntad.

—Veo que te preocupa Marcus realmente —se alegró Georgiana. Franz puso los ojos en blanco.

—¿Es otra de tus lecciones?, ¿quieres hacerme creer que aprecio a Marcus como... no sé... un hermano?

—¿No es así?

Franz se echó a reír. La idea le resultaba absurda. ¿Estimar a otro proyecto Prometheus?

—Sigues conservando tu ingenuidad, eres adorable —le respondió con una condescendencia a la que Georgiana solo pudo responder lanzándole el libro contable más cercano por la cabeza. Él se rio con más fuerza.

—Tonta de mí por pensar que dadas las atrocidades con las que crecieron y lo incomprensidos que son en el mundo pudieras considerar a Marcus y Tobías lo más parecido a hermanos...

—Tendrás que buscar otra lección, esa no funciona. Me preocupo por Marcus porque su caída representa una amenaza para todos, él mismo me lo dijo. Un recuerdo de que la cordura, o esto que se le parece, nos puede abandonar en cualquier momento.

—Bien, entonces iré a por una lección más dura. Una que te hará experto en las artes de querer...

—¿Sí? —Tiró de ella con picardía, ansioso por la clase del día. Ella sonrió.

—En esa ya eres experto. —Amarse físicamente era un hábito entre los dos—. Se trata de una nueva disciplina. Mucho más desafiante. —Franz la miró confundido, ella le cogió la mano y se la llevó a su propio vientre—. Mucho, mucho más desafiante. Dime, ¿aún crees que no eres capaz de amar?

Las pupilas de Franz se dilataron, el corazón le galopó furioso en el pecho y solo fue capaz de besarla. Cuando consiguió respirar una vez más, murmuró un ahogado «te amo» y entonces lo embargó la certeza, para encontrar la luz, era necesario atravesar las sombras de la noche.

SÍGUENOS EN LAS REDES SOCIALES

CUENTA OFICIAL DE SCARLETT O'CONNOR



[/scarlettoconnors](https://www.instagram.com/scarlettoconnors)

CUENTAS DE LUNE NOIR



[/lune.noir.libros](#)



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](#)



Icons made by: [flaticon](https://www.flaticon.es/autores/freepik)

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.

<https://lunenoioreditorial.wixsite.com/lunenoir>

OTRAS OBRAS DE SCARLETT O'CONNOR

SERIE SEÑORITAS DE SHAKESPEARE



TÚ, MI DEUDA PENDIENTE



SERIE SEÑORITAS AMERICANAS



SERIE SEÑORITAS BRITÁNICAS



SERIE FAMILIA EVANS



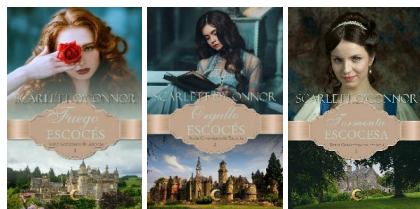
SERIE FLOREROS Y CANALLAS



SERIE CABALLEROS DESDEÑADOS



SERIE CORAZONES DE ESCOCIA



CONTEMPORÁNEO

SERIE SHELL ISLAND



CONTEMPORÁNEO



OTRAS OBRAS DE LA EDITORIAL LUNE NOIR

